

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES- FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

ÉCOLE DES HAUTES ÉTUDES EN SCIENCES SOCIALES

TESIS DOCTORAL

El derecho a la vida digna. Formas de militancia en la economía popular en el Área Metropolitana de Buenos Aires

Doctoranda: Lic. Dolores Señorans

DNI: 32 674 344

Tesis en cotutela con la École des Hautes Études en Sciences Sociales (Resolución UBA N° 4040, 9/12/2015)

Directora y Consejera de estudios UBA: Dra. María Inés Fernández Álvarez

Expte. UBA : 892.165/13

Directora por la EHES: Dra. Catherine Neveu

Febrero de 2018

AGRADECIMIENTOS

A los compañeros y *compañeras* de la CTEP, Los Pibes y el MTE, por el aprendizaje que implicó compartir con ellos todos estos años y por el enorme privilegio de reconocermes y hacerme sentir genuinamente una *compañera*. Muchos se refirieron a la/s organización/es como una universidad. En estos años, también lo ha sido para mí y, aunque la responsabilidad de lo que está escrito en estas páginas es puramente mía, espero haber hecho honor a los conocimientos y aprendizajes que compartieron conmigo.

A mis directoras de tesis. A María Inés Fernández Álvarez, por haberme formado en esta profesión y contagiarme la pasión de hacer una antropología comprometida. Por la generosidad y el afecto con los que me empuja cada día a estirar los límites de lo posible. A Catherine Neveu, porque sin conocerme se interesó por mi trabajo y porque el diálogo que mantuvimos –a pesar de la distancia- abrió nuevas preguntas que me permitieron desarrollar esta investigación.

A mis compañeros del equipo de investigación y del Seminario Anual de Tesis en Antropología Política: Santiago Sorroche, Sandra Wolanski, Leila Litman, Florencia Pacífico, María Paz Laurens, Carmina Pederiva, Victoria Taruselli y Cecilia Espinosa. Por el trabajo, las lecturas y las discusiones compartidas. Esta tesis refleja años de trabajo y reflexión en equipo. Nuestras reuniones fueron instancias fundamentales para pensar y hacer, pero también para disfrutar de este trabajo y hacerlo colectivo. Un especial agradecimiento a San por su lectura de esta tesis, por sus consejos y valiosos aportes; y a Flor por acompañarme durante los últimos días de escritura.

A Mabel Grimberg por permitirme ser parte del Programa “Procesos de reconfiguración estatal, resistencia social y construcción de hegemonías” del ICA.

Al CONICET por permitirme dedicarme durante cinco años de manera exclusiva a la investigación.

A docentes e investigadores que en numerosas oportunidades – seminarios, congresos, jornadas, estadías- me hicieron comentarios contribuyendo significativamente a mi trabajo. En especial quiero agradecer a Nashieli Rangel Loera, Sian Lazar, Julieta Quirós, Virginia Manzano, Ana Spivak L’Hoste y Mariana Sirimarco.

A Patrick O' Hare, Sofia Ugarte, Melina Tobías y Carolina Soler. A todos ellos tuve el privilegio de conocer durante dos estadías que realicé mientras desarrollaba esta investigación. Por sus valiosos aportes y lecturas, acompañamiento y amistad.

A Lu, colega y amiga, por compartir conmigo mis alegrías y desventuras, por sus lecturas y por empujarme a seguir siempre adelante.

A mis hermanos de la vida, Ceci, Jose, Nati y Lucas. Por su cariño incondicional y por hacerme sentir siempre acompañada. Porque están cuando los necesito y porque tienen la capacidad de hacerme reír de absolutamente cualquier cosa.

A mis amigas antropólogas, Clari, Lu, Juli, Car, Maiu y Marin. Por su aguante en todo y muy especialmente durante las etapas finales de la escritura de esta tesis. Por estar pendientes de mí, cuidarme y acompañarme.

A mis padres, Alfonso y María Victoria, por su amor incondicional y el apoyo permanente. Por enseñarme que esforzarse vale la pena y alentarme permanentemente en todos mis proyectos.

A mi abuela María, por su dulzura y sus abrazos sanadores.

A Diego, mi compañero, por su amor y la infinita alegría que le pone a nuestra vida juntos.

ÍNDICE

REFERENCIA DE SIGLAS Y ABREVIATURAS	6
INTRODUCCIÓN	7
LA ECONOMÍA POPULAR DE CERCA	12
SOBRE EL TRABAJO DE CAMPO ETNOGRÁFICO	19
ESTADO DE LA CUESTIÓN	22
LOS SUJETOS Y ESPACIOS DE LA POLÍTICA EN EL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO	23
MOVIMIENTOS SOCIALES EN LA ARGENTINA RECIENTE	34
ENFOQUE PROPUESTO	44
TESIS A SOSTENER	47
ORGANIZACIÓN DE LA TESIS	48
<u>CAPÍTULO 1. HACER CIUDAD, CONSTRUIR COLECTIVO: CONFIGURACIONES URBANAS DEL ANTAGONISMO Y PRODUCCIÓN COLECTIVA DE LO COMÚN</u>	51
I. HACER CIUDAD DESDE LA <i>LUCHA</i>	54
POLITIZAR LA NECESIDAD, CONSTRUIR COLECTIVO	55
LA <i>LUCHA</i> POR LA VIVIENDA <i>DIGNA</i>	61
EL BARRIO COMO GEOGRAFÍA POLÍTICA EN DISPUTA	67
II. AGARRAR TERRENO, CONSTRUIR UN BARRIO	72
DIVERSOS CAMINOS, UN MISMO DESTINO	74
<i>CAMINAR</i> Y <i>PROCURAR</i> JUNTAS POR EL BARRIO	79
LA <i>LUCHA</i> POR EL CENTRO CULTURAL	84
III. CONCLUSIONES	87
<u>CAPÍTULO 2. “CON EL CORAZÓN, CON LA MENTE Y CON LAS MANOS”: VALORES, EMOCIONES Y CORPORALIDAD EN LA PRODUCCIÓN DE SUJETOS COLECTIVOS</u>	90
I. LA FORMACIÓN POLÍTICA COMO FORMACIÓN DE SUJETOS Y COLECTIVOS	92
LOS TALLERES: ¿QUIÉNES SOMOS? ¿DE DÓNDE VENIMOS? ¿HACIA DÓNDE VAMOS?	96
DE LOS MILITANTES POPULARES Y SUS VIRTUDES	104
II. LO COLECTIVO EN ACTO	112
PLENARIOS Y ENCUENTROS	112
ACTIVIDADES DE CONMEMORACIÓN	115
MARCHAS	118
III. CONCLUSIONES	122
<u>CAPÍTULO 3. DEL TRABAJO DEPENDIENTE AL TRABAJO COOPERATIVO: MILITANCIA, RELACIONES FAMILIARES Y SENTIDOS DE “COMUNIDAD”</u>	124
I. POLITIZAR LA PRODUCCIÓN, PRODUCIR POLÍTICA: HACIA LA CONFORMACIÓN DE LA RAMA TEXTIL	128
II. HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE LA COOPERATIVA Y SU “POLO”	132
IR CREYENDO	135
DEL TRABAJO A DOMICILIO AL TRABAJO EN LA COOPERATIVA	142
“NO VALORAN LO QUE TIENEN”	151
III. CONCLUSIONES	158

<u>CAPÍTULO 4. EL TRABAJO COMO HERRAMIENTA DE LUCHA: PRODUCCIÓN DE VALOR(ES) EN LA ECONOMÍA POPULAR</u>	160
I. “EL COMEDOR NACIÓ PARA DESAPARECER”	162
II. LA FM RIACHUELO: LA “BATALLA CULTURAL”	169
DE LO PERSONAL Y LO COLECTIVO: RELACIONES POLÍTICAS, FAMILIARES Y AFECTIVAS	170
PRODUCIR COMUNICACIÓN: ENTRE EL TRABAJO Y LA MILITANCIA	176
SOBRE LO QUE ES JUSTO Y CÓMO CALCULARLO	184
III. CONCLUSIONES	193
<u>CAPÍTULO 5. ENCONTRARSE CON EL ESTADO: HACIENDO CON - Y A PESAR DE – LA BUROCRACIA</u>	195
I. LAS COOPERATIVAS: ENTRE LAS FORMAS JURÍDICAS Y LAS FORMAS DE LUCHA	198
II. LAS POLÍTICAS DEL “OTRO LADO DEL MOSTRADOR”	208
IMAGINARSE EN LAS CATEGORÍAS	209
“¿USTEDES SON LOS DEL MINISTERIO?”	218
III. CONCLUSIONES	226
<u>CAPÍTULO 6. SOBRE LOS DERECHOS COMO CATEGORÍA ETNOGRÁFICA: CONOCIMIENTOS Y APRENDIZAJES EN LA LUCHA POR LA VIDA DIGNA</u>	228
I. DERECHOS, TRABAJO Y CIUDADANÍA EN ARGENTINA	230
II. ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE DERECHOS?	236
LA CONQUISTA DE DERECHOS COMO CREACIONES TEÓRICAS Y PRÁCTICAS	237
APRENDER LOS DERECHOS	246
III. CONCLUSIONES	253
<u>CONCLUSIÓN</u>	256
POLITIZAR EXPERIENCIAS DE PRECARIEDAD, HACER ECONOMÍA POPULAR	256
LA ECONOMÍA POPULAR COMO REALIDAD Y COMO PROYECTO	257
LA PRODUCCIÓN DE MILITANTES Y COLECTIVOS	260
¿QUÉ PRODUCE LA ECONOMÍA POPULAR?	262
DERECHOS Y VIDA DIGNA	264
UNA MIRADA ETNOGRÁFICA DE LA PRECARIEDAD SITUADA	268
<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	270
<u>ANEXO I: REFERENCIA DE LAS PERSONAS</u>	298
<u>ANEXO II: MAPA LA BOCA</u>	301

REFERENCIA DE SIGLAS Y ABREVIATURAS

COVILPI – Cooperativa de Vivienda Los Pibes

COTAI - Comisión Operativa de Trabajo Alternativo en la Indumentaria

CTEP - Confederación de Trabajadores de la Economía Popular

ENOCEP – Escuela Nacional de Organización Comunitaria y Economía Popular (CTEP)

GCBA – Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

INAES – Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social

IVC – Instituto de Vivienda de la Ciudad

MDS – Ministerio de Desarrollo Social de la Nación

MTE – Movimiento de Trabajadores Excluidos

MTEYSS – Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación

PEI – Programa de Empleo Independiente

PTA – Programa Trabajo Autogestionado

INTRODUCCIÓN

Entre agosto y diciembre de 2016 las tres organizaciones populares más grandes de la Argentina - la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular, Barrios de Pie y la Corriente Clasista y Combativa –se reunieron para llevar adelante una serie de acciones conjuntas con el objetivo de lograr la sanción de la Ley de Emergencia Social. A escasos meses de la asunción a la presidencia en diciembre de 2015 de Mauricio Macri, candidato de Unión Republicana (PRO), el informe Barómetro de la Deuda Social elaborado por la Universidad Católica Argentina estimaba que había 1.400.000 nuevos pobres y 400000 nuevos indigentes (Observatorio de la Deuda Social Argentina, 2016)¹. Bajo la bandera de las “3 T”²: “Tierra, Techo y Trabajo”, una consigna asociada fuertemente a la figura del Papa Francisco, se realizaron movilizaciones, cortes y ollas populares en la capital y diversos puntos del conurbano bonaerense. Entre estas acciones dos se destacaron por su masividad e impacto: por un lado, la movilización del 7 agosto en la que unas 100 000 personas recorrieron los 13 kilómetros que separan el santuario de San Cayetano en el barrio porteño de Liniers hasta la Plaza de Mayo; y en segundo lugar, la movilización 18 de noviembre junto a la Confederación General del Trabajo (CGT) en la que unas 200 000 personas colmaron la Plaza del Congreso de la Nación. Dicha ley, que finalmente fue aprobada el 14 de diciembre de 2016, prevé la creación de un Registro Nacional de la Economía Popular y el establecimiento de un Salario Social Complementario para los trabajadores inscriptos en él³.

Este conjunto de acciones visibilizaron en los medios, en la academia y, sin lugar a dudas, en las calles la problemática de los trabajadores de la denominada *economía popular*, aquellos que las estadísticas y el sentido común suelen englobar bajo denominaciones como “precarios”, “informales”, “subempleados”, “de subsistencia”⁴. Se trata de un universo de trabajadores sumamente heterogéneo que a pesar de sus diferencias y gracias a la acción de

¹El informe posterior sobre el período confirmó las estimaciones. Hacia el tercer trimestre de 2016, la pobreza creció del 29% al 32,9%, lo cual significó un aumento de 1,5 millones de “nuevos pobres”. Por su parte, los índices de indigencia mostraron que esta condición alcanzó al 6,9% de la población, dando cuenta de un aumento de alrededor de 600 mil personas en situación de indigencia entre 2015 y 2016 (Observatorio de la Deuda Social Argentina, 2017)

²Utilizo comillas para citar el discurso directo de mis interlocutores o de los autores consultados y cursiva para categorías sociales (Rockwell, 2009). Los nombres de las organizaciones son reales en función del acuerdo establecido con quienes las integran. En cambio, los nombres propios de las personas –exceptuando a aquellos que son figuras públicas- han sido modificados para respetar la confidencialidad. También han sido modificados los nombres de los barrios ubicados en la Zona Sur de la Provincia de Buenos Aires.

³Ley 27345. Publicada en el boletín oficial el 23/12/2016. Disponible en: <https://www.boletinoficial.gob.ar/#!DetalleNormaBusquedaAvanzada/11514825/null>

⁴ El informe Barómetro de la Deuda Social de la Universidad Católica señala que para el 2015 un 52,5% de los ocupados se encontraba en una situación de empleo precario o subempleo, es decir, que no se cumplía con por lo menos uno de los derechos laborales. Este tipo de empleo “de baja calidad” tiene una incidencia mucho más elevada –ascendiendo a un 82,2%- en el sector micro-informal de la economía. Además, el informe establece que alrededor de 3 millones de personas -un 15,6% de la PEA- garantizaba su subsistencia mediante “changas, actividades de escasa productividad o contraprestaciones de programas de empleo” (Observatorio de la Deuda Social Argentina,2016).

organizaciones y militantes populares, se nuclearon en organizaciones con una gran capacidad de movilización y demanda entre las cuales se destaca la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP).

La CTEP se conformó en el 2011 a partir de la confluencia de un conjunto de organizaciones populares, muchas de las cuales tienen una larga trayectoria de lucha contra las políticas neoliberales de los años 90⁵. Quienes la integran la definen como un *sindicato* que representa a aquellos que siendo “excluidos” del mercado de trabajo (formal) “se inventaron el trabajo para sobrevivir”: empresas recuperadas, cooperativas de “cartoneros”, vendedores ambulantes, ferias populares, cooperativas impulsadas por organizaciones o movimientos sociales y cooperativas conformadas en el marco de programas estatales⁶. En diciembre de 2015 la CTEP obtuvo el reconocimiento como personería social por parte del MTEYSS, pero todavía continúa demandando su reconocimiento como personería gremial⁷.

El surgimiento de la CTEP debe entenderse en el marco de las transformaciones económicas, sociales y políticas de la Argentina reciente. La asunción de Néstor Kirchner a la presidencia en 2003 marcó el comienzo de un período de crecimiento económico y cambio sociopolítico que desde la academia fue definido como parte del “giro a la izquierda”, “post neoliberal” o “progresista” de los gobiernos latinoamericanos (Grugel y Riggirozzi, 2012; Beasley Murray *et al*, 2009; Arditi, 2008, 2009). En escasos años, atrás había quedado la imagen de la “crisis” que dominó los debates tanto sociales como académicos sobre el período de la post-convertibilidad entre 1999 y 2001. Hacia el año 2008, el desempleo disminuyó notoriamente y mejoraron tanto el poder adquisitivo del salario como la distribución del ingreso⁸. Sin embargo, a pesar de los avances del período, un amplio sector de la población encontró limitadas posibilidades de acceder a un trabajo estable y con derechos. Tal como ha señalado

⁵Las organizaciones que participaron de su fundación fueron el Movimiento Evita, el Movimiento de Trabajadores Excluidos y el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas. Posteriormente se unieron otras organizaciones como la Organización Social y Política Los Pibes, Patria Grande, Seamos Libres, el Movimiento Popular la Dignidad, el Movimiento Nacional Campesino Indígena, la Garganta Poderosa, entre otras.

⁶A septiembre de 2016 la CTEP contaba con 24121 afiliados a la Mutual Senderos, su propia obra social. Esta cifra no expresa la totalidad de los trabajadores pertenecientes a la CTEP, sino solamente a aquellos que estando inscriptos en el Monotributo Social derivan sus aportes para ser atendidos por la Mutual. Por ello, se estima que el número total de integrantes de la CTEP es en realidad mucho mayor.

⁷ Ver Grabois, (S.F.) *LA PERSONERÍA SOCIAL Perspectivas en torno al nuevo régimen de agremiación para los trabajadores de la economía popular*. Disponible en: Grabois, J. (s. f). Personería social: perspectivas en torno al nuevo régimen de agremiación para los trabajadores de la economía popular. Buenos Aires: Universidad de Derecho. Recuperado de http://www.ctepargentina.org/wp-content/uploads/2017/09/personeria_social.pdf

⁸ Hasta el año 2009 – momento en que se desata la crisis financiera internacional- el crecimiento del PBI a tasas de casi el 9% anual se tradujo en una disminución del desempleo que pasó del 21,5% en 2002 a un 7.3% hacia fines de 2008 (Neffa *et al*, 2010). En esta tendencia sin dudas influyó la recuperación industrial y la creación de puestos laborales: en 2008 la industria ocupaba 40,3% más trabajadores que en 2002 (Azpiazu y Schorr, 2010). Además, el ingreso per cápita familiar aumentó en un 75% entre 2002 y 2010, hecho que se explica no solamente por la recuperación del empleo sino también por una serie de políticas públicas que fortalecieron los componentes no laborales del ingreso de los hogares: fundamentalmente la actualización de haberes jubilatorios y la Asignación Universal por Hijo (Beccaria y Maurizio, 2012).

Verónica Gago (2014) se produjo durante el período una recomposición del mundo del trabajo bajo formas informales, ilegales o serviles que se conectaron de maneras diversas con el “crecimiento económico”⁹.

En este contexto se desarrollaron nuevas formas de intervención estatal que a diferencia de las políticas “asistenciales” o “focalizadas” de los años 90’, se orientaron a combatir la informalidad y extender “derechos” promoviendo la “inclusión” de las personas en situación de “vulnerabilidad social” a través de la creación de cooperativas de trabajo y otras formas de formalización del trabajo individual o familiar. En este sentido se destacaron, por un lado, aquellas políticas que buscaron generar “trabajo genuino” promoviendo el trabajo asociativo o el autoempleo en lo que desde el Estado y la academia se denominó “Economía Social” (Hintze, 2007; Massetti, 2011; Danani, 2012; Grassi, 2012). Las más extendidas de estas políticas fueron el programa “Manos a la Obra” y “Argentina Trabaja” (implementados en 2003 y 2009 respectivamente) orientados a la creación de cooperativas. En segundo lugar, vale señalar aquellas políticas que extendieron derechos tradicionalmente garantizados para los trabajadores formales (Danani y Hintze, 2010). Entre estas se destacaron la Asignación Universal Por Hijo que extendió las asignaciones familiares a los trabajadores informales o desempleados¹⁰; y el Monotributo Social¹¹ que buscó registrar a los trabajadores informales otorgándoles la posibilidad de emitir facturas, jubilarse y acceder a una obra social.

En este marco la creación de la CTEP expresó un cuestionamiento a la narrativa estatal de crecimiento económico en la medida que tal como sostuvieron sus dirigentes “desarrollo y crecimiento no es igual a trabajo y dignidad”¹² para el conjunto de la clase trabajadora. Si bien las organizaciones que confluyeron en este espacio provenían de diversas tradiciones políticas y tuvieron una gran diversidad de posicionamientos frente a los gobiernos de Néstor

⁹ En efecto ciertos sectores en los que ha predominado el trabajo informal se beneficiaron del notable crecimiento del mercado interno abocándose exclusivamente a su aprovisionamiento. A este respecto, la industria textil ha sido un caso paradigmático. Según un informe elaborado por la OIT (Bertranou *et al*, 2013) tras la crisis del 2001 este sector mostró un notable auge y sin embargo solo el 22% de los trabajadores dedicados a la confección de prendas de vestir estaba registrado. El resto se dividió entre trabajadores informales y otras formas de precariedad laboral como el trabajo esclavo en talleres de confección.

¹⁰ La Asignación Universal por Hijo (AUH) es un seguro social implementado en 2009 que se le otorga a los hijos de las personas que están desocupadas, trabajan en la economía informal con ingresos iguales o inferiores al Salario Mínimo, Vital y Móvil, monotributistas sociales, trabajadores del servicio doméstico, trabajadores por temporada en el período de reserva del puesto o perciban planes sociales. El cobro de la AUH requiere la acreditación anual de escolarización y controles de salud de los niños. Fuente: <https://www.anses.gov.ar/prestaciones/asignacion-universal-por-hijo-auh/>

¹¹ El Monotributo Social es un régimen de inscripción tributaria subsidiado por el Estado creado en el año 2004 como parte de las políticas de fomento a la “economía social”. Permite “registrar” actividades laborales desarrolladas de manera independiente o en cooperativas. Al inscribirse las personas tienen acceso a aportes jubilatorios, obra social y la emisión de comprobantes de sus transacciones (facturas). El Estado subsidia los aportes jubilatorios. Fuente: <http://www.desarrollosocial.gob.ar/wp-content/uploads/2015/06/2.-Qu---es-el-Monotributo-Social.pdf> Ver capítulo 5 para más detalles.

¹² Emilio Pérsico y Juan Grabois: *Cuadernos de formación para trabajadores, militantes, delegados y dirigentes de organizaciones populares*. Cuaderno 1: “Nuestra Realidad”. CTEP, Abril 2014.

Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011 y 2011-2015), compartían una forma de hacer política cuyo eje fue el desarrollo de experiencias de producción y/o comercialización de bienes o servicios que reunieron a trabajadores de sectores populares y militantes de las organizaciones.

El desarrollo de estas iniciativas sin duda se vio favorecido por las políticas mencionadas. En este contexto, y como señaló María Inés Fernández Álvarez (2010), para las organizaciones “crear cooperativas” y “presentar proyectos” configuró una forma de hacer política en la que los lenguajes asociados al trabajo fueron fundamentales para legitimar demandas y disputar recursos del estado. En efecto, la mayoría de estas experiencias fue registrada bajo la figura de “cooperativa” independientemente de haber sido o no creadas por los programas estatales mencionados¹³.

Asimismo, la creación de estas experiencias de trabajo popular supuso la continuidad de un proceso más largo de demanda por trabajo "digno" que numerosas organizaciones venían llevando adelante desde mediados de los 90' en contraposición al carácter de los programas asistenciales de empleo implementados por aquellos años¹⁴ (Fernández Álvarez y Manzano, 2007). Sin embargo, la nueva coyuntura permitió la profundización de este proceso en la medida que el trabajo y la lucha por *derechos* cobró renovada centralidad. Para quienes integran la CTEP la categoría de *economía popular* engloba a un conjunto heterogéneo de trabajadores no asalariados señalando que su producción forma parte de las cadenas de valor de la economía “real” aun cuando sus integrantes están excluidos de los sistemas de protección social. En este sentido, la CTEP creó una demanda por *derechos* laborales – aguinaldo, vacaciones, obra social, etc. - para los trabajadores de la *economía popular* en tanto “sector” de la clase obrera sin posibilidades de acceder a un empleo asalariado y estable. De allí los términos en los que fue planteada la Ley de Emergencia Social mencionada previamente y que proponía conceptualizar a las política estatales para el sector como “salario”, es decir, como un complemento a los ingresos que obtienen los trabajadores de la *economía popular* a través de su trabajo directo. Se trata de una formulación que enfatiza su condición de trabajadores y que debe entenderse en el marco de miradas sociales estigmatizantes que pesan sobre quienes integran este universo y que oscilan entre considerarlos “vagos” o “piqueteros” que cobran planes sociales sin trabajar, o “víctimas” sin

¹³Para dimensionar la magnitud de este fenómeno, entre 2003 y 2012 se registraron 13.814 cooperativas de trabajo. Entre ellas, 11400 fueron creadas a través de la ley 3026 y 205 fueron empresas recuperadas por sus trabajadores (Acosta, Levin y Verbeke, 2013). Además, entre el año 2009 y el 2012 a través del Programa Argentina Trabaja se constituyeron 6267 cooperativas – en su mayoría localizadas en el conurbano bonaerense- y en las que participaron aproximadamente unos 200.000 trabajadores (Arcidiácono *et al*, 2014).

¹⁴ En este sentido, se destacaron la formación de cooperativas como resultado de procesos de recuperación de empresas (Fernández Álvarez, 2007; Rebón 2007; Ruggeri, 2009) y la puesta en marcha de emprendimientos productivos impulsados por organizaciones territoriales (Quirós, 2011; Manzano, 2013; Dinerstein, 2014).

capacidad de agencia que caen presos de punteros políticos o empresarios que los esclavizan (cuyo ejemplo paradigmático ha sido el de los talleres textiles).

La apuesta política por la construcción de un *sindicato* que los represente también se tradujo en importantes desarrollos tendientes a la producción de *derechos* para los trabajadores. Entre ellos se destaca la creación de una obra social propia: la Mutual Senderos. A septiembre de 2016 a través de la mutual se atendían 24121 afiliados en diversos centros de atención propios y contratados, tanto en la capital como en el interior del país. Esta mutual se financia con el aporte de los trabajadores inscriptos al régimen del Monotributo Social.

En síntesis, la construcción política de la CTEP pone en cuestión que el trabajo asalariado sea la condición para el acceso a plenos derechos en un contexto en el que dicha modalidad de empleo es más bien una excepción y no la norma. En efecto, tal como ha señalado Munck (2013), en el Sur global se trata de una realidad que lejos de poder ser descripta como “nueva” ha caracterizado históricamente a gran parte de su población trabajadora. Sin embargo, lejos de ser una particularidad del contexto argentino o de los países del sur, numerosos autores han señalado que en la actualidad la precariedad y el empleo “inseguro” constituye una condición compartida que une los destinos de crecientes masas de poblaciones en todo el mundo (Neilson y Rossiter, 2008; Comaroff y Comaroff 2012; Munck, 2013). En Europa y EEUU, por ejemplo, la experiencia de la precariedad ha sido denunciada y convertida en objeto de problematización por parte de movimientos y procesos de organización diferentes que reunieron desde jóvenes universitarios sin empleo, migrantes sin papeles, activistas de tradición autonomista, hasta sectores de los sindicatos. Así, procesos de movilización como el Euro May Day, el movimiento Occupy o el 15M en España tomaron a la precariedad como bandera denunciando el fracaso del sistema económico para proveer trabajo, bienestar y un sentido de futuro para las mayorías (Neilson and Rossiter, 2005).

En este contexto, y fundamentalmente tras la crisis internacional del 2008-2009, la noción de *precariedad*¹⁵ se ha convertido en un eje de debate en ámbitos académicos y políticos. En particular, en esta tesis recupero una línea de estudios que desde las ciencias sociales han propuesto a la *precariedad* como una categoría analítica que permite conceptualizar de manera articulada una experiencia relativa tanto a las condiciones y los regímenes de trabajo como a aspectos vinculados a la vida: la subjetividad, la afectividad, la socialidad y el deseo (Millar, 2014). En este sentido, algunos autores han propuesto pensar dicha experiencia más allá de la escasez material o la falta de empleo (Das y Randeria, 2015; Denning, 2011)

¹⁵Vale señalar que en esta tesis la categoría de precariedad será entendida de un modo diferente al que se le otorgó en los estudios de sociología del trabajo como una categoría que refiere a las condiciones de empleo en relación con la emergencia de nuevas formas de contratación flexibles (Ver Barattini, 2009; Battistini, 2009; Abal Medina y Diana Menéndez, 2011; Wyczykier, 2012; Abal Medina, 2015).

contribuyendo a documentar los modos en que estas poblaciones han desarrollado novedosas estrategias de subsistencia, demandas y formas de organización política (Nartozky y Besnier, 2014; Das y Randeria, 2015; Ferguson, 2015; de L'Estoile, 2014) que han permitido expandir creativamente el horizonte de posibilidades en sus vidas (Fernández Álvarez, 2016b). Recuperando esta perspectiva, esta tesis analiza las prácticas colectivas desplegadas por organizaciones que integran la CTEP y que han buscado politizar experiencias de precariedad en la Argentina reciente. Esta tesis y las preguntas que le dieron origen se inscriben en el trabajo de investigación desarrollado por el equipo del que formo parte en Argentina dirigido por la Dra. María Inés Fernández Álvarez y que se propone contribuir al conocimiento de las formas en que conjuntos subalternos desarrollan colectivamente prácticas creativas para atender a la (re)producción de la vida desde experiencias de precariedad¹⁶.

La economía popular de cerca

Entre junio de 2013 y octubre de 2016 he desarrollado trabajo de campo sistemático junto a tres espacios que integran la CTEP: en primer lugar la Organización Social y Política Los Pibes (en adelante Los Pibes), una organización territorial del barrio porteño de La Boca; en segundo lugar junto a la secretaría de Formación del *sindicato* colaborando con el dictado de talleres de formación política; y por último junto a militantes y trabajadores/as de una cooperativa textil ubicada en un municipio de la zona sur de la Provincia de Buenos Aires. Este recorrido, aparentemente azaroso, me ha permitido en el curso de cuatro años conocer en profundidad la multiplicidad de procesos organizativos y experiencias de vida que contribuyeron a crear la *economía popular* como un campo de acción política y a la CTEP como su herramienta reivindicativa para la *conquista de derechos*. A continuación quiero desandar el camino recorrido durante esta investigación para comenzar a desplegar el modo en que las experiencias compartidas durante el trabajo de campo fueron dando forma las preguntas y desplazamientos principales que estructuran esta tesis.

¹⁶Proyectos PICT “Prácticas políticas colectivas, modos de gobierno y vida cotidiana: etnografía de la producción de bienes, servicios y cuidados en sectores subalternos” 2016-2019. Código PICT 2015- 0659, Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica; Proyecto UBACYT “Etnografía de procesos de organización colectiva del trabajo en sectores subalternos: entre lógicas racionales, prácticas creativas y dinámicas políticas”, programación 2014-2016, Instituto de Ciencias Antropológicas, FFYL, UBA; Proyecto de investigación PIP (Proyecto de Investigación Plurianuales) 11220120100220CO “Estado, sectores subalternos y vida cotidiana. Etnografía de procesos políticos colectivos del trabajo, la tierra y la vivienda”, CONICET, programación 2013-2015. Estos proyectos son dirigidos por la Dra. María Inés Fernández Álvarez y forman parte del Programa “Procesos de reconfiguración estatal, resistencia social y construcción de hegemonías” radicado en el Instituto de Ciencias Antropológicas, UBA.

El 20 de junio de 2013 me acerqué por primera vez a una actividad organizada por Los Pibes. Iniciaba por ese entonces mi doctorado y estaba interesada en llevar adelante mi investigación en torno al desarrollo de experiencias de trabajo de sectores populares en el marco de organizaciones políticas. Aquel día Los Pibes organizaba un guiso en Parque Lezama con motivo del día de la bandera. A través de la radio abierta instalada por los militantes de la organización, dos integrantes de la Asamblea del Parque Lezama explicaron que la elección del lugar no fue antojadiza: “La defensa del Parque Lezama se ha convertido en los últimos meses, en una bandera más de lucha de las organizaciones populares contra la mercantilización de los espacios públicos del Mal Gobierno de Mauricio Macri”. Tan solo dos días después recorrería junto a uno de sus militantes “históricos” sus espacios de trabajo, vida y militancia en el barrio de La Boca. En nuestro recorrido nos detuvimos a conversar con quienes llevaban adelante cada uno de los “emprendimientos” de la *economía popular* que en ese momento sostenía la organización: una radio comunitaria (FM Riachuelo), una cooperativa textil (Coop. Textil Federal Los Pibes) y una cooperativa de vivienda (Cooperativa de Vivienda los Pibes).

Los Pibes es una organización territorial con una trayectoria de lucha que se remonta a mediados de los años noventa, momento en el que comenzaron a expandirse por todo el territorio argentino numerosos procesos de movilización y protesta social que expresaban una demanda por la intervención del estado frente a los altos niveles de desempleo y pobreza registrados (Merklen, 2005; Manzano, 2008; Svampa y Pereyra, 2009; Massetti, 2009). Los integrantes de esta organización sitúan su nacimiento el 25 de mayo de 1996. Quienes impulsaron su formación se conocían previamente por haber compartido una experiencia de ocupación y resistencia al desalojo de las ex Bodegas Giol desde 1991. Luego del desalojo que se produjo en 1994, un grupo de militantes que se habían acercado a las familias de las bodegas para impulsar un proceso de organización –algunos de ellos estudiantes universitarios- y 5 de las familias desalojadas llegaron al barrio de La Boca, un barrio históricamente habitado por familias de sectores populares¹⁷. Desde entonces sus actividades de militancia se han orientado a mejorar las condiciones de vida en el barrio desarrollando numerosas actividades abiertas a la comunidad lo que les permitió constituirse como una

¹⁷El barrio de La Boca se caracteriza por la multiplicidad de expresiones del hábitat popular que alberga: desde conventillos y casa de inquilinato, pensiones, casas y edificios modestos, e incluso ranchos y casillas (Herzer *et al*, 2011). Según un estudio realizado por el Área de estudios Urbanos del Instituto Gino Germani de la UBA, en el año 2008 sobre una muestra de 431 inmuebles un 29,5% de los hogares presentaba niveles críticos de hacinamiento. Además, un 48,7% de los hogares eran inquilinos – presentándose numerosos casos de alquileres sin contrato formal- y un 22,2% eran ocupantes de hecho, por cesión o préstamo, o propietarios únicamente de la vivienda en terrenos mayoritariamente de propietarios particulares o de propiedad pública (Herzer *et al*, 2011). Tal como ha documentado dicho estudio, desde mediados de la década del 90’ se registra en el barrio un proceso de renovación urbana que tendió al desplazamiento de sus pobladores. Al día de hoy la problemática de los desalojos continúa en aumento.

organización de referencia para vecinos, militantes, organizaciones sociales, políticos y agencias estatales.¹⁸

Durante sus primeros años la organización se propuso dar respuesta a un problema y una “necesidad urgente”: la alimentación de sus familias. Para ello organizaron un merendero que funcionaba los fines de semana y feriados –los días que los chicos no iban a la escuela- y posteriormente organizaron el “reparto”: la distribución semanal de alimentos para cada familia. A partir de esta experiencia comenzaron a organizarse para afrontar otros problemas comunes como la vivienda y la desocupación. Desde el año 2001 al 2004 Los Pibes integró la Federación de Tierra y Vivienda (FTV), uno de los movimientos de trabajadores desocupados más activo durante el período. Desde entonces la organización fue adquiriendo una gran capacidad de acción y movilización en/desde el barrio lo que les permitió establecer relaciones con diversos organismos estatales y acceder a “planes” y programas. Por aquellos años, nacieron los primeros “emprendimientos”: galletitas, textil, serigrafía, etc. Paralelamente la organización ha participado de numerosas acciones de lucha por el *derecho* a la vivienda, incluyendo las movilizaciones por la declaración de la Emergencia Habitacional en La Boca hacia mediados de los 90’, y posteriormente por la sanción de la Ley 341 de Autogestión de la Vivienda en la Ciudad de Buenos Aires que fue aprobada en el año 2000. A través de esta ley, Los Pibes construyó la Cooperativa de Vivienda Los Pibes que hoy alberga a 33 familias de la organización.

En mayo de 2013 la incorporación de Los Pibes a la CTEP movilizó intensas reflexiones sobre la nueva escala que debían tomar estas iniciativas. Al mismo tiempo algunas de las áreas de la organización, como política alimentaria y prensa y comunicación, iniciarían en ese momento el proceso de “empezar a funcionar como emprendimientos de la economía popular” a partir de conformarse como cooperativas. Posteriormente en marzo de 2014 se inauguraría el Paseo de la Economía Popular Martín Oso Cisneros, un mercado en el que se comercializan productos provenientes de otras organizaciones o cooperativas de la *economía popular*.

Hasta diciembre de 2015 – y posteriormente con menor intensidad- acompañé a los integrantes de Los Pibes en sus actividades cotidianas en la “fábrica” – como se denomina a la sede central de la organización - y en la cooperativa de vivienda, participé de

¹⁸Cabe destacar que entre junio de 2006 y abril de 2007 un dirigente de la organización fue designado al frente de la “Unidad de coordinación de la *mesa de enlace* con Organizaciones Territoriales Urbanas” del Ministerio de Derechos Humanos y Sociales del GCBA, un espacio institucional creado por GCBA para favorecer la participación de las organizaciones populares en la elaboración, el análisis y la aplicación de políticas públicas en los territorios. Esta experiencia se analiza en el capítulo 6. Ver también Massetti, 2009b.

movilizaciones, jornadas de formación y reflexión, asambleas, actividades especiales de conmemoración y reuniones internas, con otras organizaciones o con funcionarios.

Fue a través de uno de los dirigentes de la organización Los Pibes que en octubre de 2014 comencé a participar de la Diplomatura en Organización Comunitaria y Economía Popular. Unos meses antes algunos integrantes de Los Pibes habían realizado este curso de formación dictado por integrantes de la Secretaría de Formación de CTEP -en su mayoría militantes del Movimiento de Trabajadores Excluidos (en adelante MTE)- y certificado a partir de un convenio con la Universidad de San Martín. Participar de este espacio, al que tiempo después me incorporé como colaboradora dando los talleres de formación junto a otros militantes del *sindicato*, fue también central para la realización de esta tesis. Allí conocí a trabajadores y militantes de todas las ramas¹⁹ de la *economía popular*, de una infinidad de unidades productivas y organizaciones, y provenientes de diversos puntos de la capital y el conurbano bonaerense. Además, en enero y julio de 2015 tuve la posibilidad de acompañar a dos contingentes a una formación intensiva de una semana en la escuela nacional de formación de la CTEP en San Martín de Los Andes: la Escuela Nacional de Organización Comunitaria y Economía Popular (ENOCEP).

El MTE es un movimiento que desde el año 2002 agrupa a cartoneros y recicladores que trabajan en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Desde sus inicios ha buscado la conquista de *derechos* para los trabajadores que llevan adelante esta actividad y desde el año 2008 lograron que las cooperativas pasaran a formar parte del sistema público de recolección de residuos a través de la implementación del Sistema de Gestión Social del Reciclado²⁰. Hacia fines del año 2015 y comienzos del 2016, el movimiento había iniciado la tarea de organizar a trabajadores de actividades afines como los carreros, pero también de actividades aparentemente muy disímiles como los trabajadores textiles. Sin embargo, éstos últimos compartían una serie de circunstancias comunes con los trabajadores cartoneros: elevados niveles de informalidad, incumplimiento de derechos laborales, condiciones insalubres de labor y situaciones de recurrente hostigamiento hacia los trabajadores por parte de la policía o de los organismos estatales de control²¹.

Durante mi participación en la secretaría, los militantes que llevaban adelante las actividades de formación me contaron del desarrollo de estos recientes procesos de organización y a

¹⁹La CTEP ha buscado organizar a sus trabajadores y unidades productivas por "ramas", es decir, en función de la actividad económica principal desarrollada: textil; empresas recuperadas; cartoneros, carreros y recicladores; infraestructura social y vivienda; rural y trabajadores del espacio público.

²⁰ Al día de hoy el movimiento aglutina a casi 2000 trabajadores cartoneros organizados en cooperativas.

²¹ Actualmente el MTE también se divide en "ramas" de actividad: Rural, Textil, Carreros y cartoneros, e Infraestructura social.

través de ellos llegué a conocer a quienes conforman la Cooperativa Textil Laguna, ubicada en el municipio de Lomas de Zamora, zona sur de la Provincia de Buenos Aires. Ésta había sido una de las primeras cooperativas textiles impulsadas por el movimiento. Específicamente está ubicada en el medio de dos barrios que fueron creados a partir de tomas de tierra recientes: el más antiguo de los dos, el Barrio La Laguna, tiene aproximadamente 10 años y alberga unas 500 viviendas en un predio de 20 manzanas. Por su parte, el Barrio Caballero se conformó en 2008 y creció muy rápidamente hasta tener unas 4500 viviendas distribuidas en predio de 114 hectáreas²².

La primera vez que me acerqué a su espacio de trabajo en julio de 2016 –el “Polo” como lo denominan trabajadores y militantes- fue en el marco de un curso de formación en costura que darían los trabajadores del Polo para un grupo de compañeros²³ de la CTEP de la Patagonia, principalmente de San Martín de los Andes y el Bolsón, que estaban iniciándose en el oficio para conformar en sus respectivos lugares sus propias cooperativas. En “el Laguna”, en cambio, la cooperativa había sido impulsada por militantes del MTE junto a un grupo de trabajadores en su mayoría migrantes de Bolivia y Paraguay que conocían muy bien el oficio.

Los trabajadores que se reunieron para conformar el polo producían principalmente indumentaria para fabricantes o intermediarios que luego comercializan las prendas en ferias como La Salada, uno de los centros comerciales informales más grandes de América Latina. Desde su conformación uno de sus objetivos centrales ha sido dejar de trabajar individualmente para estos intermediarios. A pesar de que se multiplicaron los trabajos realizados en conjunto, “los trabajos de la cooperativa” como los denominan a diario, continúan complementando sus ingresos trabajando para sus antiguos patrones. Sin embargo, la conformación del polo les permitió avanzar sobre otro de sus objetivos principales: dignificar las condiciones de labor, incluyendo la seguridad e higiene que repercuten en la salud de los trabajadores y permitiéndoles trabajar fuera del hogar familiar. De allí que la principal bandera de la organización es “Polo para trabajar, casa para habitar”. Desde mayo hasta noviembre de 2016 los acompañé en sus días de trabajo en el Polo, en capacitaciones de programas estatales, operativos de inscripción al Monotributo Social,

²²En el Municipio de Lomas de Zamora 51038 familias viven en villas y asentamientos precarios. Se trata del segundo municipio después de La Matanza que tiene un total de 53324 en esta condición (Registro Provincial de Villas y Asentamientos Precarios, Subsecretaría Social de Tierras Urbanismo y Vivienda, Provincia de Buenos Aires). Tanto el barrio Caballero como el Laguna están ubicados sobre terrenos inundables, sus habitantes no poseen títulos de propiedad y no tienen acceso a servicios básicos como gas, agua, cloaca, gestión de residuos. Ambos cuentan con una provisión limitada de energía eléctrica que, aunque provista de manera gratuita por la empresa, muy a menudo se sufren cortes en el suministro.

²³La categoría *compañero/a* refiere a una persona reconociendo que ambos pertenecen al mismo colectivo –real o imaginario- y que ambos comparten un objetivo político común. Se trata de una categoría política y fuertemente afectiva que subraya la fuerza y el valor del vínculo construido entre ambos.

reuniones, movilizaciones y jornadas en el merendero del barrio. A su vez, tuve la oportunidad de acompañar actividades desarrolladas junto a otros “polos” que integran la rama textil del movimiento. Durante todo el año 2016 se conformaron 5 polos, 4 en la capital y 1 en la zona sur del conurbano bonaerense. El del Laguna había sido el primero, “una punta de lanza” como me repitieron los militantes varias veces, que buscaría por un lado “mostrarle a otros grupos que es posible”, pero también les permitía tener una experiencia acumulada sobre cómo hacerlo para luego poder replicarlo con otros grupos de trabajadores.

Este recorrido y mi involucramiento con estos tres espacios me permitieron en primer lugar capturar la centralidad que tuvieron las prácticas de militancia en la construcción cotidiana tanto de los espacios de trabajo como de la CTEP. Durante mi trabajo de campo tuve la oportunidad de acompañar a militantes y trabajadores en el proceso de creación de numerosos proyectos, cooperativas, iniciativas, campañas. Pude notar cómo sus objetivos y sus modos de organizarse cambiaron de forma, cómo se reorientaron energías en función de circunstancias cambiantes. Sin embargo, más allá de los cambios de rumbo, una tarea constante marcó el ritmo de estos procesos: la búsqueda por construir “organización” –y en última instancia “poder popular”- negociando para ello sus diferencias, construyendo acuerdos y reglas colectivas en pos de producir la “unidad” entre sus miembros. En este sentido un primer eje de análisis que estructura esta tesis implica desplazar la mirada de los movimientos, organizaciones o cooperativas como entidades totalizantes para atender a las prácticas de militancia como formas de “hacer juntos/as” recuperando la categoría propuesta por M.I. Fernández Álvarez (2016). Esta mirada me permitió capturar por un lado, el carácter contingente y fluido de aquello que se producía en ese hacer y al mismo tiempo el trabajo político y pedagógico de construir *colectivo*, un trabajo atravesado por afectos y emociones y vivido a través del cuerpo (2016). Desde esta perspectiva entonces, esta tesis buscará interrogar aquello que para mis interlocutores implicó la militancia en la *economía popular* analizando las prácticas, emociones y valores puestos en juego en la producción de sujetos individuales y colectivos.

En la organización Los Pibes las prácticas de militancia se orientaron activamente convertir sus “áreas” políticas en espacios de generación de trabajo en la *economía popular*. En cambio, la creación de la cooperativa textil y del Polo constituyó un primer paso en la construcción de una forma de organización política y sindical entre trabajadores previamente no organizados. Este esfuerzo luego se multiplicó junto a otros grupos de trabajadores en distintas zonas confluyendo en la conformación de la “rama” textil dentro del movimiento. También las actividades de la secretaría de formación fueron particularmente importantes para comprender el trabajo militante de construcción de la CTEP. Si por un lado se trató de

una instancia sostenida a partir del esfuerzo militante de talleristas y coordinadores, además estas actividades buscaron promover una conceptualización común entre militantes y trabajadores sobre aquello que constituye la *economía popular* y la importancia de la CTEP en la lucha por los *derechos* de los trabajadores del sector.

Más allá de sus diferencias, aquello que aunaba a estas prácticas y formas de militar era la búsqueda por poner en cuestión cómo funciona lo que entendemos por “economía” lidiando para ello con las dificultades y limitaciones que impone el mercado y disputando recursos del estado. En efecto, la cotidianeidad de estas experiencias de la *economía popular* estaba modelada por “encuentros” cotidianos con el estado: tanto por la interacción cotidiana con funcionarios estatales como con diferentes dispositivos de intervención estatal. Pero también la imaginación de proyectos a futuro estaba vinculada a la presentación de “proyecto” frente a diferentes organismos del Estado, en gran medida dado que la obtención de recursos económicos era fundamental para mejorar las condiciones de vida y trabajo en el presente y poder concretar esos “proyectos”. El carácter esporádico de dichos “proyectos” y el arduo trabajo que requería lidiar con la burocracia ponían a menudo esos planes en suspenso.

Sin embargo, lejos de ser momentos de quietud, en la vertiginosa temporalidad que se abría entre el presente y el futuro que se buscaba construir, sus prácticas de militancia producían “lo posible”, una expresión que me fue repetida incansablemente para designar aquello que a sus ojos constituía el núcleo de la acción política. En ese tiempo abierto en el mientras tanto, en lo que M.I Fernández Álvarez conceptualiza como el “transcurrir” de los procesos políticos colectivos, en pos de los sueños colectivos, las personas “hacen juntos/as”, imaginan, crean proyectos y buscan ampliar el horizonte de los posibles en el marco de relaciones de hegemonía (2016b: 256). En este caso, para ampliar dicho horizonte militantes y trabajadores pusieron en marcha procesos de experimentación política que suponían formas de conocimiento situadas; la producción de bienes materiales, espacios y relaciones afectivas; así como también de relaciones con funcionarios públicos.

En ese mientras tanto, la *economía popular* se mostraba antes que como una noción estática como una categoría que adquiriría sentidos o matices particulares en función de historias locales de organización y de experiencias de vida diferentes. Un elemento sin embargo era inequívocamente asociado a la *economía popular*: las “cooperativas”. Pude observar que gracias a las relaciones establecidas con militantes y funcionarios públicos, estas “cooperativas” habían pasado a formar parte del horizonte de posibilidades para muchos de mis interlocutores. Formaban parte de un lenguaje cotidiano que condensaba proyectos políticos colectivos, esperanzas de mejorar las propias condiciones de vida en el futuro y también modos de hacer en el presente. Así por ejemplo, mientras que algunos enfatizan más

a menudo que la cooperativa era una forma de lucha y militancia, para otros permitía afirmar la propia dignidad como trabajador, o era una vía para generar un ingreso monetario, para sentirse útil y tener actividades fuera del hogar, o incluso para mejorar el barrio. En efecto, la cotidianeidad de estas experiencias evidenciaba que para las personas no se trataba solamente de espacios en los que trabajar o militar sino que también estaban atravesados por relaciones fuertemente afectivas y de cuidado, algo que se expresaba cotidianamente a través de la metáfora del hogar: “Acá es donde quiero estar porque esto es mi casa”, o incluso hablándome a mi “Sentite como en tu casa”. Se trata de alusiones a un imaginario del cuidado y el afecto del hogar o la familia que si bien pueden parecer meramente discursivas, encontraban también su correlato en formas de organizar y resolver colectivamente la vida: ya sea el cuidado de los hijos, compartir angustias y problemas personales, hacer frente a la operación de un familiar, garantizar alimento en el trabajo y en la casa, etc.

Esto me lleva a un segundo desplazamiento central en la construcción de esta tesis. Inicié una investigación sobre iniciativas de trabajo de sectores populares y durante el trabajo de campo puede observar que estas organizaciones politizaban desde sus prácticas cotidianas un conjunto más amplio de condiciones de vida en contextos urbanos - el trabajo, el cuidado, la vivienda, la recreación, etc. - desde aquello que se entendía por una *vida digna*. De manera que este segundo desplazamiento puede formularse en los siguientes términos: descentrar la mirada del trabajo para atender a la multiplicidad de formas en que se producen *derechos* y se logra la (re)producción de la vida. Este desplazamiento implicó atender no solo a cómo se organizó el trabajo en las iniciativas de la *economía popular*, sino también a las formas de producir y disputar el espacio urbano y barrial *luchando* por el acceso a una vivienda digna, la creación de espacios comunitarios y de recreación, la provisión de servicios públicos o el acceso a la titularidad de la tierra.

A partir de estos desplazamientos esta tesis se propone entonces un análisis etnográfico de las prácticas de militancia en la *economía popular* en el Área Metropolitana de Buenos Aires, atendiendo tanto al modo en que se producen y disputan *derechos* como a la creación de estrategias colectivas para la (re)producción de la vida.

Sobre el trabajo de campo etnográfico

Esta tesis propone un enfoque etnográfico que se basa en la construcción de datos a partir de la experiencia compartida durante el trabajo de campo (Rockwell, 2009). Este enfoque permite captar prácticas, relaciones y significaciones heterogéneas construidas por sujetos particulares en la vida cotidiana atendiendo a las experiencias sociales e históricas que

expresan (Achilli, 2005). Las particularidades que adquirió el trabajo de campo desarrollado para esta tesis se inspiró de las reflexiones emergentes de una línea de trabajo del equipo de investigación del que formo parte basado en un enfoque metodológico colaborativo (Fernández Álvarez y Carenzo, 2012). Este enfoque dialoga con el trabajo de un conjunto de antropólogos que desde distintas perspectivas -Investigación en colabor, co-teorización, investigación militante o activista, investigación acción- propusieron transformar las formas tradicionales de hacer etnografía junto a colectivos en lucha (Hale, 2006; Rappaport, 2007; Juris, 2008; Leyva Solano y Speed, 2008). Si bien mi proyecto doctoral no se desarrolló estrictamente en colabor, esta propuesta metodológica me invitaba a reflexionar sobre el modo en que me vincularía en el trabajo de campo. Me motivó a pensar que la garantía de llevar adelante una buena investigación etnográfica no estaría dada por la instauración de una distancia afectiva, política o profesional que mantuviera la separación entre el investigador en tanto productor de conocimiento y los sujetos de investigación como productores, en el mejor de los casos, de datos (Fernández Álvarez y Carenzo, 2012). Inspirada por estas reflexiones, desde los inicios de mi investigación –y luego a través de la multiplicidad de espacios con los que me vinculé- manifesté mi voluntad de desarrollar mi investigación contribuyendo al mismo tiempo al trabajo cotidiano de las organizaciones. Rápidamente asumí tareas y compromisos, fui evaluada por otros, acepté críticas sobre mi desempeño, opiné. *Hacer* en los mismos términos que todos hacían se constituyó como el principal medio de conocimiento y desarmó la tradicional distinción entre “hacer” y “pensar” como dominios que diferencian al investigador de los sujetos con quienes trabaja (Fernández Álvarez y Carenzo, 2012).

Con el tiempo, *hacer* permitió que fuera reconocida como *compañera* y estoy convencida que esto fue una condición indispensable para poder llevar adelante este trabajo. Pero no lo fue solamente para ser aceptada y poder permanecer o circular por los espacios cotidianos, sino fundamentalmente para la construcción del problema de investigación. La militancia en tanto experiencia e involucramiento particular con el mundo como *hombres* -y me permito añadir, mujeres- *totales* (Mauss, 1979) no puede ser “observada” desde una posición externa. Requiere que nos dejemos “afectar”, en el sentido que Jeanne Favret- Saada (2013) otorgó al término, por los proyectos o imaginarios de emancipación que nos propone. Siguiendo el trabajo de esta autora, “dejarme afectar” durante el trabajo de campo como instrumento de conocimiento implicó asumir los riesgos de una “participación” plena y atender a la intensidad afectiva que me produjeron ciertos eventos, situaciones o interacciones durante el trabajo de campo.

Sin duda “dejarme afectar” me tomó más tiempo que asumir tal o cual responsabilidad concreta. Al comienzo veía con cierto escepticismo –cuando no los consideraba directamente

imposibles- los singulares proyectos que mis interlocutores exponían y comenzaban a urdir lentamente. Eso no me impedía colaborar y llevar adelante unas cuantas tareas concretas que me propusieran. En numerosas oportunidades con diferentes palabras me explicaron que para militar, para involucrarse en la política hay que *creer* que algo -construir un edificio para vivir, armar una cooperativa para trabajar, marchar por una reivindicación, o incluso vender en pocas horas varias toneladas de pescado fresco- es *posible*, tener una firme esperanza. También me hablaron de aquellos que “se cansaron” o “dejaron de creer” y por eso se habían alejado de la organización. Me preguntaba entonces ¿cómo se llega a *creer* que es *posible* cumplir un determinado objetivo? Y de la misma manera, ¿cómo y por qué se deja de *creer*?

Con el tiempo los proyectos que alguna vez me habían parecido casi una locura, han dejado de serlo. Creo que como sostiene Marcio Goldman en relación a aquella situación vivida durante su trabajo de campo en la que oyó los “tambores de los muertos” de los que tanto le habían hablado, la respuesta está en que me dejé afectar por aquello que se produce en la “experiencia vivida” (Goldman, 2006). Fue compartir esa experiencia de la política, la militancia y el trabajo aquello que me llevó a transformar mi incredulidad inicial en una esperanza compartida. En términos analíticos, dar cuenta de dicha experiencia requerirá como sugiere Julieta Quirós (2015) retratar a través del relato etnográfico su carácter “vívido” considerando los afectos y emociones, las expectativas y todo aquello que se dice -o no se dice- por intermedio de palabras, gestos o incluso del cuerpo. Esta tesis se propone entonces mostrar aquello que fue posible para mis interlocutores y como lo llevaron a cabo con la esperanza de que experiencias como éstas se conozcan y se multipliquen. Siguiendo a Graeber (2013), se trata de una tarea que busca contribuir a un proyecto político más amplio de re-imaginar el mundo en que vivimos resituando el valor de la teoría y la práctica académica más allá de sí misma.

Este modo de hacer etnografía no está exento de tensiones y dificultades. Con el tiempo percibí que era considerada por muchos como una militante más. Paradójicamente si bien me había esforzado por deshacer la distinción entre investigador y sujetos de investigación, me encontré a mí misma reinstaurándola en numerosas ocasiones. Periódicamente buscaba recordar que el motivo –si no principal, por lo menos original- por el que estaba allí era que eventualmente escribiría una tesis o libro relatando sus historias y sus luchas. Lo hacía porque pensaba que las personas a menudo lo olvidaban y no recordárselos implicaría incurrir en una falta ética. Ahora creo que si nadie lo mencionaba no era porque lo hubiesen olvidado, sino porque no lo concebían como algo contradictorio a la militancia. Muchos de los militantes con quienes me vinculaba también eran al mismo tiempo estudiantes universitarios lo que me ponía en una posición muy cercana a la suya. Pero además, “estar trabajando” y “militando”

al mismo tiempo era para la mayoría de mis interlocutores indisociable. Sin embargo, tratar de construir esta diferencia y cierto sentido de “externalidad” aunque comprometida fue importante para poder establecer un vínculo de confianza y duradero con ambas organizaciones con las que trabajé.

Además, este modo de llevar adelante el trabajo de campo también implicó una serie de consecuencias metodológicas que vale la pena señalar. En primer lugar que, salvo en contadas excepciones, no he tomado notas en el mismo momento en que sucedían los acontecimientos. Inmersa en el hacer y con muy a menudo responsabilidades concretas en cada situación, tomar notas no hubiese sido solamente disruptivo, sino que me fue casi siempre prácticamente imposible. En consecuencia, tomé mis notas –escritas o grabadas– siempre al regresar a mi hogar o durante el viaje de regreso procurando que esta tarea no se extendiera más allá del día posterior para poder preservar impresiones vívidas de la jornada.

Una segunda implicancia fue que no he querido registrar una gran cantidad de diálogos, situaciones y confidencias. Y esto fue por diversas razones. En algunos casos porque consideré que jamás escribiría sobre ello en la medida que se trataba de cuestiones que se buscaba resguardar respecto de la mirada externa y entendí que la decisión de guardar ciertos silencios forma parte de asumir un compromiso con los colectivos (Fernández Álvarez, 2010b). En otras oportunidades si no registré algunos eventos fue porque la intensidad específica de aquellos momentos fue tal que tuve la impresión de no poder dar cuenta de ellos por escrito. Sin embargo, estoy convencida de que aquellas particulares circunstancias dejaron huellas que impregnaron de cierta tonalidad afectiva a la totalidad de la experiencia en el campo incluyendo, por supuesto, a aquello que se relata en esta tesis.

Por último, busco reflejar estas decisiones en el modo de textualización al que recurrí en esta tesis. Por un lado, si bien he colocado las citas extensas o los diálogos que reconstruí a posteriori entre comillas y separadas del cuerpo principal, he optado por no consignar el número de registro de campo, lugar y fecha entre paréntesis. Esta información se ubica en el cuerpo del texto, en la narración y busca enfatizar el modo en que las experiencias compartidas en el campo son en sí mismas parte sustantiva del análisis. A su vez, la categoría de interlocutores con la que me refiero en numerosas oportunidades a quienes conocí y trabajé junto con durante mi trabajo de campo busca reflejar el modo en que sus conocimientos me permitieron construir mis análisis y mis preguntas en un diálogo que no fue asimétrico y constituyó para mí un valioso medio de conocimiento y aprendizaje.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Esta tesis se propone aportar a dos conjuntos de estudios que sintetizo en el presente estado de la cuestión. En primer lugar recupero las investigaciones en ciencias sociales producidas en Europa y EEUU que han analizado tanto las transformaciones en el modo de acumulación capitalista como la multiplicidad de formas de resistencia desplegadas por movimientos sociales desde comienzos de los años 2000 hasta la fecha. En esta sección doy especial atención a las discusiones en torno a la noción de precariedad y a la literatura antropológica sobre los movimientos sociales cuyas reivindicaciones y prácticas políticas se desarrollan en contextos urbanos. En segundo lugar, retomo la literatura sobre movimientos sociales en la Argentina reciente. Reseñaré las principales líneas de investigación que marcaron la consolidación de este campo de estudios y luego me detendré específicamente en los ejes de debate que se desarrollaron luego del año 2003.

Los sujetos y espacios de la política en el capitalismo contemporáneo

En Europa y EEUU las investigaciones recientes que han analizado las formas de resistencia desplegadas por movimientos sociales urbanos se enmarcaron en el intenso debate académico generado en torno a las transformaciones en el capitalismo desde la década del 70' y, en particular, en torno al neoliberalismo. Podemos identificar en la literatura dos ejes de discusión principales. Por un lado, aquellos trabajos que se centraron en analizar la transformación en las formas de explotación y los regímenes laborales, problematizando las relaciones de clase en la actualidad. En relación con este eje, quiero destacar aquellas investigaciones que han focalizado en las formas de organización política de los trabajadores "precarios", "informales", "sin salario". En segundo lugar, aquellos que analizaron los modos en que las condiciones y experiencias de vida en la ciudad modelan las reivindicaciones y formas de acción de los movimientos sociales.

La literatura coincidió en que desde la década del 70' en adelante el "capitalismo social" ha mutado para dar lugar a formas más flexibles de control de los trabajadores. Tomando como punto de partida el caso francés, Boltanski y Chiapello (2007) han analizado este proceso como la emergencia de un "nuevo espíritu del capitalismo" como consecuencia de la efectiva incorporación de las "críticas" impulsadas por el movimiento obrero y otros sectores durante el período previo, críticas que cristalizaron en las movilizaciones sociales hacia finales de los años 60'. Para los autores, en lugar de conducir a la emancipación, estas críticas fueron incorporadas a las formas capitalistas de organización del trabajo dejando como resultado el aumento de las formas de trabajo flexible y temporario, así como también la difusión de nuevos valores centrados en la realización personal, el culto a la performance individual y una

concepción reticular de los vínculos sociales (por oposición a las antiguas formas de movilidad ascendente y jerarquización). De manera similar, a partir de entrevistas a trabajadores de sectores de punta en EEUU (empresas de tecnología, finanzas o nuevas compañías de servicios con más de 3000 empleados), Richard Sennett (2007) dio cuenta de la emergencia de una “nueva cultura del capitalismo”. Para el autor la transformación de las estructuras institucionales empresariales desde un modelo burocrático hacia formas más flexibles produjo un cambio de valores y la imposibilidad de planificar a largo plazo una carrera profesional, pero también la vida. Un punto en común entre estos autores es que sus reflexiones parten de analizar los cambios en las formas de organización empresarial, en los valores y formas de legitimación que promueven, y sus consecuencias en las condiciones de trabajo de los asalariados.

Desde el marxismo, en cambio, un eje de discusión central ha sido la **transformación de las relaciones de clase** en la actualidad. Esta literatura, lejos de ceñirse al diagnóstico de la realidad contemporánea, ha contribuido intencionalmente a renovar los imaginarios políticos y las proyecciones sobre el futuro de la lucha revolucionaria tras el fracaso de los regímenes socialistas. En este sentido, estas producciones han sobrepasado la circulación de los textos académicos para convertirse en insumos para la discusión política en diversos ámbitos. Un diagnóstico común puede ser identificado como punto de partida: el proletariado entendido como la clase obrera industrial es cada vez menos numeroso. Los autores coinciden en que el trabajo asalariado ya no es la llave para el acceso a la ciudadanía plena y se preguntan por cuál será el sujeto social y político que llevará adelante la lucha anticapitalista.

Una referencia central en este debate ha sido la noción de “acumulación por desposesión” acuñada por David Harvey en su obra *El Nuevo Imperialismo* (2004). Para Harvey, el advenimiento del neoliberalismo instaurado a nivel global con el Consenso de Washington marcó una nueva fase en el modo de acumulación del capital: a la reproducción ampliada del capital que había analizado Marx como forma principal de explotación de la fuerza de trabajo, se añade, con la predominancia del capital financiero, la acumulación por desposesión. Retomando el trabajo de Marx sobre la acumulación originaria, Harvey sostuvo que un proceso similar de cercamiento se desarrollaba de modo permanente para resolver las crisis de sobre acumulación. Esta desposesión involucra –previa desregulación por parte del Estado- tanto la expropiación de los medios para la reproducción social de la fuerza de trabajo, como la mercantilización de recursos y fuerza de trabajo previamente fuera de los procesos de valorización del capital. Los ejemplos de los que se vale para fundamentar esta proposición provienen de procesos tanto del “Norte” como del “Sur global”: la creciente financierización, la privatización de bienes y servicios públicos, los derechos de propiedad intelectual

establecidos sobre las semillas y el material genético, y la mercantilización de expresiones culturales (2004: 118).

Para Harvey, estas innovaciones en modo de acumulación capitalista tuvieron su correlato en las formas de lucha social. De allí que identifica la emergencia de nuevos movimientos –que a diferencia del sujeto del cambio histórico identificado por la izquierda tradicional, los trabajadores asalariados- encarnó una lucha contra la acumulación por desposesión. En este sentido, sostuvo que “el efecto conjunto de estos movimientos fue un desplazamiento del terreno de la organización política de tipo sindical de los trabajadores, hacia lo que pretendía ser un conjunto de dinámicas políticas de acción social, menos concentradas, que recorrieran la totalidad del espectro de la sociedad civil (...) Extraían su fuerza de ese arraigo pero a menudo les resultaba difícil sobrepasar lo local y particular para abordar la macropolítica de la acumulación por desposesión” (2004:131,132). Su propuesta política articula la autoorganización de los movimientos y la intervención estatal para prevenir los procesos de mercantilización.

Otros autores en cambio focalizaron en las transformaciones en los regímenes laborales en la era post-fordista. La trilogía iniciada con *Imperio* (2002) de Antonio Negri y Michael Hardt se ha convertido en una referencia indiscutida en esta clave. Los autores recuperan desarrollos previos en torno al “trabajo inmaterial” y al “trabajo afectivo” (Hardt, 1999; Marazzi, 2003; Lazzarato, 2004), una conceptualización que colocó en el centro del análisis sobre las formas de producción y explotación en el capitalismo contemporáneo no ya a la producción de bienes materiales, sino fundamentalmente a la subjetividad, los afectos, la cooperación y la comunicación. Los autores identifican una “nueva composición del proletariado como clase” – caracterizado por la explotación del trabajo inmaterial –que deberá darse nuevas formas de lucha. La multitud es para los autores el concepto político que designa el sujeto múltiple, sin conducción centralizada o vanguardia, y no jerárquico que deberá enfrentar al Imperio, forma de dominio que emergió tras la crisis de la soberanía de los Estados modernos a nivel global y que garantiza, por medio de organismos nacionales y supranacionales, el poder de mando del capital (Hardt y Negri, 2002).

Retomando el trabajo de Foucault (2008), sostienen que la producción capitalista se ha vuelto biopolítica ya que produce esencialmente relaciones sociales y modos de vida (como base del valor añadido), confundiendo las fronteras entre producción y reproducción. Para los autores la explotación cobra la forma de “expropiación del común” (Hardt y Negri, 2011: 151) en tanto expropiación y utilización para la producción de valor del trabajo biopolítico, de la producción de saberes, información, imágenes, afectos, relaciones sociales (2011: 154). Este común es para los autores tanto la condición de posibilidad de la acumulación del capital como

de la resistencia. Consecuentemente su programa político se define por la propuesta del “éxodo”: la sustracción del trabajo biopolítico de su relación con el capital y la apropiación de los medios de producción y reproducción para la construcción de la autonomía de la multitud (2011:175).

Dardot y Laval por su parte se sitúan en consonancia con ese planteo al sostener que aquello que define al neoliberalismo no es principalmente la acumulación por desposesión, sino “una acumulación por *subordinación* ampliada y profundizada de todos los elementos de la vida de la población, su consumo, el transporte, el ocio, la educación, la salud, los usos de los espacios y del tiempo, la reproducción social y cultural, in fine, la subjetividad”²⁴ (2015: 136). En consecuencia entienden que la lucha no debe ceñirse exclusivamente a los espacios de producción y trabajo, sino a la lucha por la abolición de la propiedad privada y la instauración de la inalienabilidad de lo común.

En diálogo con las producciones reseñadas previamente, un conjunto de investigaciones partieron de la categoría de “**precariedad**” como una noción que da cuenta de las condiciones de trabajo en el capitalismo tardío. Esta categoría fue movilizadada por movimientos sociales en Europa y EEUU para dar cuenta de nuevas formas de organización de los trabajadores que estaban desarrollándose a partir de las innovaciones en las formas de trabajo en sistemas capitalistas avanzadas introducidas por la globalización neoliberal y las tecnologías de la información (Neilson y Rossiter, 2005). Se trata de una categoría amplia que incorpora todas aquellas formas de trabajo flexibles e inciertas: desde trabajadores migrantes indocumentados, trabajadores temporarios, domésticos, trabajadores de las industrias creativas e informáticas, etc. Vale destacar la notable imbricación entre la reflexión académica y la multiplicación de procesos de movilización social que denunciaron la precariedad. Si por un lado los movimientos recuperaron las conceptualizaciones propuestas por los investigadores y científicos sociales (muchos de ellos activamente involucrados su organización), los académicos a su vez se apoyaron en las nuevas expresiones de lucha para renovar sus análisis.

En Europa, se desarrolló notablemente una línea de trabajo que recuperó las conceptualizaciones en torno al trabajo inmaterial desarrolladas en la década del 90´. En esta dirección, algunos trabajos han apuntado un proceso de “feminización” del trabajo a partir de la mercantilización de las relaciones afectivas y de cuidado, así como también de la creciente indistinción entre tiempo de trabajo y vida, entre tiempo productivo y reproductivo (Anderson, 2001; Vega, 2008; Hardt y Negri, 2011; Huws, 2015).

²⁴ Traducción propia del francés.

En esta línea, se ha generado un interesante debate - debate que ha tenido una importante difusión a través de la revista editada en Francia *Multitudes*- en torno a las diversas modalidades y expresiones del trabajo “cognitivo” (Fumagalli y Morini, 2008) en las industrias “creativas” o el sector cultural (Gill, 2002; Nicolas-Le Strat, 2004; Gill y Pratt, 2008). En particular, algunos autores analizaron los recientes movimientos autodefinidos como de trabajadores “precarios” en Francia –tales como “Stop Précarité”, “Génération Précaire” o “Jeudi Noir”- destacando su composición mayoritaria de jóvenes “intelectuales” que evidenciaron la crisis de las formas de representación sindical y renovaron los repertorios de acción a partir de imaginarios radicales contrarios a lo que entendieron como la ideología del empleo (Abdelnour *et al*, 2009; Perrin, 2011). En conjunto, estos trabajos comparten la idea de que la globalización neoliberal y la transformación en las formas de explotación contemporáneas han llevado a una desestructuración de la clase obrera como categoría de identificación y que la recomposición de la acción revolucionaria se realizará bajo formas plurales en la línea de lo expuesto por Hardt y Negri (2005) a través de la noción de multitud.

Por su parte, Silvia Federici (2010) propuso una crítica feminista a estos análisis, focalizando en el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres. Así, sostuvo que el trabajo reproductivo es tanto un ámbito de acumulación como de lucha anticapitalista, cuestión que a sus ojos fue invisibilizada por la categoría de “multitud”. En este sentido, propuso entender a las prácticas de generación de lo “común” no como “trabajo inmaterial”, sino como formas colectivas de reproducción de la vida (2010; 2013) . Otros autores, en cambio, han puesto el foco en el “trabajo migrante” como expresión de las transformaciones recientes del capitalismo y figura ejemplar del trabajador precario (Mezzadra, 2005) señalando que sus heterogéneas experiencias y posiciones respecto del mercado de trabajo apuntan hacia las dificultades que enfrenta la organización política revolucionaria (Mezzadra y Neilson, 2008).

Desde una perspectiva diferente, la obra de Guy Standing *The precariat. A new dangerous class* (2011) se constituyó como una importante referencia en este debate. Recuperando el trabajo de EP Thompson sobre la formación de la clase obrera en la Inglaterra del SXVIII, este autor sostuvo que el “precariado” constituye una clase social “en formación”, aunque no todavía una clase “para sí”. Para el autor esta nueva clase se define por la carencia de las fuentes de seguridad vinculadas al trabajo que caracterizaron las formas de “ciudadanía industrial” en el período post segunda guerra mundial (seguridad y estabilidad en el empleo, prevención contra accidentes laborales, ingresos estables y adecuados, representación política, entre otras).

Numerosos autores han sido críticos de estas miradas señalando que enfatizan la homogeneidad del “precariado” como clase. En esta perspectiva se sitúa el trabajo de Neilson

y Rossiter (2005; 2008) quienes cuestionan el excesivo énfasis en el trabajo inmaterial, creativo o cognitivo, en desmedro de las formas más físicas, coercitivas e incluso no pagas de trabajo tradicionalmente asociadas a las mujeres y los migrantes. Sostuvieron que el desafío estratégico de la organización política será articularlas en la lucha sin desconocer su heterogeneidad. Para ello proponen la noción de “traducción” como una práctica social que ponga en relación las diferencias sin necesariamente confluir en un “nuevo sujeto” como la multitud o el precariado (2008: 60). Esta multiplicidad reclama para los autores una forma de organización política basada en la lógica del “network” distinta a la de los sindicatos o los partidos. Además señalaron que la precariedad no puede ser comprendida solamente como una posición en el mercado de trabajo, sino que atraviesa un amplio espectro de posiciones en la medida que articula condiciones de trabajo y todo un conjunto de cuestiones vinculadas a la vida: la vivienda, la deuda, la posibilidad de construir relaciones sociales y afectivas duraderas, etc. Por ello la definen como una condición socioeconómica y una experiencia ontológica (2008: 55).

Algunos autores sostuvieron que en la etapa actual de la globalización neoliberal debemos reconsiderar las dicotomías entre los denominados Norte y Sur Global, entre trabajadores cognitivos y manuales, precarios y formales (Kasmir y Carbonella, 2008; Denning, 2010; Commaroff y Commaroff, 2012; Barchiesi, 2012 b). Aunque con diferentes posiciones, un punto en común entre los autores es que ciertamente buscan distanciarse de las interpretaciones del marxismo clásico según la cual este sector de la población no constituía más que el “lumpen proletariado” cuya acción nunca sería revolucionaria sino conservadora. En esta línea, Kasmir y Carbonella (2008) recuperan la noción de acumulación por desposesión de Harvey para repensar las clásicas dicotomías entre los pobres y la clase obrera. Los autores analizan la mutabilidad de las relaciones de clase en la actualidad –tanto en el Norte como en el Sur- y las interconexiones entre los movimientos sociales de trabajadores asalariados y no asalariados en todo el mundo. En la misma dirección algunos trabajos han puesto el foco en las formas de organización de trabajadores “informales” (Gallin, 2001) o “sin salario” (Denning, 2011), o bien sobre las formas de articulación entre estos y los trabajadores sindicalizados a partir de lo que denominan como “Nuevo sindicalismo de base comunitaria” (Fletcher y Gasparin, 2008; Collins, 2012). Por ejemplo, Fletcher y Gasparin analizaron una serie de iniciativas llevadas adelante en EEUU y sostuvieron que dado que la lucha de clases no se restringe al espacio de trabajo, la acción estratégica de los sindicatos deben focalizarse en lograr organización al nivel de la ciudad -y no solo del sector de industria- mediante la alianza sostenida con líderes y organizaciones comunitaria se incorporando demandas como aquellas vinculadas a la segregación racial (2008:174). Por su parte, Munck (2014) llamó a la conformación de un nuevo sindicalismo social global de escalas múltiples

que incorpore a los trabajadores migrantes como parte integral de la clase trabajadora. Desde la antropología, Collins (2012) sostuvo que las luchas contra las políticas de austeridad neoliberales en EEUU pusieron en juego formas de organización sindical que articularon la política del espacio de trabajo con la política del espacio de la vida a partir de demandas que atañen tanto a los salarios y condiciones laborales, como a las protecciones sociales que históricamente permitieron la reproducción de la fuerza de trabajo (salud, educación, etc.).

Por su parte, otros autores se centraron en la relación entre el “trabajo formal” y los imaginarios colectivos de emancipación. En esta línea se destacan una serie de investigaciones que han explorado las formas de lo que denominan el “afecto postfordista” y sus efectos en la producción de subjetividades (Molé 2010; Muehlebach, 2011). Así algunos enfatizaron que el Fordismo no fue solo un modelo de acumulación que rigió en el SXX, sino que también es una fuerza afectiva cuya influencia se extendió más allá en términos temporales y espaciales (Muehlebach and Shoshan, 2012). Otros lo caracterizaron a partir de sus consecuencias “conservadoras”, como “nostalgia de una seguridad imaginada que nunca se tuvo” y que al mismo tiempo limita las posibilidades de mejorar la vida en el presente (Berlant, 2007). En esta dirección Franco Barchiesi sostuvo que la precariedad abre un horizonte de posibilidades políticas en la medida que permite subvertir la “melancolía del trabajador”, un imaginario político conservador centrado en la normatividad capitalista del empleo y su ética y disciplina de trabajo (2011; 2012). De manera similar, Srnicek y Williams (2015) sostuvieron que el pleno empleo ya no es social ni tecnológicamente posible, pero permanece operativo como una mistificación ideológica que permite disciplinar a las poblaciones excedentes (*surplus population*) mientras es sistema capitalista (re)produce su exclusión de la economía formal. De allí que su programa político se orienta a la construcción de una sociedad del post-empleo (*post work society*). Por su parte, James Ferguson (2015) abogó por un desplazamiento del trabajo remunerado como fundamento de la ciudadanía en su discusión sobre la nueva “política de la distribución” en África, una categoría que designa tanto las formas de intervención del Estado hacia la pobreza como las prácticas múltiples de subsistencia y las demandas de los sectores populares.

Por último, quisiera destacar también un conjunto de trabajos etnográficos sobre los **movimientos altermundistas o antiglobalización**, un campo de discusión sumamente prolífico en Europa y EEUU. Numerosos autores han analizado el modo en que estos movimientos desarrollaron nuevas formas de organización política basadas en horizontalidad en la toma de decisiones y la acción directa (Graeber, 2009; Juris, 2008). Estos trabajos dieron cuenta de la conformación de grupos localizados (Appel, 2014; Garces, 2013; Osterweil, 2009), así como también de redes de activismo transnacional (Juris y Khasnabish,

2013). En particular, algunos enfatizaron que el uso de tecnologías digitales favoreció tanto la constitución de estas formas organizativas como la expresión de imaginarios políticos alternativos basados en el trabajo en red (Juris, 2005). Para esta tesis resultan particularmente relevantes una serie de trabajos que han analizado cómo los movimientos y sus activistas elaboran, experimentan con y transmiten de manera creativa a través del arte, el humor o la performance nuevos imaginarios políticos que buscan socavar producción de consenso de la gubernamentalidad neoliberal (Osterweil, 2009; Graeber, 2011; Alexandrakis, 2016; Dağtaş, 2016). Estos trabajos han puesto de relieve que los movimientos sociales no son solo realidades empíricas, sino que abren a la dimensión “virtual” de la política (Osterweil, 2009) – aquello que el mundo puede ser pero no es aun- a través de la experimentación y elaboración de nuevos imaginarios y saberes.

Respecto del segundo eje de discusión en la literatura también encontramos una diversidad de enfoques y perspectivas a partir de las cuales los autores analizan los **movimientos y luchas en/desde el espacio urbano**. Se trata de una discusión íntimamente relacionada con el eje previamente reseñado en la medida que los análisis toman como punto de partida la transformación en el régimen de acumulación capitalista y por consiguiente en las relaciones de clase. Estas investigaciones señalan un desplazamiento común: el sitio fundamental para comprender tanto el modo de acumulación en el capitalismo tardío, así como los procesos de lucha contemporáneos se ha desplazado de la fábrica a la “ciudad global” (Sassen, 2008), las “metrópolis”(Hardt y Negri, 2011) o el espacio urbano (Harvey, 2013). El conjunto de esta literatura, también mayoritariamente inscrita en una tradición marxista, parte de examinar las consecuencias que la globalización y las políticas neoliberales han tenido sobre las ciudades para reflexionar sobre el modo en que estas cambiantes condiciones han modelado las formas de organización política urbana.

En este sentido, desde la geografía crítica se han producido notables contribuciones que dieron cuenta de las transformaciones socio espaciales producto de los procesos de “destrucción creativa” desatados conjuntamente por el capital financiero y la gobernanza neoliberal (Brenner y Theodore, 2002; Harvey, 2013). En este punto una referencia central ha sido el análisis de David Harvey (2013) sobre el papel activo que desempeña la urbanización en la absorción de los excedentes de capital y en la resolución de las crisis de sobreproducción. Para el autor el alto costo de este hecho han sido los procesos de “destrucción creativa” que implican la desposesión de masas urbanas del derecho a la ciudad y una creciente desigualdad en la distribución de la riqueza con fuertes expresiones en términos espaciales, siendo una de las más agudas el desarrollo de urbanizaciones periféricas y amuralladas.

En la misma dirección, un vasto conjunto de investigaciones analizaron en diversas ciudades del mundo los efectos de la gentrificación y la consecuente segregación de los residentes de bajos recursos como resultado del desarrollo de mega proyectos inmobiliarios, la valorización de los centros urbanos y la privatización de servicios y espacios públicos (Smith, 1996; Mitchell, 2003; Susser y Scheineder, 2003; Wacquant, 2007; Gledhill, 2010; Susser, 2012). Respecto de las ciudades europeas y norteamericanas, un elemento que la literatura ha destacado es el rol que tuvieron los artistas y grupos culturales en el inicio de procesos de gentrificación, así como también su posterior alianza con el precariado en las acciones de resistencia frente a dichos procesos (Smith, 1996; Susser, 2012).

Aquí cabe destacar el trabajo de Teresa Pires do Rio Caldeira (2003) que analizó la segregación urbana, la violencia y la emergencia simultánea de urbanizaciones populares periféricas y enclaves fortificados producto de las reestructuraciones político económicas en la ciudad de San Pablo. En la misma línea, en un importante volumen sobre la temática titulado *Wounded Cities: Destruction and Reconstruction in a Globalized World* (Susser y Scheineder, 2003) numerosos autores proponen ampliar la reflexión más allá de las ciudades que constituyen centros del capital financiero para pensar a la globalización como un fenómeno que integra a todos los centros urbanos del mundo: desde Nueva York, Filadelfia, Belfast o Palermo, hasta Kingston, Medellín, Xalapa o Beirut. Partiendo de esta propuesta analizan desde una perspectiva etnográfica tanto los efectos nocivos de estos procesos –entre los cuales se destaca el aumento del narcotráfico y la violencia en los barrios menos favorecidos–, como la articulación local de formas de lucha por la vivienda y contra la expulsión de los “elementos indeseables” de los centros urbanos. Más recientemente, algunos autores han explorado el modo en que movimientos de protesta locales recurren a formas de expresión culturales o artísticas para poner en cuestión la configuración espacial de la ciudad neoliberal denunciando creativamente la segregación y desigualdad social (Pires do Rio Caldeira, 2015; Ufer, 2015)

Una cuestión central que ha sido apuntada por la literatura es que estos procesos de rápida y desigual urbanización en todo el mundo han dado lugar al crecimiento de un vasto sector de trabajadores informales – a menudo mujeres y migrantes- que tiene a su cargo la provisión de servicios necesarios para el funcionamiento de las grandes urbes (Harvey, 2013; Sassen, 2008). En este sentido, Mike Davis (2007) sostuvo que, con la notable excepción de China, desde los años 80’ el crecimiento exponencial de la población que habita en las ciudades no fue correlativo con un aumento de la industrialización tal como predecían los modelos económicos ortodoxos. Muy por el contrario, Davis señala que esta tendencia fue particularmente notoria en los países del denominado “tercer mundo” donde se produjo un

crecimiento anual de la población urbana de un 3.8 % entre 1960 y 1993 a pesar de la caída de los salarios, la inflación y el aumento del desempleo urbano producto de las políticas promovidas por el FMI y el BM (2007: 14). De allí el predominio de las barriadas populares informales y precarias –a lo que Davis se refiere como un “planeta de ciudades de miseria” (*planet of slums*)- y una floreciente economía informal que permite a sus pobres habitantes garantizar magros niveles de subsistencia.

Mientras que el trabajo de Davis tiende a enfatizar que estas barriadas constituyen una suerte de “basurero” (*dumping ground*) habitado por población “excedente” (*surplus population*) y proclive a la manipulación por parte de líderes populistas, pastores pentecostales o redes delictivas (2007: 175); otros autores en cambio han enfatizado la acción de los movimientos sociales en dichos contextos. En esta dirección, una importante línea de debate se ha nutrido de la categoría de “derecho a la ciudad” propuesta por Henri Lefebvre (1978) en articulación con la discusión en torno a la noción de lo “común” o los “bienes comunes”. Estas categorías se han configurado como herramientas de análisis teórico pero también de contestación política a la urbanización neoliberal. En este sentido, David Harvey (2008; 2013) sostuvo que el “derecho a la ciudad” es un derecho colectivo que supone el control democrático sobre cómo el excedente producido socialmente se vuelca sobre el proceso urbano. Esta conceptualización lo lleva a formular como propuesta política y estratégica que dicha reivindicación debe constituirse como proyecto político que articule a nivel global a los movimientos sociales que luchan por la justicia social y espacial (2008). En términos analíticos, propone entonces poner el foco en las “prácticas de comunalización” (2013) en tanto prácticas mediante las cuales se establece una relación entre un grupo social y el aspecto del entorno considerado como bien común, relación que para el autor es a la vez colectiva y no mercantilizada (2013:116). De allí que ponga en primer plano cómo la ciudad - sus calles, plazas y parques- se convirtieron en el principal locus de la protesta política destacando que esos actos de ocupación y reapropiación de espacios públicos constituyen formas de “comunalización”. Otros autores han sido cautos y reclamaron una mirada más crítica y menos encantada de estos procesos que atienda tanto a la interacción de las lógicas de intercambio y valuación del mercado con los comunes (Narotzky, 2013:123), como a los modos en que categorías como “el derecho a la ciudad” son también movilizadas por organismos internacionales y agencias de desarrollo contribuyendo a su vulgarización tanto en términos reivindicativos como analíticos (Lopes de Souza, 2010; Kuymulu, 2013).

Sin embargo, resulta innegable que tanto estos debates académicos, como las luchas de los movimientos sociales contemporáneos han inspirado a una serie de trabajos que problematizaron específicamente los modos en que los movimientos sociales producen y

disputan el espacio urbano. En este sentido, Susser y Tonnelat (2013) se interesaron por la emergencia de movimientos sociales basados en las experiencias colectivas en la ciudad – experiencias que articulan el hogar, el trabajo, el espacio y las formas de expresión pública- y sostuvieron las ciudades son “transformadoras” (*transformative cities*) dado que generan experiencias comunes para sus habitantes habilitando a la configuración de formas de articulación y pertenencia que desafían las tradicionales distinciones de clase. En la misma línea, cabe destacar dos **etnografías** que han abordado el modo en que las experiencias de vivir en la ciudad modelaron procesos y prácticas políticas en Latinoamérica desde la categoría de ciudadanía. En primer lugar, en su investigación sobre lo que dio en llamar “ciudadanía insurgente” en las periferias urbanas en Brasil, James Holston (2008) sostuvo que en el sur global los miembros de la clase trabajadora se convirtieron en ciudadanos no a partir de las luchas por trabajo –como había sucedido en el SXIX- sino a partir de las luchas por el “derecho a la ciudad”. Para este autor la experiencia de autoconstruir y vivir en estas periferias se convirtieron en el contexto y la sustancia de nuevas formas de participación cívica a partir de las cuales los pobres urbanos demandaron su membrecía plena a la ciudad y ganaron derechos. En segundo lugar, la etnografía de Sian Lazar (2013) en la ciudad del Alto, Bolivia, da cuenta de las múltiples prácticas a través de las cuales los alteños se convirtieron en ciudadanos a través de su pertenencia a organizaciones basadas en su emplazamiento territorial: la residencia al nivel del barrio y la ocupación al nivel de la ciudad. Su trabajo va a contrapelo de ciertas lecturas espontaneístas sobre la constitución de sujetos políticos colectivos en la medida que muestra la incidencia de tradiciones indígenas y formas de organización sindical previas, pero también de experiencias corporales y estéticas en una multiplicidad de espacios y situaciones: desde fiestas populares, hasta asambleas y movilizaciones. Su trabajo posterior junto a los sindicatos de trabajadores estatales en Argentina profundiza estas reflexiones. Allí la autora propone un abordaje novedoso para analizar la relación de los sujetos y colectivos con el espacio urbano articulando las formas de experimentar el espacio a través del cuerpo y los sentidos – como por ejemplo en las movilizaciones- con lo que denomina “experiencias sociales del tiempo” (Lazar, 2017). Así, la autora busca trascender las metáforas espaciales a partir de las cuales se ha pensado la acción de los movimientos urbanos desde las ciencias sociales considerando lo que denomina “experiencias sociales del tiempo”: tanto la experiencia del “tiempo histórico”, es decir, reconocerse como parte de una narrativa histórica de acción política distintiva, como el “tiempo político ordinario” (Lazar, 2016).

Si bien en Europa y EEUU la discusión se ha centrado en la profundización y extensión generalizada de las políticas neoliberales, en **Latinoamérica** por el contrario, numerosos autores identificaron un “**giro a la izquierda**”, “**post neoliberal**” o “**progresista**” en algunos

de los gobiernos de la región, centralmente en Venezuela, Bolivia, Ecuador, Brasil, Argentina, y en menor medida Uruguay y Chile (Beasley Murray *et al*, 2009; French, 2009; Ardití, 2008). Los análisis coincidieron en que, aunque con diferencias, los gobiernos progresistas latinoamericanos formaron parte de un ciclo político común. Se destacó el énfasis en la intervención del Estado como modo de generar una distribución más equitativa del ingreso y una definición como proyectos políticos que se opuso a las políticas neoliberales previas en la región buscando trascender el consenso de Washington (Grugel y Ruggirozzi, 2012). Para Arturo Escobar (2010) si bien al nivel estatal las transformaciones no parecían ir más allá de la proposición de formas alternativas de modernización –de hecho el caso argentino fue definido como un modelo “neo-desarrollista” (Grugel y Ruggirozzi, 2007)– los discursos y las estrategias de los movimientos sociales de la región si sugirieron posibilidades de avanzar hacia formas sociales post-liberales, post-desarrollistas y post-capitalistas cuestionando las ontologías dualistas de la modernidad liberal. Desde esta perspectiva el caso de Bolivia ha sido destacado como expresión incluso de un “giro decolonial” (Mignolo, 2006). Allí, además de los cambios introducidos en su política económica –entre los cuales se destacó la nacionalización de recursos estratégicos-, se dio un proceso de transformación del Estado a partir de la incorporación de nuevos actores campesinos e indígenas al gobierno y que culminó con la sanción de la constitución del Estado Plurinacional de Bolivia (Schavelzon, 2012).

Otros autores, en cambio, fueron más críticos al señalar que el neoliberalismo no puede ser entendido como un conjunto de políticas económicas o un fenómeno monolítico que opera desde el Estado hacia la sociedad civil, sino más bien como una extendida tecnología de poder (Fernandes, 2010; Gago, 2014). Sin embargo, la noción de ruptura respecto de los períodos anteriores, operó como telón de fondo de los debates académicos sobre los movimientos sociales en Argentina. A continuación desarrollamos dichos debates dando cuenta, en primer lugar, de los análisis locales sobre los movimientos sociales en el período previo ya que marcaron los enfoques analíticos y las líneas de investigación posteriores.

Movimientos sociales en la Argentina reciente

Las investigaciones sobre movimientos sociales en Argentina tuvieron un notable crecimiento desde comienzos de los años 2000 como consecuencia del impacto generado por los intensos procesos de movilización social que se produjeron a partir de mediados de los años 90' en nuestro país. Los movimientos de trabajadores desocupados, los procesos de recuperación de fábricas y las asambleas barriales capturaron rápidamente la atención de analistas locales

y extranjeros en tanto expresiones de resistencia al neoliberalismo. En términos generales, las investigaciones coincidieron en que para comprender estos procesos se debía atender a las profundas transformaciones económicas, sociales y políticas provocadas por la aplicación de política neoliberales desde la última dictadura militar (1976-1983) y profundizadas en la presidencia de Carlos Menem (1989-1999).

La consolidación de este campo de estudios desde la **sociología política** en la Argentina estuvo marcada por la recuperación de dos marcos analíticos para el estudio de movimientos sociales: el enfoque de Movilización de Recursos cuyos máximos exponentes han sido S. Tarrow y C. Tilly; y la Teoría los Nuevos Movimientos Sociales desarrollado por A. Touraine y A. Melucci. El Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA desarrolló una importante línea de investigación que tomó como unidad de análisis lo que definieron como **protesta social**, es decir, acontecimientos públicos de acción contenciosa orientados al sostenimiento de una demanda hacia el Estado (Schuster y Pereyra, 2001; Scribano y Schuster, 2001; Schuster, 2005; Pereyra *et al*, 2015). Estos trabajos mostraron las transformaciones en la constitución de sujetos colectivos mediante la identificación de ciclos de protesta definidos por categorías de identificación, demandas y formatos comunes. Concluyeron que dicho ciclo de protesta evidenciaba que los sectores ligados a la desocupación, la subocupación y el trabajo precario -surgidos como actores hacia mediados de los 90'- mostraban a inicios de los 2000 formas de organización sistemática y su consolidación como movimiento social (Scribano y Schuster, 2001: 19). A su vez, explicaron estos cambios en función de las transformaciones económicas y sociopolíticas que se produjeron entre los años 80 y 90: desregulación de la economía, desempleo, empobrecimiento y aumento de la precarización laboral, desmantelamiento del estado de bienestar, pérdida del poder relativo de los sindicatos. En particular, algunos autores se preguntaron por la eficacia política de su acción y afirmaron que estos movimientos transformaron duraderamente las percepciones sobre el desempleo, lograron reconocimiento en el espacio público y generaron espacios relevantes de formación de militantes sociales (Freytes Frey y Cross, 2007; Cross, 2007; 2010).

Otra línea de investigación focalizó en la emergencia de nuevos **repertorios de acción colectiva** en tanto rutinas aprendidas que dan cuenta de regularidades en las maneras de actuar colectivamente en defensa de intereses compartidos: estallidos, cortes de ruta, olla populares (Auyero, 2002; Delamata, 2002; Merklen, 2005). Desde este enfoque los autores buscaron distanciarse de explicaciones centradas exclusivamente en las transformaciones estructurales o el deterioro de las condiciones de vida como explicaciones para la acción. Propusieron analizar "las maneras en que las grandes transformaciones dan forma a la acción

colectiva de manera indirecta al afectar intereses, oportunidades, organizaciones e identidades de la gente común” (Auyero, 2002: 189). Así pusieron el foco en cómo factores “culturales” y aprendizajes de las luchas contra el Estado dieron forma a dichos repertorios, sin por ello dejar de señalar los macro procesos en los que estas transformaciones se produjeron: desproletarización, retirada del estado y la descentralización de los servicios de salud y educación.

En particular, Denis Merklen destacó la “inscripción territorial” de la politicidad de los sectores populares iniciada en la década del 80’ y profundizada en los 90’ (2005: 59). Para este autor las formas de acción colectiva se desplazaron hacia el barrio como centro organizativo y de generación de estrategias supervivencia luego de la “desafiliación” generada por la retirada del Estado y la descomposición de la inscripción social sobre la base del lazo salarial. De manera similar, Gabriela Delamata sostuvo que se trató de conflictos que pugnaron por redefinir los derechos de ciudadanía en el campo de la precarización laboral y la desocupación por fuera de representación sindical (2002: 125). Para ambos autores, estos nuevos repertorios expresaron formas alternativas de integración social e identidad política de los sectores populares frente al agotamiento de las formas de protección social y seguridad garantizadas previamente por la relación salarial y sindical. Si bien estos estudios destacaron la emergencia de una nueva forma de militancia “territorial” cuyo centro organizativo eran los barrios –dimensión que como veremos posteriormente será relegada para focalizar en la relación con el gobierno-, esta forma de militancia se definió por su contraposición con las formas consideradas tradicionales de la política: los partidos y los sindicatos. Además, la categoría de “territorio” permaneció como una noción reificada que oscureció las prácticas cotidianas que contribuyeron a crear estos espacios como *locus* significativos para la acción política.

Desde la perspectiva inaugurada por la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales Svampa y Pereyra (2004) identificaron la emergencia de una **identidad piquetera** que condensa elementos comunes más allá de la heterogeneidad de tradiciones políticas que confluyeron en su formación: el piquete o corte de ruta como forma de acción privilegiada, el funcionamiento asambleario, las referencias a las puebladas y un nuevo modelo de militancia territorial en los barrios –un ethos militante (Svampa, 2005)- desarrollado a partir de la demanda de planes sociales. Estos autores enfatizaron como clave explicativa la experiencia de “descolectivización” de los sectores populares definida por la erosión de los marcos sociales y culturales que estructuraban el mundo obrero industrial (Svampa y Pereyra, 2004: 97). En particular, algunos trabajos añadieron que la participación política juvenil fue central en la conformación de estos movimientos (Vommaro y Vázquez, 2008).

Otros autores focalizaron en las formas y dinámicas de organización al interior de estos colectivos destacando la **horizontalidad** y la **autonomía** respecto del Estado como rasgos transformadores de estos movimientos. Así por ejemplo, en discusión con los enfoques de la acción contenciosa, Marina Sitrin (2012) sostuvo que estas nuevas formas de lucha no buscaron la toma del poder estatal sino la construcción de formas “horizontales” de hacer política basadas en la democracia y la acción directas. Raúl Zibechi (2003) por su parte, destacó el carácter novedoso de estos movimientos a partir de sus formas de lucha “autoafirmativas” que rechazan la posibilidad de la representación y delegación en la toma de decisiones. Ana Dinerstein reflexionó sobre estos movimientos desde una perspectiva que los definió como formas de creación de “utopías sociales concretas” en épocas de crisis (2015: 112). Estos autores han documentado el modo en que la búsqueda de “autonomía” se tradujo en la puesta en marcha emprendimientos productivos que se propone como “alternativas” al mercado a partir de la gestión de planes sociales (Dinerstein, 2014; Sitrin, 2012; Bidaseca, 2006).

Estos trabajos resuenan con un diagnóstico recurrente para entender la acción de estos movimientos centrado en la crisis de representación y legitimidad de los partidos políticos tradicionales que se expresó en los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001, y en particular bajo la consigna “Que se vayan todos”. En este sentido, otra línea de reflexión sobre el fenómeno recuperó centralmente los desarrollos del **autonomismo** italiano a partir del trabajo de Antonio Negri, Michael Hardt o John Holloway. Los trabajos del Colectivo Situaciones afirmaron que “el 19 y 20” produjo una “apertura” respecto de las formas tradicionales de la política a partir de la emergencia de un nuevo protagonismo social y una nueva radicalidad política caracterizada por la valoración de la autonomía organizativa y la interdependencia horizontal (2002, 2003).

Sin embargo, la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia en el año 2003 reorientó significativamente estos debates. Desde la **ciencia política**, las investigaciones coincidieron en que el gobierno de Kirchner asumió en un marco de “debilidad político-institucional” debido a su baja performance electoral –fue electo con un 22,24% de los votos tras la renuncia de Carlos Menem a participar de la segunda vuelta- y a los altos índices de pobreza registrados en el país²⁵ (Cheresky, 2004). A partir de este diagnóstico entendieron a la convocatoria a los movimientos a incorporarse en lo que se dio en llamar la “transversalidad” como una estrategia del nuevo gobierno para recuperar la institucionalidad política y económica y superar su “fragilidad de origen” (Torre, 2004).

²⁵ En el año 2003 el INDEC registraba que el 42,7 por ciento de los hogares argentinos se encontraba bajo la línea de pobreza y el 20,4 bajo la línea de indigencia. Fuente: www.indec.gov.ar/

En adelante, el principal eje de discusión se centró en la caracterización de la **relación entre los movimientos y el Estado**. Las investigaciones retomaron los marcos analíticos desarrollados en años previos y se abocaron a analizar la dinámica política en la nueva coyuntura. Un diagnóstico en común dominó estos análisis: la nueva estrategia de gobierno fragmentó el campo de las organizaciones entre propias o aliadas y opositoras, reestructuró las alianzas entre grupos y generó incluso nuevos agrupamientos. Así por ejemplo, Astor Massetti, sostuvo que el decrecimiento cuantitativo de la protesta y su concentración especialmente en Buenos Aires constituyeron indicadores de estos cambios en las relaciones con las agencias gubernamentales (2006: 35).

Svampa y Pereyra (2009) sostuvieron que esta nueva estrategia del gobierno tuvo como objetivo recomponer su autoridad y liderazgo a partir de la **cooptación** de las organizaciones afines y del **control y disciplinamiento** de las organizaciones opositoras a través de la estigmatización y judicialización de la protesta. Para Svampa la apropiación que hizo Néstor Kirchner de un discurso crítico interpeló a un sector de la militancia contra las políticas neoliberales, especialmente a aquellas que se identificaban con la tradición nacional-popular (2008:50). Esto derivó en que las agrupaciones resignaran su independencia y que se cerrara la brecha disruptiva abierta por las organizaciones (2008: 52)

En cambio, Pérez y Natalucci (2010) sostuvieron que se trató de procesos de **integración e institucionalización** del conflicto en el Estado, proponiendo que la progresiva participación en instancias estatales por parte de organizaciones y movimientos supuso un pasaje de una posición autónoma a heterónoma respecto del Estado. Para los autores la apertura de un nuevo ciclo de protesta y nuevas oportunidades políticas propiciaron un cambio de las estrategias organizacionales y de intervención pública, evidenciándose una revalorización de la “participación popular” como estrategia de cambio en detrimento de la “confrontación” con el Estado (Pérez y Natalucci, 2010; Natalucci, 2009, 2011). Analizaron la emergencia de un espacio militante, autorreconocido como *kirchnerista*, en el que la experiencia piquetera previa (cortes de ruta, dinámica asamblearia, territorialización del conflicto y un discurso centrado en los derechos) redefinió la relación con el régimen político trastocando las modalidades de participación, los mecanismos de representación y las formas de legitimación del orden político (Pérez y Natalucci, 2012: 10,11).

De manera similar, Armelino (2008) destacó que el alineamiento de ciertas organizaciones con el gobierno respondió a la apertura de la oportunidad de obtener recursos materiales evidenciando una visión “instrumentalista” del Estado por parte de las organizaciones. En la misma dirección, Marcelo Gómez enfatizó que la concesión de recursos a partir de la negociación con el Estado llevó a la centralización de la gestión y la toma de decisiones de

las organizaciones, lo que tendió a diluir el carácter horizontalista que las había caracterizado (2006: 118). Por su parte, Astor Massetti (2009) destacó que esta nueva relación con el Estado supuso una “onginización”²⁶ y posteriormente la “institucionalización” a partir de la incorporación de cuadros militantes en la función pública. En este sentido, cabe destacar su análisis sobre la conformación de la Unidad de Coordinación de la *mesa de enlace* con Organizaciones Territoriales Urbanas en la órbita del gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires que fue protagonizada por la Organización Social y Política Los Pibes (2009b). El autor destacó las dificultades que los militantes encontraron para la concreción de sus objetivos de “transformar el Estado desde adentro” y concluyó que el desarrollo de esta experiencia mostró que las organizaciones debieron “limitar su radio de acción y evitar oponerse a políticas de gobierno como hubieran hecho en otro momento” (2009b:131).

Otra importante línea de investigación analizó estos reposicionamientos desde una mirada que priorizó como factor explicativo una dimensión “ideológica” o “identitaria” vinculada a la afinidad entre el proyecto de gobierno y la tradición política reivindicada por las organizaciones. En efecto, la nueva coyuntura propició la emergencia de nuevas perspectivas o claves de análisis respecto de aquellas dominantes en el período anterior. En particular, en nuestro país se desarrolló fuertemente la discusión en torno al **populismo** en consonancia con los debates que referimos anteriormente sobre los gobiernos “progresistas” latinoamericanos del mismo período. Una de las principales referencias teóricas para estos debates tal como fueron desarrollados para el caso de Argentina ha sido la categoría de populismo formulada por Ernesto Laclau en su obra *La razón Populista* (2005). Desde esta perspectiva los autores coincidieron en que el gobierno logró recomponer hegemonía mediante la producción de un discurso que lo identificó con el “pueblo” y contra sus adversarios políticos (la oligarquía, los empresarios, etc.). Al hacerlo retomó históricas demandas de los movimientos que habían sido silenciadas durante el período neoliberal y las convirtió en el eje de las políticas públicas implementadas (Biglieri y Perelló, 2007; Retamozo, 2011; Piva, 2013; Quiroga y Pagliarone, 2014). En particular, Adrián Piva caracterizó al kirchnerismo como “neopopulismo” en la medida que, a diferencia del primer peronismo, la desorganización de clase y la desproletarización subjetiva producto de las aceleradas transformaciones durante la década neoliberal de los 90´ hicieron que el componente clasista sea un elemento secundario, dando cuenta de una base popular más heterogénea pero cuya unidad dependió de una nominación abstracta (2013: 152).

²⁶Con esta categoría el autor alude a un pasaje de las organizaciones sociopolíticas a constituirse en asociaciones civiles como requisito para el acceso a recursos estatales. Además destaca que este proceso determinó que las organizaciones se volcaran “hacia adentro” destinando más cuadros políticos a tareas administrativas para el desarrollo de “proyectos” y la de gestión de recursos, lo cual supuso una reducción de la capacidad de ejercer la demanda a través de la protesta (Massetti, 2009).

En esta línea, Martín Cortés (2010) señaló que las políticas del gobierno kirchnerista abrieron un espacio simbólico que institucionalizó reclamos históricos de los sectores subalternos, y muy especialmente del universo de reivindicaciones de las organizaciones de tradición nacional-popular, y destacó que la circulación de recursos materiales y el acceso a la gestión pública les permitió a estas últimas crecer cuantitativamente y ganar mayor incidencia en el debate público (2010:112). Sin embargo, también señaló que este acercamiento generó relaciones de dependencia económica sin garantizar la participación de los movimientos en la toma de decisiones estratégicas de gobierno. De manera similar, José Eduardo Moreno (2010) analizó las visiones y valoraciones respecto del Estado y los mecanismos institucionales de participación política a partir de los discursos identitarios de las organizaciones. El autor identifica “aspectos ideológicos” que posibilitaron – o no- la articulación política entre organizaciones y Estado (2010: 119). Así identificó tres principales grupos de organizaciones en función de sus “matrices ideológicas”: marxismo-leninismo, nacional-popular e izquierda heterodoxa, y concluyó que tan solo los dos primeros grupos tuvieron una valoración positiva de la relación con el Estado (2010: 131). De manera similar, Schuttemberg (2011) propone una mirada de largo plazo que recupera la historia de las organizaciones, los cambios en sus identidades y la heterogeneidad de las posiciones para comprender la dinámica política posterior al 2003 no como ruptura, cooptación y abandono de prédicas revolucionarias, sino como “un proceso de construcción y reconstrucción de las identidades "nacional populares", en donde se pone en juego la historicidad sedimentada de las organizaciones en un nuevo contexto” (2011: 41).

En términos generales, y más allá de los diversos enfoques de análisis propuestos, estos trabajos tienden a coincidir en las consecuencias negativas de la relación entre movimientos y Estado, definidas principalmente como disminución de la protesta callejera y de los cuestionamientos públicos a las políticas de gobierno. En cambio, otros autores enfatizaron que se trató de una respuesta gubernamental favorable hacia los sectores populares que de este modo se fortalecieron y lograron mayor incidencia en la definición de la política pública. En particular, Candelaria Garay (2007) sostuvo que las políticas focalizadas de lucha contra la pobreza, lejos de debilitar el activismo y la organización popular, favorecieron la emergencia y fortalecimiento de las organizaciones de desocupados. Para la autora, las demandas de estas organizaciones y las respuestas estatales obtenidas contribuyeron a expandir y transformar las formas de protección social situando la problemática de la pobreza en relación al trabajo (2007: 318,319). En la misma línea, Santiago Battezzatti (2014) sostuvo para el caso de la organización Tupac Amaru que su alianza con el gobierno nacional y los recursos recibidos favorecieron su consolidación como organización hegemónica de los sectores populares en la provincia de Jujuy sin que ello implicara la desmovilización.

En conjunto, esta literatura analizó la relación de las organizaciones con el Estado desde una polarización entre autonomía y cooptación/institucionalización dando cuenta de importantes discusiones internas al campo político. Esta tesis busca aportar al estudio de las organizaciones populares en Argentina poniendo en suspenso clasificaciones normativas como “autónomas” o “kirchneristas” para mostrar la producción de nociones locales sobre la democracia y los derechos que dichas clasificaciones soslayan. Además, se analiza los modos en que, más allá de sus diferencias, las organizaciones han logrado articular demandas y llevar a cabo iniciativas comunes, tal como lo expresa la conformación de la CTEP. Por otro lado la literatura ha priorizado una dimensión “identitaria” y discursiva de esta relación – lo que también condujo a una caracterización del Estado como “neoliberal” y luego “pos neoliberal” – esta tesis explora ciertas continuidades que hacen a la burocracia estatal y el modo en que las organizaciones contornearon dichos procedimientos en el momento de transición abierto tras la asunción de Mauricio Macri.

Otra línea de estudios en cambio se centró en la reconstrucción de los sentidos esbozados por los propios militantes de las organizaciones focalizando ya sea en los procesos de socialización política que pueden reconstruirse a partir de relatos biográficos (Vázquez, 2011) o bien en los relatos que reconstruyen la génesis de las organizaciones dando sentido al compromiso a partir de su inscripción en una tradición política (Vázquez y Vommaro, 2012). Así por ejemplo, Melina Vázquez y Pablo Vommaro (2012) sostuvieron que el relato esbozado por los militantes de La Cámpora remite a una serie de percepciones y evaluaciones sobre “los setenta, los noventa y el kirchnerismo”, dentro del cual se autodefinieron como la “juventud” del movimiento que “milita desde y para el Estado” (2012: 151). Los autores mostraron que para estos militantes el vínculo con el Estado dista de ser una relación negativa o cuanto menos contradictoria, para ser una herramienta de transformación social. Estos trabajos han realizado importantes contribuciones dando cuenta del modo en que se movilizan narrativas históricas que dan sentido a las “identidades” y la multiplicidad de interpretaciones en función de trayectorias de vida. Esta tesis buscará aportar a esta discusión analizando el trabajo político y pedagógico que dio lugar a la subjetivación como militantes restituyendo el carácter vivencial y encarnado de esas narrativas históricas.

Otros estudios focalizaron específicamente en el análisis de las **experiencias de ingreso de militantes de organizaciones sociales en ámbitos estatales** específicos para mostrar las tensiones que emergieron en la cotidianidad. Estos trabajos analizaron los discursos a partir de los cuales narraban su compromiso político y los modos en que desde sus prácticas cotidianas los militantes ponen en cuestión aspectos de la práctica estatal dando lugar a nuevas formas de hacer política (Perelmiter, 2010; Vázquez, 2014). Por ejemplo, Luisina

Perelmiter (2010) reconstruyó la narrativa que significa el “ingreso” de los militantes al Estado - sintetizada en la frase “subir a los movimientos, bajar al Estado” - y analiza las ambigüedades que genera esta narrativa en las prácticas de gestión de políticas. La autora concluye que esta incorporación tuvo consecuencias paradójicas en la medida que los militantes “disputan, es verdad, ciertos aspectos de la práctica estatal de asistencia, pero también transforman – o al menos vuelven ambivalente- su carácter de portavoces de las aspiraciones populares que harían presente en el Estado” (2010:155).

Es importante destacar que si bien la mayor parte de la literatura se centró en las organizaciones populares, la relación con los gobiernos kirchneristas también fue un eje de análisis central para aquellos autores que se abocaron al caso de las organizaciones de derechos humanos (Andriotti Romanin, 2012, 2014; 2012; Morales, 2012; Quintana, 2016; Pita, 2010) y los colectivos LGTTB (Biglieri, 2013; Tabbush *et al*, 2016). Además, se amplió el universo de organizaciones bajo estudio y pusieron el foco en nuevas problemáticas entre las que se destacaron los conflictos ambientales. A partir de la caracterización del modelo económico como “neo-desarrollista” o “extractivo-exportador”, importantes trabajos analizaron los procesos de movilización que se desplegaron para resistir a proyectos de megaminería, a la instalación de industrias contaminantes como las plantas papeleras y al avance de la frontera del monocultivo de la soja y los agronegocios (Svampa, 2008; Svampa y Antonelli., 2009; Merlinsky, 2008, 2008b, 2013; Giarracca y Hadad, 2009; Delamata, 2009; Giarracca, 2012; Gudynas, 2013; Griguera y Álvarez, 2013, Giarracca y Teubal, 2006, 2014; Wahren, 2012).

Por otro lado, un conjunto de investigaciones se centraron específicamente en la **conformación de experiencias productivas y de trabajo por parte de organizaciones y movimientos sociales**. En este caso la literatura es comparativamente más escasa si se toman en cuenta los ejes de análisis previamente reseñados. La mayoría de los trabajos se centran en iniciativas que se desarrollaron a partir de la implementación del Plan Nacional de Desarrollo Local y Economía Social “Manos a la Obra” en el 2003 y posteriormente del Programa Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja” en el año 2009. Dinerstein sostuvo que durante los gobiernos kirchneristas se produjo un “proceso de asimilación política por parte del estado” que desradicalizó la movilización de base institucionalizando sus prácticas imaginativas a través de la formulación de políticas públicas (2014: 116). Para esta autora el programa Argentina Trabaja “tradujo” las nociones de “trabajo digno” propuestas por las experiencias de trabajo desarrolladas por los movimientos de trabajadores desocupados en “trabajo decente y cooperativo” borrando sus connotaciones alternativas a las relaciones sociales capitalistas. Otros autores, en cambio, focalizaron en la constitución de experiencias

de trabajo o cooperativas particulares. Así, Hopp (2015) sostuvo que el sentido que adquirió el programa en la vida de los destinatarios marcó una ruptura respecto de los planes con contraprestación laboral anteriores. A partir de la experiencia de un taller-cooperativa textil, Rius (2011) indagó en las modalidades de compromiso y el trabajo militante de sus integrantes cuestionando la distinción entre "profesionales de la protesta" y "miembros beneficiarios" asumida por las teorías de la acción colectiva. Esta tesis se propone aportar a esta literatura dando cuenta del modo en que estas estrategias económicas o prácticas laborales se enmarcan en un conjunto más amplio de modos de atender a la producción y reproducción de la vida.

Por último, quisiera destacar una serie de **estudios etnográficos** que hicieron aportes significativos a los debates académicos sobre los movimientos sociales en Argentina. En este sentido, algunos autores buscaron distanciarse de las imágenes morales sobre la política de los sectores populares que condensaron en las categorías dicotómicas de resistencia y clientelismo, o incluso en figuras sociales que las encarnan como "piquetero" y "puntero" (Ferraudi Curto, 2006, 2009; Vommaro, 2007; Quirós, 2008, 2011; Colabella, 2011). En esta línea, Quirós (2011) puso en discusión dichas dicotomías restituyendo la dimensión *vivida* de la política, esto es, mostrando cómo en su *hacer* las personas producen relaciones, objetos socialmente significativos, criterios de merecimiento para esos objetos, así como también explicaciones y valoraciones sobre por qué la gente se *engancha* o *desengancha* en política. En particular, quisiera destacar una línea de investigación en la cual se inscribe la presente tesis y que fue desarrollada desde el Programa Procesos de reconfiguración estatal, resistencia social y construcción de hegemonías del Instituto de Ciencias Antropológicas FFYL-UBA. Estas investigaciones abordaron prácticas cotidianas de organización, procesos de movilización social y construcción de demandas a partir del estudio de *recuperaciones de empresas* (Fernández Álvarez 2007, 2009), *piqueteros* (Manzano, 2008, 2009), y *asambleas barriales* (Triguboff, 2011). Desde un enfoque relacional que recupera la categoría de **hegemonía** de Gramsci y la noción de **campo de fuerza societal** de E.P. Thompson (1984) estos autores problematizaron la unicidad y homogeneidad que las teorías de la acción colectiva atribuyeron atribuida a las organizaciones y movimientos mostrando las tramas de relaciones cotidianas e históricas en las que se inscriben las prácticas de los sectores subalternos (Manzano, Fernández Álvarez, Triguboff, y Gregoric, 2008). Para ello, estos trabajos integraron en sus análisis las experiencias y las modalidades históricas de organización, los procesos de la vida cotidiana y los sentidos que sus protagonistas otorgaron a sus prácticas considerando sus trayectorias de vida (Grimberg, 2009). Desde esta perspectiva también señalaron las limitaciones inherentes a las miradas que contrapusieron reconocimiento/supervivencia, factores identitarios/factores materiales, cognición/emoción, y

propusieron en cambio desplazar la mirada de las motivaciones individuales para la acción y atender a las condiciones de posibilidad del desarrollo de prácticas políticas colectivas (Fernández Álvarez, 2011, 2017). A su vez, estos autores pusieron en cuestión la distinción entre Estado/Sociedad Civil como totalidades fijas que domina gran parte de la literatura académica sobre los movimientos sociales. En este sentido, analizaron las maneras en que las políticas estatales modelaron el campo de disputa dentro del cual las organizaciones definieron sus demandas y llevaron adelante acciones (Fernández Álvarez, 2007; Manzano, 2008; Manzano et al, 2008; Grimberg, 2009). De manera articulada, mostraron como la gestión cotidiana de las políticas por parte de las organizaciones transformó el sentido y orientación de dichas políticas afirmando que se trató de “formas de gubernamentalidad compartida” (Carenzo y Fernández Álvarez, 2011) o bien de procesos de “producción conjunta” de políticas estatales y modalidades de acción de las organizaciones (Manzano, 2013). Recuperando estos estudios, un conjunto de trabajos analizaron la incorporación de militantes de las organizaciones a ámbitos estatales (Marifil 2015; Gusmerotti, 2009), el modo en que militantes movilizaron categorías como “autonomía” o los sentidos asociados a la “política” –desde el Estado- como herramienta de transformación social para marcar sus posicionamientos en el campo político (Cura, 2014), y la conformación de cooperativas por parte de organizaciones y movimientos sociales (Cura, 2015; Señorans, 2016), de las relaciones entre organizaciones cartoneras y el Estado (Sorroche, 2016), de procesos de organización política entre organizaciones que buscan promover el trabajo autogestionado (Litman, 2016) y de las prácticas políticas de mujeres que participan de programas estatales de “inclusión social” (Pacífico, 2016). Esta tesis recupera esta perspectiva para problematizar aquellas miradas sobre las organizaciones populares que las conceptualizan como entidades *a priori* y las caracterizaciones de su relación con el Estado a partir de categorías normativas tales como “cooptación”, “institucionalización” o “autonomía”.

ENFOQUE PROPUESTO

Esta tesis se propone un estudio etnográfico de las prácticas de militancia en la *economía popular* atendiendo a las formas en que se producen y disputan *derechos* y a la creación de estrategias colectivas para la (re)producción de la vida desde experiencias de precariedad. Entiendo a la noción de *precariedad* como una categoría analítica que permite conceptualizar de manera articulada una experiencia relativa tanto a las condiciones y los regímenes de trabajo como en términos más amplios a la vida (Neilson y Rossiter, 2008) en el marco de historias y experiencias particulares del capitalismo en localizaciones específicas (Millar, 2014). Buscaré desplegar y analizar cómo las experiencias de vida y trabajo inciden en la

producción de subjetividades modelando afectos, relaciones sociales, formas de proyectar el futuro e incluso deseos (Millar, 2014). En este sentido, la categoría de *precariedad* me ha permitido conceptualizar los efectos en la vida cotidiana de las personas de las formas contemporáneas de acumulación y valorización del capital que expanden sus fronteras hacia espacios y sujetos construidos como marginales o periféricos, produciendo de manera articulada tanto desposesión urbana y territorial como formas de explotación basadas en el trabajo informal, ilegal o servil (Gago y Mezzadra, 2015). A su vez, esta perspectiva me ha permitido pensar dicha experiencia más allá de la escasez material o la falta de empleo (Das y Randeria, 2015; Denning, 2011) para analizar los complejos modos en que las personas intentan construir vidas que valen la pena ser vividas para sí mismos y para generaciones futuras, involucrando no solo el trabajo remunerado sino también otras formas de aprovisionamiento y cuidado que los modelos económicos hegemónicos consideran triviales, marginales o incluso contraproducentes (Nartozky y Besnier, 2014; de L'Estoile, 2014, Fernández Álvarez, 2016c). Partiendo de estos aportes, esta tesis busca problematizar aquello que se entiende por “economía” y por “valor” en distintos contextos etnográficos atendiendo a la multiplicidad de formas de acción social, intercambios y relaciones sociales que dan forma a la *economía popular* desafiando las fronteras asumidas entre producción y reproducción como esferas de acción distintas.

Asimismo, para el abordaje de los ejes de indagación propuestos esta tesis se apoya en una serie de aportes teórico metodológicos de la Antropología Política. En primer lugar, para el análisis de la militancia como producción de sujetos individuales y colectivos recupero la noción de “hacer juntos/as” (Fernández Álvarez, 2016). Esta categoría etnográfica y analítica permite analizar las prácticas políticas colectivas atendiendo particularmente a aquello que se produce en el “transcurrir” y que de manera contingente e inestable toma la forma de proyectos o materialidades concretas, siempre en el marco de relaciones de hegemonía (2016). Desde el análisis propuesto por M.I. Fernández Álvarez (2016b) sobre la imaginación en las prácticas políticas colectivas que recupera el trabajo de David Graeber (2011), entiendo a la imaginación y las formas de proyectar el futuro como constitutivas del modo en que se producen realidades materiales y sociales. Esta conceptualización habilita una mirada que da cuenta del modo en que las relaciones de dominación imprimen límites a los modos de hacer y proyectar, pero también reconoce márgenes de autonomía y creatividad por parte de los sujetos y colectivos. En este sentido, permite capturar la naturaleza proyectada y a la vez indeterminada de las prácticas y procesos políticos (Fernández Álvarez, Gaztañaga y Quirós, 2017). Desde este marco, esta tesis busca capturar tanto cómo en los colectivos se definen reglas, acuerdos y modos de lidiar con las limitaciones impuestas por el Estado y el mercado, pero también reflexionar sobre cómo las cooperativas pasaron a formas parte del “horizonte

de posibilidades” para estas personas, como una opción entre otras en la búsqueda de una vida digna (Sigaud, 2000; Fernández Álvarez, 2016b). Desde esta perspectiva entonces, analizaré el trabajo político y pedagógico constante que supone construir colectivo, un trabajo atravesado por afectos y emociones y vivido a través del cuerpo (Fernández Álvarez, 2016). De manera articulada, recupero el abordaje propuesto por Sian Lazar (2016, 2017) para analizar la producción de sujetos colectivos articulando las formas de experimentar socialmente el tiempo –histórico y cotidiano- y las formas de experimentar y producir con los cuerpos el espacio urbano. En conjunto, estos aportes me permitirán poner el foco en las prácticas, emociones, valores e imaginarios puestos en juego en la militancia en la *economía popular* atendiendo a la producción de tiempos y espacios para la acción política.

En segundo lugar, esta tesis propone un análisis del modo en que las organizaciones de la *economía popular* se relacionan con el Estado a partir de la categoría de “encuentros” cotidianos (Aretxaga, 2003; Lazar, 2013; Fernández Álvarez, 2014). Esta conceptualización permite repensar la noción misma de Estado más allá de la visión weberiana como un aparato legal-racional con un anclaje institucional determinado, para analizar tanto el modo en que las relaciones con funcionarios estatales está permeada por relaciones personales y a menudo afectivas (Lynch Cisneros, 2012), como los procesos creativos de apropiación y contestación de leyes y políticas por parte de los grupos subalternos (Fernandes, 2010; Harvey y Poole, 2012; Poole, 2012). Analizo la manera en que los procesos administrativos del estado y sus burocracias modelaron las formas de militancia en la economía popular tanto a través de la creación de relaciones personalizadas con los funcionarios estatales como por la necesidad de lidiar con documentos escritos y papeles.

Por último, esta tesis analiza las nociones locales de *derechos* retomando una conceptualización que entiende a la ciudadanía como prácticas o procesos distanciándose de la concepción liberal moderna de la ciudadanía como estatus (Wanderley, 2009; Neveu, 2013, 2015; Lazar, 2013). La ciudadanía no se define entonces únicamente en relación a los derechos y obligaciones impuestos por el Estado, sino que se trata de un proceso disputado. Propongo analizar dos dimensiones articuladas. Por un lado, esta tesis pone el foco en la dimensión de lo “ordinario”, es decir, en como las personas “se basan en sus experiencias cotidianas para percibir, practicar y formular juicios en torno a aquello que constituye el ‘bien común’ y la ‘vida en común’”²⁷ por fuera de los espacios típicamente considerados como “políticos” (Neveu, 2014: 90). En segundo lugar, analizo también a cómo la ciudadanía toma forma en el marco de los procesos de lucha social (Wanderley, 2009) a través de los modos en que las personas movilizan categorías de la gubernamentalidad para disputar derechos

²⁷ La traducción es propia del original en francés.

(Chatterjee, 2011). En particular, recupero una serie de estudios que analizaron las prácticas de ciudadanía en Latinoamérica mostrando que no tiene solo un sentido individual, sino que está mediatizada por las asociaciones y las formas de organización colectiva (Lazar, 2013; Wanderley, 2009). En síntesis, esta perspectiva me ha permitido considerar el modo en que tanto desde las modalidades públicas de protesta como desde las prácticas cotidianas se expresan formas de entender a la sociedad que cuestionan los términos en los que se define la inclusión/exclusión e imaginarios políticos que buscan su transformación.

TESIS A SOSTENER

Esta tesis se centra en analizar las formas en que se politizan experiencias de precariedad en la Argentina reciente a partir del análisis etnográfico de las prácticas cotidianas de militancia en la *economía popular* en el Área Metropolitana de Buenos Aires. A partir del enfoque propuesto sostengo que este proceso de politización requiere de la producción de subjetividades políticas individuales y colectivas a través de un trabajo político y pedagógico constante en el que se ponen en juego afectos, emociones y valores y que se vive con el cuerpo. En este “hacer juntos/as”, militantes y trabajadores imaginan y llevan a la práctica formas novedosas de organizar colectivamente la vida que desafían las fronteras establecidas entre producción y reproducción, y entre el cuidado, la política y el trabajo como esferas diferenciadas de acción. Estas estrategias se definieron como formas de producir *derechos* abordando colectivamente un conjunto amplio de condiciones que definen aquello que se considera una *vida digna* como el trabajo, el cuidado, la vivienda, la recreación, etc. Sostengo que la militancia en la *economía popular* no solo produce trabajo y el conjunto de provisiones materiales y afectivas de (re)producción de la vida, sino que también politiza y busca incidir sobre la expresión espacial de las desigualdades de clase en la ciudad produciendo y disputando el espacio urbano y barrial. A su vez, esta tarea exige contornear las lógicas que imprime el mercado y el Estado a través de sus políticas públicas. En la relación con el Estado, estos colectivos lidian cotidianamente con la burocracia estatal y disputan recursos para llevar adelante sus proyectos desde lenguajes asociados a la *lucha por derechos* que recuperan la histórica asociación entre trabajo y ciudadanía en Argentina, al mismo tiempo que la redefinen desde valores y prácticas construidas en sus propias trayectorias de vida, trabajo y acción política en contextos sociales y políticos específicos.

ORGANIZACIÓN DE LA TESIS

Esta tesis se organiza en 6 capítulos y una conclusión. En conjunto, presento materiales y datos de campo de los tres espacios con los que he trabajado (la organización Los Pibes, el MTE y la Secretaría de Formación de CTEP) no tomándolos como “casos” sino que busco articular el análisis de situaciones, interacciones o procesos que permiten mostrar distintos aspectos de una misma pregunta: ¿Cómo se produce y se milita la *economía popular* como realidad y como proyecto político? En este sentido, el desarrollo de los capítulos busca iluminar una multiplicidad de aspectos que hacen a la heterogeneidad del universo de la *economía popular*.

En el **capítulo 1** se analiza la configuración de las geografías sociales y espaciales en las que tienen lugar las prácticas y procesos que se analizan en esta tesis. Mi objetivo será comenzar a trazar la diversidad de historias y condiciones de vida, así como sus expresiones espaciales, que fueron la base para el desarrollo de formas de militancia en la *economía popular*. A partir de los relatos de integrantes y militantes de las organizaciones quiero analizar de manera articulada las formas de organización política entendidas como un “hacer juntos/as” y las configuraciones socio espaciales de clase. Sostengo que el espacio social y geográfico modeló las formas de organización política entendidas como un “hacer juntos/as” (Fernández Álvarez, 2016), y que al mismo tiempo los procesos de organización se espacializaron, transformando el espacio urbano. En particular, me detendré en el modo en que lo estético fue tanto un modo de conocimiento como de producción del espacio y de creación de geografías políticas que pusieron en cuestión las configuraciones urbanas de la desigualdad.

En el **capítulo 2** me desplazo de la constitución de colectivos en momentos y espacios determinados, para reflexionar sobre cómo se producen sujetos colectivos en un proceso continuo y nunca acabado. Analizo el trabajo político y pedagógico que dio lugar a la subjetivación como militantes y restituyendo el carácter vivencial y encarnado de los procesos de producción de colectivo. Muestro cómo se ponen en juego las emociones, la corporalidad y los valores morales en la producción de sujetos políticos individuales como militantes o colectivos. El argumento se desarrollará en dos partes. En un primer momento analizo las prácticas de “formación política” en el marco de los talleres de la Secretaría de Formación de CTEP, y en un segundo momento se analizan otras instancias – fuera de los talleres- donde la pertenencia a un colectivo se experimenta de manera vivencial y sensitiva: marchas, plenarios o asambleas.

En los siguientes dos capítulos se analizan los procesos de conformación y las prácticas cotidianas en dos experiencias de la *economía popular*: la cooperativa FM Riachuelo en el marco de la organización Los Pibes y la cooperativa Textil Laguna impulsada por el MTE. En el primer caso se trató de una cooperativa que se conformó a partir de un espacio de militancia, mientras que en el segundo, en cambio, se buscó producir una forma de organización política y gremial a partir de trabajadores previamente no organizados. En estos dos capítulos, el foco estará puesto en cómo el modo en que se llevó adelante el trabajo y la militancia en la *economía popular* permite problematizar aquello que se entiende por economía mostrando que no se trata de un dominio autónomo ni de una particular forma de acción social centrada en el cálculo (Narotzky y Besnier, 2014).

El **capítulo 3** analiza el proceso de conformación de la cooperativa textil Laguna y del “polo” de producción textil que fue su espacio de trabajo. Muestro que esta construcción se apoyó en redes y trayectorias migratorias, relaciones familiares y de vecindad que al tiempo que constituían los modos en que se accedía a formas de trabajo dependientes de un patrón, se convirtieron también en condición de posibilidad para el desarrollo de un proyecto colectivo de producción de *derechos*. A su vez, argumento que procesar esta ambigüedad fue posible gracias a los vínculos de confianza y colaboración construidos con los militantes del movimiento quienes tuvieron un importante papel en acercar y mediar entre parientes, familias y “comunidades” nacionales (paraguayas y bolivianas). Luego, me centro en la reconstrucción etnográfica de su cotidianeidad para analizar el modo en que se articularon militancia, trabajo productivo y el desarrollo de formas colectivas de cuidado y de (re)producción de la vida en un sentido amplio.

El **capítulo 4** se centra en el proceso que buscó convertir en un “emprendimiento” de la *economía popular* a una de las “áreas políticas” de la organización Los Pibes: la FM Riachuelo. Retomando el trabajo de David Graeber (2013) entiendo al valor no solo como valor económico y remuneración en los términos en los que usualmente se lo considera, sino como producción de proyectos significativos para las personas. Muestro las múltiples formas de valor producidas en la *economía popular*. Poniendo el foco en la forma en que se llevó adelante la distribución de los ingresos, muestro los criterios y definiciones en torno a lo “justo” y la “justicia”, antes que expresar una única forma de cálculo, fueron el producto de la consideración de una multiplicidad de valores, incorporando en tanto valor las formas colectivas de (re)producción de la vida construidas en la historia de la organización.

El **capítulo 5** analiza los “encuentros” cotidianos con el Estado focalizando en el modo en que las organizaciones de la *economía popular* debieron lidiar con la burocracia y sus procedimientos. Muestro que en estos “encuentros” los militantes jugaron un rol destacado

para contornear creativamente los constreñimientos impuestos por la burocracia estatal a partir de saberes aprendidos e imaginando sus propios proyectos en función de sus historias y formas de construcción política. En esta dirección quiero sostener que la burocracia también abrió posibilidades para la imaginación política. A su vez, analizo el modo en que la interacción cotidiana con funcionarios estatales y el sostenimiento de relaciones personalizadas con estos fue necesario para lidiar con documentos escritos y papeles (planillas, formularios, etc).

En el **capítulo 6** se propone un análisis sobre los *derechos* como categoría etnográfica y sobre los imaginarios políticos en los que esta categoría se inscribe considerados como formas de conocimiento práctico y teórico sobre la democracia, la ciudadanía y los órdenes legales. Analizo el modo en que mis interlocutores hablaban de los *derechos* como un *aprendizaje* –no solo en relación al Estado, sino en las historias compartidas de *lucha* y *organización*- proponiendo una reflexión sobre sí mismos en tanto seres humanos. En conjunto, muestro que los *derechos* como categoría etnográfica se apoyaron en el valor simbólico de la identidad del trabajador en la construcción de la ciudadanía social en Argentina, pero que al mismo tiempo abarcaron una multiplicidad de condiciones de vida en contextos urbanos asociadas a tener una vida *digna*.

En las **conclusiones** desarrollo las principales contribuciones de la tesis a la reflexión sobre los modos en que desde las organizaciones populares se politizaron experiencias de precariedad en la Argentina desde la *economía popular*.

CAPÍTULO 1. HACER CIUDAD, CONSTRUIR COLECTIVO: CONFIGURACIONES URBANAS DEL ANTAGONISMO Y PRODUCCIÓN COLECTIVA DE LO COMÚN

En 2013 cuando inicié mi doctorado y me contacté por primera vez con la organización Los Pibes, llegué a La Boca interesada por analizar el modo en que organizaciones políticas de larga trayectoria desarrollaban iniciativas laborales en el marco de la implementación de un conjunto de políticas públicas orientadas a promover el trabajo asociativo o el autoempleo en lo que se conoció como “economía social”. Sin embargo, desde el primer día “el barrio” ocupó un lugar central en cómo los militantes de Los Pibes me relataron su historia y era el espacio privilegiado para el desarrollo tanto de sus prácticas cotidianas como de acciones de protesta. Además, la organización tenía una larga trayectoria de lucha por la “vivienda digna” en la ciudad de Buenos Aires y participaba de numerosos espacios de articulación con otras organizaciones en los que se abordaban problemáticas locales. Años más tarde, cuando inicié mi trabajo en el “polo textil” perteneciente al MTE, “el barrio” también era una referencia central para trabajadores y militantes. Por un lado, los militantes se referían a sus prácticas cotidianas como “ir al barrio”. Pero además, Ana, presidenta de la Cooperativa Textil Laguna, relataba la historia de esa iniciativa en eventos públicos como una *lucha* que “empezó con el barrio, con la lucha por la tierra”.

Aquí analizo el modo en que se politizaron colectivamente experiencias de precariedad en dos espacios y momentos históricos diferentes que sin embargo tienen en común que el modo en que se experimenta la precariedad está vinculado a como se experimenta, vive y produce el espacio urbano. En ambas organizaciones el “barrio” había sido central en cómo se fueron configurando maneras de “hacer juntos/as” y se conformaron en espacios que son paradigmáticos de las transformaciones socio espaciales recientes en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

Tal como señalaron algunos autores la década del 90 consolidó tres tendencias predominantes en el desarrollo de la urbe: la gentrificación de los centros históricos, el desarrollo de un mercado informal de suelo urbano y de viviendas populares a “bajo costo”, y la construcción de barrios cerrados en la periferia para sectores medios (Girola, 2005; Rodríguez y di Virgilio, 2016). Por un lado, La Boca es un barrio paradigmático de los procesos de gentrificación del centro porteño lo que llevó a la reducción - a través de la presión inmobiliaria y la expulsión de sus habitantes – de su histórica disponibilidad de formas de

hábitat popular tales como conventillos y pensiones. Por su parte, en el conurbano bonaerense las tomas de tierra y la construcción de asentamientos precarios está lejos de disminuir. Un reciente informe del CELS (2016) sostuvo que el mercado inmobiliario ha capturado la renta financiera lo que generó un aumento del precio del suelo urbano respecto del ingreso. En virtud de este proceso, “entre 2003 y 2015 se configuró una situación contradictoria: a la vez que el mercado y el Estado construyeron la mayor cantidad de unidades de vivienda de la que se tenga registro, se multiplicaron las tomas de tierra” (CELS, 2016: 61, 62). Si bien el informe se refiere a todo el área metropolitana de Buenos Aires, la mayoría de las ocupaciones – y las más numerosas – se produjeron en el conurbano bonaerense. En particular, el Municipio de Lomas de Zamora es el tercero en cantidad villas y asentamientos, y el segundo en cantidad de familias que viven en este tipo de conjuntos habitacionales precarios²⁸.

Más allá de las particularidades locales, se trata de procesos que han atravesado la amplia mayoría de las grandes ciudades del mundo lo que ha dado lugar a un prolífico debate académico en torno a la ciudad y la urbanización neoliberal. Desde la geografía crítica, las nociones de “neoliberalismo realmente existente” (Brenner y Theodore, 2002) y “destrucción creativa” (Brenner y Theodore, 2002; Harvey 2013) pusieron en evidencia los modos en que la gobernanza neoliberal moviliza el espacio urbano para garantizar un crecimiento económico orientado al mercado. Como consecuencia las desigualdades en la distribución de la riqueza se han expresado fuertemente en el espacio y las mayorías urbanas han sido desposeídas del derecho a la ciudad. Otros en cambio, enfatizaron que las transformaciones en los modos de acumulación capitalista estaban desplazando como terreno privilegiado para la lucha de la fábrica a la ciudad o la “metrópolis” en la medida que la totalidad de las condiciones de vida se han vuelto objeto de explotación por parte del capital (Hardt y Negri, 2011).

En Argentina han resonado preocupaciones similares que se plasmaron en la centralidad que cobró el análisis de la dimensión “territorial” o “barrial” en la literatura sobre movimientos sociales y prácticas cotidianas de sectores populares en Argentina desde fines de la década del 90'. Así comienzos de los años 2000 estos estudios focalizaron en las redes de sociabilidad en *villas* y *asentamientos* y destacaron la emergencia de una nueva forma de militancia “territorial” cuyo centro organizativo eran los barrios (Merklen, 2005; Svampa y Pereyra, 2009). Otros autores recuperaron la noción de “territorio de relegación urbana” de Loïc Wacquant (2001) analizar los procesos de segregación espacial y marginalización económica y social (Auyero, 2001; Canevaro y Lapegna, 2009; Soldano, 2008). Por su parte,

²⁸ En 1991 se registró un total de 17 villas y asentamientos en el municipio de Lomas de Zamora, mientras que en 2001 ya había 29 (Cravino *et al*, 2008). El crecimiento en el período posterior es notorio: para el año 2016 el número ascendió a 64 (Registro Provincial de Villas y Asentamientos Precarios, 2016).

una serie de estudios etnográficos locales han realizado aportes significativos a esta cuestión. En primer lugar, numerosos autores han señalado que el énfasis en el “barrio” o la “villa” como categorías de identificación política debe comprenderse a la luz de las políticas sociales “focalizadas” implementadas en los años 90’ que tomaron al barrio como unidad de implementación apoyándose en y desarrollando redes sociales locales (Cravino, 2008; Grimson, 2009; Frederic, 2009; Ferraudi Curto, 2014). Otros estudios cuestionaron la homogeneidad atribuida a los barrios al tiempo que problematizaron la distinción entre estado y sociedad civil que suele primar en la literatura expresada bajo metáforas espaciales tales como arriba/abajo (Manzano, 2009b, 2013; Moreno, 2015). En particular, estudios recientes recuperaron el enfoque abierto por la obra de H. Lefebvre ([1974] 2013) para analizar la espacialidad no como un continente vacío sino como producto y productor de relaciones sociales, mostrando los procesos de producción espacial de pobladores en tensión con las formas de regulación y producción del espacio del Estado (Canelo, 2013; Moreno, 2017).

En diálogo con estos trabajos que recuperan el enfoque de H. Lefebvre, en este capítulo se analiza la configuración de las geografías sociales y espaciales en las que tienen lugar las prácticas y procesos que se analizan en esta tesis. Busco comenzar a delinear el conjunto de historias y condiciones de vida, así como sus expresiones espaciales, que fueron la base para el desarrollo de formas de militancia en la *economía popular*. A partir de los relatos de integrantes y militantes de las organizaciones quiero analizar de manera articulada las formas de organización política y las configuraciones socio espaciales de clase. Sostengo que el espacio social y geográfico modeló las formas de organización política entendidas como un “hacer juntos/as” (Fernández Álvarez, 2016b), y que al mismo tiempo los procesos de organización se espacializaron, transformando el espacio urbano e inscribiendo sentidos desde historias personales y colectivas.

Con en este objetivo, desarrollo primero el proceso de conformación de la organización Los Pibes en el barrio de La Boca y luego el proceso de creación del Barrio La Laguna. Focalizo en el modo en que se fueron las personas que pasaron a integrar las organizaciones con las que trabajé y cómo fueron desarrollando proyectos en común a priori impensados. En ambos casos, me detendré en el modo en que la estética fue tanto un modo de conocimiento como de producción del espacio y de creación de geografías políticas que pusieron en cuestión las configuraciones urbanas de la desigualdad.

I. HACER CIUDAD DESDE LA LUCHA

La Boca es uno de los barrios más emblemáticos de la ciudad de Buenos Aires. Está ubicado al sur de la ciudad y muy próximo al centro financiero. Hacia fines del S XIX, cuando el principal puerto operaba en sus costas, inmigrantes en su mayoría italianos comenzaron a modelar sus actuales características. Así, los conventillos – casas muy coloridas hechas en madera y chapa que se comparten entre varias familias – crearon un escenario urbano característico muy apreciado por el turismo. Además, este barrio persiste en la imaginación colectiva como un área muy politizada de la ciudad y es popularmente conocido por haber sido el sitio de famosas huelgas obreras y del nacimiento de algunos sindicatos²⁹.

En 1994 cuando los militantes que luego crearon la organización Los Pibes comenzaron sus actividades allí, La Boca preservaba ese espíritu popular característico. La vivienda era accesible para las familias de sectores populares dada la disponibilidad de múltiples formas de alojamiento a bajo costo, principalmente a través de alquileres (Herzer *et al*, 2011). Muchas de estas familias que venían a asentarse al barrio provenían del norte del país, de países limítrofes o incluso, de asentamientos informales en otras zonas de la ciudad de los que, en algunos casos, habían sido desalojados. Durante mi primera visita a la organización, Lionel, uno de los fundadores de la organización me explicó que en el barrio la práctica de “comprar y vender llaves” era sumamente frecuente. Esto implicaba que las familias compraban una llave a una pieza o un pequeño departamento en un conventillo sin saber si el inmueble tenía un propietario legal que luego podría venir a reclamarla.

En esta situación estaban un pequeño grupo de familias que llegó a la Boca en 1994 tras haber sido desalojados de su anterior vivienda: las Bodegas Giol en el barrio porteño de Palermo³⁰. Martín el Oso Cisneros y Lito Borrello - quienes años después se convertirían en referentes de la organización Los Pibes – conocían a estas familias por haber participado activamente en el proceso de organización y la resistencia al desalojo de aquel emblemático edificio. Por aquel entonces, Lito y Martín eran parte de la comisión de organización de la Asociación Civil Familias de la Ex Bodega Giol.

Durante ese proceso que culminó con el desalojo de 190 familias, también conocerían a tres estudiantes universitarios con quienes continuarían militando durante años: Carolina, Lisandro y Lionel. Ellos eran estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, e integraban una

²⁹ Para un análisis de la conformación de clase obrera y las formas de militancia política en relación con las condiciones de vida y trabajo en la zona sur de la ciudad – y especialmente en La Boca- hacia fines del SXIX ver Poy, 2014.

³⁰ Un análisis detallado del proceso de ocupación y resistencia al desalojo de las bodegas Giol puede consultarse en Massetti, 2009.

agrupación que denominaban “Autoconvocados” desde la que participaron de una serie de tomas en protesta contra la Ley de Educación Superior (ley que finalmente se sancionó en 1995). En aquel momento se contactaron con la agrupación política que integraban Lito y Martín con el objetivo de “articular las dos luchas”: “los estudiantes en lucha, los territorios en lucha” era la consigna enarbolada por aquellos años. En la práctica esta “articulación” suponía que una comisión de las familias de las ex bodegas participó de tomas en la facultad y que un grupo de estudiantes universitarios colaboró en Giol haciendo talleres de apoyo escolar para los chicos u organizando eventos convocantes para evitar el desalojo como fue un multitudinario recital de Fito Páez.

El 4 de octubre de 1994 las Giol fueron definitivamente desalojadas (Masseti, 2009). “Nosotros lo vivimos como una derrota, pero después de un tiempo nos dimos cuenta que había sido un hito en la lucha por la vivienda digna en la ciudad de Buenos Aires”, recuerda Lisandro que en aquel entonces era estudiante de sociología de la UBA y formaba parte de una asamblea estudiantil contra la reforma educativa. En ese momento, Lito, Martín, Carolina, Lisandro y Lionel –junto a otros militantes que luego no continuaron- crearon una agrupación que dieron en llamar “Agrupación Resistencia” y decidieron que querían desarrollar un “trabajo territorial”³¹ en La Boca. Comenzaron organizando un taller de periodismo en una biblioteca pública para “mapear” el barrio en términos sociales y relacionales. Unos meses después, iniciaron la construcción de una piecita en un terreno prestado por una mujer que vivía en la Villa del Bajo Autopista. Tras un desencuentro y frente al ofrecimiento de una mujer que había vivido en las Giol, mudaron sus actividades a un pequeño espacio a la calle que les prestó en su casa en Sancheti, una ex fábrica de calzados ubicada sobre la Avenida Pedro de Mendoza que fue ocupada para construir viviendas en su interior (Ver Anexo Mapa de La Boca). Allí comenzaron a promover reuniones con los vecinos y fueron conociendo a muchos que, no sin algo de desconfianza, se fueron acercando.

Politizar la necesidad, construir colectivo

Rita nació en 1963 en el seno de una familia humilde de la Isla Maciel, un barrio popular del Municipio de Avellanada pero históricamente muy vinculado al barrio de La Boca al que se conectaba por el puente transbordador Nicolás Avellaneda. En 1996 vivía con sus 4 hijos en Sancheti. Allí fue una de las primeras en “engancharse” con quienes fundarían la organización

³¹ Esta noción de “trabajo territorial” a la que recurrieron los militantes que conformaron Los Pibes puede ser puesta en relación con las categorías de “trabajo barrial” y las distinciones entre militancia “social” – como aquella que se desarrolla en los barrios- y militancia “política” –en tanto actividades proselitistas y partidarias- que cristalizaron durante los años 90’ (ver Frederic, 2009).

Los Pibes. Sin embargo, no fue fácil, en los primeros tiempo primó la desconfianza respecto de estos recién llegados:

“Yo era y soy muy amiga de una morena que vivía justo en frente de Mirta y un día lo vi a Lito y a la Carolina tomando mate con Mirta, y yo soy medio loca no. Y le digo a la Mirta, ‘che ¿qué onda con estos?’ Porque yo en ese tiempo salía de estar en cana, muchos años en cana. Y tenía las rejas pegadas en la cabeza y me perseguía con todo el mundo. Y me dice ‘no sé, están locos, me dicen que son revolucionarios’ ”.

Rita y su amiga se sentaban a matear en la escalera del conventillo y sobre-escuchaban lo que conversaba Mirta con los militantes. Rita se lo comentó a su padre enfatizando que estaba “perseguida” con ellos. Ante su desconfianza el padre le recordó que durante su infancia en la Isla también ellos habían tenido fuertes vínculos con militantes sociales:

“Rita: Me preguntó si yo me acordaba que cuando era chica venían los maestros a casa, hacíamos mate cocido y ellos te enseñaban ¿Vos te acordás del maestro que escribía con esas cosas viejas, la máquina de escribir? Y me acordé del barbudo que era re buenito, esa gente buena. Y mi papa me dice ‘es un buen camino, tómalo o déjalo, pero acordate de cuando eras chica’. Y mi papá cada vez que iba me empujaba, me preguntaba si los había escuchado a mis “amigos”. Un día yo dije bueno, me acordé que sí que era verdad que yo vi cosas, y a mí siempre me gustó eso.

Dolores: ¿Tu papa había participado en política?

Rita: Si, después me empezó a contar que por ejemplo la escuela la hacían en mi casa, con ellos mi papá hicieron una salita en el barrio. Yo no soy de La Boca soy de la Isla y mi viejo, me empecé a acordar. De que hicieron la salita, ¡pusieron el agua! Y dije, si, está bien. Me enganché más porque era verdad que mi viejo hacía esas cosas, pero antes no participábamos nosotros como ahora. Ahora nosotros los hacemos muy parte a nuestros hijos, en el tiempo de antes no. Me enganché por mi viejo...él me dijo yo no te voy a insistir a vos porque vos ya sos una sufrida vieja, pero esos muchachos que vos me contás son buenos de verdad. Y ahí me enganché, empecé a participar en las reuniones y le contaba mucho a mi viejo, y me decía que tenía que participar, hablar, en la cancha se ven los pingos”

Con el consejo de su padre, poco a poco fue confiando y tratando de contagiar a sus vecinos: “Y entonces dije bueno, nosotros tenemos que arrancar por ese buen camino que ellos nos van a ir guiando”. Rita se dedicó insistentemente a hablar con cada uno para que fueran a las

asambleas y escucharan. Se convenció de que ese era un buen camino para mejorar su vida: “Nosotros tenemos que ser parte de eso pensaba, entonces yo hablaba con todos, me pasaba todo el día en el conventillo, hacía mis cosas también. Y les decía que nosotros tenemos que participar, tenemos que escuchar, si no nos vamos a quedar toda la vida acá. Si de verdad queríamos salir de ese pozo de mierda, había que escuchar, hacer el intento”. A pesar de su insistencia, recuerda que muchos siguieron creyendo que eran terroristas o que los buscaba la policía. Carolina, una de las militantes que fundó el comedor mientras era estudiante de comunicación de la UBA, me explicó que para ella esa desconfianza provenía de que ella, Lisando y Lionel no eran “naturales del sujeto de los barrios” –haciendo evidente alusión a su pertenencia a los sectores medios-, de allí que me relató todas las acciones posteriores que desarrollaron para conformar la organización como una “pelea” para constituirse como “referencia”, para ser respetados.

Además de la desconfianza hacia los recién llegados también reinaba la tensión entre los vecinos de Sancheti y los de un conventillo vecino: el Pescadito. Carolina me relató que “a pesar de que vivían a 20 metros casi no se hablaban”. A Rita eso también le daba desconfianza porque los militantes iban a tomar mate a menudo al Pescadito y sus habitantes “tenían bronca” con los de la Isla.

Por su parte, Andrea había migrado de San Pedro Jujuy en 1986. Cuando la conocí en 2013 vivía en una pieza alquilada en un conventillo justo en frente de “la fábrica”. Sin embargo, desde que había llegado a Buenos Aires había pasado un sinfín de lugares distintos: de prestada en casa de conocidos, en hoteles, conventillos. Con 20 años y embarazada de su primera hija viajó a Buenos Aires por primera vez en busca del padre de la niña quien había viajado previamente en búsqueda de trabajo a la capital. Claro que aquel no era el único motivo, la vida en Jujuy era difícil y Andrea había salido a trabajar desde muy pequeña – muchas veces como empleada doméstica por hora- para colaborar con la familia. Su padre era pintor, pero también un gran aficionado al juego. Además, su madre era muy estricta y Andrea temía que no viera con buenos ojos su embarazo. Así que le pidió algo de dinero a la suegra, juntó la poca ropa que tenía y se tomó un tren desde Salta a la capital. Cuando llegó de Jujuy vivió en casa de unos conocidos en Ciudadela. A La Boca llegó porque uno de sus hermanos vivía en un conventillo y aceptó alojarla a ella con su hija y otra de sus hermanas allí. Luego, tras un breve paso por una pieza alquilada en Avellaneda con el padre de su hija, volvió al barrio de La Boca. La relación con aquel hombre se terminó y al poquito tiempo conoció a su marido actual y se fueron a vivir a una pieza que les “regalaron” en una casa tomada en el barrio. Para poder habitarla tuvieron que colocar unas chapas en el techo y piso en la cocina. Eran épocas difíciles, su marido había sido despedido del shopping en el que

trabajaba como empleado de limpieza así que, aprovechando la proximidad a la cancha de Boca Juniors, cuidaban los coches por unos pocos pesos los días que había partido. Además, todos los días a la tardecita Andrea salía con una amiga a recorrer los restaurantes de Puerto Madero para llevarse los restos de comida que los cocineros sacaban a la calle.

La primera vez que escuchó hablar de la organización Los Pibes fue en la cola para ingresar a tomar la merienda en otro comedor del barrio. Corría el año 1998 y estaba embarazada de su cuarto hijo. Allí, mientras esperaban, una señora que estaba participando de la organización como cocinera le ofreció si quería “entrar” (a la organización). En su momento, dudó: “capaz que es como todos los partidos políticos”. Pero esta mujer le inspiraba confianza, siempre le llevaba alimentos que conseguía a través de la organización, así que finalmente decidió acercarse. Enseguida le gustó la experiencia porque según recuerda “se discutía y se hablaba mucho en las reuniones”.

Las historias de Andrea y Rita nos permiten dar cuenta de las condiciones de vida de quienes pasaron a integrar la organización hacia mediados de los años 90'. El desempleo y las dificultades para proveer el sustento para las familias venían de la mano de difíciles condiciones habitacionales que llevaron a estas personas a intentar construir un hogar – que muy a menudo debía desplazarse- en alguna de las formas de vivienda popular que ofrecía en abundancia este barrio. Sin embargo, no todo era “falta de” y, entre las changas y rebusques de diverso tipo que llevaban adelante para sostenerse, comenzaron a juntarse con y a conocer a los militantes que habían llegado a la zona.

Fue precisamente en Sancheti un 25 de mayo de 1996 que nació oficialmente el Comedor Los Pibes. En aquel momento las tasas de desempleo y pobreza estaban en aumento³² y los militantes de la organización consideraron que su prioridad debía ser la “necesidad” más acuciante en ese momento: la alimentación. Por eso comenzaron organizando un comedor que servía la merienda para los chicos del barrio los fines de semana y los feriados porque esos eran los días en los que no la recibían en la escuela. Para poder sostener el merendero salían a pedir donaciones a los comercios del barrio: “las galletitas del fondo de la lata, los huesos, lo que sea”, recuerda Carolina. Para Rita, era una tarea difícil: “yo venía de otro sistema, de otra clase. Lo hacía pero a la vez cuando salía, a veces nos daba a veces no. Y me daba bronca, imagínate una mujer que sale de estar presa, salía de comerme rejas en la

³² Entre mayo de 1993 y mayo de 2003 las condiciones de vida de la población se deterioraron de manera creciente. En 1993 el 17,7% de las personas estaba por debajo de la línea de pobreza, mientras que en mayo de 2003 este indicador alcanzó 60% de la población. En 2002 se llegó al valor más elevado de desempleo cuando un 21,5% de la población económicamente activa se encontraba desocupada (Kostzer, Perrot y Villafañe, 2005).

cabeza, ¿ir a pedir? Yo que no acostumbraba a hacer eso y a traer el mango a la casa de otra manera? Y vivir mucho mejor de lo que estaba viviendo...”

Al poquito tiempo, una de las mujeres de Sancheti sugirió que fueran al mercado de Avellaneda los sábados. Los puesteros tiraban una gran cantidad de verdura que no vendían y como ella los conocía les había pedido si podían llevársela. Carolina era la encargada de armar los listados distribuyendo las tareas: unos iban al mercado, otros clasificaban y armaban las bolsas, y un tercer grupo limpiaba una vez terminado el reparto. Así, cada familia se llevaba la verdura a su casa y cocinaba allí a su gusto. Carolina me explicó: “Nosotros no queríamos ser un comedor tradicional como los de la Iglesia o de Cáritas donde la gente iba agachar la cabeza y comer lo que te dan, en la silla de otro, con el plato de otro. Nosotros queríamos preservar a la familia y el hábito de comer todos juntos en la casa”.

En el desarrollo de estos repartos de alimentos crearon los “criterios de justicia”: una forma de distribuir lo que se había logrado a través de la *lucha*. Esto consistía en asignar un número del uno al cinco a cada uno de los integrantes de la organización para hacer una evaluación colectiva en relación con las tareas y compromisos asumidos: asistir a asambleas y protestas, participar de la descarga y organización de los alimentos, limpieza, etc. Su objetivo era preservar la “cultura del trabajo” que el neoliberalismo había erosionado convirtiendo a las personas en sujetos de “asistencia”. “Las cosas se distribuyen entre los que trabajan, lo que da derecho de pertenencia y al beneficio es si cumplís con alguna de las tareas necesarias para que ese beneficio exista”, explica Carolina. Según ella, estaban tratando de compartir con cada nuevo *compañero* dos ideas principales. En primer lugar, que “unidos y organizados” se podría lograr lo que individualmente habría sido imposible. Pero también que mediante el esfuerzo colectivo podrían recuperar “dignidad”, mejorar sus condiciones de vida para ellos y sus familias y sentirse parte de ese esfuerzo en lugar de ser “dependientes de la asistencia de otros” (principalmente el estado y la iglesia). Por eso proponían que el “criterio” era distribuir entre los que trabajan porque “todos necesitamos, nos juntamos y nos organizamos para luchar por las necesidades comunes”. De manera similar, en su etnografía sobre el involucramiento político en un municipio del sur del Gran Buenos Aires, Julieta Quirós (2011) analizó la producción de criterios de merecimiento – de un *plan*, de una *caja* de alimentos, de un puesto de trabajo en un *proyecto productivo*- en el marco de un movimiento. En ese universo etnográfico “luchar” y “participar”, en definitiva, el “hacer” de cada integrante estaba asociado al “merecer”, es decir, habilitaba un “derecho” sobre ciertos bienes significativos.

Esta forma de construcción política llevaba la impronta de una organización mayor a la que Los Pibes se había integrado en esos años: la Federación de Tierra Vivienda y Hábitat (FTV)³³. Los militantes de Los Pibes se reconocían como parte del *movimiento piquetero* ya que venían desarrollando numerosos cortes en la capital, en particular en La Boca, en demanda por *planes* y recursos para el comedor. Tras llevar su solidaridad con una carpa propia a un piquete de 8 días en La Matanza, “por decisión política” – recuerda Carolina- decidieron integrarse a la FTV para contribuir a un “armado nacional”. En aquel momento numerosas organizaciones y movimientos de trabajadores desocupados – incluyendo la FTV- estaban promoviendo iniciativas de trabajo entre sus integrantes a partir del acceso a *planes* y políticas en el marco de sus demandas al Estado por “trabajo digno” (Cross, 2006; Manzano, 2008; Massetti, 2009; Dinerstein, 2014). De manera similar, en 2003 Los Pibes organizó su primera “Comisión de empleo” y creó diecinueve proyectos productivos: panadería, galletitas, textiles, serigrafía, entre otros. Según Lisandro, de estos diecinueve proyectos productivos “dieciocho y medio eran insostenibles”. Pero él enfatiza que la viabilidad económica no fue nunca el objetivo principal; por el contrario lo que buscaban era generar “un espacio de contención”: “Era un espacio donde los compañeros podían empezar a juntarse, hacer algo, en lugar de estar en la casa, chupando, drogándose, lastimándose. Que empezaran a juntarse con otros y entender que no era un problema individual sino un problema del modelo de acumulación”. Tal como ha señalado Cecilia Cross (2007) esta era una perspectiva compartida por los referentes barriales de la FTV en diversos lugares del país quienes describían sus prácticas de militancia destacando que buscaban dar “sentido político” a la participación enfatizando que el desempleo no era un problema personal, sino que tenía su origen en decisiones políticas.

El horizonte de interpretación política de lo que ocurría y se vivía en aquel momento estaba en construcción en diálogo con las experiencias y *luchas* compartidas en organizaciones más amplias como la FTV. Pero también en el propio lugar de militancia, donde no todo lo que hacían obedecía a un plan estrictamente premeditado. Por eso Carolina, cuando recuerda aquellos años habla de su militancia como una “experimentación”: “En realidad nosotros vamos ensayando en la práctica, las ideas que vamos construyendo juntos...”, le dijo un día a un investigador invitado al piso de la radio para explicarle que por eso mismo ellos no criticaban los modos de hacer de otras organizaciones. “Al final todo se demuestra en la práctica”, remató aquella tarde. Y fue justamente “la práctica” lo que les fue señalando aquellos “problemas comunes” que buscarían resolver “unidos y organizados”. Rita recordó

³³ La FTV se formó en el año 1998 y llegó a ser reconocida como uno de los principales movimientos “piqueteros” en Argentina. Su referente era Luis D’Elía e integraba la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). Ver Cross, 2006, 2007; Manzano, 2007, 2013.

durante nuestra entrevista una de aquellas primeras reuniones en Sancheti: “Y un día de lluvia trajeron el [diario] Clarín, no me voy a olvidar nunca, lo trajo Lionel. Y ahí decía de los desalojos, como se venía La Boca, y ellos nos decían que teníamos que tener una preocupación. Y yo le dije viste que ellos dicen que tenemos que estar preocupados porque nos van a desalojar y nos vamos a quedar culo al aire, ya hagamos algo”. De manera que tempranamente y en el marco de esta “experimentación” que contribuyó a la producción de esta organización como colectivo politizando las “necesidades” fueron cobrando creciente importancia una línea de acción que tuvo en el centro otra “necesidad” compartida: la *lucha* por la vivienda digna.

La *lucha* por la vivienda *digna*

Durante mi primera visita a la organización Los Pibes, en junio de 2013, por la tarde Lionel me acompañó al edificio de la Cooperativa de Vivienda Los Pibes. Se trataba todavía de una obra en visible construcción. Ese día, los obreros -quienes según me explicaron son contratados en cada fase de la obra- estaban colocando las ventanas. Allí nos recibió Pilar, una de las cooperativistas que estaba de guardia. Pilar ingresó a la organización hacia fines de los 90'. Junto a su familia vivían en Sancheti y al comienzo ella acompañaba a su madre al comedor con tan solo 17 años. En el 2013, ella y su marido todavía vivían allí junto a sus 6 hijos.

Lionel debía esperar la llegada del arquitecto de la obra, Jaime Sorín. Lo conocieron cuando trabajaba como asesor de la Comisión Municipal de la Vivienda de la Ciudad (CMV)³⁴ en un proyecto de remodelación de conventillos de La Boca entre los años 2000 y 2002. Sorín tenía una larga trayectoria en el desarrollo de proyectos de vivienda social y fue decano de la Facultad de Arquitectura Diseño y Urbanismo de la UBA, vicerrector de dicha Universidad y uno de los fundadores del espacio “Carta Abierta”³⁵. Más allá de sus credenciales académicas, fue más bien por esto último que lo convocaron para el desarrollo del proyecto. “Es un viejo militante”, me explicó Lionel, “él hizo todos los planos de la obra y después nos juntamos y lo

³⁴ La Comisión Municipal de la Vivienda de la Ciudad (CMV) fue la denominación que recibió entre 1967 y 2003 la agencia estatal correspondiente a la Ciudad de Buenos Aires encargada de la promoción de la construcción de viviendas de interés social. Con posterioridad al 2003 pasó a llamarse Instituto de Vivienda de la Ciudad (IVC) y su normativa de adecuó a la Constitución y Leyes de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires cuando esta fue establecida como un dominio autónomo respecto del Gobierno Nacional.

³⁵ El “Espacio Carta Abierta” es un agrupamiento de intelectuales creado en el año 2008 tras el conflicto desatado entre el gobierno nacional –entonces encabezado por Cristina Fernández de Kirchner- y las patronales agropecuarias a partir de la presentación de un proyecto de Ley para la suba de las retenciones a las exportaciones agrarias. Se creación se dio a partir de la publicación de una carta firmada por numerosos intelectuales y artistas en la que expresaron su apoyo al gobierno nacional. Con los años continuaron publicando documentos y realizando actividades públicas.

discutimos, le fuimos diciendo lo que nosotros queríamos, pero bueno, algunas cosas no se podían”.

Mientras lo esperábamos, los tres aprovechamos para recorrer la obra. El edificio –hoy terminado- se compone de tres bloques pegados con dos departamentos por planta. Como el terreno tenía una pequeña “L”, se agregó un bloque adicional de dos pisos con departamentos que tienen una distribución ligeramente diferente. Sin embargo, todos tienen tres ambientes con un baño, cocina integrada, balcón o patio y lavadero. En total son 33 departamentos y 33 familias que integran la cooperativa. Al costado del edificio, en un terreno que linda con la Avenida Pedro de Mendoza funcionaba en aquel momento el obrador de la cooperativa. Lionel me explicó que ese terreno lo tenían en comodato porque era un terreno municipal. Ese lote había sido expropiado a una empresa para ensanchar la Avenida Pedro de Mendoza, pero nunca se había hecho la obra de ensanchamiento y la empresa siguió usándolo “como si fuera propio”. Subimos hasta el cuarto piso para apreciar la vista. Desde allí arriba Lionel me señaló una serie de puntos claves para comprender la geografía barrial: Sancheti, el puente Nicolás Avellaneda, la Iglesia San Juan Evangelista y la villa del bajo autopista³⁶. Todos estos sitios habían participado de un modo u otro de la historia de la organización y hablaban tanto de la configuración de la desigualdad en el barrio de La Boca, así como también de su *lucha* por la vivienda *digna*. Lionel y Pilar me introdujeron en esa historia.

“En el 97’ se estaban haciendo ollas populares en las plazas de mayor circulación. Retiro, Constitución, Once...en ese momento nosotros empezamos a hacerlo en el Puente Avellaneda”, me explicó Lionel. Recordó particularmente una movilización que hicieron con ayuda del cura de la parroquia San Juan Evangelista. En esa oportunidad “simularon” hacer una procesión llevando las imágenes de la iglesia y con el cura marchando al frente cortaron el puente. Entre risas ambos recordaron que más de una vez había más policías que personas cortando la calle.

El objetivo de estas tempranas acciones era por un lado el desempleo y las dificultades para garantizar la subsistencia de las familias, pero la vivienda también empezaba a perfilarse como una problemática central en el barrio. Desde comienzos de la década del 90’ las cosas habían empezado a cambiar vertiginosamente en La Boca. De ser un barrio un tanto olvidado en cuanto a inversión pública, se convirtió en un sitio de rápido desarrollo urbano. Numerosos estudios mostraron que desde la década de 90’ los procesos de “gentrificación” generaron profundas transformaciones socio-espaciales en la ciudad de Buenos Aires, particularmente a la zona central y sur de la ciudad (Herzer y Gil y de Alonso, 2012; di Virgilio y Guevara,

³⁶ La centralidad de estos lugares será retomada en el capítulo 2 para analizar la incidencia de cómo se experimenta el espacio en la producción de sujetos políticos colectivos.

2014)³⁷. La Boca no ha sido la excepción y una de las primeras intervenciones en esta dirección fue la construcción de defensas costeras – inauguradas en 1998- que mitigaron las inundaciones provocadas por las sudestadas, así como también la remodelación de la ribera para uso recreativo. Asimismo, en la zona de Caminito y Vuelta de Rocha se instalaron nuevas actividades comerciales y de servicios culturales aprovechando los bajos costos de la propiedad (Herzer *et al*, 2011). Esta conjunción de iniciativa privada y políticas públicas dio inicio a un proceso de renovación urbana en el que la identidad cultural del barrio cobró relevancia para el fomento del turismo. Con María Carman (2006) podemos afirmar que se trató de una “política de lugares” que implicó acciones públicas y privadas sobre espacios locales de la ciudad apelando a la cultura como patrimonio o valor a ser explotado.

Estos desarrollos tuvieron un fuerte impacto en las condiciones de vida de los habitantes del barrio. Entre 1991 y 1996 los precios de la vivienda se dispararon aumentando en un 50% y los desalojos se convirtieron en una preocupación cotidiana (Herzer *et al*, 2005). Posteriormente esta tendencia se intensificó como consecuencia de la presión ejercida por el desarrollo de Puerto Madero, cuando la proximidad con la zona más cara de la ciudad convirtió a La Boca en una zona apetecible para el desarrollo inmobiliario una vez que la disponibilidad de tierras estuvo agotada.

En este contexto, la vivienda y la situación del barrio se convirtieron en el foco de sus prácticas políticas y los militantes de Los Pibes desarrollaron múltiples formas de *luchar* contra los desalojos, una problemática que afectaba a muchos de los que habían pasado a integrar la organización. No eran los únicos. Por aquellos años, conformaron con otras organizaciones barriales un espacio que dieron en llamar “Mesa de Enlace Barrial de La Boca”. Desde este espacio desarrollaron una denuncia sistemática de un proceso que definían como la “expulsión” de los sectores populares del barrio. Lionel me lo explicó en los siguientes términos: “lo que empezamos a ver es que la estrategia es dejar que el barrio se deprecie completamente, no hacer nada y que luego las empresas de desarrollo inmobiliario y constructoras puedan comprar barato”.

A través de la acción directa “en las calles” y de la negociación presionaron al Gobierno para que se aprobara una resolución de la ciudad que declaró Emergencia Habitacional en el barrio y lo que se conoció como la “Operatoria 525”. Según Lionel se trató de una medida que permitía “frenar los desalojos” que se producían bajo el pretexto de que sus dueños querían vender las propiedades dando la posibilidad de que las familias las compraran a través de

³⁷ Para un análisis pormenorizado de los procesos de gentrificación y renovación urbana en distintas zonas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires ver Carman, 2006; Gorelik, 2008, 2008b; Laborde, 2011; Girola *et al*, 2011; Lacarrieu, 2016.

créditos otorgados por la Comisión Municipal de la Vivienda (CMV). A partir de esa operatoria y juntando el dinero de grupos de diferentes familias, me contaron que “como organización” compraron más de 6 conventillos³⁸. Esto fue una de las primeras y más rememoradas *conquistas* de la organización, pero también fue una de las primeras experiencias sobre cómo lidiar con la burocracia estatal. La simple presentación de los papeles no garantizaba que estos “avancen”³⁹. La obtención de los dos primeros créditos se logró recién en 1998 tras la ocupación pacífica de la delegación municipal correspondiente a su barrio, lo que en aquel entonces era el equivalente al actual Centro de Gestión Participativa (CGP)⁴⁰. Tras aquella largamente rememorada acción dos funcionarios del organismo se presentaron para aprobar los créditos y así pudieron comprar dos conventillos. Uno de ellos estaba ubicado sobre la calle Lamadrid, justo enfrente de la Plaza Matheu. Allí todavía vive al día de hoy Rita con su hija y sus dos nietos.

Después de esa *conquista* fueron más allá y participaron en la formulación de la Ley 341, una ley que rige en toda la ciudad de Buenos Aires y permite que sean cooperativas las que reciban préstamos para construir a través de la ayuda mutua y autogestión⁴¹. Se trataba en efecto de una de las principales críticas que tenían respecto de la “Operatoria 525”: además de que los créditos no contemplaban la refacción de los inmuebles, no se contemplaba que la compra sea realizada como parte de una organización, sino bajo la modalidad de condominio. Nuevamente en este proceso participaron junto a la Asamblea de Desalojados de La Boca y a otras organizaciones tales como el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos perteneciente a la CTA⁴². Para Lionel esto había significado “convertir en ley para toda la ciudad” dicha ordenanza y me describió el proceso como “un gran aprendizaje” porque se dieron cuenta que “las leyes no las escribe un súper hombre”, sino que las organizaciones populares también tenían un conocimiento y podían hacerlo.

³⁸ Herzer *et al* (2011) registraron más de 100 propiedades adquiridas a través de esta operatoria y sostuvieron que en todos los procesos hubo una marcada participación de las organización barriales.

³⁹ Esta expresión de carácter coloquial hace alusión al hecho de que los trámites presentados o los expedientes sigan su curso por los pasos administrativos requeridos para su aprobación.

⁴⁰ Los Centro de Gestión Participativa (CGP) son unidades de descentralización administrativa de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Allí pueden realizarse diversos trámites (obtención de documentos, partidas de nacimiento, casamientos, habilitaciones comerciales), reclamos sobre servicios públicos, o recibir asesoramiento y asistencia social.

⁴¹ La Ley 341 sancionada en el año 2000 habilitó el acceso a créditos para la vivienda a hogares de bajos recursos. A diferencia de políticas habitacionales previas, esta ley incorporó no solo a personas individuales como sujeto de crédito, sino también a organizaciones sociales conformadas bajo la figura de cooperativa, mutual o asociación civil. A su vez, el financiamiento otorgado por la ley permitió tanto la adquisición de terrenos para la construcción, como el desarrollo de obras nuevas o de mejoramiento. Ver Rodríguez *et al*, 2007; Thomasz, 2008; Rodríguez, 2010; Zapata, 2012.

⁴² El Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI) se conformó en 1991 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires impulsando procesos de organización cooperativa con población residente en edificios ocupados. Actualmente está compuesto por una serie de cooperativas de trabajo y vivienda. Ver Rodríguez, 2009.

Fue justamente a través de la ley 341 que quienes integran Los Pibes iniciaron la construcción de la Cooperativa de Vivienda Los Pibes (COVILPI), un proceso que tomaría más de diez años de *lucha*. En febrero de 2003 presentaron el proyecto ante la CMV, pero recién escrituraron el terreno en marzo de 2005 y obtuvieron la primera cuota para iniciar la construcción en julio de 2007. El cambio de gestión en el GCBA y su paso a manos de Mauricio Macri sin dudas colaboró con las demoras. “No sabíamos con quién hablar”, me explicó Lionel haciendo alusión a que el conocimiento personal de los funcionarios responsables, saber quién es la persona indicada para poder insistir fue y es una cuestión central para poder hacer avanzar sus proyectos.

Sin embargo las dificultades impuestas por la gestión de Macri se prolongaron más allá de los desajustes de la transición. Tal como sostuvieron algunos autores, la política de vivienda del GCBA durante sus dos mandatos (2007- 2011 y 2011- 2015) se profundizó como “política de ciudad excluyente” (Cravino y Palombi, 2014). Por un lado, el presupuesto de vivienda cayó del 5% del presupuesto total durante las gestiones de Ibarra y Tellerman a un 2.4% en el año 2010; pero además, se registraron elevados niveles de sub-ejecución presupuestaria que oscilan entre un 53% y un 86,7% de ejecución efectiva entre 2007 y 2011 (Zapata, 2012).

Aquella tarde de 2013, ya finalizado nuestro recorrido por la obra en construcción del edificio de la COVILPI, Lionel, Pilar y yo bajamos y nos sentamos a tomar mate en un departamento de la planta baja que se había reservado como espacio común para la cooperativa. Allí es donde pasaban el tiempo los integrantes de la cooperativa que rotaban para cuidar el lugar. Pilar me explicó que tenían turnos de medio día, de tres personas por turno. El objetivo era evitar que el edificio fuera ocupado. También tenían guardias rotativas por la noche, de 21 a 8 de la mañana. Quiénes tenían que ir y quiénes verdaderamente asistían quedaba registrado en un cuaderno A4 que estaba sobre la mesa. Más tarde me explicó que cuando alguien faltaba tenía que cumplir con su “deuda”, o sea, recuperar ese turno en general los domingos a la tarde. Conversamos sobre el avance de la obra y me comentó que estaba muy emocionada de finalmente poder tener su casa, “si no tenés que vivir alquilando....y los que más se ponen ansiosos son los chicos viste, siempre me preguntan ‘pero mamá cuándo voy a tener mi pieza’, y bueno ya llevamos tantos años con esto, espero que nos podamos mudar pronto”. A continuación me habló de los esfuerzos que había implicado sostener el proyecto:

“De noche en las guardias no sabés lo que es, hace mucho frio. A los chicos los acostamos con muchas mantas porque tenemos solo esta estufita” [una eléctrica pero bastante pequeña] “Pero bueno, acá hay que cuidar porque si no después de tanta lucha lo ocupan y qué hacemos...y es una lucha, todos los días, todos los días, una lucha cada día...también tenemos que ir a ver a los funcionarios, y

nosotros vamos y a ellos no les gusta, pero vamos a ir igual...porque claro, ellos están cómodos, no pasan frío, tienen su casa y ya está no les importa”.

El proceso de construcción del edificio fue relatado como una *lucha* cotidiana. Como explicaba Pilar, esta *lucha* implicó tomar turnos para estar en guardia día y noche para evitar ocupaciones, el desarrollo de jornadas de trabajo solidario para acelerar la construcción y las visitas regulares a los funcionarios para evitar que sus trámites fueran “cajoneados”. La Ley 341 establece que el financiamiento se otorga progresivamente a partir de la “certificación” del avance de obra. Es decir, que solo cuando un inspector emite un certificado de avance se habilita al pago de la siguiente cuota del crédito. Sin embargo, el proceso no siempre era tan lineal y por eso me explicaron que los cooperativistas debían repartirse las tareas de “seguimiento”: llamar al IVC, ir a ver a los funcionarios y presionar para que “la obra no se pare”. “Ese es nuestro mayor miedo”, me dijo Pilar aquella tarde.

Finalmente en marzo de 2015, la COVILPI fue oficialmente inaugurada. En el festejo de inauguración, uno de los hijos de Rita habló de lo que significaba para él la inauguración de la obra:

“Es un sueño, yo vengo de Sancheti, un lugar que está tomado hace 20 años, un lugar donde no había baño, donde no hay agua potable, donde la electricidad es tomada, no tenemos gas, donde hace algunos años no bajaba una ambulancia, donde no venía una asistente social, aislados. Era como que no existíamos. Y eso te hace sentir muy mal porque uno trata de hacer bien las cosas, y el sistema que tanto nos cerró, no nos dejó crecer. Hoy en día siento que el comedor, que la organización me dejó crecer, me dejó soñar, me dejó pensar. Estoy re feliz, la verdad que día tras día veo la ventana de mi casa porque donde vivía no tenía ventanas y es como ver mi primer televisor. Como sentir que sí formo parte de este mundo, me pase lo que me pase dejarle algo a mis hijos donde van a crecer y van a vivir toda su vida.”

Este testimonio ante los presentes en aquel festejo inscribe como experiencia personal las fracturas y desigualdades inscriptas en el espacio urbano que hemos desarrollado previamente. Para quienes integran Los Pibes la “*lucha* no termina” una vez “conquistada” la vivienda para estas 33 familias. En este sentido, han impulsado un proyecto de Ley Nacional de Hábitat por Autogestión que extienda las modalidades de construcción previstas por la Ley 341 a nivel nacional. Así, la experiencia de la COVILPI, su materialidad y marca erigida en el espacio barrial, así como también el aprendizaje que supuso del derecho y de cómo actualizar en un caso particular una norma jurídica –la Ley 341- se constituyó, tomando los términos

propuestos por Azueal, Melé y Ugalde (2015), como una referencia para acciones futuras, inclusive de formulación de nuevos marcos jurídicos.



Festejo de inauguración COVILPI y frente de la cooperativa vista desde las calles Ministro Brin y Lamadrid.
Fotos: FM Riachuelo.

El barrio como geografía política en disputa

Tal como mencionamos más arriba, la gestión de Mauricio Macri en la Ciudad retomó y profundizó el proceso de renovación urbana iniciado por las administraciones previas hacia mediados de los 90'. En este sentido, el Estado local puso el suelo urbano al servicio de desarrollos inmobiliarios, desregulando el mercado del suelo y poniendo a disposición del lucro privado importantes terrenos que eran propiedad del Estado⁴³, fiel a un modelo de ciudad que Gorelik dio en llamar “ciudad negocio” ([1997] 2013). En esta línea se inscribe una particular iniciativa que ha suscitado gran atención: la creación de una serie de “distritos económicos” -denominados del deporte, tecnológico, de las artes, audiovisual y del diseño- que delimitan zonas geográficas dentro de las cuales se incentiva con beneficios fiscales y de promoción a través de financiamiento estatal la instalación de empresas de un determinado sector. Aquí vale destacar la creación en 2012 del Distrito de las Artes que abarca el barrio de La Boca y parte de los barrios aledaños de San Telmo y Barracas. Según el GCBA, esta iniciativa busca que la zona se convierta en “una zona de atracción turística/cultural ideal para realizar paseos” y “promueve el desarrollo de infraestructura cultural en la zona Sur de la Ciudad, revitalizando una zona por años postergada”⁴⁴. Se trata de una forma calificación

⁴³ En el barrio de La Boca esta tendencia se vio claramente expresada en el intento por parte del GCBA de vender 3 hectáreas de tierra del predio conocido como “Casa Amarilla” al club Boca Juniors que lo destinaría para ampliar su estadio y desarrollar nuevas instalaciones comerciales. Esta venta fue denunciada activamente por un conjunto de organizaciones barriales nucleadas en La Boca Resiste y Propone en tanto se trató de una operación fraudulenta que, no respetando los marcos regulatorios vigentes, buscó expropiar uno de los pocos espacios verdes públicos para el desarrollo de un negocio privado.

⁴⁴ <http://www.buenosaires.gob.ar/distritodelasartes/que-es>

jurídica del espacio, una forma de “zonificación” (Melé, 2009; Azuela, Melé, y Ugalde, 2015) que ha priorizado la delimitación de áreas en función de criterios de mercado y priorizando como prácticas deseables las actividades turísticas y comerciales asociadas. En La Boca, organizaciones barriales como Los Pibes y la multisectorial La Boca Resiste y Propone⁴⁵ de la que forman parte han venido denunciando que desde su creación se incrementaron nuevamente los desalojos⁴⁶. A esto se suma la persistencia de incendios producto de las precarias condiciones de los inmuebles. Estos casos, dada la insuficiente intervención del GCBA muchas veces terminan con la expulsión de sus habitantes⁴⁷.

En la ciudad de Buenos Aires las configuraciones urbanas producidas por las políticas neoliberales implicaron la iluminación de determinadas áreas y el ocultamiento de otras (Carman, 2006), es decir, la conjunción de procesos de reconversión urbana impulsados por el Estado y el sector privado con la desinversión y el abandono en determinadas áreas (Herzer y Gil y de Anso, 2012). El efecto de estas sostenidas políticas excluyentes no hizo más que confirmar los diagnósticos realizados por los militantes: un estudio del Área de Estudios Urbanos del Instituto Gino Germani encontró que el 54,5% de los hogares de bajos ingresos relevados en el año 2000 ya no residían en el barrio 10 años después (Herzer *et al*, 2011, Herzer y Gil y de Anso, 2012).

Una mañana en el Paseo de la Economía Popular M. Oso Cisneros Coco, militante de la radio y cooperativista de la COVILPI, me comentó que en las calles que rodean a la cooperativa de vivienda habían hecho pavimento nuevo. “Son indicios de que ya vienen por La Boca”, sentenció. Luego me explicó que se comentaba que estaban iniciando con las obras en el Dique 0 – una zona que vendría a prolongar las tierras disponibles para Puerto Madero- y que ya habían logrado que, a cambio de magros subsidios habitacionales del GCBA, varias familias abandonen sus casas en el asentamiento del bajo autopista: “Ya tiraron todo abajo...y eran casas de material buenas, sólidas, con baño, todo”, se lamentó. Sin embargo, estos cambios que refería Coco no eran los únicos “indicios” de las transformaciones que veían – o verían- ocurrir a su alrededor: en los últimos meses varios comentaron que vieron en la zona

⁴⁵ La Boca Resiste y Propone es un espacio de articulación de organizaciones barriales que se organizan para resistir a los desalojos, a la privatización de espacios públicos y a degradación de las condiciones de vida para los sectores populares en el barrio.

⁴⁶ Según un relevamiento realizado por “La Boca Resiste y Propone” luego de la aprobación de la Ley del Distrito de las Artes (Ley N° 4.353) se registró la expulsión de 1.106 personas en 2016 y un total de 61 procesos judiciales de desalojos en curso que involucran a casi 300 familias.

⁴⁷ Vale destacar una serie de casos que gracias a la organización de las familias y apoyo de organizaciones barriales se resolvieron de manera beneficiosa para sus habitantes. En este sentido se destaca el caso de la Cooperativa “Crecer en Ministro Brin” conformada tras el dictado de una orden desalojo para las familias que vivían allí hacía casi 30 años. En noviembre de 2014 un fallo favorable del juez de primera instancia Caramelo obligó al IVC a comprar la propiedad al dueño e inscribirla a nombre de cada uno de los quince socios de la cooperativa. El financiamiento para la compra provino de la Ley 341. <http://www.archivoinfojus.gob.ar/nacionales/cooperativa-de-vivienda-ya-no-somos-ocupantes-somos-propietarios-6323.html>

carteles de venta de la inmobiliaria “Adrián Mercado”, una inmobiliaria cuya casa central se encuentra nada más ni nada menos que en Puerto Madero.

Estar atentos a estos “indicios”, “interpretarlos políticamente”, era la clave para promover la organización de los vecinos. Desde la inauguración de la COVILPI, promovieron reuniones con grupos que tuvieran la intención de constituirse como cooperativa para acceder a financiamiento a través de la Ley 341. Una mañana mientras participábamos de un acampe que buscaba frenar el desalojo de un hotel del barrio de constitución en el que vivían 21 familias, Sandra me comentó que una vecina de la COVILPI que vive sobre unos terrenos que pertenecen a GCBA le dijo “Ustedes tenían razón, nos tendríamos que haber conformado como cooperativa, ahora nos van a echar de acá”. Sandra lo decía con orgullo, después de tanto hablar notaba que en los vecinos algo quedaba. Luego me explicó que una cuestión importante que tratan de transmitir cuando se acercan a dar su apoyo frente a un desalojo es que si algunos de los habitantes de la propiedad optan por la salida individual de aceptar un subsidio habitacional del GCBA esto dificulta la negociación de “una salida mejor para todos”.

Sin embargo, los especuladores y los agentes del avance del negocio inmobiliario no son los únicos que dejan sus “indicios” o marcas sobre el paisaje urbano. Desde la organización también se buscó disputar el espacio barrial dejando marcas visibles. En este sentido, el edificio de la COVILPI se eleva como una intervención sobre el espacio urbano que – recuperando las palabras de los cooperativistas mencionadas más arriba- busca “mostrar” que la *conquista* de una vivienda *digna* es posible. Sus instalaciones nuevas al mismo tiempo que evidencian la notoria mejora en las condiciones de vida de quienes lo habitan, también llevan la marca de lo “popular” en los balcones revestidos con las tradicionales chapas coloridas de las fachadas de los conventillos.

Tal como sostuvo Ana Fabaron, La Boca tiene una larga “tradición de simbolizaciones del barrio” (2016: 71) compuesta de una serie de motivos y elementos simbólicos visuales que se repiten tanto en las prácticas populares de uso de la imagen, como en las intervenciones de renovación urbana que buscan atraer inversiones y consumidores de sectores altos. Los elementos que componen esta tradición barrial son el Riachuelo, el viejo Puente Transbordador Nicolás Avellaneda, los conventillos, el puerto, los colores azul y amarillo del Club Boca Juniors, los pintores y artistas, las murgas y el carnaval, el tango (2016). Para la autora estos elementos han sido centrales en la producción de imágenes y escenificaciones comercializables y consumibles para el turismo. En esta dirección, podemos sostener que el “boom” turístico se apoyó sobre lo que Marc Morell (2015) denominó “trabajo urbano” (*urban labour*), es decir, sobre formas de vida y construcción popular de la ciudad que fueron

explotadas – y expropiadas- por los circuitos de turismo basados en el patrimonio y la “identidad cultural” del barrio.

Frente a estas escenificaciones producidas para el turismo, quienes forman parte de los Pibes también intervinieron activamente en esta configuración estética del barrio de La Boca⁴⁸. Una serie de estudios que han abordado la relación entre política y estética en las acciones de movimientos sociales analizaron el modo en que sus prácticas espaciales ponen en cuestión las formas de “reparto de lo sensible” (Rancière, 2004). Así, sostuvieron que las formas de intervención visual en el espacio a partir de stencils, graffittis o murales buscan generar conciencia minando la capacidad de creación de consenso de la gubernamentalidad neoliberal (Alexandrakis, 2016) y creando espacios para la política que cuestionan las formaciones espaciales actuales y el ideal normativo de la unidad como base de la comunidad política de la ciudad (Arenas, 2011). Recuperando la categoría de “régimen estético” propuesta por Abélès y Badaró (2015), Virginia Manzano (2015) nos invita a conceptualizar dichas intervenciones como formas de ocupar el espacio urbano marcándolo con símbolos e imágenes alusivos a una tradición política. En este caso, estas intervenciones estéticas compusieron mensajes que, recurriendo a figuras-símbolos, remiten a la lectura sobre la historia argentina y latinoamericana que propone la organización. Se trata de stencils, murales y “pintadas” cuyos mensajes ponen en juego una lectura sobre la historia de la nación y la “Patria grande”, reivindicando ciertas figuras –como el general José de San Martín, Eva Perón, Hugo Chávez - que inspiran sus ideales de emancipación⁴⁹.



Stencil del General San Martín realizado en 2013. Foto: FM Riachuelo.

⁴⁸ Esta práctica se inscribe en una larga tradición de intervenciones estéticas por parte de numerosos colectivos del barrio como forma de denuncia y protesta (Ver Fabaron, 2016). Por ejemplo, en los últimos años, y en paralelo al aumento de casos de gatillo fácil registrados en el barrio, se pueden apreciar numerosos murales que denuncian esta problemática.

⁴⁹ En efecto, conformaron un grupo que dieron en llamar Brigada Comunicacional Martín Oso Cisneros, que no era ni más ni menos que un grupo de militantes específicamente abocados a la labor de realizar pintadas y stencils en el barrio.

Así por ejemplo, en marzo de 2016 por iniciativa de quienes llevan adelante la FM Riachuelo se llevó adelante una actividad para cambiarle la fachada a la Unidad de Producción Social o la “fábrica”. Se trata de una ubicación privilegiada para tal intervención: si bien el cruce de Suárez y Almirante Brown no se encuentra exactamente en la zona preferida por el turismo – Caminito se ubica a unas 6 cuadras-, sí se encuentra en el recorrido del bus turístico del GCBA creado bajo la administración de Macri. Junto a un artista plástico local y a un grupo muralista realizaron un mural en memoria de Hugo Chávez Frías. Mientras los artistas y los voluntarios se dispusieron a comenzar la tarea, se montó una radio abierta a la que se acercaron integrantes de otras organizaciones barriales y vecinos para decir unas palabras. El mural muestra a Chávez con auriculares puestos y hablando al micrófono. Junto a él se lee “La comunicación se hace calle a calle, pueblo a pueblo”. Más abajo, dos hombres extienden sus manos para mostrar dos carteles que dicen “Justicia Social” y “Tierra Techo Trabajo”. La estética de la obra terminada recuerda sin dudas a los ya famosos murales de Ricardo Carpani⁵⁰: rostros angulosos, duros, y potentes de trabajadores, indígenas, mujeres con pañuelos blancos en la cabeza. El edificio contiguo también fue intervenido aquel día. Este había sido una sede del banco de Italia y Rio de la Plata que tras ser abandonado fue ocupado por 7 familias. En enero de 2009 se prendió fuego –la causa fue un cortocircuito eléctrico- y 6 niños murieron. Desde entonces, y a pesar de la presentación de un proyecto de ley en la legislatura para que sea expropiado y se construya un jardín maternal, el edificio quedó abandonado. Sobre su fachada los militantes de Los Pibes habían dibujado otra historia, su historia. Durante años allí se vio un mural de un tren del que las caras de sus integrantes asomaban por las ventanas y llevaba arriba la inscripción “A 10 años de la rebelión popular 19 y 20 de diciembre”. Sobre este dibujo ya deteriorado por los años transcurridos, pintaron la cara de Eva Perón hablando a través de un micrófono. De su boca salen las siguientes palabras: “El hambre no se tolera, la dignidad no se negocia”, una célebre frase de Evita.



Actividad de realización del mural en homenaje a Hugo Chávez y detalle del mural terminado. Fotos: FM Riachuelo.

⁵⁰ Ricardo Carpani (1930-1997) fue un muralista y artista plástico argentino con una fuerte vinculación con el movimiento sindical para quienes realizó numerosos afiches.

II. AGARRAR TERRENO, CONSTRUIR UN BARRIO

En el Gran Buenos Aires la configuración espacial de la desigualdad está vinculada a un fenómeno de larga data: las ocupaciones de tierra. Numerosos estudios han analizado aquellas ocurridas en los años 80' documentando sus rasgos salientes: el carácter organizado, la participación de las comunidades eclesiales de base y la conformación de juntas vecinales para la lucha por la tierra. Estas ocupaciones fueron interpretadas como respuestas de los sectores populares frente a los cambios en el modelo de acumulación en Argentina desde mediados de la década del 70'. Izaguirre y Aristizábal (1988) sostuvieron que una serie de políticas implementadas durante la última dictadura militar - entre las que se destacaron la política de erradicación de villas de la Ciudad de Buenos Aires, la liberación de los alquileres congelados y la prohibición de los loteos populares en el Gran Buenos Aires – produjeron un proceso de desplazamiento de los sectores populares urbanos hacia zonas no urbanizadas de la periferia del Gran Buenos Aires. Allí, las tomas se desarrollaron como formas populares de producción del hábitat y uno de los lugares emblemáticos fue nada menos que la zona sur, y más específicamente el partido de Quilmes⁵¹.

Sin embargo, las ocupaciones que siguieron en los años 90' y 2000' fueron progresivamente tomando características singulares que han renovado la atención de los analistas. En particular, el trabajo de Jorge Ossona (2014) resulta relevante en relación con el proceso que analizaremos a continuación puesto que se trata de un estudio de las ocupaciones realizadas en la zona sur – y particularmente en los municipios que nos ocupan en este capítulo: Lomas de Zamora y Lanús – entre 1983 y 2001. El autor señala que Villa Fiorito, Villa Caraza e Ingeniero Budge han sido desde los años 60 lugares de acogida de migrantes de origen paraguayos quienes han estado vinculados a la construcción de los barrios, clubes y sociedades de fomento de la zona. Ossona sostiene que personalidades destacadas de esta comunidad migrante entraron en diversos tipos de vínculos con punteros y militantes partidarios, así como también con personas vinculadas a diferentes actividades ilícitas para llevar adelante los procesos de ocupación y construcción de barrios populares. De esta manera, su relato identifica un tipo de motivación o racionalidad dominante en estos procesos: aquella que se aprovecha de las necesidades de las personas para realizar negocios o acumular capital político en pocas manos. En discusión con esta mirada, un reciente trabajo de Tufro, Brescia, y Píngaro Lefevre (2017) muestra la operatoria de diversas lógicas y actores poniendo en discusión las miradas estigmatizantes sobre las personas que participan de las

⁵¹ Para un análisis detallado ver Izaguirre y Aristizábal, 1988; Merklen, 1997; Cravino, 2001; Vommaro, 2009; Manzano, 2013 b.

tomas en busca de acceder a la vivienda y que suelen equiparar pobreza con delincuencia. Estos autores han puesto el foco en las múltiples formas de violencia identificando actores con intereses contrapuestos centralmente aquellos que buscan limitar las prácticas de violencia integrando las tomas a la ciudad y aquellos que buscan la reproducción de determinados negocios perpetuando la informalidad. De manera similar, Gago y Pérez (2014) proponen la categoría de “ciudad abigarrada” para reflexionar sobre las ocupaciones de tierra y modos de “hacer ciudad” en el contexto de crecimiento económico de la última década. Para las autoras, las tomas y las villas constituyen expresiones de lo que denominan “cálculo urbano”, un tipo de racionalidad política que combina tácticas e iniciativas colectivas con expectativas de progreso individual. Como veremos, la historia de la creación del barrio La Laguna no es una excepción.

Este barrio está ubicado a unos kilómetros de Puente La Noria, uno de los principales puentes que atraviesan el Riachuelo uniendo los partidos de Lomas de Zamora con la Ciudad de Buenos Aires. Justo enfrente, cruzando la autopista, se alza el Barrio Caballero, un asentamiento más nuevo que comenzó hacia fines de 2008. El primer día que fui al “polo” junto a Roque, militante del MTE, éste recordó en voz alta cómo era la zona cuando llegaron allí por primera vez junto a sus compañeros de militancia: “Esto era todo una laguna, hasta hace poco si mirabas en Google Maps se veía solo la laguna y unas pocas construcciones sobre Camino Negro”. Esas pocas construcciones a las que se refería también habían nacido de la ocupación de esas tierras, pero se trataba de una ocupación previa a la que, en 2006, protagonizaron quienes luego conocí en el “polo”. Luego, señalándome el otro lado de la autopista, Roque agregó: “Y ahí no había nada. Los pibes iban a jugar al fútbol nomás, era todo un descampado”. Enfatizó la velocidad a la que construyeron el barrio: en muy poco tiempo las carpas habían dado paso a las casillas de madera y éstas a las edificaciones de material de más de un piso. En efecto, al caminar por las calles de ambos barrios uno tiene la sensación de que su crecimiento es potencialmente infinito. Es un territorio vivo en el que las obras cambian su fisonomía casi a diario.



Barrio La Laguna. Foto de la autora.

Cuando conocí a Ana y a María en el “polo”, los militantes me las presentaron como *referentes* del barrio. Ambas habían sido dos personas clave en el armado del “polo”, convocando a sus conocidos para las reuniones. También cuando me dispuse a conocer la historia del barrio fueron las dos personas referidas como aquellas que podían contarla. Sus historias de vida eran bien distintas, pero una misma *lucha* las había reunido: la *lucha* por el Barrio La Laguna.

Diversos caminos, un mismo destino

Ana llegó a Argentina de su Paraguay natal para trabajar en 1986. Tenía 27 años. Es oriunda de Itacurubí de la Cordillera, una pequeña ciudad a unos 80 kilómetros de Asunción con alrededor de 12 000 habitantes. Luego de algunas idas y vueltas se instaló definitivamente en Buenos Aires en 2005. Durante el primer año vivía con su hija Mónica, su nieto, y sus otros dos hijos: Alfonso, el mayor, y Joaquín, el menor, de unos 12 años. Los cinco compartían un departamento de un solo dormitorio que alquilaban a un matrimonio de costureros – el hombre era de origen boliviano y la mujer paraguaya - en Villa Celina. Ese matrimonio también les daba trabajo en la costura y por un tiempo Mónica, Alfonso y Ana trabajaron para ellos.

Un 20 de mayo de 2006 a las 8 de la mañana – en este punto de su relato enfatiza que la memoria no le falla - “entró” definitivamente al terreno del que ya no se iría nunca más. En las semanas previas, junto a una amiga – la hermana de la mujer propietaria del taller donde trabajan previamente - habían ido caminando desde Villa Celina en busca de una mujer que estaba “anotando” interesados en “agarrar terreno”. Ana recuerda que en aquel momento cobraban \$100, \$200, pesos por anotarse en la lista. Cuando la encontraron, la lista ya estaba completa, pero la mujer aceptó ponerla en lista de espera. Sin embargo, otra mujer paraguaya conocida de Ana y de su amiga tenía otros planes. Juntó un grupo de paisanos y conocidos interesados en la tierra y el 19 de mayo por la noche ingresaron al terreno por su cuenta. Midieron algunos lotes y se los distribuyeron. A la mañana siguiente, la amiga de Ana fue hasta el departamento donde ella vivía para avisarle. Ana salió enseguida para allí, sin dudarlo:

“Y por esos días fue que esa amiga mía se fue ahí a avisarme un día, 20 de mayo de 2006. Que ellos entraron un 19 de mayo a la noche, a las 11 de la noche entraron ellos. Y a las 7 de la mañana se fue a avisarme. Un frío, frío, helada, se fue ella a avisarme y me vine yo porque se estaba agarrando el terreno. Estaban midiendo el terreno, esta señora paraguaya, que se encabezó en eso. Sin dejar nota de la gente para darle, cada uno entraba ahí en ese momento y se medía para su terreno. Y en ese ínterin se fue la señora para allá y me avisó. Ella agarró

dos terrenos, uno para mí y uno para su hermana, y se fue corriendo a avisarme. Eso era el 19 de mayo, ellos entraron a las 11 de la noche y yo me vine el 20 de mayo a las 8 de la mañana ya estaba acá. Y bueno, chocha. Yo agarre 3 terrenos también. Uno le di a la delegada que le dio a una mujer, su hermana, que tenía 9 hijos.”

Esta mujer que los había reunido para que ingresaran al terreno no les cobró. En cambio se quedó con tres terrenos que luego vendería. Ana no la juzga, me explica que entiende que la mujer debía vivir de algo y que hizo un bien para muchos que no tenían hogar ni podían pagar por un terreno. Ese gesto de la mujer, para Ana, marcaría su posterior involucramiento en las cuestiones del barrio. Según sus propias palabras:

“Yo le agradezco un momento que me haya avisado y me haya dado un lugar donde vivir, a hoy día que le agradezco a Dios y luchare hasta lo imposible porque estoy agradecida en eso. Por eso tengo la fuerza de ayudar a la gente, porque le tengo agradecimiento a dios que me dio este lugar para vivir. Imagínate, uno no tiene un lugar para vivir en un país ajeno y es jodido. Y entonces agradecimiento a eso, yo procuro de ayudarle a los demás así como me ayudaron a mí.”

A partir de ese día se quedó a dormir allí todas las noches. Cada dos o tres días regresaba al departamento donde vivían sus hijos a bañarse. El sueño de la casa propia no se haría realidad sin esfuerzo. Sus hijos “no querían saber nada con el terreno”, pero Ana pensaba en su hijo menor que por ese entonces tenía 6 años. “Mucho sufrí, cuando llovía nos inundábamos todo, había ratas, mucho humo”, recuerda. Los primeros días armó una carpa con nylon. Unos días después, el mismo vecino al que le había dado el terreno contiguo al suyo el día que “entraron”, Claudio, juntó maderas y le armó una “casillita”. Desde esos días Ana y Claudio han tenido una relación de confianza y mutua colaboración para cuidarse sus terrenos cuando uno u otro salía a trabajar. Aunque Ana dice que más bien ella le cuidaba el terreno al vecino porque en los días de la toma “se inventó un trabajo” que le permitía quedarse en el lugar. Se armó su propio horno de barro y cocinaba chipa, sopa paraguaya, empanadas, o lo que los compradores solicitaran. Recorría todo el barrio vendiendo comida para los trabajadores que comenzaban a levantar las casas del naciente barrio y para aquellos que se dedicaban a proveerles de materiales de construcción de reventa (material que salía de lo que se descartaba en los volquetes o aquello que era sustraído de modos menos decorosos). Claudio aportó lo propio y ayudó a Ana consiguiendo una cama y otros menesteres que hicieron de su “casillita” un lugar más cómodo. Ana recuerda que Claudio muchas veces quiso vender el lote para mudarse a otro lado, pero ella lo “atajó”: “Yo me

sacrifiqué acá y no vas a vender. Yo te voy a cuidar acá y no te voy a sacar nunca tu terreno pensando por tus hijos que lo necesitan”.

Mientras tanto el barrio crecía sin cesar y la laguna fue progresivamente sepultada bajo los escombros que sus nuevos moradores aportaron trabajosamente con el objeto de construir un mejor lugar para vivir. También desapareció el basural que cubría parte de los terrenos, a fuerza de limpieza y quema se fueron despejando los lotes donde se levantarían las casas. Por fortuna el lote de Ana no estaba sobre la laguna, la “casillita” estaba en una pequeña pero pareja planicie de pasto. Esta había sido una de sus preocupaciones centrales cuando llegó al terreno porque al “ser sola” y no tener dinero para pagar por el servicio, se le hubiese hecho muy difícil conseguir la ayuda necesaria para rellenar y nivelar el lote. Según Ana, eran sus paisanos paraguayos los que se ocuparon de proyectar por dónde deberían pasar las calles e ir rellenando también esos nacientes espacios públicos del barrio. Ella también participó de aquellas deliberaciones: caminando una tarde por el barrio me contó que se sabía el plano de calles a la perfección ya que todavía guardaba en su memoria recuerdos vívidos de las deliberaciones por sus trazados y sus nombres.

Su venta ambulante daba buenos resultados así que con lo que ganaba Ana podía vivir e ir mejorando su “casillita” de a poco. Fue juntando materiales de los volquetes – baldosas, alfombras viejas, etc – pero también comenzó a comprar materiales fundamentales para mejorar su vivienda: chapas, cemento, algunos ladrillos. También le pagaba a un vecino para que haga los trabajos de albañilería para las mejoras. Sin embargo, la humedad seguía atravesando las baldosas y las alfombras. Y con ella los insectos. Para evitarlo tenía que hacer una construcción más sólida y para ello se requería un dinero que no podía juntar. Así que con mucho pesar, unos años después de estar allí decidió vender la mitad de su terreno y con eso pagar la construcción de una casa “como corresponde”, con techo de losa: “Todavía digo *mi* terreno, pero ¿qué iba a hacer? ¿Quién me iba a hacer a mí la casa si yo no vendía mi terreno? Y bueno me vendí mi terreno y me hice mi losita. Porque mi deseo es tener una casa de losa. Para el día de mañana poder hacer algo arriba”. El dinero de la venta del lote también le permitió comprar dos máquinas de coser usadas y en ese momento fue que comenzó a trabajar en su casa.

A diferencia de Ana, que siempre creyó que tenía que irse de su país, María relata que llegó en 1995 a la Argentina – con su esposo y sus tres hijas- por un tiempo, no más. Pero se enfermó, estuvo internada varios meses y como ya nos les quedaba más dinero para regresar, se quedaron. Habían Llegado de Oruro, Bolivia, para quedarse unos meses de visita en casa de su hermana y su cuñado. “No habíamos venido a trabajar, pero mi cuñado tenía un taller de costura, le ayudamos unos meses hasta que enfermé”. Mientras estuvo internada – según

relata fueron varias las internaciones- su marido buscó trabajo, hacía “changas”. María recuerda, “Cada año decía me voy a ir y no teníamos plata para retornar y de esa manera nos quedamos. Poco a poco me mejoré, los dos empezamos a trabajar, trabajamos. Y al año nos vamos a ir, luego al otro año, y así llegó mi otra nena, después mi otro hijo y ya no nos hemos podido ir”.

En el año 2006, la hermana de María, que vivía en la capital, empezó a buscar un terreno para comprar. Alquilaban a una mujer en el barrio porteño de Flores, pero la propietaria se quejaba de que sus hijos hacían ruido cuando jugaban. Además, no querían alquilar más, estar pagando todos los meses por algo que no era propio. Unos amigos del matrimonio les avisaron de la reciente toma:

“Le dijeron ahí entraron recién, puede ser que haiga terrenito para comprar. En esa época compró mi hermana y se vino con sus niños. La casita era de maderita, con palitos, a ojos cerrados se compró, no había mucho dinero, se prestó de un lado, del otro, nos acotamos y compró, dije como vas a venir aquí tan lejos, da miedo... dijo yo prefiero estar en mi lugar, en mi techo a que la dueña me cobre alquiler todos los meses, no creo que muera aquí. Mi hermana vino primero. Yo le dije aquí debe haber muchos chorros, tengo miedo, te puede matar. Pero yo no tengo nada, que me van a sacar. A los 6 meses me dijeron hay un lote para vender y yo ya también me compré. He sufrido mucho, mucho. Había casuchitas de madera, compré y me vine. No teníamos ni agua ni luz”.

Aproximadamente un mes después que Ana, María compró un terreno a los “loteadores” y se mudó por miedo a que se lo quiten. Se fue sola, sus hijas y su marido quedaron en la capital. Las hijas iban a la escuela allí y le parecía un entorno peligroso para dos adolescentes. Además, las hijas tampoco querían ir a vivir allí por miedo y por las malas condiciones: “Había ratas, basureros...”, recuerda María. Con el tiempo y poco a poco, los ahorros conseguidos con su trabajo y el de su marido hicieron que la “casuchita” de madera que estaba cuando compró y donde vivió los primeros años, se transformara en una casa con techo de losa de dos plantas. La familia siempre se mantuvo dentro del rubro textil, pero fueron desarrollando distintas tareas en la cadena. De a poco, “achicándose” y ahorrando construyeron su casa. Su hija mayor construyó su vivienda en la parte de arriba porque allí trabaja también.

Los recorridos de Ana y María se asocian a los de tantos otros compatriotas de países vecinos que llegaron a la Argentina con la esperanza de mejorar sus vidas y las de sus familias. En particular, las colectividades paraguaya y boliviana son las dos más numerosas de la

población migrante residente en Argentina⁵². Según el censo nacional de 2010, para ese año residían en nuestro país un total de 550.713 personas de origen paraguayo y 345.272 de origen boliviano, sobre un total de migrantes de países limítrofes y de Perú de 1.805.957 (INDEC). Además, tras la reactivación económica experimentada en nuestro país ambas colectividades aumentaron en números absolutos respecto del 2001 momento en el que se registraban 325.046 y 233.464 personas respectivamente (Calvelo, 2012). Tal como han señalado Pacceca y Courtis (2008), desde 1960 estas colectividades migrantes se han asentado en el AMBA y en virtud de una histórica segmentación del mercado de trabajo se han ocupado en sectores con elevados índices de trabajo informal, principalmente en el sector de la construcción, el servicio doméstico y en aquellas ramas de la industria manufacturera de baja tecnificación tales como el sector de la confección textil. Esta situación ha llevado a que algunos analistas acuñaran la categoría de “economías étnicas” o “de enclave” (Benencia, 2009) para analizar la constitución de determinados nichos de actividad económica – tales como la producción hortícola o la confección de prendas de vestir - que se caracterizan por ser desarrollados por migrantes que emplean a su vez a integrantes de la propia colectividad y cuya viabilidad económica en un contexto de fuerte competitividad depende de un uso intensivo de la mano de obra. En nuestro caso, Ana y María pasaron a formar parte –aunque de maneras y en condiciones diferentes- del sector de la confección de prendas de vestir. Ana trabajaba para los dueños de un taller pero vivía junto a sus hijos en un departamento alquilado a los mismos dueños, mientras que María y su familia vivían y trabajaban en el taller. Ambas, así como también los integrantes de sus núcleos familiares directos, se insertaron en el sector de la confección a partir de relaciones familiares y de connacionales con quienes entraron en contacto ya sea en su país o en Argentina.

Al mismo tiempo, los relatos de Ana y María permiten entretejer estos caminos que llevaron a sus particulares inserciones laborales con la trama de relaciones que las llevaron a la *toma* del Laguna y que permitieron sostener el proceso de construcción de sus viviendas en aquel nuevo barrio. Nuevamente la combinación de relaciones familiares y de vecindad y confianza con “paisanos” fueron centrales en cómo tomaron conocimiento de la existencia – o la posibilidad- de acceder a una porción de tierra donde vivir así como también para la permanencia y la construcción de sus casas en el nuevo lugar.

⁵² Los estudios sobre migraciones en Argentina han tenido un desarrollo notable. Véase Halpern, 2009 para un análisis detallado de los procesos migratorios y las formas de organización política de migrantes paraguayos; Canelo, 2013 para un estudio de las disputas y usos espaciales en la Ciudad de Buenos Aires por parte de migrantes de origen Boliviano; Caggiano y Segura, 2017 para un estudio de las localizaciones, dinámicas de circulación e interacción en el espacio urbano de migrantes; Courtis y Pacceca, 2007 para el análisis de la normativa y el “nuevo paradigma de la cuestión migratoria” en Argentina; y Marshall y Orlansky, 1983; Maguid, 1997; Cerruti y Parrado, 2006; Benencia, 2009, 2012; Bruno, 2009; Maguid y Bruno, 2010; Benencia y Canevaro, 2017 para el estudio de las formas de inserción laboral de migrantes de países limítrofes y Perú en nuestro país.

Además, las historias de Ana y María son dos de las tantas que confluyeron en el proceso que originó al barrio La Laguna y nos permiten reconstruir las dinámicas y características que tomó aquel proceso. Por un lado, nos permiten señalar que las personas que participaron de esos momentos iniciales tenían muy diversos intereses: mientras que algunos ingresaron para construir su propia vivienda allí, otros -aquellos a los que María se refiere como “loteadores”- tomaron terrenos para venderlos rápidamente y hacerse de dinero. Sin embargo, como señalan Gago y Pérez (2014) no resulta adecuado identificar a estos actores con dos lógicas excluyentes de acción, sino que el proceso de toma y construcción de estos barrios evidencia una mixtura de formas de “cálculo”. La creación del barrio implicaba la posibilidad del ingreso al mercado informal de la tierra y con ello también la oportunidad de acceder a algún dinero. Así, numerosas familias que compraban un lote luego lo vendieron para mudarse a otro barrio, o como en el caso de Ana vendieron una parte – o todo- para hacerse del dinero necesario para construir y mejorar sus viviendas. De manera que la distinción entre las dinámicas de la especulación inmobiliaria y las posibilidades de construir una vida mejor ciertamente no era taxativa.

Por otro lado, a diferencia de las tomas de la década del 80', en este caso la toma no había sido impulsada por organizaciones políticas o religiosas consolidadas, sino que –como veremos a continuación- los vínculos de los nuevos habitantes con éstas se construyeron con posterioridad al ingreso al terreno y en la *lucha* por conseguir los servicios y mejorar las condiciones de vida en el nuevo barrio.

Caminar y procurar juntas por el barrio

Tras la toma, los rumores del desalojo no se hicieron esperar. La policía sin duda contribuyó a que la hipótesis tomara fuerza. Varias veces se acercaron los patrulleros a darle el ultimátum a los nuevos residentes. Mimi, una conocida de Ana que vivía en Villa Fiorito y se ganaba la vida juntando cartón en la capital, propuso contactar a un abogado conocido: Juan Grabois. Mimi formaba parte del primer núcleo de trabajadores que conformó el MTE, la organización que encabezaba este joven abogado. Además, tenía un gran interés en que no se produjera el desalojo, sus hijos habían tomado un terreno y su futura vivienda dependía de ello. Allá por el 2006, el MTE estaba creciendo y consolidándose en la zona de Villa Fiorito y Caraza, dos barrios muy cercanos a la ubicación del predio del Barrio Laguna. Grabois aceptó ir para asesorarlos legalmente. Mimi le dijo que allí había muchos cartoneros, pero el día de la primer reunión pidió que los cartoneros levantaran la mano y ella fue la única que la levantó.

Superado ese piadoso engaño, aceptó ayudarlos. Desde ese momento fue regularmente al barrio a “hacer reunión”, como recordó Ana. “Desde ese día luchó con nosotros”, me enfatizó.

El abogado hizo las averiguaciones pertinentes en La Plata e iba al barrio a explicarles las novedades. La policía intentó desalojarlos varias veces –una de ellas muy violenta – pero los nuevos vecinos ya sabían cómo resistir. En las reuniones, Grabois les había “enseñado” qué decir: sin papeles oficiales y en forma de un juzgado dictando el desalojo, no se irían a ningún lado. Tal como señaló Patrice Melé, en este conflicto territorial se produjo un “proceso de aprendizaje del lenguaje del derecho” por intermedio del vínculo con un experto que fue el encargado de elaborar los argumentos que tradujo en estrategias jurídicas (Melé, 2009: 32)⁵³.

Los papeles nunca llegaron, así que el barrio continuó desarrollándose. Tiempo después de la mano del abogado llegaron, a quienes Ana recuerda como “los chicos de la universitaria”, es decir, los militantes del MTE. Ellos continuaban haciendo reuniones con los vecinos: “Charlaban para mejorar el barrio, que ahí tenemos que ser unidos y que tenemos que estar de frente con todo”, recuerda Ana. Sin embargo, no fueron los únicos en acercarse. Tanto Ana como María enfatizan que rápidamente también se acercaron “los políticos” y ambas reconocen marcadas diferencias entre ambos. En primer lugar, ambas me explicaron que “los universitarios” “no prometían nada”, es decir, no les daban falsas expectativas de cosas que no pudieran cumplir. Ana agrega que ellos se acercaban “a charlar y compartir con la gente”. En cambio, “los políticos” ofrecían “cosas” –sobre todo mercadería y materiales de construcción- y terminaban beneficiando a unos pocos. En efecto, para Ana aquellos que “se iban con los políticos”, lo hacían para “su beneficio” y no “pensando en el barrio”.

“Ellos lo que traían era voz para que la gente este unido. Y a mí me gustó porque para que cuando estemos unidos y si se nos llama en algún lugar que estemos ahí, unidos, porque así se logran las cosas. Y eso fue lo que a mí me gustó y por eso no escuchaba a los políticos. También a mí me enseñaba que no nos tenemos que vender por una mercadería. Eso es lo que yo captaba de ellos, no tenemos que vendernos por cualquier mercadería. Porque por ejemplo, si nosotros le hacíamos caso, o yo principalmente que ellos me consideraban como delegada, si yo me metía con los políticos, capaz que le creía a los políticos, y capaz que salíamos todos en la calle y vendían ellos los terrenos. Entonces yo menos le escuchaba a los políticos que a Juan Grabois y eso. Me encantaba como hablaba

⁵³ Cabe destacar que la estrategia jurídica desarrollada fue exitosa en la medida que los terrenos donde se ubica el barrio fueron finalmente declarados “de utilidad pública y sujetos a expropiación” en 2007. El proyecto de ley fue presentado con el apoyo del entonces diputado provincial Fernando “Chino” Navarro.

Juan Grabois, por más que yo no sabía hacer reunión y hablar de esas cosas, yo le hablaba a mi manera.”

Como veremos a continuación, en la construcción del barrio y sus mejoras, los pobladores entraron en vínculo -no sin conflicto- con militantes, políticos y funcionarios estatales. Al mismo tiempo, esta distinción entre beneficio personal e interés del barrio con la que diferenciaban entre políticos y militantes, pero sobre todo entre quienes se vinculaban con unos y otros, fue un eje central en como ambas describieron sus prácticas y relaciones en el naciente barrio.

En el curso de los años, Ana y María habían conseguido una buena reputación entre los vecinos porque siempre *caminaron* y *procuraron* por el barrio. Sin embargo, ninguna de las dos había sido elegida como “delegada” de su cuadra durante los días de la toma. Ana recuerda que, de todos modos, muchos de sus paisanos decían que ella era “delegada”:

“Todos me decían que era delegada, me respetaban porque yo era la que más me iba por el barrio, cuando había reuniones me decían ‘dale Ana entra vos, entra vos, no le dejes a nadie más que entre, anda vos con ellos’ porque me tenían confianza. Y por ahí fue que me decían delegada. Pero yo nunca manejé ni un papel. Pero después todos los papeles de la plata me los dejaron a mí, hasta ahora los tengo. Y por eso me dijeron que era delegada”.

María también gozaba de buena reputación entre sus paisanos de la colectividad boliviana quienes se transformaron rápidamente en los más numerosos a través de la compra de terrenos. Sin embargo, la compra no era garantía de permanencia. María recuerda:

“A los bolivianos y extranjeros nos vendían y nos quitaban, cuando no vives te sacan. Los mismos que te venden se hacen grupos y luego te sacan, te quitan, con armas, entran y te quitan. Muchos de mis paisanos perdió mucho terreno. Yo también me asusté y dije no no pueden quitar, nosotros no tomamos, compramos un terreno con nuestro esfuerzo. Yo y la Ana nos organizamos, cuando nos quitaban íbamos a una casa y nos juntábamos, porque nadie quería perder, así nos organizamos y crecimos poco a poco.”

Para María, haber comprado el terreno otorgaba una legitimidad incuestionable para resistir a estas expulsiones, por ello distingue entre los “loteadores” y quienes compraron su terreno: “Aquí están todos los que compramos en el barrio. Los que tomaron vendieron y se fueron. Los loteadores toman en el barrio y nos venden, nosotros no tomamos el terreno, nosotros compramos, no agarramos nada gratis”. Para Ana, la compra de por sí no garantizaba nada:

“Te sacan ¿Y a dónde te vas a ir a arreglar? Si no es tuyo, no hay ni un papel”. Pero además, enfatiza que el hecho de que se hubiera multiplicado la cantidad de personas que no estuvieron desde los comienzos de la toma, sino que compraron con posterioridad, dificultaba la organización y el compromiso con la *lucha* que había que llevar a cabo.

Sin desanimarse y, en los términos de Ana, con “confianza y fe” de que el desalojo no llegaría y se podrían quedar allí a vivir, continuaron *caminando, procurando*. “Hemos caminado por tema luz, agua, papeles de expropiaciones, hemos caminado mucho, la gente nos ha apoyado, nos hemos unido y con mucha lucha el barrio se hizo, esfuerzo de cada uno”, me explica María. Ambas recuerdan innumerables viajes a La Plata, reuniones con funcionarios, cortes de la autopista para demandar por los servicios, principalmente por la luz dada la importancia que tiene para poder llevar adelante el trabajo en la costura. De allí que María se refiere a Ana como su “compañera en la lucha”. Ana recuerda que junto a la organización Che Pibe de Lanús⁵⁴, participaron de las reuniones del Foro Hídrico de Lomas de Zamora⁵⁵. Gracias a las gestiones llevadas adelante junto al Foro se consiguió la instalación de desagües pluviales en algunas calles, lo que mejoró los frecuentes anegamientos de calles luego de las lluvias. A fuerza de cortes, consiguieron que la empresa Edesur instale en el barrio una serie de transformadores que mejoraron notoriamente la estabilidad y seguridad de la provisión de electricidad respecto del tendido de cables hecho por los propios vecinos. Sin embargo, aún se sufren los cortes de luz a menudo.

Tras 11 años, la *lucha* no ha terminado y les queda mucho camino por recorrer. Y una de las cuestiones centrales que ambas me destacaron –así como también otros vecinos y trabajadores del “polo”- es que todavía les falta conseguir los “papeles”. Para María se trata de una cuestión central para el futuro de sus hijos:

“Yo sola estoy, queriendo trabajar por el barrio. Mi sueño es pagar los impuestos, solo me falta eso. Ahorita este terreno es como un terreno baldío. Ahora hay mucha gente nueva, no hay gente antigua, venden y se van. Yo digo... tal vez yo me vaya a ir como mi esposo, pero mis hijos son argentinos, ellos tienen que quedar y no quiero dejarles una casa que no está pagando impuestos, hay que pagar impuestos, eso es lo que yo quiero, caminar por el barrio, que paguemos, que no estemos gratis, aunque sea poco a poco. Ahí si vamos a ser dueños, ahora no somos dueños. En cualquier momento puede salir un ley y nos pueden

⁵⁴ Che Pibe es una organización social con base en los barrios de Villa Fiorito y Villa Caraza en Lanús que trabaja en proyectos educativos y recreativos para niños y jóvenes. <https://fundacionchepibe.wordpress.com/acerca-de/>

⁵⁵ El Foro Hídrico es una organización lomense que desde los años 80 nuclea a vecinos de distintos barrios y trabaja en torno a cuestiones ambientales y específicamente al acceso al agua potable, cloacas y la extensión de obras que mitiguen las inundaciones el distrito.

echar, pienso...o no será...Eso pienso, en un lugar de no sé cuántos años estaban echando porque no había papeles, ese es mi miedo, de mí, otros dicen noooo, no nos van a echar, la gente está edificando.”

Como señala María, la gran circulación de pobladores producto de la compra y venta de lotes dificulta la posibilidad de construir acuerdos y organización comunitaria duradera para luchar por los problemas comunes. Pero, a esta distinción entre “gente nueva” y “gente antigua” se sumaba una mucho más insidiosa: las desigualdades económicas entre los propios vecinos. Como Ana más de una vez me explicó, hay algunos que tienen “mansiones de casas”. El alquiler de las viviendas, o incluso de habitaciones dentro de estas, era también sumamente frecuente. Pero María va más allá de la suntuosidad de las casas de algunos vecinos y apunta a otra desigualdad que se cuece puertas adentro, la desigualdad en los talleres de confección:

“Hay otros paisanos que siguen explotando. Este barrio se ha hecho para las personas que necesitan. No para alquilar, no para explotar al personal, pero en este barrio se está haciendo eso. Se está explotando. Traen gente, 10, 20 personas trabajando... pero este barrio no era para eso, era para la gente que necesita. Pero mayormente vendieron a mi colectividad, muchos vinieron a comprar con harta plata (...) Ahora vienen aquí, nomás la gente explota a la gente y se arman, traen bordadores, maquinas. La luz se quema... Yo les he dicho ya a las personas, esto es para tantas personas. Aquí no es para que vengan a trabajar, por eso se quema”

Las palabras de María llaman la atención sobre la vinculación entre ambas cuestiones: las desigualdades en las condiciones de vida en el barrio están estrechamente vinculadas al modo en que cada uno de los vecinos se gana la vida. Aquellos vecinos más prósperos que han sabido hacerse de máquinas y empleados, son aquellos que también han podido construir y acaparar más espacio dentro del barrio. Pero son también quienes mellan las posibilidades de vivir mejor del resto al por ejemplo hacer un uso de la provisión de electricidad que perjudica notoriamente al resto de los vecinos. Esta creciente desigualdad entre vecinos muestra una de las caras más crudas de la disputa por la producción de este lugar. Algunos autores han mostrado el modo en que ciertos actores –tanto las “bandas” como ciertos sectores del Estado como la policía- usufructúan de la condición informal de los barrios para beneficiarse con negocios ilegales tales como la venta de drogas o las remiserías ilegales (Tufro, Brescia y Píngaro Lefevre, 2017). En el caso del barrio La Laguna, la informalidad de esta ocupación favoreció la consolidación de otro negocio: los talleres de confección. Así, el “trabajo urbano” (Morell, 2015) realizado por los vecinos en la construcción de un lugar para vivir fue apropiado por diversos circuitos de acumulación de capital, tanto en el terreno de la especulación en el

mercado informal de la vivienda, como en el desarrollo de nuevas formas de explotación del trabajo.

La *lucha* por el Centro Cultural

Para Ana, María fue una aliada fundamental en una de sus batallas más importantes: la *lucha* por el centro cultural. Muchas veces Ana me relató esta *lucha* con lágrimas en los ojos, enfatizando que “el centro comunitario es su vida”. Esta pequeña construcción es la materialización espacial de la distinción a la que ambas recurren al recordar aquellos días: la distinción entre el beneficio personal y el bien del barrio.

Desde los inicios de la toma habían marcado un terreno que estaba destinado a ser un espacio colectivo, pero más que nada para los niños del barrio. Al principio habían proyectado que allí habría una plaza y una salita de salud. En diciembre de 2010 se inauguró la UPA (Unidad de Pronta Atención) de Lomas de Zamora⁵⁶ y los planes cambiaron. El espacio de la salita se convirtió en un centro cultural. En las reuniones periódicas que hacían entre los vecinos, Ana empezó a juntar colaboraciones de unos pocos pesos para construirlo. María era la encargada de juntar las colaboraciones de sus paisanos. Según Ana: “Ella fue la que a sus paisanos le decía a su manera como tenía que colaborar y ellos le colaboraron más a ella que conmigo, porque a ella le conocían sus paisanos y a mí no me conocían, le creían más a ella que a mí. A mí me creían los que estaban anterior en el barrio”. Poco tiempo después Ana propuso “hacer actividad”, concretamente hacer “pollada”, es decir, cocinar un almuerzo – pollo asado – vendiendo anticipadamente las porciones. De ese modo podrían juntar el dinero sin poner directamente de su bolsillo. Con el dinero fueron pagando en principio los volquetes de escombros que rellenaron la superficie del lote para nivelarlo, y más tarde, materiales para levantar techo y paredes. Los militantes del MTE colaboraron con su construcción aportando plantas y árboles para la plaza y gradas para colocar alrededor de la cancha de fútbol.

⁵⁶ Las UPA fueron creadas tomando el modelo de atención implementado en la favelas brasileñas con el objetivo de descomprimir la demanda de los hospitales. Cuentan con equipamiento para atender casos de guardia y emergencias, derivando los casos de mayor complejidad a los hospitales. La primera se inauguró en Lomas de Zamora en la zona de Cuartel Noveno en 2010 y actualmente hay 20 en toda la Provincia de Buenos Aires. Dependen de los Hospitales, en el caso de la de Lomas de Zamora depende del Hospital Gandulfo.



Centro Comunitario del Barrio La Laguna. Fotos de la autora.

Sin embargo, no todos los habitantes del barrio valoraban la existencia de ese espacio comunitario y no faltaron quienes pronto vieron la oportunidad de hacer algún dinero loteando y vendiendo el terreno de la plaza y el centro cultural. Las intervenciones del Estado Provincial en la zona no colaboraron. Meses después de la inauguración de la UPA, el gobierno de la Provincia comenzó la construcción de una plaza en el terreno contiguo donde previamente había un pequeño basural. Según relata Ana el propio gobernador –Daniel Scioli- fue el encargado de ir a inaugurarla. Contra la recomendación de los funcionarios municipales que conocía de tanto *procurar* por el barrio en sus oficinas y de algunos militantes, Ana fue al acto con un cartel que decía “Scioli: Por tu culpa nos sacaron la plaza del barrio”. En los meses previos uno de los hombres que vendía terrenos en los inicios de la toma se le había acercado insistentemente a Ana para decirle que el terreno de la plaza era en realidad un terreno “para vivienda”. Según refería había averiguado en La Plata y por eso debían desarmar la plaza y dejar que algunas familias se instalen allí. Ana se negó rotundamente alegando que el terreno era “para los chicos”. Pero no pudo evitar que varias veces lo ocuparan y armaran carpas sobre la cancha de fútbol. Enfurecida se acercaba y al primer descuido les sacaba las carpas a los ocupantes. Lamentablemente, la inauguración de la plaza tras la UPA le dio la estocada final a la plaza sostenida por los vecinos. Habiendo una plaza nueva a unas pocas cuadras, ocuparon nuevamente la plaza y ya no se fueron. Ana fue a la municipalidad y con los funcionarios y la policía – previa denuncia en el destacamento policial – se dirigieron al terreno, pero no hubo más nada que hacer.

Afortunadamente, el centro cultural y un pequeño espacio verde alrededor subsistió a la avanzada. Pero mantenerlo requeriría de allí en más llenarlo de vida comunitaria. De lo contrario también podría ser ocupado definitivamente. En su sostenimiento el vínculo con organizaciones sociales y políticas fue muy importante. Por ejemplo, a través del contacto con un militante de la CTA lograron formalizar una asociación vecinal. Esta persona los ayudó a presentar los papeles necesarios para conformar una asociación civil y comenzó a darles

mercadería para sostener un merendero los fines de semana. Sin embargo, la distribución de la mercadería se convirtió en objeto de disputas entre los vecinos que participaban de la asociación. Ana consideró que se distribuía muchas veces entre amigos en lugar de dejarse a disposición del centro comunitario para el beneficio de los chicos. Tras el alejamiento de esta persona, fueron los militantes de Che Pibe quienes se acercaron para hacer actividades allí durante un tiempo. Este vínculo tampoco prosperó y luego de algunas diferencias con Ana, también se alejaron. Ana temió “quedarse sola” y se contactó nuevamente con el MTE para ver si podían hacer algo. A través de ellos fue que conocieron a un grupo de militantes de Patria Grande zona sur⁵⁷ que empezaron a ir tres veces por semana para dar apoyo escolar.

Danilo era uno de estos militantes que se acercaron al barrio. La zona no le era del todo desconocida, hacía algunos años que como parte de diversos agrupamientos políticos desarrollaba actividades en barrios cercanos como Villa Caraza y Fiorito. Allí también había militado junto al MTE en la organización de los trabajadores cartoneros. En un viaje en auto hacia Fiorito a buscar a otro *compañero* del “polo” del Laguna me explicó las marcas espaciales y estéticas que indicaban la actividad laboral predominante de los habitantes de los distintos barrios. “En los barrios cartoneros hay carros en las puertas, materiales apilados por todos lados, camionetas viejas...en cambio, en los barrios costureros enseguida ves los tendidos de los cables”. Dentro del propio barrio Laguna, Danilo también reconocía diferencias en los modos de construcción de las propias viviendas. En general las familias bolivianas construían sus casas sobre la línea de la vereda, con un gran portón de ingreso de vehículos y un frente compacto, mientras que las familias paraguayas dejaban un pequeño espacio libre con plantas al frente de la vivienda.

Lo estético además de ser un modo de percepción y conocimiento de esa geografía social y espacial, se convirtió también en un modo de intervención a partir de su colaboración con la construcción del Centro Comunitario. Allí, los militantes del MTE y Patria Grande zona sur contribuyeron al mejoramiento del espacio a través de la colecta de donaciones de materiales y de jornadas de trabajo voluntario, por ejemplo para la construcción de un baño. Pero también dejaron marcas visibles en el lugar interviniendo tanto el exterior -por ejemplo en sus puertas-

⁵⁷ Patria Grande es una organización social que se formó en 2014 a partir de la fusión de organizaciones previas, fundamentalmente Marea Popular –una organización estudiantil con fuerte presencia en las universidades nacionales- y el Frente Popular Darío Santillán Corriente Nacional- una organización de impronta territorial que surgió de la escisión de Frente Popular Darío Santillán-. Patria Grande ha participado de elecciones nacionales y legislativas desde entonces, y se aboca la militancia “territorial” a partir de la gestión de “casas populares” en diversos barrios, género a través de su espacio Mala Junta, en las universidades, y también en la economía popular a través de su articulación con el MTE. En virtud de esta articulación algunos militantes de Patria Grande pasaron a formar parte también del MTE, aunque mantuvieron su participación y responsabilidades en su organización de origen.

como en el interior haciendo junto a los chicos afiches con dibujos y consignas que decoraron las paredes.



Puerta de ingreso al Centro Comunitario La Laguna. Foto de la autora.

Con el tiempo y a medida que fueron conociendo a las personas del barrio, fueron comprendiendo sus dinámicas cotidianas, sus ocupaciones y sus problemas. Ana me contó que cada vez que iban al centro comunitario, pasaban primero por su casa para que ellas les abriera la puerta. “Yo siempre estaba sentada en la máquina” -recuerda Ana- “hasta que un día Danilo después de verme trabajar y trabajar me dijo ‘Ana ¿porque no hacemos una cooperativa?’, y yo le dije ‘Bueno, hagamos’”. De manera que en ese lugar particular, en el centro cultural, comenzó a gestarse una nueva y original forma de organización, esta vez, centrada en el tipo de trabajo predominante en el barrio: la confección de prendas de vestir. Y desde allí comenzaría el camino de construcción de una cooperativa, un “polo”, pero también de un movimiento que buscaría garantizar *derechos* y mejores condiciones de labor para estos trabajadores.

III. CONCLUSIONES

En este capítulo he analizado la producción de formas de “hacer juntos/as” en dos momentos históricos diferentes y dos espacios que ocupan, a su vez, posiciones diferentes en las configuraciones espaciales de la desigualdad en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Este recorrido me permitió mostrar el modo en que las condiciones de vida en espacios particulares dieron forma a las posibilidades de organización colectiva y política. En las historias personales y colectivas desplegadas, las formas de la desposesión urbana y territorial se articulan -como propone la literatura- con la desposesión del conjunto de los medios de subsistencia (Harvey, 2004) y con el desarrollo de nuevas formas de explotación basadas basadas en el trabajo informal, ilegal o servil (Gago y Mezzadra, 2015). En este sentido, el desarrollo etnográfico muestra el conjunto de condiciones de vida y sus expresiones

espaciales que fueron la base para el desarrollo de formas de militancia en la *economía popular*.

Este capítulo se centró en las especificidades que asumieron las formas de militar, conocer y entrar en vínculo con las personas y problemáticas de cada espacio. En primer lugar, ambos procesos organizativos estuvieron atravesados por el trabajo de creación y sostenimiento de relaciones entre militantes de sectores medios- en su mayoría estudiantes universitarios o profesionales- y habitantes de sectores populares. En la organización Los Pibes estas distinciones cristalizaron en las categorías de *coordinadores* y *compañeros/as*, mientras que en el MTE se recurre a las de *militantes* y *trabajadores*⁵⁸. A su vez, las modalidades de “hacer juntos/as” que fueron desarrollando asumieron formas y objetivos contingentes y móviles. Tal como decía Carolina, en Los Pibes iban “ensayando en la práctica ideas construidas juntos”. También en el barrio Laguna, los militantes del MTE no se acercaron a los vecinos con la intención de conformar un “polo” de producción textil sino que esa idea surgió en el curso de esa relación.

En ambos casos el espacio social y geográfico fue modelando sus prácticas políticas, así como los procesos de organización fueron espacializándose. Tal como señaló Brenda Canelo (2012) la producción de espacios diferenciales y propios son procesos necesarios para la constitución política de grupos sociales. En el mismo sentido, tanto las formas de producción del espacio en el barrio de La Boca como en la toma de tierras que originó el Barrió La Laguna muestran el modo en que la producción y transformación del espacio urbano incidió en la conformación de agrupamientos colectivos. A su vez, mostré que la estética constituyó tanto un modo de conocimiento, como un modo de producción espacial y de creación de geografías políticas. En esta dirección resulta elocuente que en ambos casos mis interlocutores describieron sus propias formas de construir ciudad al tiempo que construían colectivo como una *lucha*. Así por ejemplo, la construcción de la COVILPI y creación del centro comunitario ponen en evidencia que la *lucha* por la creación y defensa de lugares para vivir o comunitarios materializó, al tiempo que habilitó, la creación de relaciones y solidaridades duraderas entre habitantes de sectores populares y militantes.

Sin embargo, ambos procesos organizativos también evidencian importantes diferencias tanto por su contextualización histórica como por su ubicación geográfica. La organización Los Pibes se conformó durante los años 90’ y las experiencias de quienes pasaron a integrarla llevaban la marca del desempleo, los problemas alimentarios y de diversas estrategias para

⁵⁸ Se trata de distinciones que constituyen categorías sociales centrales en cómo se clasifica a las personas en estos universos etnográficos, aunque por supuesto también se ven tensionadas en numerosas situaciones. En adelante no utilizaré las cursivas para destacarlas de modo de no complejizar en exceso la lectura del manuscrito.

conseguir un hogar en el marco de las formas de hábitat popular disponibles en el barrio. Señalé que en el barrio de La Boca, el “boom” turístico se apoyó sobre lo que Marc Morell (2015) denominó “trabajo urbano”, es decir, sobre formas de vida y construcción popular de la ciudad que fueron explotadas –y expropiadas- por los circuitos de turismo basados en la construcción de una “identidad cultural” del barrio. Esta categoría también resulta productiva para reflexionar sobre el proceso de toma de tierras y de construcción del barrio La Laguna. Allí, los habitantes produjeron suelo urbano que se volcó al mercado informal de la vivienda. Hemos visto como estas formas populares de producir ciudad –formas que no siempre fueron colectivas y que muchas veces encontraron a los vecinos enfrentados- revistieron un carácter contradictorio y una mixtura de formas de “cálculo” (Gago y Pérez, 2014) en las que las dinámicas de la especulación inmobiliaria y las posibilidades de construir una vida mejor no fueron contradictorias. A su vez, mostré que el “trabajo urbano” materializado en la construcción del barrio, así como también la perduración de su carácter informal, permitió la conformación de talleres familiares cuya producción alimentó las cadenas de valor de la industria de la confección de la indumentaria en las que estos trabajadores fueron sin duda el eslabón menos favorecido.

En conjunto, las historias personales y colectivas presentadas señalan que las condiciones de vida de quienes pasaron a formar parte de estas organizaciones y de la CTEP están atravesadas por trayectorias migratorias, desempleo, o particulares inserciones laborales, y formas espaciales de expresión de la desigualdad. Así, este capítulo muestra las condiciones en que se desarrollaron procesos de organización que tuvieron como punto en común la *lucha* contra las múltiples formas de desposesión y expropiación del valor producido en sus vidas, tanto en relación al trabajo como a las dinámicas urbanas.

CAPÍTULO 2. “CON EL CORAZÓN, CON LA MENTE Y CON LAS MANOS”: VALORES, EMOCIONES Y CORPORALIDAD EN LA PRODUCCIÓN DE SUJETOS COLECTIVOS

Si en el capítulo previo he presentado la conformación de organizaciones que confluyeron en la construcción de la CTEP en tiempos y espacios particulares, en este capítulo quiero centrarme en la producción cotidiana y nunca acabada de las organizaciones de la *economía popular*, producción que requirió de un esfuerzo continuo que involucraba “poner en común” formas de hacer y proyectar la militancia. Durante mi trabajo de campo observé que en la cotidianeidad de las organizaciones con las cuales he trabajado (Los Pibes, el MTE, y en la Secretaría de Formación de CTEP) se llevaban adelante debates y prácticas que construían y reforzaban sentidos de pertenencia a partir de valores compartidos tales como la *lucha* y la *organización*, valores que tenían profundas implicancias afectivas.

Como desarrollé en la introducción las investigaciones que desde las ciencias sociales en Argentina han analizado la acción de las organizaciones y movimientos sociales urbanos en los últimos 15 años –así como también sus relaciones y posicionamientos frente al Estado– han tendido a identificar “matrices ideológicas” (Moreno, 2010), “identidades” (Schuttemberg, 2011) o “gramáticas” (Natalucci, 2011). Así, establecieron diferencias en los posicionamientos políticos de las organizaciones, diferenciando las “matrices” nacional-popular, de izquierda y autonomista; o las “gramáticas” “movimientista”, “tendencia” y “alternativa independiente” (Pérez y Natalucci, 2010). Tomando como punto de partida estos análisis, algunos estudios focalizaron en los espacios de formación política analizando el modo en que en esas instancias se expresan y reconfiguran las “identidades” y construcciones político ideológicas de los movimientos (Bruno, 2014; Palumbo, 2014). En este sentido, para el caso de la CTEP analizaron los discursos que se construyen en torno a la formación; sus objetivos, contenidos, destinatarios y metodologías (Bruno y Palumbo, 2016)⁵⁹.

⁵⁹ Cabe señalar que existe un importante corpus de literatura que ha abordado los procesos de formación política –escuelas o talleres– de movimientos campesinos, destacándose los trabajos sobre el Movimiento de Trabajadores sin Tierra de Brasil (MST) y a nivel local sobre el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE). Una importante línea de debate en estos trabajos ha girado en torno a la conceptualización de las prácticas pedagógicas como “emancipadoras” (Motta, 2017), “descolonizadoras” (Guelman, 2014) o formadoras de una “nueva cultura” (Michi, 2010). En conjunto, estas investigaciones destacaron el rol que jugó que la educación popular tal como fuera desarrollada por Paulo Freire en la conceptualización y el modo de diseñar dispositivos pedagógicos destacando que revalorizan saberes y experiencias populares rompiendo con el modelo monológico y autoritario de la educación tradicional (Frigo, 2008; Michi, 2010; Guelman, 2014; Motta, 2017).

Este capítulo buscará aportar a esta discusión desplazando la mirada de las organizaciones como sujetos pre constituidos para analizar el trabajo político y pedagógico que dio lugar a la subjetivación como militantes y restituyendo el carácter vivencial y encarnado de los procesos de producción de “colectivo”. En este sentido retomo una serie de trabajos etnográficos que cuestionaron la homogeneidad atribuida a las organizaciones y movimientos por parte de las teorías de la acción colectiva (Grimberg, Hernandez y Manzano, 2011), en particular aquellos que propusieron trascender las explicaciones racionales sobre su conformación destacando la centralidad de la puesta en común de las emociones y las experiencias encarnadas (Fernández Álvarez, 2011). En esta línea, resultan relevantes un conjunto de investigaciones que desde esta perspectiva analizaron las prácticas de formación de militantes como reactualización y conjugación de tradiciones políticas (Dumans Guedes, 2011) y como forma de transmisión de valores morales producidos y reproducidos en el activismo cotidiano (Wolanski, 2015).

De manera articulada, recupero el abordaje propuesto por Sian Lazar para analizar la producción de sujetos éticos colectivos a partir de la categoría de “tecnologías colectivas de organización” (2013; 2017). Esta propuesta se inscribe en los debates contemporáneos en torno a la antropología de la ética que recuperan la obra de M. Foucault (2008) y en particular la noción de “tecnologías del yo”. Lazar propone una productiva conceptualización que desplaza la mirada del modo en que los “individuos actúan sobre sí mismos” en el marco de relaciones diádicas –tales como la relación maestro o el confesor analizadas originalmente por Foucault y priorizadas por los trabajos que recuperaron su obra⁶⁰- para analizar las prácticas a través de las cuales se crean y sostienen *se/ves* colectivos, atendiendo a sus proyectos ético-políticos y al modo en que se cultivan activamente valores y disposiciones para la acción entre quienes los integran (Lazar, 2017). A su vez, esta autora nos propone analizar la forma en que los “sujetos éticos colectivos” se ponen en acto a través de formas de experimentar socialmente el tiempo y espacio urbano con el cuerpo (Lazar, 2016; 2017).

Partiendo de estos aportes, en este capítulo propongo recortar analíticamente una serie de momentos recurrentes en la cotidianeidad de las organizaciones que, sin embargo, tenían una significación particular en relación a otros. Me refiero a las instancias de formación política, los plenarios, las actividades de conmemoración y las marchas. En estos diversos momentos la pertenencia a un colectivo se volvía explícita en tanto las prácticas y dinámicas desarrolladas volvían a lo colectivo objeto de reflexión al mismo tiempo consciente y corporizada. Además, se expresaban valores reforzando sentidos de pertenencia y promoviendo una reflexión sobre aquellas virtudes que se esperaba de los militantes para la

⁶⁰ Ver Laidlaw, 2002, 2013; Mahmood, 2005; Faubion, 2011; Das, 2015.

consecución de sus objetivos políticos y la concreción en la práctica de los valores compartidos.

En este capítulo entonces se analiza cómo se ponen en juego los valores morales, las emociones y la corporalidad en la producción de sujetos políticos en un sentido individual como militantes, pero también como parte de colectivos (las organizaciones y la CTEP). En términos más amplios busco reflexionar en torno a una pregunta por la capacidad de organización de estos trabajadores que han sido denominados por la literatura como “informales” o “precarios”, un sector que tal como señalaron algunos autores (Lindell, 2010; Delaney *et al*, 2016) fue generalmente caracterizado como “inorganizable” o como “lumpen proletariado” cuya acción nunca será revolucionaria sino conservadora. ¿Cómo se producen formas de organización política en este universo donde las condiciones de trabajo y sus problemáticas asociadas son sumamente heterogéneas? Se trata de una pregunta sociológica pero también era una reflexión de mis interlocutores (tanto de los trabajadores como de los militantes) que como desarrollo a continuación se expresó muy claramente en los talleres de formación política. Mi argumento es que requirió de la puesta en marcha de formas diversas de crear y recrear colectivos que tienen en común la operatoria de valores morales y virtudes esperadas de los militantes –con una fuerte carga normativa- así como también la transmisión y recreación de tradiciones de lucha.

Este argumento se desarrollará en dos partes. En un primer momento analizo las prácticas de formación política en el marco de los talleres de la Secretaría de Formación de CTEP en tanto una tecnología colectiva de organización (Lazar, 2017) que se centró en el trabajo y el cultivo de los valores de *lucha y organización*, pero también de las virtudes asociadas a los militantes populares. En un segundo momento se analizan otras instancias –fuera de los talleres- donde la pertenencia a un colectivo se experimenta de manera vivencial y sensitiva: plenarios o encuentros, actividades de conmemoración y marchas.

I. LA FORMACIÓN POLÍTICA COMO FORMACIÓN DE SUJETOS Y COLECTIVOS

Desde marzo de 2014 la secretaría de formación de CTEP puso en marcha un curso de formación política llamado “Diplomatura de Extensión Universitaria en Organización Comunitaria y Economía Popular”. Se trató de un curso de aproximadamente dos meses de duración dictado por referentes y militantes de la CTEP que recibe el aval y la certificación de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Según un comunicado de prensa de la CTEP la diplomatura se orienta principalmente “a la formación de delegados, equipos técnicos y cuadros de conducción tanto productivos como sindicales que trabajen en unidades de

producción y comercialización de la economía popular”. Formalmente la convocatoria estaba abierta a todo interesado en la temática, pero en la práctica en su mayoría los cursos se completaron asignando 5 cupos para militantes de base de cada una de las organizaciones que componen el *sindicato* (criterio que luego se flexibilizó). En julio de 2016 casi 500 personas de todo el país habían realizado y finalizado la diplomatura.

Teniendo en cuenta la gran diversidad de posturas en relación al entonces gobierno de Cristina Fernández de Kirchner entre las organizaciones que conformaron la CTEP, los coordinadores de los talleres buscaron definir los contenidos trabajados en tanto “formación política y sindical” diferenciándolos del “análisis estratégico” vinculado a la coyuntura política nacional. En este sentido, algunos de los temas trabajados fueron: capitalismo, desigualdad y exclusión social; la historia del movimiento obrero y los movimientos sociales; el nuevo proletariado y la “informalidad”; la gran fragmentación actual de los trabajadores; el concepto de Economía Popular y diferencias con Economía Social; la crítica al asistencialismo disfrazado de la política social. Estos contenidos se encuentran sistematizados en una compilación de 4 libros elaborados por dos de los fundadores del *sindicato* –Emilio Pérsico y Juan Grabois- que fueron utilizados como material principal para el armado de los talleres⁶¹. La metodología general de los talleres se inspiraba en la educación popular de Paulo Freire en la medida que se buscaba la circulación horizontal de saberes y la generación de acuerdos y reflexiones entre los participantes partiendo de sus conocimientos y experiencias⁶².

La diplomatura se dividió en dos partes: la primera parte -de aproximadamente dos meses- se dictó en la Capital Federal en un aula provista por la UNSAM cercana al Congreso de la Nación. Tiempo después –y solo temporariamente- los talleres se desarrollaron en la sede central de CTEP. Sin embargo, para los militantes hacerlo en el espacio de la universidad era fundamental: permitía que compañeros de sectores populares accedieran a un ámbito universitario como estudiantes. De allí también la importancia que tanto los coordinadores como los participantes otorgaban al certificado expedido por la universidad. Con enorme satisfacción tuve la oportunidad de hacer entrega de los diplomas que muchos recibieron con gran emoción ya que como explicó uno de ellos ese era “el primer papel importante” que le entregaban en su vida.

⁶¹ Los libros fueron editados por CTEP y se titulan: “Nuestra realidad”, “Nuestra organización”, “Nuestros objetivos” y “Nuestra lucha”.

⁶² Se trata de una cuestión común con los espacios de formación de otros movimientos, organizaciones y sindicatos que ha sido ampliamente documentado por numerosos autores. Ver Frigo, 2008; Fernández Álvarez y Careno, 2012; Espinosa, 2016; Wolanski, 2015; Motta, 2017; Lazar, 2017.

Las últimas dos clases se realizaban en la sede de CTEP en un espacio denominado “Núcleo de Acceso al Conocimiento” (NAC)⁶³ que contaba con computadoras con conexión a internet y una sala auditorio para proyectar videos. Una vez finalizado dicho curso, el grupo viajaba durante una semana a San Martín de los Andes a la Escuela Nacional de Organización Comunitaria y Economía Popular (ENOCEP)⁶⁴. Se trata de una cabaña que permite alojar a aproximadamente 30 personas que la CTEP construyó en un pequeño lote cedido por la Comunidad Mapuche Curruhinca dentro del “Barrio Intercultural”⁶⁵. A partir de un convenio con la Universidad del Comahue y el Ministerio de Educación de la Provincia de Neuquén, los talleres se desarrollan en un aula cedida en una sede de la universidad que funciona en el antiguo hotel Sol de los Andes⁶⁶. Allí los recibía Juan Grabois –uno de los fundadores de CTEP y secretario de Formación del *sindicato*- todos los días para los talleres. Por la tarde, las clases estaban a cargo de invitados que militaban en diversas áreas o emprendimientos de la seccional cordillera de la CTEP.

Desde el año 2016 estas actividades de formación se multiplicaron notoriamente y los cursos comenzaron a desarrollarse no solo en la CTEP y las aulas de la UNSAM, sino también en los espacios de trabajo o militancia. Esta decisión obedeció a la voluntad de “acercar la formación a los barrios” y a aquellos compañeros para quienes reunirse fuera de sus lugares cotidianos de trabajo resultaba más difícil.

⁶³ Este espacio fue financiado a través de un proyecto del Ministerio de Planificación Federal Inversión Pública y Servicios de la Nación enmarcado en el Plan Nacional de Telecomunicaciones “Argentina Conectada”. En todo el país se instalaron casi 400 centros de este tipo para promover la “inclusión digital” a partir de la instalación de infraestructura abierta al público, y del desarrollo de actividades y cursos de formación en temáticas generales (problemáticas de consumo, derechos humanos, etc.) así como también específicos de oficios digitales. Sitio web: <http://puntodigital.paisdigital.modernizacion.gob.ar/que-es-punto-digital>

⁶⁴ Cabe aclarar que la diplomatura también fue realizada en otras seccionales de la CTEP en el interior del país, principalmente en Rosario, Mar del Plata y Neuquén. Estos grupos también completaron su formación con el viaje a San Martín de los Andes.

⁶⁵ El “Barrio Intercultural” es un proyecto de construcción de viviendas llevado adelante por la organización “Vecinos Sin Techo” de SM Andes y la Comunidad Mapuche Curruhinca en un predio cuya restitución a la comunidad mapuche fue lograda en el año 2011. Hasta esa fecha este predio se encontraba en manos del Ejército Argentino.

⁶⁶ El ex hotel Sol de los Andes fue construido en los años 70 y se encuentra clausurado desde el año 2002. En la actualidad está en estado de abandono exceptuando las instalaciones de la planta baja que fueron refaccionadas para poder llevar adelante actividades educativas.



Taller de la diplomatura junto a un grupo de trabajadores cartoneros pertenecientes al MTE. Foto: Secretaría de Formación CTEP.

A mi entender el trabajo realizado desde la secretaría de formación contribuía a producir cotidianamente el *sindicato* en varios sentidos. En primer lugar, en tanto requería de un esfuerzo conjunto de varias organizaciones que se materializaba en las reuniones de organización periódicas a las que asistían representantes de las organizaciones que integran la CTEP en las que se buscó consensuar los contenidos y modalidades del desarrollo de los talleres. En segundo lugar, porque a través de los talleres se buscaba generar una reflexión y un reconocimiento como trabajadores de la *economía popular*, una categoría con la que la mayoría de los participantes no solían describir hasta entonces sus propias prácticas laborales. Además, como señalaba una de las coordinadoras al inicio de los talleres, estos buscaban “generar un espacio donde fortalecer los lazos de solidaridad entre nosotros”. Enfatizaba que los participantes no solían conocerse entre sí, exceptuando algunos que provenían de la misma organización y el mismo distrito o que habían compartido previamente alguna actividad en la CTEP. Esta fue una cuestión reiteradamente señalada por quienes participaron de la diplomatura. Por ejemplo, durante una reunión de la secretaría de formación una mujer del Movimiento Evita que integró la primera camada de la diplomatura se refirió a esta experiencia describiéndola como “mística” por “compartir con otros, conocer y aprender de otros compañeros”. Aclaró que le había servido para darse cuenta que “en la base nos unimos fácil porque estamos todos por los mismos objetivos...Después bueno, ustedes tienen que ver cómo hacen para que se unan los de arriba”.

La dinámica general de los talleres consistía en una breve presentación de una consigna de debate a cargo de los coordinadores –en la que habitualmente se recurría a videos o materiales escritos que operaban como disparadores-, luego de lo cual se daba espacio para el debate en grupos y se finalizaba con una puesta en común sistematizando las reflexiones de los participantes en el pizarrón o en un papelógrafo. Más allá de lo contenidos trabajados durante los talleres, el espacio también era tomado por sus asistentes como una oportunidad para hacer consultas sobre el funcionamiento de la mutual o sobre trámites específicos que

debían realizar, por ejemplo cómo obtener el carnet de la mutual o cuál es la documentación necesaria para inscribir una cooperativa y dónde debe presentarse. Los coordinadores invitaban a los participantes a acercarse personalmente a la CTEP para recibir asesoramiento y un seguimiento de esas cuestiones por parte de los trabajadores y equipos técnicos del *sindicato*.

A comienzos de 2015 esas inquietudes recurrentes de los participantes fueron incorporadas como contenidos del nivel 2 de la diplomatura. En este segundo nivel los docentes fueron trabajadores de la CTEP y se abordaron temas tales como salud y el funcionamiento de la mutual, planes y programas de fomento de la economía social, elementos de derecho y violencia institucional, herramientas contables para la formación de cooperativas, y comunicación. Estas cuestiones fueron definidas por los coordinadores de la secretaría como “herramientas técnicas” trazando una distinción con los contenidos del nivel uno que eran más “políticos”. La importancia de estas cuestiones fue resaltada por Roque – uno de los militantes a cargo de la secretaría- en estos términos: “Los contenidos técnicos como saber armar una cooperativa, algunas cuestiones de AFIP, también te dan poder en territorio”.

En octubre de 2014, a través de uno de los militantes de Los Pibes, me contacté con quienes estaban llevando adelante los talleres de esta secretaría: Roque y Josefina, ambos militantes del MTE. Unos meses antes cinco militantes de Los Pibes habían participado de la primera cohorte de la diplomatura y por esos días estaba comenzando la segunda. En un comienzo me incorporé como oyente y asistente en la medida que participé de los debates y ejercicios propuestos junto al resto de los compañeros. Tiempo después comencé a colaborar como parte del equipo de la secretaría y asistí a reuniones de organización de las actividades, acompañé a dos grupos en su viaje a San Martín de los Andes, participé como coordinadora de los talleres del nivel dos de la diplomatura y llevé adelante como docente los talleres del nivel 1 junto a otros dos militantes del MTE que como yo asumieron esa tarea.

A continuación me detengo en cómo se buscó construir un lenguaje común sobre lo que es y lo que debería llegar a ser la *economía popular* problematizando las experiencias de vida, trabajo y organización colectiva de los participantes.

Los talleres: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?

El primer taller de la serie –ya sea de la diplomatura o de los talleres en los barrios- se centraba en la reconstrucción colectiva de la historia de nuestro país. A cada participante se le pedía que escribiera en diferentes papeles su ocupación u oficio, el de sus padres y también el de

sus abuelos. Cada uno de estos papeles se pegaba en una línea histórica dibujada en un papel afiche. Iniciaba con el comienzo del S XX y llegaba hasta la actualidad. Abuelos trabajadores rurales, carpinteros, trabajadores de frigoríficos, metalúrgicos, trabajadores de ferrocarriles; padres trabajadores de fábricas de producción de electrodomésticos, amas de casa, maestras, costureras, camioneros, empleados municipales; y por último hijos empleados de mantenimiento y limpieza, repositores de supermercado, vendedores ambulantes, cartoneros, cuidacoches, trabajadores de cooperativas de programas estatales.

Partiendo de estas historias personales y familiares, en el desarrollo del taller buscábamos trazar dos historias paralelas. Por un lado, recorríamos las transformaciones en los modelos de producción en Argentina focalizando en cómo estos cambios se traducían en modificaciones en las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera, la transformación de los oficios y los modos de empleo predominantes. Naturalmente los períodos que más atención merecieron fueron desde los años 30' en adelante. Componíamos una línea de tiempo en la que sucesivas generaciones vieron sus condiciones de trabajo devenir cada vez más "precarias", es decir, sin sus *derechos* garantizados. En particular, la crisis del 2001 era marcada por muchos de los participantes como un momento clave en el que encontrándose desempleados se habían volcado a lo que ahora comenzaban a denominar como *economía popular*. Así, por ejemplo, en un taller realizado en una cooperativa de cartoneros, los adultos asistentes relataron que había sido alrededor de los años 2000/2001 que habían comenzado a "cartonear" porque se habían quedado sin trabajo -uno de ellos especificó que había trabajado como ayudante en una fábrica- y no conseguían reinsertarse en un nuevo empleo. Pero la mayoría de los presentes eran jóvenes de entre 25 y 30 años cuya primera actividad laboral había sido "cartonear" con sus padres, y tres de los jóvenes presentes incluso estaban participando de los talleres con sus padres. Tal como afirmó uno de los docentes en un taller, una de las conclusiones a las que arribábamos era que "desde el neoliberalismo ya se consolida este sector que por generaciones vive en esta situación, por ahí ya encontramos padre e hijos, incluso nietos que nunca accedieron al mercado formal de trabajo".

En segundo término, marcábamos el desarrollo de la historia del movimiento obrero en nuestro país: sus reivindicaciones, sus formas de lucha, sus conquistas, pero también sus derrotas. En este sentido, algunos de los sucesos que poníamos en la línea histórica se definieron como *derechos conquistados* a partir de la *lucha* y *organización* del movimiento obrero. En este punto, el peronismo era una referencia indiscutida. En un taller que realizamos en el municipio de San Fernando junto a integrantes de cooperativas del Programa Argentina Trabaja, Josefina enfatizó sobre todo la época del peronismo, la creación de los hospitales públicos, y la conquista de derechos laborales como las vacaciones – acompañada de la

creación de los hoteles sindicales donde ir a vacacionar con la familia- , el aguinaldo, la jornada de 8 hs. También destacó derechos políticos, centralmente el voto femenino. Ella aclaró que esta configuración o más bien asociación de derechos a la figura del trabajador en Argentina era única y específica respecto de otros países de la región y reforzó: “Los derechos fueron producto de la lucha, de la capacidad de fuego que fueron ganando los sindicatos que a su vez tenemos que entender en el marco de la economía argentina, y de su negociación con el gobierno. No vino todo solamente del gobierno peronista, sino que hay que entender cómo se relaciona el gobierno con las organizaciones del movimiento obrero, su negociación y su lucha”.

Además señalábamos que el contexto económico –y su impacto en las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera- estaba en estrecha relación con las “formas de lucha”. Dos momentos contrastantes ilustraban este punto: si en el período de sustitución de importaciones los trabajadores compartían el espacio de la fábrica y una serie de problemas comunes de cara a un empleador común, esto favorecía que “los trabajadores se junten y armen sindicatos”. En cambio, durante los años 90’ se había expresado una nueva realidad que dio lugar a diferentes manifestaciones de la protesta: el desempleo había desplazado la expresión de las demandas a la calle y a la ruta a través de los piquetes y las ollas populares. En uno de los talleres, Roque trazaba una relación directa en este período y la realidad de la *economía popular* en estos términos:

"Todo esto es importante para pensar también por qué hacemos el sindicato de la economía popular. Hoy de nuevo no tenemos un interlocutor, por ejemplo en el conflicto en Entre Ríos que tuvieron hace muy poco los compañeros cartoneros no nos atendieron y tuvimos que cortar la ruta, tomar un edificio de la municipalidad, pero el estado no está obligado a intervenir a través de una conciliación obligatoria. Entonces en este nuevo renacer de la clase trabajadora necesitamos construir otras vez herramientas de lucha para este momento histórico”

En este desarrollo la *economía popular* se inscribía en la historia nacional como una consecuencia de las transformaciones estructurales acaecidas desde los años 70’ con el cambio en el régimen de acumulación -y sobre todo durante los años 90’- , pero encontraba su segunda historia en el desarrollo de la *lucha* del movimiento obrero y de los sectores populares. Allí radicaba su potencialidad como perspectiva de futuro para los trabajadores de la *economía popular* y el surgimiento y la tarea de la CTEP como representante del sector cobraba plena significación. Como afirmaba Josefina en uno de los talleres:

“[El recorrido por la línea histórica] permite entender además el desarrollo de la CTEP. Cómo se reorganizaron los desocupados que no entraron en el mercado formal, sino que crearon su propio sector y que hoy tiene aproximadamente cinco millones de trabajadores. Nos permite entender a corto y mediano plazo los objetivos de la CTEP.”

Una reflexión recurrente era que en la *economía popular* todo se conseguía con *lucha y organización*. Así Roque solía abrir la presentación de la diplomatura contando que la posibilidad misma de hacerla y el acuerdo con la universidad habían nacido de una “pelea”. Frente al inminente desalojo de un grupo de personas vinculadas al MTE que vivían en un edificio de la universidad, la CTEP logró que a cambio de dejar el lugar –conservando un pequeño espacio para continuar con algunas actividades comunitarias- se les diera la posibilidad de hacer los cursos, un espacio para hacerlo y la certificación oficial.

Sin embargo en el marco de la *economía popular*, la *lucha y organización* cobraban ciertas particularidades en relación a la historia del movimiento obrero. En los sucesivos talleres buscábamos profundizar esta reflexión generando debates colectivos a partir de sus propias – y ciertamente diversas- experiencias de trabajo. Así, para abordar la realidad de la *economía popular* tomábamos como ejemplo la actividad de alguno o algunos de los asistentes al taller y proponíamos reflexionar sobre los medios de producción, el oficio, el espacio, la forma de organización y forma legal de cada una de sus unidades productivas. El objetivo último de la actividad era explicitar los problemas comunes a las diversas unidades productivas y ramas de la *economía popular*: centralmente su baja productividad e insuficiente remuneración, falta de derechos para los trabajadores, medios de producción propios pero rudimentarios y la ausencia de un patrón lo que determinaba particularidades a la hora de plantear demandas. Desde allí buscábamos proponer en conjunto qué caminos tomar para alcanzar el objetivo político de dignificar el trabajo. En definitiva, buscábamos llenar de contenido experiencial aquello que afirmaba Juan Grabois durante sus clases: “La economía popular es una realidad, un camino y un objetivo”.

En este sentido el modo en que compartieron y reflexionaron sobre su experiencia los trabajadores “tarjeteros” resulta ilustrativo. Estos trabajadores vendían tarjetas de “estacionamiento medido” en las calles del centro del partido de San Martín, de allí el nombre de “tarjeteros” con el que se reconocían en contraposición a la despectiva categoría de “trapitos” con la que se suele referir a las personas que cuidan vehículos en la vía pública. Las tarjetas debían comprárselas cada día directamente al municipio: un talonario de 20 tarjetas costaba \$125 y podían venderlo a un precio previamente establecido de \$250. Hacia el final de uno de los talleres y frente a la pregunta de la coordinadora por sus opiniones

respecto del trabajo realizado a partir de la línea histórica, se produjo el siguiente intercambio entre uno de los trabajadores “tarjeteros” y otro de los participantes del taller:

Trabajador “tarjetero”: si, nosotros nos sentimos muy identificados con todo esto del 2001 que dijeron, nosotros después salimos a laburar a la calle y recién ahora nos estamos organizando para pelear

Participante: bueno, pero salir a laburar también es una lucha compañeros

“Tarjetero”: si, pero individual, estamos tratando de ir más allá con la cooperativa ahora.

Hacia tan solo 10 meses que se habían conformado como cooperativa luego de que se enteraron que el municipio tenía el proyecto de instalar parquímetros en las calles lo cual eliminaría su actividad. La decisión estaba vinculada con la recomendación recibida por parte de militantes del Movimiento Evita de San Martín –movimiento que algunos de los trabajadores “tarjeteros” también integraban- con quienes se habían contactado frente al inminente conflicto. En otra de las clases, este trabajador relató:

“Nosotros la peleamos todos los días la calle... Yo estuve preso, ¿quién me va a dar trabajo a mí para mantener a mi familia? Por eso salí a la calle a hacer lo que podía.... pero recién ahora nos reconocemos como trabajadores. Y también queremos que el municipio nos reconozca como trabajadores. Pero no quieren, intentamos hacer una compra colectiva de talonarios como cooperativa pero nos lo negaron. Ahora encima nos venden menos talonarios diarios...y eso nos mata porque al final le tenemos que cobrar a la gente sin tarjeta y después nos mandan la grúa del municipio o los zorros grises y la gente nos quiere matar. Por eso para nosotros la CTEP es muy importante, para poder seguir organizando a los compañeros y dar esta pelea con más fuerza.”

Para estos trabajadores organizarse había sido una forma de hacerle frente a la amenaza de pérdida de su fuente de trabajo, reconociendo que “solos no se puede”. Organizarse como cooperativa les había permitido construir un sentido de la lucha colectivo, “más allá” de la *lucha* individual por “salir a laburar” y ganarse el sustento para sus familias. De allí que en el intercambio referido más arriba uno de los trabajadores expresaba: “estamos tratando de ir más allá con la cooperativa”. En este camino, tal como señalaba este trabajador en su intervención, un paso fundamental había sido reconocerse ellos mismos como trabajadores para desde allí iniciar la lucha por el reconocimiento de su actividad por parte del municipio y valoraban a la CTEP en tanto herramienta que les permitía sostener dicha demanda y “seguir organizando a los compañeros”. Pero además, un segundo elemento que señalaban era que

“organizarse” no solo les había permitido dar la “pelea” contra el municipio, sino que también habían podido abordar otra problemática recurrente para aquellos que desempeñan su actividad en el espacio público: la acción de los intermediarios que les cobraban una comisión para permitirles permanecer en una cuadra trabajando.

Tuve la posibilidad de compartir una estadía en San Martín de los Andes junto a Mariano, otro de los trabajadores de la cooperativa de “tarjeteros”. Allí, Mariano escuchaba atentamente las exposiciones de los docentes e invitados y luego se esforzaba por vincularlo con su práctica cotidiana. Y muchos caminos lo llevaban a la misma historia que repetía casi como un mantra, tanto que al final ya se reía antes de empezar a contarla nuevamente: al cabo de unos días la llamamos el “cuento de la rifas”. Por ejemplo, en una actividad en la que estábamos repasando en conjunto lo que habíamos discutido durante el día en los talleres, Mariano sintetizó que su espacio de trabajo era la calle, sus medios de producción las tarjetas –que el municipio les regateaba así que muchas veces trabajaban sin ellas- y los chalecos. A los chalecos les daba mucha importancia porque en definitiva era lo primero que el vecino ve, lo que combate el estigma. Al relatar en qué consistía su trabajo insistía en que para él lo principal era cuidar mucho la relación con el vecino:

“Yo me acerco, no me quedo sentado en la esquina esperando que vengan a pagarme. Y ahí primero les indico cómo estacionar” –decía mientras se movía como si estuviera desplazándose de adelante a atrás de un coche con un pañuelo en la mano y al mismo tiempo imitando el movimiento del volante- “Después me acerco y le digo ‘Buen día señora, permiso, déjeme que la abra la puerta’. Le sonrío, le hago un chistesito. Si la persona tiene muchas bolsas trató de ayudarla a que las cargue. Tiene que ser un servicio para el vecino, ¿entendés? Por eso en la pechera yo propuse poner ‘Cooperativa Tarjeteros, Cuidando al vecino’.”

Pero los chalecos no debían ser de cualquier material, tenían que ser de uno bueno, impermeable para la lluvia, y que “se vean lindos”. El problema era que eso costaba dinero, así que Mariano organizó la rifa de una cafetera para juntarlo. Repartió los números entre los casi 50 integrantes de la cooperativa, pero el resultado no fue el que esperaba. Con enojo contaba que los que menos números habían vendido eran los que trabajan en las cuadras más céntricas, los que ganan más dinero por día:

“Y ahí yo dije, todo bien, pero entonces la plata de los chalecos tiene que ser para los pibes que están más lejos porque ganan menos viste. Porque yo cuando viene un pibe nuevo que necesita laburo le digo ‘mirá vos ubicate acá o allá que no hay nadie’... así nos ordenamos y no hay problemas. Pero claro ganan menos,

estacionan menos autos. Que para mí, no está bueno porque todos deberíamos ganar algo digno, no unos mucho y otros muy poco. Y bueno, resulta que los del centro decían que tenía que ser para todos el chaleco, ¡pero ellos no habían vendido ni una rifa!”

Esa actitud lo enojaba, una y otra vez contaba la historia elevando la voz y agitando los brazos. Un día le sugerí que ese era el trabajo del militante, ir planteando esas cuestiones en las reuniones de la cooperativa hasta que alguno lo siguiera y lo apoyara. “No, ¡es que no sabes cómo son! No todos participan encima, algunos sí pero otros ni van”, decía resignado. El “cuento de las rifas” ponía en palabras el modo en que Mariano estaba proyectando la cooperativa, cómo se la imaginaba en relación con sus compañeros y con los vecinos. Hacia adentro, la participación y la igualdad entre sus miembros eran lo que él esperaba de ese agrupamiento antes que principios dado a priori. Era una expectativa que debía ser construida, o incluso, “militada” en el día a día tal como yo buscaba señalarle para que no se rindiera. En relación a los vecinos para él la cooperativa era una forma de ser visto como trabajadores y no ser estigmatizados como “los que piden monedas”. Los chalecos eran la materialización de la cooperativa de cara a los vecinos y por eso él ponía tanto énfasis en que debían ser de “lo mejor”.

En definitiva, en su relato Mariano exponía las potencialidades y las dificultades de construir colectivo en ese universo y el trabajo cotidiano que buscaban llevar adelante. En sus propias palabras, no todos “participaban” ni todos compartían los mismos criterios sobre cómo conformarse como colectivo. La historia de los “tarjeteros” ponía sobre la mesa la realidad y las dificultades de construcción de colectivo en el marco de una actividad que hasta entonces se desarrollaba de manera individual, una cuestión común con otros trabajadores de la economía popular que se desempeñan en la calle como los cartoneros o los vendedores ambulantes. Pero además, nos permitía señalar que el camino hacia la *dignificación* del trabajo y la *conquista de derechos* debía partir del reconocimiento como trabajadores y de la demanda al estado como único garante de sus derechos laborales frente a la ausencia de un patrón.

De manera que a través de estas discusiones en conjunto y del debate de las experiencias compartidas por los compañeros, en el espacio de los talleres buscábamos construir un sentido de la *lucha* colectiva identificando problemáticas comunes que reunían - más allá de su heterogeneidad - a los trabajadores y unidades productivas dentro de la CTEP. Como señalaba uno de los militantes del MTE al cierre de un ciclo de talleres junto a trabajadores cartoneros:

“Yo quiero remarcar la importancia de entender que por ejemplo la pelea del tren” [refiriéndose a que por esos días el último tren cartonero en el que los trabajadores volvían a su hogar llevando sus carros y alguna mercadería estaba siendo desmantelado por el GCBA] “es parte de una lucha más grande que reúne otras luchas como la de los manteros, los textiles y todo una serie de laburantes que tienen problemas similares y que son compañeros. Entender que ellos también son nuestros compañeros es lo que nos va a permitir transformar la realidad.”

Esta intervención ponía en palabras uno de los objetivos centrales que los talleristas llevábamos al espacio del taller: el intento por construir una narrativa común – narrativa que como veremos no era solo discursiva, sino encarnada- que permitiera comprender las experiencias singulares e individuales de vida y trabajo de los participantes como consecuencia de un desarrollo histórico que generó crecientes niveles de desigualdad y escasas posibilidades de encontrar un empleo con *derechos* para las mayorías. En esta reflexión las particularidades del trabajo en la economía popular eran centrales puesto que nos permitían tejer elementos en común tales como los enfrentamientos con intermediarios, con la policía, la falta de cobertura médica, etc. Y al mismo tiempo, los cambios en las formas de trabajo nos llevaron a una reflexión necesaria sobre los cambios en las formas de *lucha* más adecuadas para la nueva realidad. En este paso de lo individual a lo colectivo, la CTEP encontraba su pleno sentido como *sindicato* que engloba un conjunto sumamente heterogéneo de trabajadores informales, precarizados para convertirse en su herramienta de lucha colectiva redefiniendo las estrategias de lucha del movimiento obrero en un nuevo contexto en el que los trabajadores de la *economía popular* llegaron para quedarse. Y tal como decía aquel militante al cierre del taller, *organizarse y luchar* todos juntos eran el único camino posible para “transformar su realidad”.

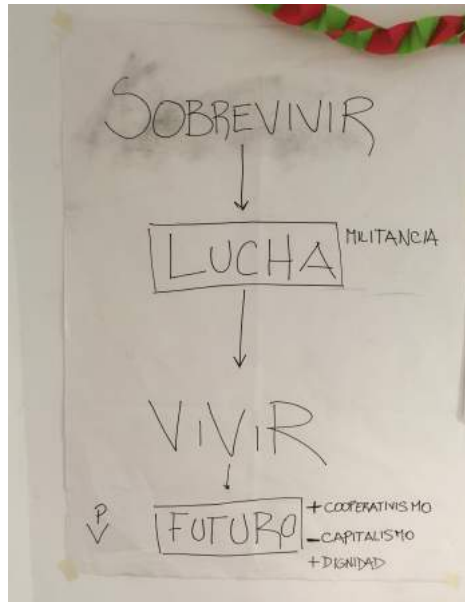


Imagen de un papelógrafo elaborado por la participantes de un taller. Foto de la autora.

En definitiva reflexionar en conjunto sobre los valores de *lucha* y *organización* habilitaba a “proyectar juntos/as” (Fernández Álvarez, 2016) un camino y un objetivo de construcción de una vida *digna*. Esta proyección a futuro se articulaba de manera indisoluble con una recuperación del pasado histórico y de las luchas del movimiento obrero y los sectores populares. En el nuevo contexto histórico, y tal como reza el papelógrafo elaborado en los talleres: la *lucha* como sinónimo de militancia era un modo de proyectarse hacia un futuro de vida *digna* en el que las cooperativas comenzaban a perfilarse como una herramienta en ese camino.

De los militantes populares y sus virtudes

Otro de los ejes centrales que constituían la propuesta de formación impulsada desde la secretaría se centró en la reflexión sobre las cualidades – y virtudes- asociadas al militante popular. Esta reflexión se basó en un lenguaje fuertemente emocional y tradució los valores en sentido colectivo –como *lucha* y *organización*- en virtudes que cada militante debía cultivar para alcanzarlos. A continuación quiero detenerme en la reconstrucción etnográfica y el análisis de una serie de situaciones que tuve la oportunidad de compartir junto a los participantes de la segunda cohorte de la diplomatura durante el viaje a San Martín de los Andes en enero de 2015.

Una de las actividades centrales para llevar a cabo esta reflexión se basó justamente en la exploración colectiva de aquello que constituía su contrario: los “vicios” que cualquier militante

podía tener, pero sobre los cuales “debía trabajar” para poder como colectivo promover los valores de *lucha* y *organización*. La actividad constaba de varias partes: lectura grupal del capítulo del libro de formación que explicaba dichos “vicios”, la discusión grupal del capítulo y por último la puesta en escena de una breve “obrita” de teatro en la que representáramos dichos vicios. Sin motivo aparente nos dividimos en dos grupos: varones y mujeres. Tras un breve debate y algo de preparación sobre nuestras actuaciones, las mujeres armamos una improvisada pero completa escenografía de que lo sería una feria. Cada puesto además de ofrecer un producto permitía poner en acto una representación de un vicio encarnado tanto por quien lo atendía como por quien se acercaba. Así por ejemplo una de nosotras representaba al referente que utilizaba el dinero de la organización para irse a cuanto viaje pudiera y promoverse a él mismo, otra al militante improvisado que no planificaba, y a aquel que criticaba permanentemente a sus compañeros sin proponer ideas constructivas para mejorar. Además, incorporamos un personaje más que se distanciaba de las propuestas del libro: el compañero machista que observaba a sus compañeras y hacía comentarios fuera de lugar. Estos “vicios” y el énfasis en la necesidad de que cada militante “trabaje sobre ellos” mostraban, por un lado, la dimensión normativa y disciplinaria del trabajo de formación política y permitían - parafraseando a Nashieli Rangel Loera- establecer, sobre la base de una evaluación de los comportamientos, una distinción entre los “buenos y malos elementos”, o en nuestro caso, entre buenos y malos militantes (2009). Por otro lado, “trabajar sobre los vicios” hacía alusión a la necesidad de una reflexión y “trabajo sobre sí” constante que tomando los términos propuestos por Sian Lazar (2017) no se llevaba a cabo en una relación consigo mismo o diádica como enfatizaba la obra de Foucault (2008), sino más bien en instancias colectivas como las que estábamos compartiendo durante aquel viaje.

Esta reflexión se continuó en otra propuesta que buscó promover esta particular atención sobre la militancia de un modo que nos implicara de manera más personal. La anteúltima noche una de las coordinadoras del viaje nos había avisado que tendríamos “una actividad sobre la militancia”. En cuanto terminamos de cenar juntamos los platos y nos fuimos hacia el fogón que otros dos compañeros prepararon para la ocasión. Estaba oscuro pero el fuego iluminaba lo suficiente como para que nos viéramos las caras. Nos sentamos los 14 alrededor del fogón, algunos en banquitos que llevamos desde la cocina, otros en el suelo. Juan Grabois – uno de los dirigentes de la CTEP y secretario de formación del *sindicato* - dio comienzo a la actividad: “Para empezar quiero que hagamos una ronda en la que cada uno diga muy cortito qué es para ustedes la militancia. Y arranca *la compañera*”, dijo señalando a la primera sentada a su derecha.

Ella destacó la entrega, la perseverancia y la necesidad de aprender y escuchar a los compañeros y a la gente de los barrios. La siguiente añadió que para ella el militante pone por delante siempre la militancia, es su actividad más importante y lo hace con el costo de poner en segundo plano muchas veces las cuestiones personales: la facultad, el trabajo, los amigos. Luego otro compañero señaló que para él la militancia no tenía que partir de un deseo narcisista de pasarla bien, sino de comprender realmente la injusticia a la que se ven sometidos los sectores populares en el marco del capitalismo, sistema en el que unos sufren y otros se benefician con el sufrimiento ajeno. Para la siguiente compañera, un militante es aquel que acompaña procesos, que se pone a disposición y se entrega incluso al “otro más radical”, aquel que a diferencia de ella, sufría padecimientos extremos. Además, quiso remarcar que para ella una cuestión que aparecía mucho en los libritos y que le gustaba mucho era la alegría como sentimiento fundamental que tiene que despertar la militancia: se tiene que militar siempre con alegría. Para otro de los presentes era aquel que tiene una idea, un proyecto, y se esfuerza todos los días por llevarlo adelante. Otro, en cambio, comparó al militante con el hincha: “Para mí un militante es como un hincha de fútbol, es alguien que lleva la bandera ahí bien alto”, dijo con un tono orgulloso y una gran sonrisa. Cuando me tocó el turno a mi dije que para mí un militante es aquel que cada día, con sus prácticas cotidianas, construye o intenta construir una sociedad más equitativa desde un proyecto que siempre debe ser colectivo, nunca individual.

“La pregunta tenía una trampita” –retomó Juan- “Cada uno fue respondiendo en todo caso lo que debería ser un militante, pero militantes hay de todas las causas. Hay militantes que militan por otros objetivos o ideas que no son los nuestros, por eso la importancia de pensar qué es un militante *popular*.”

Luego propuso retomar la frase que es el *leitmotiv* de la escuela de formación: “Con el corazón, con la mente y con las manos”. La primera parte, con el corazón, retoma las palabras del Che quien decía que “el verdadero revolucionario está inspirado por grandes sentimientos de amor”. Juan explicó que para el militante popular esa inspiración proviene del “amor al prójimo y al pueblo”, es decir, no al prójimo con el que uno tiene contacto cotidiano en sus organizaciones, sino al “pueblo pobre en su conjunto”, también a aquel que no conoce personalmente pero cuyo “sufrimiento y las injusticias que padece conoce y comprende”. El segundo punto, con la mente, hace alusión a la centralidad de la reflexión y del debate permanente con los compañeros. Pero también según nos dijo, con que no todos los militantes son trabajadores pobres, de la economía popular, algunos vienen de la universidad y algunos incluso de familias ricas. Como decía Tosco: “No solo lucha contra la injusticia quien la padece, sino también quien la comprende”. Y por último “con las manos”: no alcanza con

sentir amor y entender la injusticia para poder cambiarla, sino que es necesario trabajar, militar día a día y meter “las patas en barro”. Para cerrar Juan nos pidió que nuevamente en ronda dijéramos tres tareas concretas que nos proponíamos asumir durante el año 2015. Tras unos breves minutos de reflexión en silencio, cada uno de los presentes tomó la palabra. Cada intervención expresaba la voluntad de redoblar el compromiso con la militancia y la propia organización ya sea asumiendo nuevas tareas, multiplicando los esfuerzos para que incorporar nuevos compañeros a la organización o lograr los objetivos inmediatos propuestos por el colectivo de pertenencia.

Luego de que cada uno comentara a qué se abocaría este año cerramos la actividad con un aplauso. Antes de levantarnos, Mariano le entregó a Juan una bandera que había estado pintando los días anteriores. Visiblemente emocionado dijo que como agradecimiento por la experiencia vivida –a la CTEP y a la comunidad Mapuche Curruhinca- quería dejar “un pedazo” suyo: la había realizado cortando una parte de la enorme bandera de la cooperativa de “tarjeteros”.

De alguna u otra manera nuestras primeras intervenciones en el fogón de aquella noche hacían alusión a la militancia y las emociones: la alegría de compartir con los compañeros, el orgullo de la organización a la que se pertenece – “llevar en alto la bandera”- la bronca por el hecho de que algunos sectores se beneficien del sufrimiento ajeno. La actividad había sido mística, un momento de reflexión que se diferenció de las clases y los debates con los docentes invitados, e incluso de las clases con Juan. Ana Spivak L’Hoste (2010) sostuvo que las categorías y alocuciones que hablan de la emoción al mismo tiempo expresan y performan las relaciones entre las personas, con los eventos en los cuales están envueltos y con el medio social en el que desarrollan sus prácticas contribuyendo a crear un efecto de colectivo social. Aquella noche, el lenguaje emocional hecho de palabras, pero también de silencios y de gestos crearon dicho efecto: expresar las emociones asociadas a la militancia popular hacía existir a la CTEP en tanto síntesis de las organizaciones a la que cada uno pertenecía.

Además, las emociones puestas en juego aquella noche se vinculaban con los valores o virtudes a las que un militante popular debía aspirar y cultivar en sí mismo: el compañerismo, la solidaridad, la empatía, el compromiso y la proactividad. Estas virtudes, en la exposición realizada por Grabois durante la actividades, llevaban una fuerte impronta cristiana, en particular, de la “Opción preferencial por los pobres” desarrollada por la Teología de la Liberación en Latinoamérica. De allí que enfatizara que todo militante popular debe profesar ante todo amor al “pueblo pobre”. En efecto, durante su exposición nos explicó la inspiración

que las palabras del Papa Francisco tenían en sus reflexiones, reforzando la conocida vinculación entre este referente y el Papa⁶⁷.

Algunos autores han señalado la vinculación existente entre los valores (morales) y las emociones proponiendo la noción de “sentimientos morales” (Fassin, 2009, 2013; Throop, 2012). Para estos autores las reacciones afectivas, tales como el placer o la bronca aquí descrita, no están desvinculadas de los juicios morales en torno a lo deseable y lo justo. En este sentido, para Fassin sentimientos tales como la bronca, la ira, la indignación o el rencor tienen en común el ser respuestas a aquello que se imagina o experimenta como una herida o una injusticia (2013). Desde una perspectiva fenomenológica, Jason Throop ha propuesto entender a los sentimientos no solo como disposiciones sedimentadas tras la reflexión moral, sino como “modos activos de dirigir nuestra atención a aspectos morales relevantes de los modos de ser propios y ajenos” (2012: 159). A lo que agrega que tal organización de la atención basada en los sentimientos y dirigida hacia aspectos contextuales, personales o interpersonales puede jugar también un papel importante en la reflexión ética. En efecto, los eventos que ocurrieron al día siguiente tuvieron un impacto afectivo tal que propiciaron profundas reflexiones entre los participantes.

Al día siguiente muy temprano emprendimos el viaje a Villa La Angostura, un vecino pueblo cordillerano ubicado sobre la famosa ruta del Camino de Lagos. Martín nos había contado que días antes un empresario llamado Cristian Furlong había intentado desalojar de un terreno por la fuerza a un grupo de familias que las habían ocupado legítimamente puesto que se trataba de tierras ancestrales de la Comunidad Mapuche a la que pertenecían. El día anterior a nuestro viaje, por la noche, se había producido el episodio más violento desde que ese hombre había ingresado al predio.

Al llegar allí, cerca de las 11 de la mañana fuimos recibidos por las familias que estaban viviendo en el predio. Nos reunimos en un círculo, justo al lado de donde se había realizado la rogativa esa mañana. Nos presentamos uno a uno y al finalizar la ronda Andrea, una de las integrantes del grupo que demanda dichas tierras relató los hechos:

“Nosotros somos un grupo de familias de la comunidad, somos 12 familias, pero 6 viviendo acá desde principio de diciembre. Esto iba a ser una hostería de una señora suiza pero hace tiempo ya que la obra está abandonada por el conflicto de

⁶⁷ Como parte de esta vinculación entre Juan Grabois y el MTE con el Papa Francisco vale mencionar que Juan Grabois fue designado como asesor del Consejo Pontificio de Justicia y Paz del Vaticano y la realización de los Encuentros Mundiales de Movimientos Populares – de los cuales han participado delegaciones de la CTEP- que fueron realizados tanto en el propio Vaticano (en los años 2014 y 2017) como en ocasión de visitas del Papa a Latinoamérica (en Bolivia en 2016 y Chile en 2018).

tierras que hay con la comunidad, porque esto forma parte del territorio ancestral de la comunidad y la comunidad las ganó. Este tipo, Furlong, dice que compró el 18 de diciembre sabiendo que había gente viviendo en el lugar. Hace ya varios días ingresaron por la fuerza al predio, fuertemente armado a las 5 de la mañana y a partir de ahí vivimos momentos muy difíciles porque es un tipo muy violento. La primera vez se fue cuando llamamos a la policía y constató la situación. Después vino supuestamente para hablar conmigo y como yo no estaba se fue, pero el día 27 volvió con 12 personas más, contratados, camionetas, una especie de obrador y armado como si fuera un rambo. Cuando bajamos a la fiscalía a hacer la denuncia vino la policía y él hizo que se iba pero después se subió a la camioneta y se metió, pasó muy cerca de atropellar a un peñi. Desde ese momento se ubicaron allá atrás en ese lugar que le decimos la covacha, con sus hombres. Un día que solo había dos personas intentaron atacarlos con un perro y una motosierra, pero después se volvieron a la covacha. Y ayer cuando los hombres se habían ido a trabajar vinieron y tiraron gas pimienta adentro de la construcción donde estábamos nosotras con los niños, estábamos por desayunar y corrieron así el nylon y nos tiraron ese gas—dijo mientras señalaba a la construcción abandonada recubierta en plástico para aislar las carpas y colchones de la ceniza que todavía persiste y molesta desde la última erupción de un volcán en tierras chilenas.”

Luego continuó:

“Y así nos agredieron, salimos corriendo de ahí adentro de la desesperación. A uno de los hombres que estaba acá le cortaron el brazo y la cabeza con un machete, una señora tuvo quemaduras en la cara por los gases... menos mal que estaban los jóvenes, de 14, 15 años que con mucha valentía le hicieron frente y logramos que se tuvieran que ir...”

Durante el resto del día compartiríamos muchas otras charlas en las que algunos de ellos nos contaron sus historias, su lucha por la restitución de las tierras comunitarias y el modo en que lograron resistir la usurpación y la violencia de Cristian Furlong. Tanto Andrea como otra de las mujeres que habían estado presentes nos mostraron las fotos y videos que habían podido tomar con el celular. Una de las chicas nos relató el miedo que todavía sentía por las amenazas que habían recibido:

“Nos decía que nos va a venir a matar, que van a violar a las mujeres, que van a lastimar a los chicos. Vino con otros hombres que nos dicen que van a ir a nuestras

casas porque saben dónde viven nuestras familias. Son personas de acá, son chicos de acá de los barrios, los vemos todos los días por la calle, eso es lo que más bronca me da también, que por unos pesos vengan a hacernos esto... y los chicos también todavía tienen miedo...es terrible esto - nos explicaba mientras que uno de sus hijos más pequeños se enroscaba en su pierna.”

Sus relatos me estremecieron, también sentí bronca, indignación, impotencia. Lo que sucedía no solo era injusto, sino aberrante. Que un grupo de hombres pusieran en riesgo la integridad física de un grupo de familias por el solo afán de lucro, me “revolvió el estómago” como suele decirse. Tal como señalara John Leavitt, las emociones como las que describo constituyen categorías “difíciles para pensar” (1996:11) en el discurso teórico ya que no encajan ni en el dominio corporal, ni exclusivamente en el dominio de lo conceptual puesto que como bien se utiliza en el lenguaje cotidiano, estos términos describen experiencias que involucran tanto significado como sensación.

Pero yo no fui la única en sentirme afectada por aquellos relatos e imágenes. Unas horas después de que hubiéramos llegado, uno de los policías que estaban apostados en la entrada del predio pidió que Andrea bajara hasta allí para conversar. Así que ella se acercó acompañada de un grupo entre los cuales estaban algunos compañeros de la diplomatura, entre ellos uno a quien le encargaron que tomara fotos durante la conversación. Según le dijeron los policías, el empresario quería acercarse al predio a negociar con ellos más tarde. Andrea aceptó pero con la condición de que aunque estuviera la policía presente no bajaría sola. Luego de esa conversación, una de las coordinadoras de nuestro grupo nos explicó lo que sucedería y preguntó quién estaría dispuesto a acompañarla con el compromiso de no “sacarse”. Era lógico que sintiéramos esa bronca, pero bajo ningún concepto podíamos expresarlo al límite de perjudicar a los compañeros, nos dijo. La mayoría aceptamos, pero uno de nosotros en seguida dijo que no iría. Reconoció que no podría “controlarse” y que por lo tanto era mejor que ni se acercara.

Finalmente, el empresario nunca fue y el día discurrió más tranquilamente. Uno de los militantes de la CTEP pasó largo rato con los más chicos de la comunidad pintando en una parte de la construcción abandonada. Estaban repasando en color negro la bandera que algunos habían comenzado el día anterior para llevarla de regalo, pero no habían podido terminarla. La bandera llevaba la inscripción: “Unidad de los Pueblos y los Trabajadores-CTEP”. Otros hicimos una caminata con un grupo de mujeres que nos enseñaron los terrenos recuperados por la comunidad en esa zona, nos contaron largamente de las luchas por las cuales lograron recuperarlos y con desazón nos mostraron también aquellos predios que aún estaban en disputa.

Las impresiones que nos generó aquella jornada fueron sin lugar a dudas muy potentes. De hecho dos compañeros manifestaron su voluntad de quedarse allí unos días más, pero desistieron frente a la insistencia de los coordinadores de que en caso de hacerlo no podrían garantizar cómo podrían regresar a sus hogares. En el camino de regreso y durante la cena tuvimos numerosos intercambios en torno a la importancia de la “lucha” y la militancia como único medio para evitar y combatir injusticias como esas. Pero además, aquella situación promovió una reflexión sobre sí mismos. Así, por ejemplo cuando más tarde arribamos a la cabaña, una *compañera* originaria de Bolivia reflexionó entre lágrimas sobre lo que entendía como una discriminación hacía el pueblo mapuche, inclusive en su propia tierra. Encontraba un paralelo con sus propias experiencias como migrante en un país no siempre tan acogedor.

Durante todo el día recordé el fogón de la noche anterior y sobre todo el leitmotiv de la escuela de formación sintetizado en tres verbos: conocer, sentir y hacer. La visita, pensé, no era algo circunstancial sino entendido como parte fundamental del proceso de formación. La experiencia de la ENOCEP estaba poniendo en juego un proyecto pedagógico atento a los aspectos emocionales y afectivos como modo de conocer y de entrar en relación con, dos elementos que no pueden ser escindidos en ese universo etnográfico. La formación política no se reducía al contenido explícito compilado en los materiales que trabajábamos en clase, sino que también implicaba un trabajo desde lo emocional: acompañar, compartir y escuchar a los compañeros que padecen una injusticia son todas actitudes indispensables para el militante popular. A su vez, estas actitudes esperadas suponían modos específicos de expresar las emociones suscitadas por la situación y la interacción: llevar la bandera como obsequio, acompañar una eventual negociación sin “sacarse”.

Como alguna vez me dijo una militante de la CTEP al referirse a los problemas de frecuentes inundaciones que sufrían en sus casas muchos de sus compañeros de la cooperativa de saneamiento de arroyos en la que trabaja: “militante es al que la injusticia le duele en el cuerpo”. Para ella militar involucraba una experiencia con un contenido moral y una dimensión física, retomando las palabras de Michelle Rosaldo (1984), un pensamiento corporizado que la involucra como persona. En definitiva, el lenguaje de las emociones – un lenguaje configurado por maneras de decir y hacer, pero también de sentir- expresaba y ponía en acto los valores asociados al militante popular: la entrega, la capacidad de escuchar y comprender al otro, luchar contra la injusticia y poner en segundo plano los intereses individuales.

II. LO COLECTIVO EN ACTO

Hasta aquí me he referido a instancias explícitamente definidas como de “formación política”. Describí aquellas impulsadas desde la CTEP aunque cabe señalar que tanto el MTE como la organización Los Pibes también llevaron adelante cursos de formación para sus integrantes. A continuación me detengo en analizar otras instancias – fuera de los momentos específicamente considerados como de “formación” - donde la pertenencia a un colectivo y los valores a los que se la asocia se experimentaban de manera vivencial: marchas, plenarios y actividades de conmemoración. En particular, me detengo en el modo en que los valores de *lucha* y *organización* se corporizaron, volviéndose experiencia sensitiva a través del cuerpo y de la puesta en acto de una historia y tradición común.

Plenarios y encuentros

El MTE es una organización de carácter nacional en la que muchos –sino la mayoría- de sus integrantes y militantes no trabajan cotidianamente cara a cara. En efecto, muchos ni siquiera llegan a conocerse de manera personal. Además, durante el tiempo que desarrollé mi trabajo de campo, el movimiento estaba incorporando a su estructura nuevos tipos de trabajo más allá de su histórica militancia junto a los trabajadores cartoneros y carreros: particularmente los trabajadores textiles, rurales y de infraestructura social a través de programas estatales. En este contexto de crecimiento, se organizaron plenarios nacionales y regionales por sector o reuniendo a todos los sectores juntos. De manera que este tipo de jornadas tenían la cualidad de poner en acto y materializar al movimiento como colectivo dado que en la cotidianeidad sus integrantes solo interactuaban con un grupo más reducido de compañeros en sus espacios de militancia y trabajo.

El 11 de marzo de 2017 tuve la oportunidad de participar del segundo plenario nacional del MTE que se desarrolló en el camping del sindicato SUTERH (Sindicato Único de Trabajadores de Edificios de Renta y Horizontal) en Moreno, Provincia de Buenos Aires. Era sábado por la mañana y las delegaciones de la capital y la provincia de Buenos Aires comenzaron a llegar alrededor de las 9 am. Los delegados del interior del país –provenientes de la Patagonia, de Jujuy, Córdoba, Santa Fe, etc- se habían instalado el viernes por la noche para acampar en el lugar. Cuando llegué había una larga cola de compañeros esperando para acreditarse al plenario. Dentro del quincho donde más tarde se serviría el almuerzo, dos militantes de la organización completaban en unas planillas sus datos y les entregaban unos materiales impresos. Afuera las sillas estaban dispuestas todas en la misma dirección, preparadas para

que todos enfrentáramos a los oradores de las charlas previstas para la jornada. Las enormes banderas del movimiento franqueaban el espacio, conteniéndonos.

La jornada comenzó con una exposición sobre temas de coyuntura a cargo de militantes de diversos lugares. Uno de los temas centrales fue la Ley de Emergencia Social que por aquellos días había sido aprobada pero todavía no estaba en vigencia, dado que el gobierno no la había reglamentado. A las 11 de la mañana, nos dividimos en comisiones y nos separamos en diversos lugares del predio para debatir una serie de consignas. Para ese primer taller el principal objetivo era debatir sobre la “la proyección del MTE y los principales objetivos para 2017”. Para ello, los organizadores nos repartieron una serie de preguntas orientadoras tales como: ¿Cómo abordamos desde cada regional las tareas de prensa, formación, gestiones, etc? ¿Qué nos falta para mejorar el funcionamiento en cada regional?

En el desarrollo del taller, cada participante se presentó brevemente y luego se abrió el espacio para que quienes quisieran tomaran la palabra. Muchos contaron de su militancia en sus lugares de origen, sus logros y sus desafíos. Así, por ejemplo, un trabajador cartonero de Villa Fiorito contó que en su barrio se organizó una comisión de padres del movimiento para exigir la creación de una escuela secundaria para sus hijos. Este hombre enfatizó: “no va a haber una sola marcha a la que no vaya porque gracias a esto mis hijos se recibieron”. Una joven militante de una cooperativa textil de la ciudad de Córdoba, en cambio, explicó aquello sobre lo que querían trabajar: querían lograr que las trabajadoras pudieran cubrir la totalidad de sus ingresos a partir del trabajo en la cooperativa en lugar de tener que sostener otros trabajos para poder subsistir. Su fortaleza en este camino, según nos contó, radicaba en que habían empezado a trabajar en conjunto con otras cooperativas para buscar mejorar la escala de la producción y aumentar las ventas. Otros reflexionaron sobre las acciones concretas que se podían impulsar desde el movimiento para sortear algunas de las dificultades que identificaban en su trabajo cotidiano. En esta dirección una trabajadora de una cooperativa de cartoneros de la zona sur de la provincia de Buenos Aires propuso la organización de instancias de formación “técnicas” y la conformación de “equipos técnicos de gestión” que pudieran acompañarlos en la presentación de proyectos ante el Estado.

En definitiva se trató de un momento en el que reflexionar sobre “lo conquistado”, pero también sobre aquello que aún se podía mejorar. Ahora, si bien no se trataba de una instancia de “formación”, algunas de las intervenciones –sobre todo la de aquellos militantes con mayor cantidad de años en el movimiento- tuvieron un marcado carácter pedagógico. En este sentido, Juana, una de las referentes de la rama cartoneros, relató su experiencia en el movimiento enfatizando que le había “cambiado la vida y la cabeza” y que debían “escucharse”, “generar unidad”, “ser solidarios y aportar a la construcción colectiva

escuchando a los compañeros”. Exponer la propia historia enfatizando valores como el compromiso, la solidaridad y la unidad era una forma de invitar o incentivar la participación de los nuevos, invitación que tenía un correlato en el modo en que insistentemente se los convocaba a hablar y contar sus experiencias en el marco de los talleres. Tomando esta invitación, en el último taller, una mujer que se había mantenido callada pidió la palabra y simplemente dijo “gracias”. Explicó que ella era pequeña productora en el cinturón hortícola de La Plata y que hacía muy pocos meses que estaba en contacto con el movimiento. Luego nos dijo que ir ese día y ver a todos juntos le hacía saber que “estaban ahí” que se podía contar con ellos y aprender de ellos. Para ella, eso solo, “ya era un montón”. Las lágrimas asomaron a sus ojos y todos nos quedamos callados. Juana le dio un momento hasta que se levantó de su silla, se acercó hasta ella y la abrazó. Le dijo que “no estaban solos”, que el movimiento “estaba ahí”. Segundos después su *compañera*, sentada a su lado amamantando a su bebe, habló también entre lágrimas: “No se imaginan cómo estamos viviendo. Yo estoy estudiando para salir de la quinta”. Luego, mientras se secaba la mejilla y acomodaba al niño, dijo:

“Yo creo que la gente no dice nada adelante mío porque creen que soy argentina, del norte, pero mis paisanos no los quieren atender en la salita, es terrible porque van con los hijos y no los atienden, tampoco en el hospital público. Y cuando voy a estudiar escucho a la gente que dice ‘por qué no se vuelven a su país’, lo dicen adelante mío porque no saben que soy boliviana...también cuando fuimos a protestar por el temporal y a pedir unos nylon. 4 por familia pedíamos. Y nos decían vayan a pedirle a Evo. Pero si nosotros vivimos, trabajamos y aportamos en este país. Hay mucha discriminación”

Juana le respondió enseguida:

“¿Sabes qué? Yo te veo llorar y no me da lástima. Porque reconozco en vos lo que yo pasé. y me reconozco también porque veo una luchadora. Esas lagrimas son tu rechazo, tu resistencia a naturalizar una situación que quieren que naturalicemos. Pero te quiero, les quiero, decir una cosa: nosotros no vamos a ir a resolverles su problema, porque no podemos y no sabríamos como. Ustedes lo saben mejor que nadie. Su sector necesita urgente que se declare la emergencia socio laboral. Pero sepan que los vamos a acompañar, vamos a estar ahí”

En los momentos de reunión como el que he relatado el movimiento – y su alcance nacional- se hacía corpóreo y palpable. La frase y promesa de “vamos a estar”, “los vamos a acompañar” cobraba pleno sentido a través de la reunión de los cuerpos allí. Lo que quisiera

destacar es que la construcción del movimiento ponía en común problemas, proyectos y objetivos, pero ser parte o volverse parte del conjunto también era un proceso que se experimentaba de manera vivencial, en el cuerpo, y que muchas veces se expresaba no solamente en palabras, sino también de manera emotiva y corporal a través de las lágrimas, la alegría o incluso la euforia.

Actividades de conmemoración

En el capítulo 1 recorrí la historia de la organización Los Pibes mostrando cómo politizaron colectivamente sus experiencias y condiciones de vida. Esta historia no era simplemente una cuestión del pasado, relatada en entrevistas o diálogos, sino que se revivía y se reactualizaba a través del desarrollo de actividades de conmemoración en las que se movilizaron símbolos asociados a la historia de *lucha* de la organización y de la ocupación del espacio barrial, más específicamente de la “calle”.

Cada año la organización Los Pibes desarrollaba numerosas actividades de conmemoración en fechas que tenían tanto una significación nacional, para la organización, o ambas cosas al mismo tiempo. 22 de marzo, 25 de mayo, 17 de agosto, 19 y 20 de diciembre eran los hitos de un calendario de actividades diversas pero que compartían el atributo de ser momentos ritualizados. En algunos casos, se trataba de momentos públicos que contaban con la participación de invitados de organizaciones “hermanas”, y en otros, de momentos privados reservados para los integrantes de la organización y sus familias. El 22 de marzo se celebra el cumpleaños de Martín el Oso Cisneros, fundador y militante de la organización que fue asesinado por un vendedor de droga de la zona en junio de 2004. El 25 de mayo coinciden – quizás no por casualidad- tanto el aniversario de la fundación de la organización como la celebración de la independencia nacional. El 17 de agosto, día en que se recuerda el fallecimiento del General San Martín, tenía la particularidad de ser uno de los momentos de conmemoración que no se desarrollaba solamente en el espacio de la organización sino que involucraba una visita a la Catedral de Buenos Aires, en la que los militantes de la organización dejaban una ofrenda floral frente a su tumba. Por último, los 19 y 20 de diciembre, quienes integran Los Pibes se reunían para recordar un momento de la historia reciente argentina que era también un hito fundacional en la narrativa de esta organización: las movilizaciones populares que en diciembre de 2001 acabaron con el gobierno de De la Rúa y pasaron a la memoria como una expresión del descreimiento de la clase política. En la narrativa de la organización, las historias personales, colectivas y nacionales estaban profundamente entrelazadas. Así, por ejemplo, durante el aniversario número 20 de la creación de la

organización, un 25 de mayo – día que también se conmemora como la Revolución de Mayo- el coordinador general de la organización decía:

“La verdad que es mucho tiempo, es apenas un segundo de la historia de nuestro pueblos, pero es mucho tiempo el que como organización transitamos. Fueron años que para la lucha del campo popular, de la patria, fueron años muy intensos (...) La historia de esta humilde organización está plagada de participación en momentos muy intensos. En esa resistencia titánica que fue parte de esos movimientos emergentes de los 90, una resistencia de los nuestros, del subsuelo de la patria. Que a pura goma quemada y corte de ruta llevamos adelante en los 90. Muchos de nosotros nos miramos a los ojos y nos aparece esa historia. Cuando se iba acercando a estos movimientos desde el padecimiento, desde el hambre, desde la necesidad, desde pasar momentos de angustia, uno y los de uno. Muchos vinieron de no saber cómo alimentar a los pibes, muchos se acercaban de no saber dónde dormir a la noche porque venían de dormir en la calle. Muchos venían dolidos, muy lastimados. Por sentir que no tenían trabajo y hasta con vergüenza se iban acercando y la organización y la lucha nos fue haciendo recuperar no solamente la posibilidad de comer, sino la posibilidad de recuperar la dignidad y de recuperar los sueños. Es de ese origen, desde esa entraña, desde esa historia de la cual nos seguimos sintiendo profundamente orgullosos. De esa historia de olla popular, de esa historia de calle, de esa historia de estar espalda con espalda contra la opresión. Y esa es la historia que se entronca con la historia de la patria y que hoy nos encuentra en un momento particularmente complejo.”

Alrededor de la mesa desde la que hablaba hacia los más de 60 asistentes había gomas colocadas en los rincones – que simbolizaban su quema durante las protestas- y las viejas banderas de la organización, incluyendo una que llevaba la inscripción “Piqueteros carajo”. En sus palabras, las historias personales de cada compañero, la historia de la organización y la historia nacional estaban profundamente entrelazadas desde el padecimiento, pero también desde la lucha contra las difíciles condiciones vividas por los sectores populares. En este sentido, su evocación era movilizadora tanto para hacer inteligible el presente, como para ofrecer cursos de acción que permitan actuar sobre el futuro.

La construcción de esta narrativa propia no solo se apoyaba en el relato de estas historias entrelazadas, sino que también se materializaba en símbolos como las banderas, las cañas o tacuaras, o los tachos piqueteros que se encendían en estos eventos conmemorativos. Una figura, sin embargo, cobraba preeminencia en la mayoría de estas actividades: la figura de

Martín el Oso Cisneros. El Oso no era evocado exclusivamente en su cumpleaños, sino que su presencia estaba inscripta en el espacio de la “fábrica”: en murales, en su mate conservado en el estudio de la radio, su campera enmarcada en la entrada del edificio. Inclusive en el patio central del edificio de CTEP su figura puede verse junto a la de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán⁶⁸. El Oso, al igual que Darío y Maxi, encarnaba los valores militantes, con su muerte se había convertido en un símbolo de la lucha y la resistencia de toda su organización. En la celebración de su cumpleaños llevada adelante en 2017, Carolina habló del Oso en estos términos:

“Martín el Oso Cisneros, compañero, amigo, vecino de este barrio, militante comprometido con la defensa de nuestro pueblo humilde desde su juventud. Solidario y compañero. Junto a sus compañeros de militancia de la organización Los Pibes transformó este espacio donde hoy nos encontramos. Un viejo edificio sucio y abandonado, cargado de hambre, exclusión y muerte de los años 90’ por la política neoliberal, fue transformado por su empuje en una unidad de producción social. Aquí en esta fábrica se alojaron numerosos emprendimientos productivos que él coordinaba y que ayudaron a las familias del barrio a recuperar la cultura del trabajo y la dignidad. Pero sobre todas las cosas a recuperar lazos de solidaridad y el trabajo en comunidad que construyeron la semilla de lo que hoy expresa la gran diversidad de trabajadores de la economía popular, los que nos inventamos el trabajo. En este mismo espacio donde hoy intentamos aportar a la batalla cultural celebramos y homenajeamos su vida, su construcción, su militancia, su coherencia, su compromiso y su compañerismo. Él quería hacer una revolución, nos recordaba hace poco una compañera. Los que lo mataron creyeron que nos iban a parar, pero el Oso se repartió entre todos nosotros y su ejemplo trascendió. Con humildad pero con firmeza intentamos seguir su ejemplo. Luchar hasta vencer, ¡acá no se rinde nadie!”

Las palabras de Carolina destacan las virtudes del Oso Cisneros como militante, como *compañero*, como amigo. Pero además lo construye como un ejemplo a seguir, como un modelo para la acción. Rodrigues Souza (2016) analiza las narrativas rituales de los “mártires de la tierra”, personas vinculadas a los movimientos de lucha por la reforma agraria en Brasil. El autor sostiene que los procesos de sacralización de estos mártires a través de procesiones y otras formas rituales constituyen “dispositivos” o estrategias de fortalecimiento de la resistencia de los colectivos que los reivindican, contradiciendo la intención de los poderosos

⁶⁸ Maximiliano Kosteki y Darío Santillán fueron dos jóvenes militantes asesinados por la policía el 26 de junio de 2002 en ocasión de una represión a una movilización en partido de Avellaneda, Provincia de Buenos Aires.

que los han asesinado. Para el autor estos procesos cuestionan la discontinuidad asumida entre los vivos y los muertos en la que medida que ponen en juego una trayectoria que va del cuerpo individual al cuerpo colectivo. Estos muertos tienen una fuerza que no se agota con su muerte y una vida que se renueva en la acción de quienes los levantan como bandera. Como decía Carolina, y muchas veces escuché de boca de otros compañeros, “el Oso no está muerto, se repartió entre todos nosotros”.

Marchas

Para mis interlocutores en el uso diario, la categoría de *lucha* además de constituir un valor compartido se relacionaba frecuentemente con un método y un espacio particular para llevarla a cabo: “ocupando las calles”. Una de las modalidades principales de ocupación de la calle eran las marchas o movilizaciones, como la que relataré a continuación.

Era 22 de noviembre de 2015, día del balotaje de las elecciones presidenciales. Mauricio Macri de Unión PRO se disputaba la elección con Daniel Scioli candidato del Frente para la Victoria. En los días previos, la campaña de Scioli había sido intensamente militada. En varios grupos se había salido a hacer pintadas en paredes del barrio con las consignas: “La batalla del 22 la gana el Pueblo” y “A los 90 no volvemos”. A las 17 hs llegué a la radio. Había unas 25, 30 personas. Algunos pintaban carteles para esperar los resultados y carteles para el “plan A” o “B” según los resultados de las urnas le dieran el triunfo a Scioli o a Macri respectivamente. Los carteles llevaban los hashtag definidos para cada escenario: los más destacadas del plan A era #LaBatallaDel22 #LaGanaElPueblo y para el plan B era #TodosALaCalle. En las computadoras del centro de formación varios twitteaban y subían a Facebook las fotos que cada familia de la organización había enviado por whats up mostrando carteles con las mismas consignas. En la asamblea preparatoria del día anterior uno de los coordinadores había remarcado:

“A ver que se entienda, sin las acciones callejeras esto no es nada. No es que ‘ah bueno es más cómodo y twiteo desde mi casa’. La presencia en la calle y las acciones en el barrio son centrales. Y esas acciones le sumamos esta batalla en redes”.

La televisión estaba encendida sin volumen. Me senté al lado de Estela que al ver a imágenes de Macri en su búnker empezó a gritar: “Si gana este hijo de...me muero!”. Siendo ya pasaditas las 7 de la tarde, la coordinadora nos reunió a todos frente al televisor que estaba

frente al salón. Costó un poco, pero a fuerza de ir gritando uno a uno los nombres de los que faltaban lo consiguió:

“Compañeros, no tenemos datos chequeados, oficiales, pero lo que sabemos hasta ahora es que los resultados no son favorables. Lamentablemente ahora no tenemos tiempo para lamentarnos, para deprimirnos, angustiarnos ni ponernos a hacer balance y analizar lo que pasó. Ahora hay que salir a la calle con el Plan B, vamos a salir igual e incluso ahora más que nunca. ¡Así que a mostrar los dientes que salimos a la calle!”

Cada cual sabía lo que tenía que hacer. Los encargados de logística empezaron a bajar por las escaleras todo lo necesario: carteles, cinta, cañas, banderas. Ya a lo lejos se veía llegar a 5 compañeros que venían desde El Patio. Venían por el centro de la calle con la misma actitud que si fueran 40 cortando el tránsito. A los 5, 10 minutos, del otro lado de Brown venían los compañeros de COVILPI y también los del Paseo. Ellos eran el componente más numeroso: eran más de 50 personas, hombres, mujeres, adolescentes, bebés. Las 33 familias marcharon completas.

Bajamos hacia Avenida Almirante Brown y desde ahí fuimos lentamente a “5 esquinas”⁶⁹. En aquel emblemático cruce de calles quienes integran Los Pibes habían desarrollado numerosas acciones de protesta. En las asambleas, el coordinador general de la organización solía recordar y relatarla como hitos en el nacimiento de un “sujeto emergente” que desde los años 90 resistió y luchó contra las políticas neoliberales. La más rememorada entre estas acciones era sin duda el piquete del 19 de diciembre de 2001, la víspera de una jornada que pasaría a la historia como el “Argentinazo”. En aquel entonces, ese piquete había sido uno más de muchos que realizaron en el barrio para lograr que los funcionarios del GCBA fueran a negociar a la calle. Carolina, una de las fundadoras de la organización recuerda que han llegado a pasar tres días viviendo en ese lugar: “Nuestros piquetes en La Boca eran... todo lleno de gente, de carpas, de fueguito, con ollas, con comida, se vivía mejor en los piquetes que en las propias casas, esto era el relato de ese momento. Era un espacio de sociabilidad, era el piquete, te armabas la carpa, tomabas mate, comíamos juntos, o sea, vos ibas al piquete y se morfabá, vos ibas al piquete y eras alguien...”. Yo misma he participado de numerosas protestas en ese mismo sitio, desde protestas convocadas para rechazar proyectos de gobierno como la venta de una plaza al club Boca Juniors, para denunciar casos de “gatillo fácil”, o incluso la inauguración de un mural en homenaje al San Martín un 17 de agosto.

⁶⁹ “5 esquinas” es un cruce de 3 calles – Almirante Brown, Wenseslao Villafañe y Benito Pérez Galdós- muy transitado del barrio de La Boca. Se encuentra en una zona comercial casi en el centro geográfico del barrio.

Aquella noche en “5 esquinas” se desplegó al frente una bandera alargada y muy grande que decía “Organización Social y Política Los Pibes”. Un grupo de jóvenes, hijos de integrantes de la organización, tocaba los bombos. Marta llevaba el megáfono, iba marcando los cantos que todos seguíamos: “El pueblo pelea, no perdona ni olvida, a los vende patria, ni a los genocidas, vamos compañeros, vamo’ a poner huevo, Por Maxi y Darío, y el Oso Cisneros... Vamo’ a armar, vamo’ a armar, el proyecto nacional”. Las repetimos una y otra vez durante toda la jornada, eran casi un mantra que alzaba los ánimos, excitaba los sentidos, convertía la bronca en otra cosa, la sublimaba para seguir adelante.

Tras una hora de intensos cánticos subimos al micro y a los 6 autos que conformaron una pequeña caravana para ir hacia el destino final de esa movilización: Plaza de Mayo. La policía ya estaba cortando el tránsito con una camioneta que nos fue siguiendo y parando a los autos hasta que llegamos a diagonal sur. En el camino, muchos automovilistas tocaban bocina y nos saludaban con los dedos en V. A escasas cuadras bajamos las banderas y los bombos y avanzamos. Fuimos hasta Avenida de Mayo y marchamos ordenadamente hacia la plaza. Para ese momento se nos había unido un pequeño grupo de la Corriente Política 17 de Agosto. Más tarde en la plaza nos uniríamos a otras organizaciones en la plaza.

En la plaza nos ubicamos en la esquina donde estaba instalada la pantalla en la que se proyectaría el discurso de Scioli. Allí esperamos. Luego de breves lapsos de tiempo nerviosamente mirábamos en nuestros celulares la actualización de los datos del conteo. Scioli perdía por escaso margen, pero ya era tarde y era poco probable que se revirtiera la tendencia. Pasadas las 9 de la noche Scioli dio un discurso aceptando la derrota. A nuestro alrededor muchos lloraban y se abrazaban.

Unos minutos después de que terminara la proyección del discurso nos volvimos cantando por donde habíamos llegado. Como antes las reacciones de los transeúntes y clientes de los bares y restaurantes cercanos fueron variadas: algunos levantaban sus dedos V tras nuestro paso, pero otros nos miraban con desprecio, casi con asco. Cada insulto o mala cara nos hacía cantar más alto, con más orgullo. La bronca se convertía en canto. Cuando llegamos nuevamente al micro y los autos, el coordinador general de la organización agarró el megáfono y nos dijo a viva voz:

“- ¡Compañeros! Vienen por nosotros, por nuestros recursos. Se vienen tiempos difíciles, tiempos en los que vamos a salir más a la calle ¡Nosotros vamos a seguir peleando! ¡Viva la patria!

- ¡Viva! (todos juntos)

- ¡El Oso presente!

- ¡Viva! (todos juntos)”

Todos aplaudimos, la jornada había terminado.

Los días posteriores a esta movilización fueron de intenso debate en asamblea. Las emociones de aquel día estaban todavía a flor de piel. Muchos destacan el “orgullo” y el “amor” que sentían por su organización y la importancia de “haberse sentido parte de la historia, con sus avances y retrocesos”. “Yo no tengo miedo”, decía Andrea, “porque nosotros cuando queremos algo lo salimos a pelear en la calle”. Lo decía para explicar que a ella no le daba miedo el resultado electoral a diferencia de sus hijas y sus hermanas que la habían llamado con mucha preocupación por su futuro. “También he pasado por varios estados, tristeza, depresión, pero también alegría de compartirlo juntos en una jornada de lucha como la de ayer”, decía Carolina, una de las fundadoras. Sus palabras señalaban una aparente paradoja: si bien había sido un día políticamente negativo, se hablaba con alegría y se había marchado con mucha euforia, una sensación corporal muy distante a la depresión o la angustia. Salir a la calle a repudiar un resultado electoral que se evaluaba como una derrota había generado la alegría de la unión, la celebración de la vuelta a la tradición de la organización, a un modo de ser juntos que en algún sentido se añoraba, se recordaba como una época gloriosa y heroica. La vuelta a aquella tradición y sus modos de hacer política “en la calle” se celebraba con orgullo y excitación. “La organización viene de los piquetes por eso lo que tenemos que hacer es recuperar la historia de la organización porque eso es lo que nos va a dar fuerza”, reflexionaba Vanina en la asamblea. Durante aquella jornada esa fuerza que provenía de una historia y tradición de lucha había sido una experiencia corporal que, al mismo tiempo que daba forma al colectivo como sujeto político, había trazado un recorrido afectivo y político por el espacio barrial y urbano.

Los integrantes de Los Pibes tenían recuerdos muy vivos de algunas de las acciones que les permitieron obtener la declaración de la Emergencia Habitacional del barrio de La Boca⁷⁰: las que se refiere a la mayor parte fueron un piquete en “5 esquinas” y un sinnúmero de ollas populares sobre el puente de Avellaneda. Esas ubicaciones específicas, más que puntos georeferenciables en un mapa, eran capaces de evocar la memoria y disposición corporal de los momentos pasados de la organización recordados como momentos épicos. “Los 90’ ”, más que un tiempo pasado, “situado” en una línea de tiempo unidireccional y espacializada, era una experiencia vivida y revivida individual y colectivamente, tanto a través de la ocupación corporizada del espacio durante las movilizaciones como en la evocación de

⁷⁰ Ver capítulo 1, Pág. 63.

personalidades que simbolizaban la combatividad y el compromiso de la lucha de aquellos años.

Al mismo tiempo, “los 90” – y los valores asociados a la lucha de aquellos años- se materializaban en una serie de lugares específicos, en puntos del barrio que condensaban memorias de aquellos años. El Puente Avellaneda, “5 esquinas”, e incluso Sancheti, no eran meros puntos geo-localizables en un mapa, sino “espacio-tiempos” (Munn, 2013), lugares con la capacidad de suscitar memorias vívidas. Pero tal como señala Nancy Munn, “la presencia del pasado no está solamente basada ni en el sujeto ni en el lugar de por sí, sino en sujeto como siempre orientado, localizado, en movimientos a través o en ‘un lugar’ e igualmente en el lugar como locación concreta y centro de orientación que rodea al sujeto” (2013: 374).

III. CONCLUSIONES

En este capítulo me desplazé del proceso de conformación histórica de los grupos que protagonizan esta tesis, hacia un análisis de su producción como proceso continuo que pone en juego valores, emociones y se vive con el cuerpo. He presentado una descripción etnográfica de momentos tanto públicos como “íntimos” en los que cada uno –incluyéndome- explicitó, compartió y reflexionó sobre los sentidos asociados a su involucramiento en la política y los saberes emocionales que atravesaban sus prácticas como militantes.

Los talleres de formación política eran momentos en los que la interrupción de la práctica cotidiana – esta cualidad de ser momentos “de pausa y reflexión” como por ejemplo los describían los coordinadores- habilitó a una particular consciencia, reflexión y “trabajo” en el sentido de trabajo sobre sí que propone Foucault (2008) y retoma Sian Lazar (2017). Retomando la categoría de Lazar “tecnologías colectivas de organización” mostré cómo en las escenas etnográficas analizadas el “cultivo de sí” se dio en relación con otros y tendió a la producción sujetos colectivos. En el marco de los talleres, la realidad cotidiana de la economía popular, las condiciones de trabajo y vida del sector fueron los elementos centrales sobre los cuales buscamos construir una narrativa común e histórica que les diera sentido. En efecto, la *economía popular* como categoría reivindicativa y como colectivo de trabajadores que se auto-reconoce como tal no estaba dado, sino que era una tarea a construir. A su vez, en el marco de los procesos de formación impulsados desde la secretaría, este trabajo y reflexión sobre sí mismos como militantes se desarrolló no solo a partir de contenidos explícitos y sistematizables, sino también a partir de poner el cuerpo y acompañar situaciones conflictivas que propiciaron fuertes emociones.

En un segundo momento examiné otras instancias en las que lo colectivo se puso en acto, al tiempo que se suscitaban los valores asociados a su historias de lucha y tradiciones promoviendo también formas de subjetivación. Así, la apelación a símbolos, el recuerdo de los mártires, la relación entre los cuerpos y el espacio, así como también la experiencia vivida y la expresión de las emociones frente a otros, contribuyeron a la producción de colectivos más allá de una reflexión consciente o vinculada a un contenido discursivo explícito. Cabe señalar que esta producción mostró especificidades en función de las historias y tradiciones de cada organización. Mientras que en la organización Los Pibes se apeló al pasado de la lucha en los “piquetes”, los militantes y referentes del MTE apelaron a un discurso permeado por los valores cristianos. Sin embargo, en ambos casos el modo en que se estaba mediado por el cuerpo y la emoción.

En conjunto, el camino recorrido en este capítulo aporta a una conceptualización de la producción de sujetos colectivos, pero también de militantes, a partir de un trabajo sobre sí mismo que involucra maneras de decir, hacer y sentir. En este caso, las formas en que se trabajó sobre sí mismos para producir colectivos y militantes involucraron prácticas y experiencias que no fueron solo procesadas de manera consciente, racionalizada, sino que en este proceso, tal como sostuvo María Inés Fernández Álvarez (2011), las emociones – más que motivaciones para- fueron parte constitutiva de la producción y reproducción de colectivos.

CAPÍTULO 3. DEL TRABAJO DEPENDIENTE AL TRABAJO COOPERATIVO: MILITANCIA, RELACIONES FAMILIARES Y SENTIDOS DE “COMUNIDAD”

El 26 de mayo de 2015 asistí a una movilización al congreso de la Nación convocada por la CTEP. El motivo era la presentación de un proyecto de ley de protección a trabajadores de la Indumentaria⁷¹. Aquella tarde en la carpa que se montó en la plaza del Congreso, el secretario general de la CTEP, Esteban “Gringo” Castro, afirmó: “Desde la Confederación tenemos una propuesta para que se declare la emergencia en esta materia y avanzar en la formalización de los talleres clandestinos, como una respuesta ante la problemática del trabajo esclavo”. Este proyecto incluía “la declaración de la emergencia sociolaboral en la industria indumentaria; la creación de un Consejo Coordinador de Trabajadores, Talleres y Comercializadores de la Indumentaria que tendrá como tareas el registro y formalización de trabajadores de esta rama, la denuncia ante la justicia de trata laboral, y la protección y garantía de sus derechos”⁷². El 28 de abril de ese mismo año se había incendiado –otra vez– un taller textil ubicado en el barrio de Flores dejando para lamentar la muerte de dos niños⁷³. La problemática del “trabajo esclavo” y los “talleres clandestinos” – en los que se emplea a trabajadores en su mayoría migrantes- había recibido gran atención por parte de los medios de comunicación desde un incendio ocurrido en 2006 en un taller de confección “clandestino” ubicado sobre la calle Luis Viale 1269, Caballito⁷⁴.

Aquel proyecto de ley nunca fue aprobado, pero eso no impidió que militantes del MTE avanzaran con una idea: conformar la rama textil dentro del movimiento para “pelear” por los *derechos* de estos trabajadores. Trata de personas, trabajadores reducidos a servidumbre en condiciones de hacinamiento y trabajo infantil fueron los tres pilares sobre los que se había

⁷¹ Actualmente el marco normativo que regula la actividad es la Ley de Trabajo a Domicilio N° 12.713 y la Ley de Contrato de Trabajo N° 20.744. La primera –sancionada en 1941 momento en el que los trabajadores de la confección también eran en su mayoría migrantes de países europeos, mujeres y trabajadoras a domicilio- regula las relaciones entre los dadores de trabajo, los intermediarios y los talleristas (u obreros a domicilio). En el caso de que los intermediarios contraten trabajadores para realizar tareas en su planta o que los talleristas contraten trabajadores para desarrollar tareas en su domicilio o taller rige la Ley de Contrato de Trabajo N° 20.744. Ver Lieutier, 2010.

⁷² Fuente: Comunicado de Prensa CTEP, 27 de mayo de 2015. Disponible en: <http://ctepargentina.org/ctep-monta-la-carpa-por-el-trabajo-digno-y-presenta-proyecto-de-ley-de-proteccion-a-trabajadores-de-la-indumentaria/>

⁷³ <https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-271542-2015-04-28.html>

⁷⁴ En aquella tragedia fallecieron 6 personas, entre ellas 4 niños. Este hecho fue objeto de una atención pública sostenida a partir del juicio penal iniciado contra Luis Sillerico y Juan Julián Correa, encargado y capataz respectivamente, quienes en 2016 fueron condenados a 13 años de prisión por considerarlos coautores del delito de reducción a la servidumbre. A pesar de la presión de organizaciones sociales vinculadas a la temática no se logró que la justicia actuara contra los dueños del taller y las marcas que lo contrataban.

configurado el debate sobre esta problemática. En cambio, la categoría de trabajador (a secas) venía a reforzar la voluntad de distanciarse de esas miradas estigmatizantes que reducían a estas personas a “esclavos”, sin capacidad de agencia, sin por ello desconocer las urgencias que aquejan al sector.

Los estudios sobre el sector de la confección de indumentaria en Argentina señalan que durante los años 90’ el aumento de las importaciones produjo una retracción de la industria local y desencadenó un proceso de “desverticalización” de la producción que conllevó la transferencia de la confección hacia talleres no registrados (Lieutier, 2010; Salgado, 2012, 2015). Estas dinámicas locales evidenciadas en la industria de la confección hallaron su correlato en procesos globales, lo que llevó a que se la caracterice como un caso paradigmático del giro del régimen fordista hacia un régimen neoliberal en todo el mundo (Montero, 2012)⁷⁵.

En Argentina, con posterioridad a la devaluación en el 2002, se produjo una recuperación de la producción en el sector, pero persistió la tendencia creciente hacia la “tercerización”, la contratación de mano de obra informal e incluso a la consolidación de la producción en talleres que fueron denominados “clandestinos” (D’Ovidio, *et al* 2007; Adúriz, 2009; Arcos, 2013; Dewey, 2014; Carpio y Salgado, 2015). En este sentido, el sector resulta un caso paradigmático de la recomposición del mundo del trabajo bajo formas informales, ilegales o serviles (Gago, 2014).

Actualmente existen dos modalidades de trabajo predominantes: por un lado, trabajadores de pequeños talleres familiares que funcionan en el propio domicilio⁷⁶, y por el otro, trabajadores de talleres medianos que realizan tareas de confección para grandes marcas (D’Ovidio *et al*, 2007; Adúriz, 2009). En ambos casos las condiciones de trabajo están marcadas por elevados niveles de informalidad. Según un informe elaborado por la OIT para el año 2013 solo el 22% de los trabajadores dedicados a la confección de prendas de vestir estaba registrado (Bertranou, Casanova y Lukin, 2013). Si bien no hay estadísticas oficiales disponibles, se

⁷⁵ En este sentido, numerosos autores señalaron que la globalización del mercado de trabajo y los cambios en las formas de consumo de la indumentaria con la emergencia del “fast fashion” en los países centrales trajeron aparejadas consecuencias en las relaciones laborales, las formas de producción y las formas de negociación y resistencia de los trabajadores en diversas partes del mundo (Collins, 2007; Brooks, 2015). Así, mostraron que desde la década del 90’ se ha producido un proceso de “deslocalización” de la confección hacia regiones con menores costos laborales (principalmente en Asia: China, Bangladesh, Camboya, Tailandia, India), mientras que el diseño y el marketing –los eslabones más redituables de la cadena de producción- se mantuvieron en los países desarrollados (Collins, 2003; Brooks, 2015; Campbell, 2016). Otros trabajos dieron cuenta de la proliferación en grandes centros urbanos de talleres o “sweatshops” en los que predominaban las formas de empleo irregular de trabajadoras migrantes provenientes de Latinoamérica para el caso de EEUU (Whalen, 2002; Fernández Kelly y García, 1985), o de Korea y Bolivia en San Pablo (Buechler, 2004).

⁷⁶ A este respecto, cabe señalar que que el trabajo a domicilio realizado en su mayoría por mujeres – y en muchos casos también niños- ha sido una constante en el sector durante todo el SXX tal como han documentado numerosos autores (Pascucci, 2005; Fernández y Legnazzi, 2012).

estima que en la ciudad de Buenos Aires funcionan alrededor de 5000 talleres de confección no registrados ubicados principalmente en los barrios de La Paternal, Parque Avellaneda, Flores, Bajo Flores y Liniers (Adúriz, 2009; Salgado, 2012). En estos establecimientos se constataron elevados niveles de hacinamiento y una falta de medidas de seguridad e higiene. Estas condiciones impactan fuertemente sobre la salud de los trabajadores con una alta prevalencia de afecciones de las vías respiratorias y visuales⁷⁷.

Numerosas investigaciones desde las ciencias sociales se abocaron a analizar las formas de acción política y sindical de los trabajadores de la confección “tercerizados”. Así, se ha señalado que las transformaciones en los modos de producción produjeron una gran dispersión en la representación legítima de los trabajadores de la confección en la medida que intervienen tres sindicatos cuyo área de encuadramiento se ubica en diversas etapas del proceso productivo: el Sindicato Obrero de la Industria del Vestido y Afines (S.O.I.V.A), la Unión de Cortadores de la Indumentaria (U.C.I) y el Sindicato de Trabajadores Talleristas a Domicilio (S.T.T.A.D) (Salgado, 2012). En esta dirección, mientras que algunos señalaron las dificultades de estos sindicatos para adaptarse a las nuevas estrategias empresariales de desarticulación de la cadena de valor, deslocalización de la producción y tercerización (Lieutier, 2010), otros han enfatizado que las escasas mejoras conseguidas para los trabajadores del sector son consecuentes con sus programas políticos alineados a intereses empresarios (Pascucci, 2011). En particular, Caggiano (2014) analizó las limitaciones en las luchas llevadas adelante por las organizaciones de trabajadores migrantes –evidenciadas por la intermitente y baja participación de los propios involucrados- señalando que se debieron a sus dificultades para actuar sobre el entrelazamiento de dimensiones de la desigualdad – clase, nacionalidad y etnicidad– lo que llevó a formas inconciliables de organización desarrolladas en torno a estas dimensiones. Por su parte, Barattini (2010) dio cuenta del proceso de conformación y las estrategias gremiales desarrolladas por la Unión de Trabajadores Costureros La Alameda en su lucha contra el “trabajo esclavo”. Esta organización se abocó a la denuncia de los talleres “clandestinos” frente a las autoridades y posteriormente motorizó la creación de un “polo textil” para los trabajadores previamente ocupados en aquellos. Otros han dado cuenta de la incidencia de La Alameda en la aplicación de normas laborales a partir de su vinculación con los inspectores responsables y la información aportada lo que permitió la clausura de numerosos establecimientos ilegales (Amengual, 2011).

⁷⁷ Véase Goldberg, 2014 para un análisis de los riesgos para la salud y los padecimientos provocados por el modo de vida y trabajo de los migrantes bolivianos reclutados en origen por medio de redes transnacionales de trata y tráfico de personas con el fin de trabajar en talleres textiles de confección en el AMBA.

En este capítulo busco aportar a este campo de estudios a partir del análisis de la trama de relaciones que dio vida a la Cooperativa Textil Laguna y al movimiento que buscaría garantizar *derechos* y mejores condiciones de labor para estos trabajadores. Por un lado, mi análisis retoma una serie de trabajos que han problematizado las miradas moralizantes sobre estos trabajadores migrantes que los reducen o bien a “víctimas”/ “esclavos” o “victimarios” de formas de explotación (Rivera Cusicanqui, 2011) mostrando las tensiones y ambigüedades de sus prácticas en las que operan de manera simultánea formas de cálculo empresario, nociones de “progreso” popular y vínculos de parentesco, vecindad, reciprocidad y lealtad (Gago, 2014). En esta dirección, analizo los cambios que implicó en sus prácticas cotidianas y formas de organización tanto para militantes como para trabajadores llevar adelante la construcción de la cooperativa y el “polo”. Muestro que esta construcción se apoyó en redes y trayectorias migratorias, relaciones familiares y de vecindad que al tiempo que constituían un “recurso comunitario” para la explotación de estos trabajadores –retomando los términos propuestos por Gago (2014)-, se convirtieron también en condición de posibilidad para el desarrollo de un proyecto colectivo de producción de *derechos* a través de la creación de la cooperativa y el “polo” como su espacio de trabajo. A su vez, argumento que procesar esta ambigüedad fue posible gracias a los vínculos de confianza y colaboración construidos con los militantes del MTE quienes tuvieron un importante papel en acercar y mediar entre parientes, familias y “comunidades”.

En segundo lugar, en línea con el trabajo de investigación del equipo del que formo parte, recupero una serie de autores que han problematizado las definiciones de la “economía” como un dominio diferenciado y como marco privilegiado para comprender los modos en que las personas se ganan la vida (Narotzky y Besnier, 2014; de L’Estoile, 2014). En esta dirección, mi objetivo será mostrar que el modo en que produjeron economía y llevaron adelante el trabajo cooperativo estuvo imbricado con relaciones familiares, políticas y comunitarias; y al mismo tiempo que esta particular forma de organización gremial desarrollada incorporó dimensiones que usualmente no se asocian a lo económico ni a la organización de trabajo en sentido estricto. En particular Susana Narotzky y Niko Besnier (2015) propusieron pensar los modos en que las personas “se ganan la vida” en un sentido amplio (*making a living*), es decir, los modos en que crean “vidas que merecen la pena ser vividas” considerando prácticas y relaciones que no se conciben habitualmente como “económicas”. Para los autores estas prácticas no implican solamente vender la fuerza de trabajo en el mercado por un salario, sino también un conjunto de formas de aprovisionamiento, el sostenimiento de relaciones sociales, relaciones de confianza y cuidado en las que intervienen intercambios entre personas y grupos atravesados por diferentes modos de valorar (más allá del mero cálculo). La propuesta de estos autores se nutre de los aportes de la economía política, la economía moral y la

economía feminista en la definición de una perspectiva de la economía que denominan “realista”⁷⁸. A partir de estos aportes buscaré dar cuenta del modo en que la construcción del “polo” y de la organización gremial se articuló con la producción de formas colectivas de (re)producción de la vida incluyendo una multiplicidad de prácticas de ayuda mutua (tales como las rifas o las dinámicas de ahorro colectivo) y de relaciones afectivas y de cuidado.

En un primer apartado reconstruyo el proceso a partir del cual los militantes comenzaron a desarrollar la “rama” textil del movimiento y una particular forma de construcción gremial. Luego me centro en el proceso de conformación del “polo” textil de la Cooperativa Textil Laguna y en la reconstrucción etnográfica de su cotidianeidad para analizar el modo en que se articularon militancia, trabajo productivo y el desarrollo de formas colectivas de cuidado y de (re)producción de la vida en un sentido amplio. Por último, analizo uno de los desafíos centrales en la construcción del “polo”: la superación de conflictos entre quienes integraban las “comunidades” paraguaya y boliviana.

I. POLITIZAR LA PRODUCCIÓN, PRODUCIR POLÍTICA: HACIA LA CONFORMACIÓN DE LA RAMA TEXTIL

Una noche de julio, volvía junto a Josefina de una actividad que se había organizado en uno de los flamantes “polos” inaugurados en el barrio porteño de Mataderos. La jornada había sido anunciada como “Jornada de Confraternización”, pero para los trabajadores llevaba un nombre un tanto más sencillo: era una “pollada” para recaudar fondos para los arreglos necesarios en el recientemente alquilado galpón. Allí nos habíamos reunido trabajadores de distintos “polos” y militantes al momento de la cena. A la vuelta, Josefina me comentó con más detalle sobre las primeras acciones que habían desarrollado desde el MTE con el sector textil. “Nosotros arrancamos el año pasado cuando se prendió fuego uno de los talleres y se hizo esa movida grande en el Congreso, que se presentó un proyecto de ley. Eso destrabó algunas negociaciones y gestiones con el Ministerio de Trabajo”, me explicó. Luego me comentó que, a partir de entonces, consiguieron que el ministerio se comprometiera a incluir a los trabajadores en el Programa de Empleo Independiente (PEI)⁷⁹.

⁷⁸ Los autores denominan a este sobre la economía como “realista” –antes que neosustantivista- en la medida que buscan enfatizar los modos en que las personas cooperan para lograr la producción y reproducción de la vida enfatizando la centralidad de los cuidados y el aprovisionamiento por fuera de las relaciones de mercado, al tiempo que se destacan los procesos de diferenciación, acumulación del capital y distribución desigual.

⁷⁹ Se trata del Programa de Empleo Independiente (PEI) del MTEYSS que se orienta al acompañamiento de “emprendedores” a través de capacitaciones en “gestión empresarial”; una ayuda económica mensual para el beneficiario y un subsidio para la puesta en marcha de los “emprendimientos”. Para más detalles ver Capítulo 5 – Nota al pie 112.

Paralelamente, habían iniciado un relevamiento para conocer al detalle las condiciones de los trabajadores. Este relevamiento lo iniciaron a partir de vínculos propios producto de su trabajo “territorial” en barrios de la zona sur de la provincia, e iniciando una relación de colaboración junto a la Comisión Operativa de Trabajo Alternativo en la Indumentaria (COTAI), una organización que nuclea a trabajadores de la confección de origen boliviano. A partir de junio de 2015 relevaron más de 100 talleres domiciliarios en la Ciudad de Buenos Aires (principalmente en los barrios de Flores, Floresta, Mataderos y Lugano) y también en la Provincia de Buenos Aires (Lomas de Zamora, Longchamps). “Nosotros tenemos un conocimiento muy inductivo de cómo funciona la industria, ninguno conoce cómo funciona el conjunto, incluso los compañeros. Vamos reconstruyendo desde abajo cómo funcionan las fábricas, los intermediarios”, me explicó una tarde Danilo. Los datos obtenidos a partir de esta encuesta respondida por 250 trabajadores resultan significativos:

“- El 81,2% de las personas encuestadas trabajan en el mismo lugar donde viven, utilizando alguna de las habitaciones de la vivienda, siendo en general el mismo ambiente en el que habitan.

- El promedio general de habitantes por cuarto es de 2, aunque se han registrado algunos casos críticos en los que la proporción es de 4 x 1, superando el índice de hacinamiento crítico, de acuerdo a los indicadores publicados por el INDEC. En el 20,3% de los casos la instalación eléctrica es absolutamente precaria, presentando cableado a la vista, y conexiones irregulares, principal causal de los incendios.

- En relación a la situación y condiciones de trabajo, el 73% de los encuestados no tienen ningún tipo de formalidad laboral. Apenas el 14% se encuentra en relación de dependencia y el 8% se encuentra inscripto en algún régimen contribuyente.

- En relación al nivel de ingreso, el 60% de los trabajadores percibe ingresos mensuales inferiores a \$5.000⁸⁰, generalmente a contra-entrega del producto que realizan. Asimismo, el 65% trabaja más de 10 horas diarias.

Por último, la capacidad de acceso al sistema de salud es prácticamente nula. El 51% de las personas encuestadas no han realizado ningún tipo de consulta médica durante el último año.” (Relevamiento MTE- CTEP, 2015)

⁸⁰ En noviembre de 2015 –momento en que fue realizado el relevamiento- \$5000 Pesos Argentinos era el equivalente a US\$520. El Salario Mínimo Vital y Móvil era en ese momento de \$ 5.588 Pesos Argentinos.

Esta información sería fundamental tanto para el desarrollo de propuestas de acción por parte del movimiento como para poder intervenir frente a la Agencia Gubernamental de Control cuando se intentaba clausurar un taller familiar. Por un lado, recorrer los talleres los habilitó a cuestionar la definición de los trabajadores del sector como “esclavos” de un modo omnicomprendivo. Durante mi primer visita al “polo” del Laguna, me llamó la atención que varios de los trabajadores incluso pusieron en cuestión la existencia del “trabajo esclavo” frente a los *compañeros* de la CTEP Cordillera que lo habían afirmado como una realidad indubitable. En aquella oportunidad, les pregunté a Roque y Danilo qué pensaban sobre esto. Danilo me explicó:

“No hay. Nosotros tenemos hecho un relevamiento de la situación del sector. Acá si recorrés el barrio hay 300 costureros. Y lo que tenés son situaciones de mucha precariedad en lo edilicio, pero son todos tipos que laburan en la casa, capaz que alguno tiene una piccita para poner la máquina, otros la tienen al lado de la cama. Pero nadie los obliga a nada digamos. Si querés son esclavos del capitalismo, digamos, pero más que nada son situaciones de autoexplotación.”

Además, me enfatizaron que no estaban de acuerdo con iniciar el vínculo “diciéndole a los laburantes que son esclavos”. “Diciéndoles eso no los estás reconociendo como laburantes”, sentenció Danilo.

Pero además, la participación en el relevamiento también había sido presentada a los trabajadores como la oportunidad de pasar a formar parte de un “Programa de Formalización de trabajadores, comercializadores y talleres de indumentaria” de la CTEP. Así comenzaron a promover la inscripción al Monotributo Social logrando registrar a más de 300 trabajadores y garantizarles también el acceso a una obra social a través de la Mutual Senderos⁸¹. Según me explicó Josefina aquella noche: “estar en el programa con nosotros les da tiempo como para que vayan mejorando las condiciones, sumándose a los polos pero no se queden en

⁸¹ Cabe destacar que la posibilidad de que los trabajadores migrantes accedieran a estas políticas estuvo dado por el hecho de que en su mayoría tenían residencia legal en nuestro país y, por lo tanto, un documento nacional argentino (DNI) que lo acreditaba y era requisito para la inscripción en los programas. El elevado porcentaje de migrantes de países limítrofes o del MERCOSUR y asociados con residencia legal obedece a la implementación de dos normativas sustantivas. En primer lugar, en el año 2003 se sancionó la Ley 25.87116 que derogaba la ley de migraciones de la dictadura militar. Esta ley reconoce el derecho a migrar como un “derecho humano esencial” y establece “un tratamiento preferencial –por nacionalidad– para los migrantes provenientes de los países del MERCOSUR ampliado, otorgándoles la residencia temporaria con autorización para permanecer en el país por dos años, prorrogables, con entradas y salidas múltiples” (Novick, 2010:20). En segundo, en junio de 2005 el Decreto 578/2005 dispuso la regularización migratoria de los extranjeros nacionales del MERCOSUR y países asociados, lo que fue conocido como Programa “Patria Grande”. Dicho programa estableció procesos simplificados para regularizar la permanencia en Argentina de migrantes de Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela que se encontraran en el país con anterioridad al 17 de abril de 2006, fecha en que entró en vigencia. Gracias a la conjunción de ambas normativas, desde 2006 hasta 2009, un total de 680.834 inmigrantes regularizaron su residencia en el país, siendo los paraguayos la colectividad más numerosa, seguidos por los bolivianos y peruanos (Novick, 2010).

bolas [ante un eventual intento de clausura]”. A su vez, esta apuesta por la construcción de una organización gremial se plasmó en la conformación de la Federación de Cooperativas de Costureros, Trabajadores de la Indumentaria y Sector Textil, junto con otras cooperativas que no pertenecen al MTE pero forman parte de la CTEP.

Junto a los trabajadores que participaron del relevamiento y que se interesaron por el “Programa de formalización”, definieron trabajar en conjunto a partir de una estrategia particular: armar “polos” (de producción textil), es decir, espacios comunes (en su mayoría galpones y plantas adecuadas para la producción) donde desarrollar las actividades laborales que les permitieran dignificar sus condiciones de trabajo dejando de trabajar en sus domicilios y asegurando buenas condiciones de seguridad e infraestructura. Además, esto les permitiría también mejorar las condiciones de negociación con quienes los contrataban para intentar, eventualmente, saltar a los intermediarios. Solo en 2016 se crearon 5 “polos”, 1 en el barrio Laguna y 4 en la Capital Federal producto del trabajo conjunto con la COTAI.



Reunión de la rama textil MTE en el Polo del barrio Laguna. Fotos de la autora.

Para los militantes del MTE, las condiciones de trabajo en el sector de la confección no eran una preocupación nueva. En efecto, tenían una relación de larga data con la organización La Alameda, con quienes habían organizado misas oficiadas por el entonces cardenal Jorge Bergoglio en las que denunciaba la situación de trabajadores costureros y cartoneros como los “esclavos y excluidos” del sistema. Sin embargo, la conformación de la rama del movimiento y la federación de costureros de CTEP buscaba diferenciarse de los modos de acción propuestos por organizaciones gremiales previas. En este sentido, la apuesta por la construcción de los “polos” buscaba distanciarse de una postura que identificaban en otras

organizaciones del sector: la promoción de denuncias que llevaban a la clausura de establecimientos sin ofrecerles a los trabajadores una salida alternativa y con *derechos*.

En este proceso, su militancia previa junto a los trabajadores cartoneros ofrecía un modelo a replicar. Así, la formalización del trabajo a partir de la creación de cooperativas, la conformación de polos centralizados donde procesar el material (los Centros Verdes), la creación de guarderías para el cuidado de los niños en los horarios de trabajo, y la “pelea” en conjunto por la concesión del servicio de recolección de materiales reciclables al GCBA eran parte de un horizonte que inspiraba las propuestas desarrolladas para el sector textil. Sin embargo, este “modelo” que habían logrado articular junto a los trabajadores cartoneros no podría ser aplicado del mismo modo en la medida que se trataba de un sector con ciertas diferencias notorias. En este sentido, Danilo me explicó: "Nosotros no podemos construir una fuerza de 500 tipos para ir a patear la puerta a una marca grande a pedir laburo porque después ese laburo hay que hacerlo. Lo que nos dicen los compañeros es que no es como con los cartoneros que uno va patea, consigue y después sigue haciendo su laburo como siempre. Hay un conocimiento en cómo hacer ese trabajo que es distinto. Además hay que generar la articulación entre ellos mismos para poder separar el proceso productivo, hacer pasos intermedios y poder distribuírselo". Dadas estas diferencias, la tarea militante también debería abocarse al plano de la producción buscando por un lado lograr una planificación a mediano plazo que habilitara a la compra colectiva de insumos, pero también organizando las formas de trabajo al interior de los “polos” y entre éstos con el objeto de articular cadenas productivas que alcanzaran un mayor volumen.

En esta construcción, el “polo” del Laguna había sido el primero en conformarse y de alguna manera una apuesta, “una punta de lanza” como me repitieron los militantes varias veces, que buscaría “mostrarle a otros grupos que es posible” y que se “vaya contagiando”. Pero además, Danilo me explicó que para ellos como militantes era un “aprendizaje”: “es información que estamos juntando, como hacerlo, cuánto sale”. Con esa experiencia acumulada planeaban replicar la experiencia en la capital pero también junto a otros pequeños grupos que se estaban formando en la zona sur de la provincia.

II. HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE LA COOPERATIVA Y SU “POLO”

Gracias a su militancia junto a los trabajadores cartoneros, los militantes del MTE y Patria Grande zona Sur – entre ellos Danilo- conocían al detalle los barrios y asentamientos de la zona. Junto a los vecinos sostenían merenderos para los chicos, brindaban apoyo escolar, organizaban festejos del día del niño. Danilo iba todas las semanas a dar talleres de apoyo

escolar en el centro comunitario. Fue en el curso de aquellas actividades que en 2015 conocieron a Ana. Ella se acercaba cada día para abrirles la puerta del Centro Comunitario. En poco tiempo Danilo y Gastón – también militante del MTE- notaron que la actividad laboral predominante de los vecinos era la costura y comenzaron a pensar en la creación de la cooperativa y un “polo” donde desarrollar su trabajo⁸².

La mayoría de los trabajadores que se acercaron para formar parte de esta iniciativa vivían en el barrio La Laguna o en el barrio Caballero y desarrollaban sus tareas en sus propios domicilios confeccionando prendas de vestir que luego se comercializan en los comercios de la calle Avellaneda de la Capital o en ferias como La Salada, el centro comercial de mercadería “no formal” más grande de América Latina. Algunos “costuraban” sus propias prendas y las vendían directamente en la feria, en puestos alquilados al interior o en la entrada y alrededores del predio. Otros recibían los “cortes” de tela directamente de las fábricas o a través de intermediarios que se quedaban con una parte del precio por prenda. Se trata de prendas de consumo popular. Como me explicó Danilo - enfatizando también el “valor social” del trabajo que llevaban adelante: “Estos compañeros producen ropa a bajo costo que es lo que permite que toda la gente de acá ande vestida”.

En un primer momento, habían pensado en la posibilidad de abordar la problemática mejorando las condiciones de trabajo en cada domicilio. Pero según Danilo, al poco tiempo se dieron cuenta "que cada uno siga laburando en la casa con buenas condiciones era imposible, materialmente imposible". Por un lado, por el tamaño de las viviendas y la escasa disponibilidad de espacio para hacer ampliaciones que separaran el espacio de trabajo del espacio del hogar. Pero además, la inseguridad en la posesión de la tierra hubiese hecho imposible la habilitación formal de esos talleres. De allí que propusieron en cambio conformar los Polos que los reunieran.

El primer paso fue hacer una serie de asambleas en el centro cultural para convocar a los costureros del barrio que quisieran integrarse. En ello jugaron un rol fundamental tanto Ana como María. Desde el inicio los trabajadores debían registrar su actividad a través de la inscripción al régimen del Monotributo Social⁸³. Posteriormente, en marzo de 2016, alquilaron un galpón donde se alojaría el “polo” y lo acondicionaron para poder empezar a trabajar. Los

⁸² Vale aclarar que los trabajadores solían referirse a al “polo” y a la cooperativa de manera indistinta en el uso cotidiano, aunque por momentos diferenciaban entre la cooperativa como entidad que incluía a todos los trabajadores que estaban inscriptos en el Monotributo Social (algunos de los cuales cobraban un incentivo estatal a través del Programa de Trabajo Autogestionado- PTA), y el “polo” como el espacio específico en el que solo algunos de ellos realizaban su trabajo.

⁸³ Sobre este tema volveré en el capítulo 5.

arreglos que más se valoraron fueron la instalación eléctrica – un aspecto central de la seguridad en el trabajo de la costura- y la colocación de matafuegos.

Poco a poco algunos de los trabajadores comenzaron a mudar las máquinas que tenían en sus casas al nuevo “polo”. Otros continuaban trabajando en sus domicilios pero participaban de las asambleas mensuales de la cooperativa. Los que sí se habían mudado continuaban trabajando para sus antiguos patrones y ocasionalmente realizaban trabajos en conjunto. Uno de los militantes del movimiento me lo explicó como “organización por etapas”: “Primero queremos mejorar las condiciones y que en el polo cada uno labore en lo suyo, después ir generando laburos colectivos y disputarle tiempo a la producción individual, que empiecen de a poco a ver como eso les reditúa también en plata.” Al mismo tiempo, reconocían que esta gradualidad implicaba por el momento tener que lidiar con lógicas y formas de trabajo para los “patrones” que dificultaban poner en marcha otras iniciativas proyectadas, como la compra en conjunto a de telas a empresas recuperadas, la conformación de circuitos de producción realizados por completo en la economía popular o el intento de saltar los intermediarios en la comercialización.

En el barrio Laguna la construcción y defensa del centro comunitario, así como las luchas por el mejoramiento del lugar para vivir habilitó a que se crearan y consolidaran relaciones y solidaridades duraderas que luego posibilitaron llevar adelante otros proyectos en común como la cooperativa textil y el “polo”. En este sentido, las relaciones previas entre los trabajadores y militantes fueron centrales. Por un lado, la participación y colaboración de militantes en lo que para María, Ana y muchos de sus vecinos se definía como la “lucha por el barrio” les había valido el respeto y la confianza de quienes pasarían a integrar la nueva iniciativa. Pero además, este vínculo también posibilitó que la cooperativa comenzara a formar parte del “horizonte de los posibles” (Fernández Álvarez, 2016) para estas personas. Sin embargo, el modo y las circunstancias en que esto había ocurrido para algunos permanecían como un interrogante. Así, una tarde Danilo me confesó: “Por suerte hubo un pequeño grupo de convencidos que hicieron la avanzada...Yo no sé porque se vinieron algunos, si estaban locos o que...porque ahora que esta esto armado es más fácil, uno invita a los compañeros, lo ven y dicen bueno, se puede, yo también quiero hacer esto”.

En su trabajo sobre la emergencia de la “forma acampamento” en Pernambuco Lygia Sigaud (2005) discute con ciertas miradas encantadas sobre los movimientos sociales que buscan explicar la adhesión de sus integrantes como producto de una “conversión” a su causa, lo que en el caso que ella analiza es la lucha por la tierra. Más bien, la autora propone pensar esa adhesión y participación como parte de un repertorio de múltiples posibilidades que permite “mejorar la vida”. Así sostiene que la creencia en que un “futuro mejor” pasaba por formar

parte de un “acampamento” permite explicar y comprender la disposición de los trabajadores a tomar la tierra de sus patrones. En la misma dirección, para los trabajadores costureros la cooperativa también condensó un anhelo por una vida y un futuro mejor. Pero como veremos a continuación, la construcción colectiva de futuros, de modos de imaginar y proyectar juntos(as) ampliando el horizonte de los posibles no puede ser pensada de manera lineal (Fernández Álvarez, 2016b) . Por tanto, no se trató de *creer* o *no creer*, o de una locura como sugería Danilo, sino que en el transcurso de la producción de la política colectiva las personas van creyendo, ampliando los límites de aquello que es posible pensar y hacer a partir de sus experiencias y condiciones de vida.

Ir creyendo

El vínculo de confianza y colaboración entre Ana y María fue fundamental para poner en marcha la iniciativa. Sin embargo, sus historias, sus trayectorias migratorias y sus modos de inserción en la industria de la confección eran bien distintas. Al recordar su primer viaje a la Argentina en 1986, Ana me relató que se “cansó”: vivía con su hermana y ambas trabajaban como empleadas domésticas en Asunción para poder mantener a sus hijos. Pero la paga era muy poca: “Si tenés tus hijos tenés que estar dándole para su colegio, vestimenta, escuela y para vos no sobra”. Además, recordó: “Mi mente era que no tenía que quedarme en mi país, desde jovencita. Tengo que salir de mi país. Me dieron la oportunidad de traerme a Buenos Aires y me vine”. En aquel primer viaje la “trajo” su madrina quien ya tenía a toda su familia viviendo en Argentina y a través de ellos consiguió un trabajo en una casa de familia en el barrio porteño de Flores. Allí vivía y los fines de semana iba a visitar a su madrina y la familia en Isidro Casanova. Mientras tanto, sus hijos Mónica y Alfonso quedaron en Paraguay al cuidado de su hermana. “La misma que me crio a mí, y a ellos también”, me explicó.

En un primer momento, Ana se quedó en Argentina tan solo dos años y luego volvió a Paraguay, aunque le había quedado una “buena impresión” sobre el país dado el buen trato que había tenido con sus patrones. En el 2004, su hija Mónica tenía muchos “problemas con el marido”. Una vecina de la familia le comentó a Ana que ella y su marido vendrían a Buenos Aires porque aquí tenían un taller. Por sugerencia de Ana, Mónica decidió “venir a probar” con quienes serían sus patrones. A los meses volvió a Paraguay para festejar el tercer cumpleaños de su hijo más pequeño. Pero rápidamente retornó a Buenos Aires con el niño y en 2005 Ana viajó “atrás” de su nieto. Desde entonces se instaló definitivamente en Argentina y comenzó a trabajar en la costura para un matrimonio que tenía un taller junto a su hija Mónica y su hijo Alfonso. Ana ya tenía algunos conocimientos de costura porque cuando

trabajaba en una casa de familia en Paraguay la hija de su patrona abrió una escuela de corte y confección y le había permitido hacer unos cursos. Tiempo después Ana dejó la costura para trabajar en el restaurant de una amiga boliviana. La ayudaba en la cocina y en la limpieza de los platos y el lugar. Siempre le gustó mucho la cocina, mucho más que la costura porque según ella carece de la paciencia necesaria. Sin embargo, tras la venta de la mitad de su terreno en el Laguna volvió a la actividad. Le compró dos máquinas a un matrimonio de Villa Celina que también comenzó a darles trabajo a ella y a su hija Mónica. En aquel momento se dedicaron a hacer camperas “sencillas” que luego se vendían en la feria.

María, en cambio, había aprendido a “costurar” durante su primer migración: se había mudado de su Machacamarca natal, un pequeño pueblo rural boliviano, a Oruro, la ciudad más cercana. Tenía 18 años y según ella se fue porque “entró la contaminación”: “Los peces mueren, no hay para comer los ganados y entonces de esa manera me fui. Me fui a trabajar... ahí aprendí a costurar, primero como ayudante, después a manejar la máquina, poco a poco poco a poco costuré. Llegué aquí y también trabajé de costurera”.

María es la mayor de 8 hermanos. 3 de ellos viven en Argentina, y dos –incluyéndola- viven en el barrio Laguna y son costureros. El tercero vive en Pilar, pero no trabaja en la costura. Una de sus hermanas -también costurera- vivió en el Laguna un tiempo, pero vendió su terreno para viajar a Chile luego de que recibiera un tiro durante un asalto en la Capital. Si bien algunos de sus hermanos se dedican al mismo oficio, luego de esos meses que vivió y ayudó a su cuñado en su taller ya no volvió a trabajar con su familia. Ella y su marido trabajaron dos años en un taller de un paisano en Flores. Allí trabajaban hasta altas horas de la noche a cambio de un magro sueldo, comida y un techo para toda la familia:

“Aquí la gentes es muy mala. Yo por eso digo, yo no voy a ser como ellos, cuando llegué aquí, cuando me mejoré y no tenía plata para retornarme, trabajé con mis paisanos mismos, como te hacen trabajar hasta la una, hasta las dos de la mañana, esta mercadería tiene que salir o salir, dije yo ‘¿Qué es esto?!’ A las 7 de la mañana a desayunar, ya nos hacen levantar, siete vamos, a las ocho entramos a nuestras maquinas, 8, 9, 10, 11, 12. Ya, 12 y media a almorzar. Entrar, a la una entramos, a las 4 té, a las 9 cena y después trabajar de nuevo, hasta la una y si estamos atrasados hasta las 2 de la mañana. Ahí mismo nos daban comida y casa. No tenías que ver a tus hijos. Mis hijos afuerita llorando, ¡Uiii! ¿Qué es esto?!, dije yo, los bolivianos que viven aquí, los que trabajan se transforman, dije yo. De esa manera nunca me gustó, tener taller y explotar, eso no me gustó. Yo siempre dije yo no voy a ser así, si tengo es con mi propio

esfuerzo, con mi sudor, no haciendo trabajar a la gente en las madrugadas y engañar a la gente. No hacer eso...nosotros hartos fuimos ahí, mi esposo y yo”

Hartos de esa experiencia decidieron mudarse. Alquilan una piecita en la capital, en Flores, y allí ella comenzó a “costurar”. En cambio, su marido siguió un tiempo como “changuero”. Al principio trabajaban cosiendo para otras personas, pero luego el matrimonio empezó a hacer en conjunto trabajos con “cortes” que les llevaban. Sus dos hijas mayores también ayudaban.

La familia –con la única excepción de uno de sus hijos varones- siempre se mantuvo dentro del rubro textil, pero fueron desarrollando distintas tareas en la cadena. Hace diez años María dejó la costura y se dedicó a comprar y vender. Tenía experiencia porque ya en Bolivia había vivido de vender ropa en Oruro, había tenido su propia tienda. En cambio, su marido cortaba y “costuraba” algunas prendas que ella luego vendía en la feria. Esta incursión de María en la comercialización de prendas de vestir se inscribe en la existencia de redes migrantes – mayoritariamente bolivianos de origen aymara- que desarrollan tanto la producción de prendas en talleres propios como la comercialización en el gran mercado de La Salada (Ossona, 2010; Benencia y Canevaro, 2017). Desde hace unos años, María también vende en un local de la calle Avellaneda que le dejó un sobrino que volvió a sus pagos en Bolivia. La mercadería se la dejan en consignación parientes de su marido o conocidos de la colectividad. De todos modos, no abandona la feria los domingos, vende por unidad en la parte exterior de La Salada, donde alquila un puesto de un metro y medio por 200 pesos el día.

Las trayectorias migratorias de ambas trabajadoras estaban vinculadas a vínculos familiares aunque de diversa manera. Como han documentado Courtis y Pacecca (2010) en el caso de las migraciones paraguayas se ha producido un proceso de “feminización”, es decir, la migración de mujeres solas aún en edades jóvenes. Este fue el caso de Mónica que llegó sola a la Argentina, y solo tiempo después llegaron su madre, y su hermano con su esposa. Sin embargo, tal como hemos visto en la historia de María y su familia, en las migraciones bolivianas ha prevalecido la migración de grupos familiares que organizaron su traslado y posterior inserción laboral a partir de la asistencia de cadenas de compadres y paisanos (Courtis y Pacecca, 2010).

A su vez, tanto Ana como María pasaron a formar parte de familias costureras en las que todos –o casi todos- sus integrantes se dedicaron al oficio y trabajaron muchas veces juntos. Como decía Diana, hija de María, en una visita realizada al “polo” por parte de compañeros de CTEP Cordillera, “al final esto es lo que nos dio de comer en mi familia toda la vida...la costura nunca termina”. Aquella noche nos relató que su madre le había enseñado el oficio a

los 12 años, pero que “siempre hay cosas para aprender nuevas”. Desde aquel momento trabajó con su familia en la confección, en la venta en la feria La Salada, pero también en una empresa. En 2016, con 25 años, participaba de las reuniones y actividades de la cooperativa, aunque no trabajaba allí porque su madre la ayudaba económicamente mientras estudiaba la carrera de enfermería. Sin embargo, Diana estaba comprometida con el proyecto de armar la cooperativa y asistía a reuniones y asambleas. Aquella noche explicó:

“Lo que nosotros queremos más que nada es generar consciencia, que si se puede. Que el trabajo para un tallerista que te explota no es la única opción. Porque acá el trabajo en cooperativa es diferente, nos fijamos en los detalles pero esos detalles por ejemplo que cuidan la salud, la vista y la luz”.

Para las reuniones iniciales, tanto Ana como María convocaron a su gente a participar de las reuniones y asambleas preparatorias. Los hijos de ambas fueron de la partida desde el inicio aunque de modos diferentes. María y sus hijas participaron activamente de las asambleas y convocaron a sus “paisanos” pero nunca se mudaron a trabajar al “polo”. Tan solo el más chico de sus hijos pasó algunos días haciendo un trabajo ocasional allí.

En cambio, Ana y Mónica fueron de las primeras en mudarse a trabajar allí. Mónica había aprendido a coser en Paraguay trabajando como ayudante de una señora que era modista:

“Ella hacía trajes, vestidos de novia, de 15, esas cosas. A mí me enseñó mi abuela a coser a mano entonces fui a trabajar con esta señora que la conocía del barrio y me ofreció para que haga a mano eso de poner las cosas que van pegadas a los vestidos, canutillos, esas cosas. Y después yo veía que ella cosía con la máquina y quería también así que me enseñó, pero era una de esas máquinas caseras, no las industriales. Pero aprendí con eso. Después al tiempo me trajo un hombre a Buenos Aires a trabajar en un taller. Como ayudanta porque no sabía usar máquina industrial. Pero yo no quería ser ayudanta, ¡quería hacer lo que hacían los costureros! Así que cuando todos terminaban de trabajar yo me quedaba practicando y practicando. Porque la velocidad de la maquina casera es distinta y no lo manejaba”.

Después trabajó en otros talleres y también en una fábrica grande que confeccionaba prendas para importantes marcas en el barrio porteño de Caballito: “Me gustaba, está bueno trabajar así, con seguridad. Pero me fui porque la jefa trataba muy mal a los costureros, como animales. Y no me parece que hay que tratar así a las personas que trabajan, algunos se callan, pero yo no... así que me fui.” Nunca le gustó vender, aunque durante un tiempo trabajó de vendedora en la feria en un puesto de otro. Una vez que tuvo su casa en el barrio Caballero,

Mónica armó un taller allí. Al mismo tiempo se puso a estudiar peluquería y terminó vendiendo sus máquinas para abrir un negocio de ese rubro. Las máquinas se las vendió a su hermano Alfonso, que por esos días trabajaba en la costura con su mujer. Sin embargo, la plata no le alcanzó para abrir el negocio y terminó utilizándola para vivir mientras trabajaba en la peluquería de un conocido de la zona. Al tiempito lo dejó y empezó a tener clientes en su casa: llegó a tener 40 clientes del barrio. “Cuando me vine a la cooperativa fui dejando y mi novio me decía que con la peluquería ganaba mucho mejor, pero a mí no me importó”, me contó una tarde mientras esperábamos un turno en una guardia médica del centro de Lomas de Zamora. “Entonces, ¿él no quería que vengas?”, le pregunté. “No, cuando yo me vine, fui la primera en mudarme, no había nada me puse arriba y no estaba ni pintado todavía. Ahora él ve que creció mucho, que el lugar es más cómodo, que está bueno y ya no me dice más”, respondió. Teniendo en cuenta el rechazo de su pareja hacia la iniciativa, insistí con preguntarle si se había mudado a la cooperativa porque pensaba “que la idea iba a funcionar”. Su respuesta me sorprendió un tanto: “Si, pensaba eso, creo... pero más que nada porque en ese momento estaba decidida a separarme de mi novio y ahí me fui a la cooperativa. Después nos arreglamos y seguimos juntos, pero fue más por eso que me fui.”

Mónica convocó desde el inicio a sus vecinos del barrio Caballero: Paula y Raúl. Ambos llegaron juntos de Paraguay y tienen dos hijas pequeñas 6 y 4 años. Un tiempo antes de mudarse a trabajar al “polo” habían iniciado junto a un socio su propio emprendimiento de producción y venta en la feria de La Salada. Lamentablemente, no les había ido bien. Por un lado, consideraban que era demasiado trabajo de costura. Además, no les había resultado un acuerdo favorable porque su socio se quedaba con la mitad de las ganancias trabajando menos dado que solo se dedicaba a la compra de materiales y la venta en el puesto. Por otro lado, el alquiler de los puestos en la feria era muy costoso: tenían que pagar una “llave anual” y además el alquiler del puesto por día.

Milena y Héctor también fueron de los primeros en sumarse. Milena es viuda y tiene 3 hijos. Ella fue una de las primeras en “agarrar” terreno en el Laguna y conocía a Ana desde aquel tiempo. Recuerda aquellos días como de “lucha” y “sufrimiento”, pero también como aquello que le permitió cumplir su sueño de tener su propia casa después de haber convivido con su suegra en una misma pieza durante tantos años. Ella no fue siempre costurera, antes lavaba ropa y cuidaba niños de los vecinos que salían a trabajar. Eso le daba la posibilidad de cuidar también de los propios y por supuesto de hacerse algún dinero con el que tiempo después compró sus primeras máquinas para armar un “tallercito” en su casa. Ella comenzó a formar parte del proyecto de la cooperativa junto con Héctor, su pareja. Se conocieron luego de que ambos quedaron viudos y apostaron a una nueva vida en común. Héctor conoce bien el oficio

y junto a su fallecida esposa habían logrado armar un taller en la capital, en el barrio de Flores. De aquella fallida experiencia, le quedaron varias máquinas de coser, una cortadora, sublimadora, entre otras cosas, que lentamente fue aportando al “polo”. Según Milena, en un primer momento decidieron mudarse a trabajar al “polo” porque dada su ubicación allí no se corta la luz: “Siempre nos cortan la luz y entonces perdés 5, 7 días de trabajo y no se puede así”, me explicó.

Sin embargo, no todos los convocados por Ana se mudaron inmediatamente a trabajar al “polo”. Algunos, como Claudio –su vecino con quien se cuidaban mutuamente el terreno– participaban de las asambleas y tan solo eventualmente de algún trabajo en conjunto. Claudio aprendió el oficio de la mano de su hermana. Ella se había mudado a Brasil y armó un taller en la ciudad de San Pablo. Él viajó y trabajó tres meses con ella. “Y aprendí todo, todo. Bueno siempre hay algo más para aprender pero aprendí mucho”, recordó una mañana en el “polo” mientras tomábamos mate. Luego de aquella experiencia volvió a Paraguay a trabajar en una fábrica textil y años después, en 1992, viajó a Buenos Aires porque otra de sus hermanas le dijo que aquí había “mucho trabajo”. En Buenos Aires trabajó en fábricas de la zona de Flores, pero cuando lo conocí en agosto de 2016 mantenía el taller en su casa aunque estaba sin trabajo. Sin embargo no se mudaba al “polo” porque estaba esperando que “hubiera más trabajo” para hacer allí. Antes de eso había trabajado un tiempo “para la feria”, es decir, cosiendo “cortes” de prendas que luego venderían otros en la feria. Los “cortes” los recibía de un vecino que los repartía entre los costureros conocidos en el barrio. Lo dejó porque según me explicó: “Era mucho, todo el tiempo trabajando porque hay que cumplir. Feria hay varios días entonces tenés que tener las prendas listas para esos días. Entonces si vos no llegas tenés que trabajar más y más...mucho laburo”. Antes de eso él mismo había sido el que distribuía trabajo que le entregaban fábricas en capital a otros vecinos. También lo dejó, pero por otros motivos: perdía dinero. Él mismo me lo explicó en los siguientes términos:

“Son trabajos de costura más fina, entonces por ejemplo yo sé hacer camisa y vos por ahí también, pero si la hacemos distinto no queda igual, y además hay que saber para que quede bien. Entonces yo iba y le decía hay que hacer así y así y me decían que sí, pero después lo hacían distinto...y muchas veces tuve que rehacer que ya no queda igual porque la tela queda marcada...y perdí mucha plata, no agarré más porque si eran no sé 2000 prendas es mucho y siempre pasaba eso...”

Las experiencias previas de quienes pasaron a integrar esta iniciativa ilustran el modo en que las relaciones de parentesco y vecindad modelaron las formas de contratación de la mano de obra en la industria textil “desverticalizada”, así como también el modo en que los trabajadores

llevaron adelante su actividad en sus hogares. Así, Ana y sus hijos, Milena y Héctor, o Paula y Raúl, realizaban trabajos juntos, trabajos que a su vez conseguían de vecinos de sus lugares de residencia. En efecto, numerosos autores han señalado el modo en que las trayectorias migratorias, las estrategias desarrolladas por las personas en el país de destino, así como también la segregación del mercado de trabajo, modelan sus posibilidades de inserción laboral desencadenando lo que denominaron un proceso de “eticización de las relaciones sociales de producción” (Halpern, 2005), o la constitución de “economías de nicho” (Bastia, 2007) o “economías étnicas” (Benencia, 2009). De manera similar, otros autores enfatizaron la articulación entre este tipo de formas de inserción laboral y las estrategias de acceso a la ciudad y a la vivienda. A partir de un estudio desarrollado junto a migrantes peruanos en la ciudad de Córdoba, sostuvieron que el proceso de ocupación y construcción de un barrio en la periferia de la ciudad se constituyó en condición de posibilidad para la creación de talleres de confección textil informales por parte de los propios migrantes (Magliano, Perissinotti y Zenklusen, 2017).

En particular, Verónica Gago (2014) sostuvo que las formas de explotación del trabajo en los talleres textiles se apoyaron en “prácticas comunitarias” que tienen un carácter ambiguo: se trata para la autora de “prácticas autogestivas y recursos para la organización barrial”, pero que también pueden operar como recurso para el aprovechamiento de mano de obra barata y dispuesta a la flexibilidad extrema en el marco de “nuevas formas de servidumbre” (2014). En el caso aquí analizado, estas relaciones se constituyeron en condición de posibilidad para la construcción de un proyecto colectivo de producción y trabajo con *derechos* a partir de la creación del “polo”. Como veremos a continuación, el modo en que se procesó o transformó dicha ambigüedad para la producción de un proyecto colectivo estuvo marcada por las relaciones construidas con los militantes y los cursos de acción que ellos propusieron (fundamentalmente la creación de la cooperativa y del “polo”).

A su vez, este proceso de organización colectiva para la construcción del “polo” se dio en un contexto particular en el que el volumen de trabajo decrecía, tal como me señalaron en numerosas oportunidades. Además, la creciente notoriedad que había adquirido la problemática de los denominados “talleres clandestinos” había llevado a un recrudecimiento de los controles estatales a los establecimientos en la Capital Federal y, por lo tanto, a mayores dificultades para obtener “cortes” en las fábricas de Capital. En este sentido, resulta ilustrativo el intercambio que mantuvimos junto a Danilo con una mujer que se acercó al “polo” para “averiguar por la cooperativa”. La mujer trabajaba en su domicilio en el barrio Caballero junto a su marido y habían ido a “pedir trabajo” a una fábrica en Flores para quienes habían trabajado en el pasado. Esta vez les habían dicho que no podían contratar talleres no

habilitados. Frente a esta situación, el matrimonio averiguó cómo podían hacer para cumplir este requisito, pero esto no era posible: el carácter informal de la posesión de la tierra en el barrio determinaba la continuidad de una condición informal en relación al trabajo. Posteriormente, en la propia fábrica le recomendaron que se “busque una cooperativa”, tal como lo relató la mujer aquella tarde. Un vecino del barrio fue quien le dio la ubicación concreta del “polo” y le sugirió que se acercara a consultar. En aquella oportunidad Danilo le explicó cuál era la apuesta para la construcción del “polo”, enfatizando que proponían mejorar las condiciones de contratación con los patrones y “pelear más laburo para todos”:

“Si querés lo que podemos hacer es ir a la fábrica a hablar. Nos juntamos primero y charlamos bien, háblalo con tu marido y piénsenlo. Pero podemos ir y lo que tiene de bueno es que si somos más podemos pedir más trabajo. O sea haríamos eso, no pediríamos no sé, 500 prendas que les alcanza para ustedes solos sino 2000 para que pueda laburar algún otro compañero. Y ahí a la fábrica le resolvés dos problemas: porque acá tenemos todos los papeles que necesitan, pero además el problema de logística, porque en lugar de darle laburo a muchos talleres chiquititos acá nos pueden dar mucho laburo solo a nosotros.”

Del trabajo a domicilio al trabajo en la cooperativa

Para octubre de 2016, unas 13 personas se habían mudado al “polo” llevando con ellos sus máquinas y elementos de trabajo. Inicialmente la mayoría no trasladó la totalidad de sus elementos de trabajo ya que algunos de sus “patrones”, para los cuales continuaban trabajando, no querían que realizaran su trabajo en el espacio del “polo”. Por ello, algunos trabajadores repartían su tiempo de trabajo entre el “polo” y su domicilio para conservar estos encargos.

Desde marzo de ese mismo año la organización del espacio de trabajo se había ido modificando conforme avanzaban las mejoras del lugar y se consolidaban las dinámicas de trabajo de sus nuevos integrantes. A comienzos de año el grupo inicial de trabajadores se había ubicado en la planta alta, un espacio menor que el playón de la planta baja pero que tenía la ventaja de tener un piso de cerámicos y mejor iluminación gracias al ventanal que daba al exterior. Allí fue donde se iniciaron las mejoras en la instalación eléctrica y se colocaron enchufes e iluminación especial sobre cada espacio donde se colocaría una máquina.

Mientras tanto, las mejoras en la planta baja avanzaban. El piso del galpón se niveló y pintó, y se colocaron también enchufes e iluminación. Una vez que estos arreglos estuvieron terminados y dado que nuevos integrantes se mudaron al “polo”, un primer grupo bajó sus máquinas para instalarse en la planta baja. Allí se fueron acomodando Mónica, su hermano Alfonso y su esposa, una conocida del barrio y una sobrina de Ana. Tan solo unas semana después se les uniría Ana. En la planta alta quedaron las parejas de Héctor y Milena, Paula y Raúl. Esta organización del espacio de trabajo, lejos de ser aleatoria, se fue estructurando según grupos familiares. En efecto, exceptuando los trabajos realizados “como cooperativa”, las relaciones familiares atravesaban las formas de producir y la distribución de aquellos trabajos conseguidos de sus anteriores “patrones”. Así, los cortes recibidos se cosían entre parientes. Por supuesto que había excepciones en las que algún otro integrante de la cooperativa momentáneamente sin trabajo realizaba parte de la tarea y obtenía el porcentaje de la paga correspondiente. Esta forma de organización del trabajo al interior de las familias no estaba exenta de tensiones. Así, por ejemplo, en una oportunidad Ana y Mónica tuvieron una fuerte discusión porque Mónica le había entregado parte de un trabajo a un nuevo integrante de la cooperativa en lugar de proponérselo a ella, que era su madre y se encontraba en ese momento sin un trabajo para realizar. Estas tensiones, así como también las que emergieron entre algunos integrantes que tenían vínculos de amistad por fuera de la cooperativa, solían resolverse o más bien matizarse a partir de la intervención y las charlas con los militantes. En numerosas oportunidades compartí charlas en las que los militantes buscaban interesarse por los problemas personales de los trabajadores y mediar con sumo afecto y dedicación en sus peleas.

Pasar a formar parte del “polo” modificó sus formas y condiciones de trabajo en diversos aspectos. Por un lado, mudar sus medios de trabajo y llevar adelante sus actividades laborales allí les permitió mejorar las condiciones de seguridad y disponer de mayor espacio en sus propios domicilios, dos cuestiones que fueron sumamente valoradas. Durante una visita al “polo” de WIEGO - una ONG internacional⁸⁴ - Mónica destacó ante los presentes: "Nuestro objetivo es tener el polo para trabajar y la casa para vivir. Porque estábamos antes muy apretados y nuestros hijos no tenían ni espacio para jugar en nuestras casas". Además, tomando las palabras de Diana expresadas más arriba, señalaban que el trabajo en la cooperativa era “diferente” en la medida que se cuidaba la salud de los trabajadores, por

⁸⁴ WIEGO (Women in Informal Employment: Globalizing y Organizing) es una ONG internacional que busca “el empoderamiento de las mujeres pobres en la economía informal”. Específicamente buscan desarrollar acciones, investigación y propuestas de políticas públicas en todo el mundo. En aquella oportunidad estaban en Buenos Aires haciendo una visita a diversas unidades productivas de la CTEP en virtud de una relación de colaboración de largo tiempo que tienen con el MTE en relación a la organización de las mujeres cartoneras.
Fuente: <http://www.wiego.org/espanol>

ejemplo la vista, habiendo colocado un sistema de iluminación adecuado para cada espacio de trabajo.

Por otro lado, la realización de trabajos en conjunto requirió de la construcción de acuerdos sobre cómo llevarlos adelante y cómo distribuir los ingresos. Mientras los trabajos conseguidos de sus antiguos patrones los realizaban en grupos familiares o compartiéndolos y distribuyendo los ingresos por prenda realizada, los trabajos “de la cooperativa” se organizaron de manera diferente. En primer lugar, parte del pago total se reservaba para un fondo común con el que pagar los servicios, impuestos y mejoras edilicias necesarias en el “polo”. Pero también se requería definir si cada parte del proceso de confección (corte, costura, etc) sería remunerado de igual modo. En este punto se sostuvieron las diferencias de remuneración que regían en los talleres en los que varios de ellos habían trabajado previamente. El corte fue remunerado ligeramente por debajo de la confección por prenda. También se definió remunerar a los ayudantes aunque esto fue objeto de ciertas diferencias. Así, por ejemplo, cuando en septiembre de 2016 se consiguió un trabajo para realizar una importante cantidad de “pecheras”⁸⁵ para el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, Danilo sugirió que requerían de cuatro ayudantes para poder realizar el corte de la tela: “Se necesitan cuatro personas para cortar porque hay que estirar para hacer la encimada y por cómo se maneja esta tela se necesita más gente para ir hasta la punta y que la misma persona no tenga que volver a acomodar”⁸⁶, opinó. Mónica acordó que lo necesitarían, pero enfatizó que el ayudante no podría ganar lo mismo que el que corta. Sin embargo, Ana tenía una visión diferente y manifestó: “Todos vamos a ayudar. Y cuando uno ayuda, ayuda de corazón”. Danilo y Mónica volvieron a enfatizar que toda tarea en el “polo” debía ser remunerada, aun concediendo que tareas de diferente complejidad conllevarían una diferencia de remuneración. Mónica comentó que unos días antes un chico había estado haciendo unas “pecheras” para una movilización en la máquina. Él estaba aprendiendo y Mónica le iba mostrando cómo hacer mejor y más rápido la tarea, con menos desprolijidades en la costura. Sin embargo, le había dado 200 pesos por el día porque consideró que había estado “varias horas”. Si no lo hacía, consideraba que sería muy difícil lograr que nuevos trabajadores se sumen al polo, una preocupación cotidiana que –como veremos más adelante- llevaba meses discutiéndose en las asambleas internas.

⁸⁵ Las “pecheras” son prendas que se colocan sobre el torso por encima de la ropa. Suelen utilizarse en manifestaciones indicando la pertenencia a una organización o movimiento. En este caso se utilizarían para identificar a los censistas frente a los vecinos consignando los organismos públicos y las organizaciones que promovían la realización del censo.

⁸⁶ La tarea del corte de las telas a partir de un molde se realiza sobre una mesa de gran tamaño en la que se superponen numerosas capas de tela prolijamente acomodadas y estiradas para luego pasarle la máquina de corte por encima dibujando la silueta de los moldes. Así, en una sola pasada de la máquina se cortan tantas prendas como capas de tela se hallan colocado.



Trabajadores estampando “parches” que luego se cosieron en camperas para los trabajadores cartoneros. Foto de la autora.

Con el tiempo y gracias a una propuesta de los militantes, estos debates en torno a la organización del trabajo comenzaron a llevarse adelante en una reunión especial para tal fin. En aquellos encuentros participaban todos los trabajadores del “polo” y Gastón, uno de los militantes que mayor tiempo pasaba en el “polo”. Se trataba de reuniones breves, de menos de una hora, para no tomar demasiado tiempo del trabajo. En una de estas reuniones - hacia fines de octubre de 2016 – Gastón insistió con una propuesta que había llevado hacia algunas semanas: definir “responsables de la producción por piso”. Sin embargo, varios estaban más preocupados por saber si los “trabajos de la cooperativa” serían fijos, “si siempre va a haber”, como preguntó Héctor al comienzo de la reunión.

“- No, no. Estas son cosas que aparecen cada tanto y que nos parece que es importante porque deja una buena plata para la caja de la cooperativa. Este laburo son 300 buzos, remeras y mochilitas y deja 30 000 pesos...- respondió Gastón.

- Si, si, es importante pero creo que don Héctor pregunta porque como nos apuran eso nos complica con otros trabajos – aclaró Mónica.

- Ah, sí perfecto, entiendo. Si, tienen razón, la verdad que no está bueno que se tenga que hacer a las apuradas y ahí capaz que el error fue mío o de Danilo, pero a nosotros también nos apuran. Pero ahí lo que necesitamos saber cumpas es que capacidad tenemos de producir los que estamos acá. Está bien que cada uno labore con sus patrones y se vayan conformando grupitos de trabajo que seguro van a ir quedando estos tres, cuatro grupos. Pero tenemos que saber entre todos en qué está laburando cada uno y qué puede hacer. Por eso digo lo de los

responsables por piso, así Danilo o yo podemos hablar con uno o dos y ya saber que laburos podemos agarrar para la coope. Porque si no se puede no lo hacemos, esto se lo podríamos haber mandado a algún grupito más chico. Por ahí incluso podríamos tener un pizarrón para ir anotando en qué están y cuándo lo van a terminar.”

Mónica aprovechó para reclamarle a Gastón que todavía no les habían llevado las etiquetas que debían coser en las prendas que estaban realizando para el Encuentro Mundial de Movimientos Populares (buzos, remeras y mochilas), un trabajo “como cooperativa” que había sido propuesto por el movimiento. Gastón se comprometió a llevárselas cuanto antes. Para los militantes que habían asumido la tarea de impulsar la conformación de los “polos”, militar la *economía popular* implicaba asumir nuevas tareas respecto de las que llevaban adelante en los merenderos y el apoyo escolar. En particular, implicó involucrarse activamente en el proceso productivo. En numerosas ocasiones buscando activamente y proponiendo trabajos para hacer como “cooperativa” – tales como las prendas para el encuentro que se estaba mencionando en aquella reunión-, pero también encargándose de la búsqueda de proveedores y la compra de insumos para llevar adelante estos trabajos. De allí la importancia de estas reuniones semanales en las que podían coordinar esfuerzos y la insistencia de Gastón de definir los “responsables”, para tener interlocutores claros antes de comprometerse tomando encargos. En algunas oportunidades, Danilo también participaba de una parte del proceso de trabajo, sobre todo en la stampa mediante la técnica de la serigrafía. Para él estas intervenciones era muy importantes ya que le preocupaba que el resto de los trabajadores lo vieran como un “patrón”. Tanto Danilo como Gastón se habían ganado el reconocimiento de los trabajadores por su militancia en el barrio, pero también como se ocupaba de remarcar Ana porque eran parte del MTE y ella valoraba enormemente el acompañamiento del movimiento en la *lucha* por la tierra. Sin embargo, tal como enfatizaba Danilo, ese reconocimiento debía ser continuamente construido a partir del trabajo, el esfuerzo y el involucramiento activo en el proyecto del “polo”.

A continuación, Gastón le cedió la palabra nuevamente a Mónica para que les cuente al resto de los compañeros sobre el trabajo que había conseguido. Ella toma la palabra y explica que para esa reunión había invitado a un señor que le había propuesto un trabajo para una fábrica de una marca conocida. Finalmente el hombre no se había podido acercar así que se dispuso a comentar ella misma la información que tenía hasta el momento. Explicó que se trataba de una “fábrica grande” –lo que complació a sus compañeros- y que con el cambio de temporada les llevarían para hacer unas remeras y “camperitas”. La propia empresa se encargaría de llevar los cortes y retirar las prendas terminadas y pagaría en el momento de la entrega del

trabajo terminado. Además de hacerse cargo de arreglar las máquinas en caso de que fuera necesario. Esto último fue particularmente valorado por varios, dado que como explicó Mónica: “muchas veces no se llega no por la culpa del costurero sino de la máquina”. Verónica, sobrina de Ana, comentó que no llevarían pocas prendas, sino en cantidad: entre 1500 y 2000 prendas. Mónica continuó su explicación:

“- Y bueno él vino a ver el taller, estuvo viendo cuantos trabajamos acá y yo le dije que nos interesaba el laburo pero que yo me podía comprometer por mi nada más. Por mí, por mi hermano, mi cuñada, mi mama y mi comadre. Pero no por toda la cooperativa. Por eso yo quería que venga y hable con todos. Es un contrato por un año y ellos necesitan saber quién es cada persona que va a costurar porque pagan un bono y aguinaldo también. Es como estar en blanco con ellos.”

Raúl preguntó si el hombre se “quedaba con algo”, a lo que Mónica respondió que no, que percibe un “sueldo” de la empresa por hacer el trabajo de “buscar talleres”. Gastón opinó con escepticismo que “algo se debía quedar”, pero que parecía “más blanco que todo lo negro que anda dando vueltas por el barrio”. Le preguntó a su vez como había conocido al hombre:

“- Era el patrón de Coco [un vecino que había estado realizando algunos trabajos en la cooperativa durante los días previos]. Pasa que Coco hizo todo mal y le saco el trabajo. Pero había armado un taller con tres costureros para laburar con esta marca.”

Verónica también lo conocía porque según comentó el taller de una señora del barrio en el que ella trabajaba también “costuraba” para ellos. Gastón opinó que hicieran una reunión con todos presentes y hablar previamente con Coco para conocer su opinión sobre el hombre. “Si el tipo garantiza una cantidad de laburo fija y para todos los compañeros yo creo que está bueno y hay que aprovecharlo”, sentenció. Sin embargo, Héctor y Raúl no parecían tan entusiasmados:

“- Yo voy a hablar con el hombre pero no sé porque estos trabajos así se miden con centímetro por ejemplo las costuras de las remeras...- opinó Raúl

- Claro, digamos que esto no es un trabajo para la feria – dijo Mónica.

- No, pero por ahí paga mejor eso hay que ver –opinó Gastón

- Si, puede ser – comentó Héctor sin parecer demasiado entusiasmado- Yo creo que tenemos que hablar pero hay que ver qué nos mandaría porque si nos dice que cada prenda es tanto, pero después nos manda un trabajo muy difícil y no le

podemos cambiar. Digamos, puede ser que tres meses nos mande algo que nos sirve y después muchos trabajos que no.”

En esta reunión se puso en evidencia que tanto el modo de trabajar, como así también las decisiones que afectarían el rumbo de la cooperativa se debían acordar no entre personas como individuos aislados, sino entre grupos familiares. De allí que Mónica planteara que ella solo se podía “comprometer” por su madre, hermano, cuñada y comadre – y no por el conjunto de la cooperativa- frente a aquel potencial empleador. Aquella tarde se expresaron tensiones y diferencia entre las familias (o más bien entre quiénes tomaban la voz en representación: Mónica, Raúl y Héctor), tensiones que también pueden entenderse en relación a las experiencias previas de trabajo y el nivel de dominio del oficio. Raúl se había mostrado dubitativo en la reunión, alegando que eran trabajos más complejos en la medida que exigían mayor precisión que los trabajos que él y su mujer acostumbraban a hacer para la feria. Unas horas más tarde, Mónica me explicaría su posición enfatizando que para ella lo central era la “seguridad” que les daría tener una provisión de trabajo regular. Para ella Raúl no quería aceptarlo porque no quería dejar de trabajar para su patrón aunque le pagara poco, consideraba que con este trabajo “estaría mucho mejor”. Me explicó: “No es más difícil. No es un trabajo para la feria, pero si uno lo hace bien es lo mismo y trabaja más tranquilo, es más seguro, sabés que vas a tener trabajo”. Además, enfatizaba como beneficio extra que la fábrica aportaba todo lo necesario: desde materias primas, hasta los arreglos de las máquinas como comentaban en la reunión. Mónica tenía experiencia previa en este tipo de trabajos más estandarizados y estaba convencida que no era más complejo aunque si había que tener ciertos cuidados: “No es más difícil, claro que no es la feria que si no tenés un hilo justo del color le pones otro y así”. Finalmente este trabajo fue aceptado y se definió que tanto Héctor como Mónica fueran los encargados de controlar la calidad del trabajo desarrollado por los trabajadores menos experimentados.

Frente a tensiones como éstas y al diagnóstico recurrente de varios de que “no estaban unidos”, Ana llamaba a valorar la cooperativa. Así una tarde, mientras nos dirigíamos a hacer unos trámite junto a Milena, Ana le insistió: “Es muy grande la cooperativa Milena, vos tenés que entender que es muy importante porque todos nos ayudamos, nos ayudamos entre nosotros y eso es muy muy importante.” La insistencia de Ana venía a colación de una reciente rifa que habían organizado para juntar dinero para una costosa operación del hijo de Milena. Héctor había donado una máquina para que fuera rifada y todos los trabajadores vendieron los números entre sus vecinos y conocidos. Unas semanas después, la evolución de la salud del niño hizo que la operación para la cual fue recaudado el dinero no fuera necesaria, así que Ana propuso que se le devolviera el dinero a cada comprador: “Así la gente vuelve a

confiar en nosotros. Eso lo tenemos que devolver uno por uno”, insistió. Finalmente eso hicieron y Héctor también pudo conservar su máquina.

Estas formas de “ayudarse” mutuamente que mencionaba Ana habían sido uno de los cambios más significativos de la mudanza a trabajar en un espacio compartido. En efecto, y a pesar de los conflictos y roces personales que existían entre sus miembros, en la cotidianeidad del “polo” se producían prendas de vestir, trabajo y una remuneración económica para sus miembros, pero también formas colectivas de atender a la (re)producción de la vida.

Esto se expresó por un lado en el desarrollo de formas de organización colectiva en el espacio de trabajo. Así, comenzaron haciendo un fondo común para comprar lo necesario para cocinar al mediodía. Incluso, parte de los alimentos los consiguieron a través del Ministerio de Desarrollo Social. Al principio Ana, Mónica y Milena se turnaban como cocineras encargadas. Pero luego de un tiempo, en una reunión definieron establecer una remuneración para quien se encargara de cocinar y luego limpiar el espacio de la cocina ya que esto requería sacar tiempo a la producción en la máquina. Milena fue quien asumió esta tarea que fue remunerada a partir de los ingresos obtenidos de los trabajos “como cooperativa”.

En particular, el cuidado de los hijos cuando salen de la escuela ocupó un rol central. Por un lado, se trataba de una de las preocupaciones principales de aquellos que se acercaban interesados por la posibilidad de trabajar allí. Así, por ejemplo, una tarde se acercó una joven junto a una de las trabajadoras del “polo”. Ambas se conocían porque eran vecinas del barrio Caballero. Quería hablar con Ana porque estaba sin trabajo y le cuenta que tenía problemas para conseguirlo porque tenía que cuidar de sus hijos. Le explica que no puede trabajar de 7 a 7 porque aunque sus hijos vayan doble turno a la escuela los tiene que ir a buscar. Ana le respondió casi inmediatamente: “Bienvenida”, y agregó, “para eso armamos la cooperativa, para trabajar más tranquilos, con más libertad y sin esclavos ni excluidos”. Para estas trabajadoras, el trabajo a domicilio era muchas veces la única salida para poder responder a ambas cuestiones: cumplir con las tareas de cuidado, pero también aportar ingresos para el sustento del núcleo familiar. En el “polo” el cuidado de los hijos había sido una cuestión clave a resolver. Al no poder dejar a los niños al cuidado de alguien – salvo algunas excepciones como Verónica que le pagaba a una inquilina que vivía en su casa para que se los cuiden- los llevaban al “polo” luego de retirarlos de la escuela.

Al cabo de unas semanas, la presencia de los niños en el “polo” generó algunas controversias. Por un lado, algunos de los trabajadores se quejaban de que los niños eran una distracción en la medida que tenían que estar atentos frente a potenciales accidentes. Además, algunos

habían manifestado que los más grandes ocasionaban problemas con los más chicos lo cual también requería de su atención constante para resolver sus peleas. Si bien los trabajadores enfatizaban las incomodidades o riesgos que implicaba durante el proceso de trabajo, para los militantes resolver esa presencia de los niños en el “polo” se tornaba importante como parte del proyecto de construir trabajo con *derechos*. Para Danilo su presencia en el “polo” no sería bien vista en caso de recibir visitas por parte de funcionarios estatales, dadas las denuncias existentes en el sector sobre la existencia de trabajo infantil. Así, para los militantes se trataba de una cuestión central a resolver desde la organización colectiva. En este sentido, definían al cuidado de los hijos durante el horario de trabajo como un “derecho” laboral a ser conquistado desde la organización. Por ello, desde la “rama” del movimiento habían presentado proyectos frente al gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y de la Provincia para la creación de guarderías para los hijos de los trabajadores. En el caso del barrio Laguna, proyectaban construir la guardería en el espacio del centro cultural mejorando y ampliando las instalaciones. Para octubre de 2016, este proyecto no había sido aprobado aún, pero los militantes estaban trabajando activamente en el diseño de una propuesta pedagógica y organizativa para llevar adelante la iniciativa en cuanto fuera aprobada. Además, todos los fines de semana en el centro comunitario se tomaba nota de los interesados y de sus datos de contacto para dimensionar con cuántos niños contarían. Mientras tanto, pusieron en marcha una solución temporaria para quienes estaban trabajando en el “polo”: se destinaron recursos de la cooperativa para contratar a una cuidadora: la “seño” como la llamarían en adelante. Tal como manifestó Milena una tarde, la llegada de la “seño” había representado una notable mejora para las trabajadoras: “Ahora está la seño para cuidar a los chicos y eso es muy importante porque en tu casa con los chicos no te podes concentrar del todo, tenés que cortar el trabajo muy seguido”. La “seño” era militante de Patria Grande zona Sur, pero además, era estudiante de magisterio y su conocimiento se valoró enormemente en términos de las actividades y dinámicas que proponía a los niños cuando estaban bajo su cuidado. Por ello los militantes enfatizaban que el tiempo que pasaban con la “seño” no permitía solamente dejar tranquilos a sus padres mientras trabajaban, sino que también potenciaba su desarrollo. Algunos autoras han llamado la atención sobre el modo en que mujeres de sectores populares desarrollan prácticas colectivas de cuidado a partir de redes de apoyo mutuo e intercambios de favores entre ellas (Fernández Álvarez y Pacífico, 2016, Pacífico, 2017). Las autoras señalan que estas formas de cuidado colectivo constituyen la condición de posibilidad para la participación de mujeres en espacios de militancia, de trabajo o incluso en programas estatales. En este caso, en cambio, el cuidado de los niños fue incorporado al modo en que se pensó la construcción de un espacio de trabajo colectivo y fue politizado colectivamente como producción de *derechos* laborales para los trabajadores del “polo”.

Pero además, las relaciones construidas en el espacio del “polo” también habilitaron el desarrollo de prácticas que trascendieron el espacio laboral, o más bien, articularon el espacio laboral con formas de sostener la vida más allá de él. Por un lado, los trabajadores pusieron en práctica una idea que - según me explicó Ana- tomaron de los integrantes bolivianos con quienes compartían la rama textil del MTE: “la ronda”. Se trataba de una forma de ahorro colectiva que consistía en que cada uno aportaba una cantidad de dinero mensual para un fondo común y cada mes se sorteaba quién recibiría el dinero recaudado. Así, periódicamente cada trabajador recibía una importante suma de dinero que podía utilizar para afrontar gastos que de otro modo le hubiera sido imposible cubrir. Tanto Ana como Milena me comentaron que utilizaron ese dinero para solventar mejoras o ampliaciones en sus casas.

A su vez, el trabajo productivo en el “polo” se articuló con las tareas requeridas para sostener el funcionamiento del centro cultural. En particular, Mónica era la encargada de recibir y controlar la mercadería que llegaba todas las semanas para el merendero del barrio, pero también para otros merenderos de la zona sur de la provincia. Con la ayuda de todos se descargaba la mercadería y luego ella la entregaba a los responsables que la retiraban, consignando todo cuidadosamente en una planilla. Encontrarse en el “polo” también era la ocasión para planificar actividades a desarrollar en centro cultural como el Día del Niño, cuando fundamentalmente las mujeres, organizaban y distribuían cuidadosamente las tareas necesarias como por ejemplo programar qué dulces cocinarían para la ocasión. Tal como me expresó Ana una mañana en el “polo”: “Yo siempre le digo a Danilo que no hay que abandonarlo [al centro comunitario] porque de ahí surgió todo, de ahí nació nuestra cooperativa”.

“No valoran lo que tienen”

Con el tiempo el grupo inicial se amplió y más parientes y vecinos se fueron mudando a trabajar al “polo”. Sin embargo, el “grupo de María” - como usualmente se referían a sus conocidos y paisanos - no había dado todavía el primer paso y esto comenzó a preocupar a quienes ya habían tomado la decisión. Los motivos de esta preocupación se centraban en que siendo pocos trabajadores no podrían realizar trabajos de mayor escala, así como el temor de que no se aprobaran “proyectos” estatales, porque como especuló Mónica un día: “Cuando vienen los del ministerio siempre ven las mismas 6 caras. Si esto es una cooperativa debería haber más gente”.

Hacia mediados de 2016, este se constituyó en el principal tema de debate durante las “asambleas de la cooperativa” que se desarrollaban una vez por mes. Allí se reunían todos

los trabajadores –estén o no trabajando en el “polo”- y los militantes para compartir información y debatir ciertos temas: próximas movilizaciones, trabajos disponibles para realizar, actividades en el centro cultural, inscripciones al Monotributo Social, etc. En particular, el ofrecimiento de trabajos conseguidos por integrantes de la cooperativa se había convertido en el principal instrumento con el que trataban de convencer a los demás de que se mudaran a trabajar al “polo”. La condición era que esos trabajos solo podrían realizarse en el espacio del “polo”. En la asamblea de agosto de 2016, Diana lo explicó en estos términos:

“Todos estos trabajos no son individuales, son trabajos para la cooperativa. Tienen que venir a trabajar acá, la idea es que los compañeros se hagan visibles y ocupen el lugar de la cooperativa porque la cooperativa es de todos. Y los trabajos que se consigan son para los de la cooperativa y a esos precios.”

Una mujer le preguntó qué pasaría en caso de que se muden a trabajar allí con los trabajos individuales que ya tenían. Diana le explicó que los pueden seguir haciendo y que por el momento se estaban haciendo “pruebas piloto” hasta que se puedan conformar grupos de trabajo consolidados: “Por ejemplo, él [señalando a uno de los trabajadores] trabaja con su mujer, Ana con sus dos hijos y así. Depende como se quieran manejar, puedes armar un grupo con los que te llevas bien, traer sus máquinas y ocupar un espacio”, sintetizó.

Sin embargo, nada parecía torcer las voluntades de los trabajadores todavía reticentes. Esto provocó acaloradas discusiones en las que de un lado enfatizaban que “estaban acostumbrados” a estar en sus casas y del otro se esgrimían todo tipo de argumentos a favor de resaltar los beneficios de trabajar en el “polo”: no tenían horarios fijos y podían acomodarse con los chicos o llevarlos para que los cuide la “seño”, la casa “era más grande” desde que habían sacado las máquinas para llevarlas allí, tenían menos preocupaciones a perder su herramienta de trabajo porque tenían seguro y alarma. Danilo solía enfatizar que lo más importante era que “como cooperativa” podrían mejorar los términos de las negociaciones con los “patrones” que les llevaban los cortes: “Uno como grupo mostrando solidez puede pelear las cosas de otro lugar, podemos conseguir otro precio. Además podemos decir hay que pagar alquiler, la luz. De esta manera podemos pelear laburo en mejores condiciones y eso nos beneficia a todos”. Además, enfatizaba que “si la cooperativa levanta, levanta todo. Los que cobran el incentivo, el PTA, lo cobran por la cooperativa, si se cae la cooperativa se cae todo”.

Ana intervino:

“- Tenemos que estar orgullosos porque tener una cooperativa es algo muy importante para nosotros, para nuestro barrio. Porque al tener la cooperativa vamos logrando cada día algo mejor. Sin esta cooperativa no hubiéramos tenido

Monotributo, el incentivo, nada. Piensen que esta cooperativa no es para mí solo, es para todos, es para nuestros hijos el día de mañana que vayan creciendo con otra mentalidad. No que les digamos que tienen que estar solos ahí trabajando en la casa.

- Por supuesto que no se le va a obligar a nadie –agregó Diana- cada uno es libre de hacer lo que quiere o lo que conviene. Pero la idea de la cooperativa también es generar unidad, generar conciencia y compañerismo. No fijarme solamente en mí, en lo que yo puedo hacer o ganar, sino generar unidad. Eso es lo lindo, pero quizás algunos no lo ven así, pero venir acá pasarla bien, esa amistad y compañerismo es lo lindo. Yo creo que la gente no le da el valor que se merece a estar en una cooperativa, tener una cooperativa y más aún los que cobran el incentivo. Para mí es lamentable que no valoren lo que tienen y que siempre se fijen en sí mismos, en si me roban, si me conviene, el precio y que se olvidan de los demás compañeros, de cómo están, que capas necesitan más que otros.”

Su madre, María, había estado callada toda la reunión, observando desde un costado. Finalmente tomó la palabra:

“- Muy buenas noches compañeros, compañeras. Aquí se habló de la cooperativa, del trabajo, todo. Esto no se trata de trabajo solamente y de cómo vamos a hacer. Pero muy claro sabemos que desde que nos inscribimos al Monotributo Social pertenecemos a una cooperativa. Una cooperativa quiere decir que nos cooperaremos, ahora no se trata de trabajo nomás. También se trata de la luz. Mucho de ustedes no saben que están censando en el barrio. Nosotros no sabemos a dónde vamos a ir a reclamar. Y cuando vuelva la luz piensan hemos cortado y volvió la luz. No señor, aquí Ana mi compañera sabe que hemos ido a hablar al municipio ¡Cuántas veces! No es que como cooperativa estamos dejando al barrio de lado. Danilo, ellos, trajeron a los de desarrollo y de las viviendas. Pero ¿Cómo vamos a ir a reclamar por nuestro barrio sin los papeles? Entonces como una cooperativa tenemos que estar unidos. Nos estamos preparando para que no nos echen y que podamos ir y decir mira aquí somos tanta gente. También ellos están trabajando por el barrio, tenemos reuniones, vamos al municipio. Entonces tienen que ponerse la mano al pecho y pensar cómo podemos ayudar. Yo ya me cansé de decirles que tenemos que ir 8 personas al municipio y nadie viene. Ya les dije caminen, pregunten, vengán y pregunten a ellos, avisen a los vecinos. Ellos trabajan por nosotros, por todos, se preocupan Danilo y los chicos de la CTEP.”

-Tenemos que estar aquí procurando todos juntos por nuestro barrio, no tenemos que llegar al punto de que nos corten varios días seguidos. Por eso necesitamos unidad – dijo Ana reafirmando las palabras de María.”

El debate que se produjo en esta asamblea estaba evidenciando las tensiones que emergieron entre los grupos nacionales en la medida que se evidenciaba que “el grupo de María” no quería mudar sus actividades productivas al “polo”. En particular, las intervenciones de Ana, Diana y María ponían en palabras fundamentalmente dos cuestiones. Por un lado, estos argumentos a favor de fortalecer la cooperativa no estaban basados en una noción de “éxito” en términos económicos clásicos- en tanto aumento de la remuneración y ganancia obtenida- sino fundamentalmente en la expectativa de lograr mejoras en el barrio. En este sentido, la realización del censo de barrios populares mencionado durante la asamblea había sido una actividad sumamente significativa. Este censo fue desarrollado por la CTEP, Barrios de Pie, la CCC, y la ONG Techo en convenio con la Jefatura de Gabinete del gobierno nacional. Los propios habitantes de los barrios fueron los encargados de encuestar a sus vecinos y se entregó un Certificado de Vivienda Familiar que fue destacada como un “primer paso hacia la integración urbana de los barrios” y el acceso a los servicios públicos⁸⁷.

Pero además, las tres mujeres apuntaban que la cooperativa no tenía que pensarse como un beneficio “personal”, sino en función de una colectividad que se expresaba bajo la idea “unidad”. Señalaban, cada una en sus propios términos, el deseo de producir unidad entre lo previamente disgregado. Al decir que “no valoran lo que tienen”, Diana oponía muy claramente un argumento económico e individual (“ganaré más dinero”, “tendré mayor seguridad”, etc) a un argumento que considerara el compañerismo, el “pasarla bien” y la “amistad”. Ana, en cambio, hacía énfasis en lo que aquella experiencia de organización implicaba en términos de legado para sus hijos, para que ellos “crezcan con otra mentalidad” en la que se priorice algo más allá del beneficio personal. En esta valoración, María también traía una cuestión que para ella era central: el vínculo con los militantes a quienes veía como parte integrante de la “unidad” a generar en la medida que ellos “trabajaban por nosotros”. En este sentido, Benoît de L’Estoile (2014) llamó la atención sobre la aparente irracionalidad de que los campesinos del nordeste brasileño con quienes trabajó afirmaran que “el dinero es bueno, pero un amigo es mejor”. El autor propone comprender esta afirmación desplazando la mirada de la “economía” como marco de referencia para atender a las expectativas, experiencias y al universo de posibilidades en los cuales las personas crean condiciones para “vivir una buena

⁸⁷ <http://ctepargentina.org/organizaciones-sociales-relevaran-todas-las-villas-asentamientos-del-pais/>
<http://www.telam.com.ar/notas/201705/190009-villas-relevamiento-familias-estado-organizaciones-sociales.html>

vida". En esta dirección, y parafraseando al autor, para algunos de los trabajadores el dinero era bueno, pero la cooperativa era mejor.

Para los militantes y los trabajadores del "polo" estas diferencias que cada vez más se formulaban en términos de dos grupos contrapuestos continuaron siendo objeto de reflexión y debate, tanto en momentos de reunión como privados. Los militantes especularon que en algunos casos la negativa sistemática del "grupo de los bolivianos" debía entenderse en relación a su inserción en la cadena de producción y comercialización de prendas de vestir. Así, Danilo aventuraba que mientras algunos debían tener talleres con empleados a cargo en sus domicilios –situación que no querrían exponer-, otros se dedicaban principalmente a la comercialización en la Salada motivo por el cual solo se habían interesado en la inscripción en el Monotributo Social para evitar los decomisos de mercadería.

Sin embargo, otro modo de entender estas diferencias también fue cobrando fuerza y varios comenzaron a formular este problema en términos de diferencias "culturales". Unos meses después de la asamblea relatada Gonzalo convocó a Ana y a María a una "reunión de referentes" para acordar el temario de la siguiente asamblea. Tiempo antes había habido un importante discusión entre ambas – de la que también participaron sus respectivas hijas – en torno a una máquina que una "paisana" de María había llevado al "polo". Como la mujer finalmente nunca había ido a trabajar allí, los trabajadores del "polo" la arreglaron – era bastante vieja y se notaba que había estado fuera de uso por un tiempo- y se la prestaron a una trabajadora que no tenía su propia máquina. Durante una asamblea María y sus hijas notaron que la máquina había sido usada y eso desató una fuerte discusión entre Mónica y la hija mayor de María. Pero todo empeoró cuando Ana sacó a colación el tema en la asamblea y María se molestó por el hecho de que expusiera el conflicto entre ellas ante todos. En aquella reunión, Gastón comenzó exponiendo el motivo de por qué las convocaba. Explicó que quería que se pusieran de acuerdo sobre los temas que se plantearían en la siguiente asamblea: "Para que no pase lo que pasó la otra vez porque el problema de las máquinas lo tendríamos que haber hablado entre nosotros, no delante de todos los compañeros". María asentía en conformidad, mientras que sus hijas tenían un gesto muy serio. Ana y Mónica escuchaban atentas. María opinó que le parecía muy bien porque si no "la gente después habla y habla por ahí", y que no era necesario hablar con todos problemas que eran entre ellas. Gastón continuó:

"- Si, ahí nos equivocamos nosotros también, que a ver, estamos aprendiendo, probando y seguramente nos volvamos a equivocar de nuevo, pero todo se puede corregir. Pero bueno, respecto de lo que paso nuestra idea no es seguir revolviendo sino que charlemos para solucionar el tema, ponernos de acuerdo y

seguir. Tampoco queremos barrer todo debajo de la alfombra y hacer que no pasó nada. Y ahí Danilo y yo también asumimos nuestra culpa porque lo de las maquinas tendríamos que haberlo hablado, no dar por sentado que se iban a usar o no se iban a usar.

- Está muy bien, ese problema ya ha pasado – dijo María con firmeza- Yo en primer lugar quiero decir que me parece muy importante hacer lo que decía de la multa. Yo sé cómo me manejo con mi gente, con mi colectividad y eso es así muy importante. Al principio yo tenía 10 personas y llegamos a ser muchas más, más de 110 ¿ Por qué? Porque así nos manejábamos. Ellos decían ‘la mayoría manda’ si, la mayoría manda, bueno entonces decíamos esto de multa, o tanto, o menos mercadería. Y así, votábamos y lo que decía la mayoría se hacía. Ana tú te acuerdas los tiempos de –dice un nombre- que marchábamos – Ana asiente- marchábamos porque nos decían que nos iban a dar y yo le hablaba a mi gente y les decía ‘miren a mí me han dicho que nos van a dar, pero esto me han dicho puede ser que me hayan mentido, ¿ vamos?’ y ellos decidían y decían ‘sí, bueno, nos vamos a arriesgar’. Vamos entonces. Y luego nos dieron”, dijo sonriendo pícara.

Ana comentó risueña que a ellos no les dieron nada. María continuó:

“- Pero yo tengo que hablarle así a mi colectividad, yo los conozco, se cómo hay que hablarles, hay que hablar con amor, yo no puedo mentir pero en la asamblea hay que decir las cosas buenas, lo que se ha hecho en el mes y lo que se piensa hacer el mes próximo. No las peleas, así no viene la gente, la gente no quiere escuchar nuestras peleas. Y si no además después todos comentan, no, no. Hay que decir las cosas buenas. Y me siguen porque yo les hablo así, yo los conozco.”

Luego contó de sus tiempos en Bolivia, donde ella era militante para otra “referente”. Relató que así se hacían también las cosas allá, que a veces los políticos mienten y la gente lo sabe, está acostumbrada, pero igual ellos deciden. Enfatizó que había que hablar con “amor”, no exponiendo los conflictos entre ellos mismos. Finalmente dijo: “Esta es nuestra costumbre, nuestra cultura, nosotros nos hablamos así, hay que saber cómo hablarle a la gente”.

“- Bueno, está claro que acá hay distintos modos de hacer las cosas –interrumpió Gastón- dos culturas, probablemente tres porque nosotros también hacemos las cosas distintas y nos equivocamos. Las compañeras estuvieron mal, respondieron mal, pero hay que hacer un esfuerzo para entendernos, para comunicarnos y llevarnos bien.

- Si, nosotros somos así también- opinó Mónica- Acá nos hemos peleado y nos hemos gritado pero nadie se ofendió, hacemos así, es nuestra cultura.

- Acá ustedes- dijo María mirando a Gastón - han hecho mucho por el barrio y yo lo sé eso. Por eso no voy a decirle a la gente no que venga. Yo no puedo venir ahora pero les he dicho que ellos tienen que venir a trabajar.

- Nosotros nos dimos cuenta que los compañeros de la comunidad boliviana no van a venir – opinó Gastón sincerándose- Evidentemente no les sirve venir, porque son feriantes por ejemplo, pero les sirve tener el Monotributo porque les da cierta seguridad. Y está bien, no queremos convencer a nadie de que haga algo que no le sirve, queremos transformar una realidad más amplia para todos, por eso tenemos que pensar más allá de este polo. Tenemos que pensar que tenemos que hacer 100, 200 polos, y que con los compañeros que no les sirve venir a un polo igual hay que laburar y encontrarle la vuelta para estar unidos.”

Diana, hija de María, retomó la pelea por la máquina enfatizando que luego de eso les gritaron y “los echaron” porque corrieron la máquina en cuestión hacia un rincón oscuro del “polo”. Enfatizó: “No podemos permitir que eche a nuestra gente, a nuestra colectividad”. Su hermana aclaró que la mujer que preguntó por la máquina tenía intención de ir a trabajar al “polo”, pero que luego de la discusión ya no quería ir. Diana insistió que ellas nunca hubiesen tocado la máquina de otro “por respeto”: “Incluso en nuestra casa no tocamos las cosas de la otra, así nos manejamos. Hay mucho respeto, nuestra comunidad es así, incluso en la feria hay mucho respeto de cuidarse unos a otros, de cuidar el lugar del otro aunque uno falte”, sentenció. Ana le respondió con seguridad: “Una cosa es en tu casa con tus cosas, tus cremas y eso, pero esto es una cooperativa y las máquinas son para trabajar”. Finalmente María intervino para zanjar la discusión afirmando: “Ha habido un problema pero eso ya está, mis hijas respondieron mal y Mónica aquí sabe que también, pero ya ha pasado”.

Algunos estudios analizaron las relaciones interétnicas del sector mostrando la construcción de estereotipos racializados y su vinculación con la estructuración jerárquica de la industria y las desigualdades de clase entre los grupos migrantes de diferente procedencia (Kim, 2014). De manera similar, Montero (2014) señaló la operatoria de estereotipos y argumentos basados en “costumbres culturales” en los discursos esbozados por los empresarios de la moda para justificar la explotación de trabajadores/as migrantes en los talleres. En este caso, estas construcciones operaban entre los propios trabajadores y vecinos. Así, circulaban acusaciones morales tales como que los paraguayos eran más “vagos”, que los bolivianos

eran más propensos a conformar talleres para “explotar” a otros, que “hay gente acostumbrada a vivir de planes”.

En aquella reunión, tanto Gastón como Ana y María recurrían a argumentos basados en la “cultura” de cada grupo. En particular, María había desplegado una particular forma de construirse como “referente” de su “comunidad” apelando a modos específicos de hacer, de hablar, de relacionarse, pero también de organizarse políticamente. Brenda Canelo (2013) analizó las prácticas de referentes de comunidades migrantes proponiendo la categoría de “prácticas de comunalización” en tanto intentos de crear comunidad e identificaciones compartidas a partir de valores comunes, pero también como forma de constituirse en interlocutores legítimos de estas comunidades frente al Estado. En este caso, el modo en que María se construía como referente de su comunidad apelando a un sentido y modos de hacer comunitarios no era frente al Estado, sino frente a quienes identificaba como parte de una comunidad diferente: los trabajadores paraguayos. Pero además, esta construcción no expresaba una noción esencialista, sino que el sentido de lo comunitario y de los modos de hacer que lo caracterizaban se presentaba a partir del relato de formas de organizarse que se habían desarrollado aquí, en el país de destino, y estrechamente vinculadas a las tramas políticas locales en el conurbano bonaerense.

Finalmente, el “grupo de María” nunca se mudó y los militantes comenzaron a trabajar con ella en la idea de conformar otro “polo” en el barrio. Se trataba del fin de una proyección que Danilo me había comentado varias veces: el “éxito” que hubiese representado el hecho de poder superar estas tensiones y armar un “polo” que reuniera a bolivianos y paraguayos por igual. A pesar de ello, las problemáticas asociadas al “barrio” – la regularización de la tenencia de la tierra, la provisión de servicios públicos y la “seguridad”- terminaron constituyéndose como el eje de debate en las asambleas mensuales que continuaron reuniendo a los miembros de ambas colectividades de todos modos.

III. CONCLUSIONES

En este capítulo analicé el proceso de organización y la trama de relaciones que dio vida a la Cooperativa Textil Laguna y al movimiento que buscaría garantizar *derechos* y mejores condiciones de labor para los trabajadores de la confección. Mostré el modo en que las cooperativas capturaron la imaginación de militantes y trabajadores, pasando a ser parte del universo de posibilidades para estas personas. A su vez, la construcción de un espacio colectivo de producción y trabajo, así como también una forma de organización gremial de los trabajadores del sector se apoyó en y buscó transformar las experiencias previas y

condiciones de estos trabajadores. En este sentido, esta construcción se apoyó en redes y trayectorias migratorias, relaciones familiares y de vecindad que al tiempo que constituían un recurso capitalizable para las cadenas de producción en la industria textil, se convirtieron también en condición de posibilidad para el desarrollo de un proyecto colectivo de producción de *derechos*. En este sentido, tal como ha señalado Verónica Gago (2014) estas relaciones y experiencias previas – a los que la autora conceptualiza como “lo comunitario”- son ambiguas y tienen una doble faz: por un lado, operan como vehículo de explotación de los trabajadores, y por el otro, constituyen un potencial recurso para su auto organización. En este capítulo mostré la centralidad que tuvieron las relaciones construidas con los militantes del movimiento para procesar dicha ambigüedad y convertir esos vínculos previos en la base de una organización productiva y gremial. Así mostré los cambios en las prácticas cotidianas y formas de organización tanto para militantes como para trabajadores señalando que quienes conformaron el nuevo “polo” debieron lidiar - y hacer con - relaciones familiares y de vecindad, formas de organización del trabajo dependiente para un patrón y tensiones entre parientes, familias y comunidades nacionales para producir nuevas formas de “hacer juntos/as”.

Por último, destacué el modo en que esta particular forma de organización gremial articuló prácticas de militancia, trabajo productivo y el desarrollo de formas colectivas de cuidado y de (re)producción de la vida en un sentido amplio. En este sentido, la producción de una forma colectiva para garantizar el cuidado del hijos durante el horario laboral, así como también otras formas de ayuda mutua (tales como la “ronda” o la realización de rifas) y las formas de construcción y disputa por mejoras en el “barrio” fueron sumamente valoradas. En este sentido, mostré que el valor asociado a -y producido por- la cooperativa no estaba centrado exclusivamente en el trabajo, sino que ésta era descrita como una forma de organización que trascendía el trabajo y lo productivo.

CAPÍTULO 4. EL TRABAJO COMO HERRAMIENTA DE LUCHA: PRODUCCIÓN DE VALOR(ES) EN LA ECONOMÍA POPULAR

Sobre la calle Suarez, a escasos metros de la Avenida Almirante Brown, se encuentra uno de los espacios centrales donde funciona la organización Los Pibes: la Unidad de Producción Social. Cotidianamente se la denomina “la fábrica” haciendo alusión a su función original de fábrica de motores navales y al sentido que le dieron como “fábrica de trabajo” cuando mudaron sus actividades allí. Desde el año 2003, Los Pibes había puesto en marcha diversos “emprendimientos” productivos a partir de la presentación de “proyectos” y la gestión de recursos provenientes de diversos programas estatales. Los primeros estaban destinados a la producción de panadería, textil, gráfica y serigrafía. Tiempo después alquilaron este edificio para poder desarrollar estas actividades⁸⁸.

El hecho de sumar el desarrollo de los “emprendimientos” al sostenimiento del comedor también se plasmó en un cambio de nombre de Comedor Infantil Los Pibes a Organización Social y Política Los Pibes. Sin embargo, el conjunto de estas actividades convivían tensamente en “la fábrica”. En efecto, la historia común de quienes integran esta organización - parte de la cual desarrollé en el capítulo 1- se plasmó en la forma y las prácticas que se desarrollaban en este espacio central. Para el año 2013, cuando lo visité por primera vez, allí se recibían alimentos y se organizaba el reparto mensual de mercadería. Todos los mediodías el equipo de “política alimentaria” se encargaba de cocinar para los presentes. En el mismo edificio funcionaba una cooperativa de producción textil en la planta baja y la FM Riachuelo en la planta alta. Además, se realizaban actividades de apoyo escolar, clases de boxeo y una serie de cursos de formación para el empleo en conjunto con el MTEYSS.

Esta multiplicidad de usos del espacio y de actividades que se desarrollaban en “la fábrica” se vinculan con la trayectoria de esta organización que nació como un comedor y se sostuvo como un espacio comunitario durante los años. Dichos usos expresaban formas de producir lo “común” (*commoning*) – tomando los términos propuestos por Silvia Federici (2013)- en tanto formas distintivas y creativas de colectivizar la reproducción de la vida que desarrollaron numerosas organizaciones populares en Latinoamérica y que persisten hasta el día de hoy. En este capítulo quiero centrarme en los cambios que implicó en las formas y dinámicas de

⁸⁸En el año 2009, tras varios años de alquiler, compraron este edificio a través de un subsidio otorgado por el INAES.

organización la apuesta por la creación de cooperativas o “emprendimientos” de la *economía popular* a partir de la incorporación de Los Pibes a la CTEP.

Una serie de estudios analizaron la creación de experiencias productivas o de trabajo por parte de organizaciones o movimientos sociales. Como señalé en la introducción, en esta literatura se destacaron aquellas iniciativas que se desarrollaron a partir de la implementación del Plan Nacional de Desarrollo Local y Economía Social “Manos a la Obra” en el 2003 y posteriormente del Programa Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja” en el año 2009. En esta dirección, Ana Dinerstein sostuvo que dichos programas transformaron las nociones de “trabajo digno” propuestas por los movimientos de trabajadores desocupados en “trabajo decente y cooperativo” institucionalizando sus prácticas imaginativas (2014: 116). Otros autores analizaron los sentidos que estos programas tuvieron para sus destinatarios enfatizando los cambios que supusieron en relación a los programas de contraprestación laboral previos (Hopp, 2015). A partir del análisis de una cooperativa textil creada por un movimiento, Pía Rius sostuvo que las concepciones de trabajo como “trabajo sin patrón, respetado, bancado” permiten poner en cuestión la distinción entre “profesionales de la protesta” y “miembros beneficiarios” asumida por las teorías de la acción colectiva (2011: 281), a pesar de las tensiones emergentes en función de los diversos niveles de conocimiento del oficio, trayectorias de vida o edades (2016). Por su parte, Felisa Cura analizó la conformación de cooperativas en organizaciones sociales como el resultado de procesos históricos, políticos y sociales en los que confluyeron iniciativas estatales, formas de acción de las organizaciones y las trayectorias de las personas que las constituyeron (2015).

En este capítulo quiero aportar a estos debates desde un ángulo distinto. El foco estará en interrogar cómo se produce economía y trabajo desde estas experiencias destacando que los modos en que las personas se ganan la vida no se centran en una única intencionalidad (la ganancia) o un único tipo de valoración (el cálculo) (Narotzky y Besnier, 2014). Para ello recupero recientes estudios etnográficos que han puesto en cuestión que el mercado sea el único árbitro y productor de valor (Collins, 2017). En particular, retomando el trabajo de David Graeber (2013) entiendo al valor no solo como valor económico y remuneración en los términos en los que usualmente se lo considera, sino como producción de proyectos significativos para las personas. Partiendo de una concepción amplia del trabajo como actividad creativa que implica la producción de los medios materiales de vida y, al mismo tiempo, la producción de relaciones sociales intento poner de relieve las múltiples formas de valor que atraviesan y son significativas en este universo etnográfico y las tensiones que emergieron en el proceso de definir una forma “propia” de construir iniciativas de la *economía popular* en el marco de una organización política.

En este sentido, considero que las reflexiones de D. Graeber (2013) sobre el valor aportan claves de análisis que pueden contribuir a la conceptualización de las prácticas políticas y de trabajo colectivas como modos de “hacer juntos/as” (Fernández Álvarez, 2011). En discusión con la teoría de los campos de Bourdieu, Graeber sostuvo que la política no se trata únicamente de la acumulación de valor – o de capitales en términos de Bourdieu- sino de definir qué es el valor y cómo se vinculan diferentes formas del valor (el honor, el capital, etc) en relación a las arenas imaginarias dentro de las cuales se realizan estos valores. Esta propuesta invita a considerar las múltiples formas de valor existentes mostrando que la *economía popular* no solo produce valor en términos monetarios, sino también *derechos*, formas colectivas de (re)producción de la vida, conciencia de la necesidad de una transformación social, o un servicio para los sectores populares.

En un primer momento, me refiero a los debates que la apuesta por crear “emprendimientos” o cooperativas de la *economía popular* implicó al nivel de la organización, focalizando en cómo se modificaron las formas de incorporación de nuevos militantes. En un segundo momento, me detengo en el proceso que buscó convertir en un “emprendimiento” de la *economía popular* a una de las “áreas políticas” de la organización: la FM Riachuelo. Primero me centro en una reconstrucción de la cotidianeidad de este espacio y de quienes lo llevaron adelante, dando cuenta de las relaciones familiares, afectivas, de contención y cuidado que lo caracterizaron. Analizo el modo en que se construyeron acuerdos y reglas colectivas en torno a su organización cotidiana. Sostengo que la forma en que se llevó adelante la distribución de los ingresos requirió la objetivación de la práctica cotidiana anclada en la construcción creativa de criterios y definiciones en torno a lo “justo” y la “justicia”. Dichos criterios antes que expresar una única forma de cálculo, fueron el producto de la consideración de una multiplicidad de valores. Asimismo, esta construcción recuperó lenguajes y modos de hacer aprendidos en la trayectoria de la organización resignificados como modos de valorizar – y en ocasiones cuantificar - la productividad económica y política de esta experiencia colectiva. En este proceso, los integrantes de la cooperativa pusieron en cuestión las fronteras entre producción y reproducción, incorporando en tanto valor las formas colectivas de (re)producción de la vida construidas en la historia de la organización.

I. “EL COMEDOR NACIÓ PARA DESAPARECER”

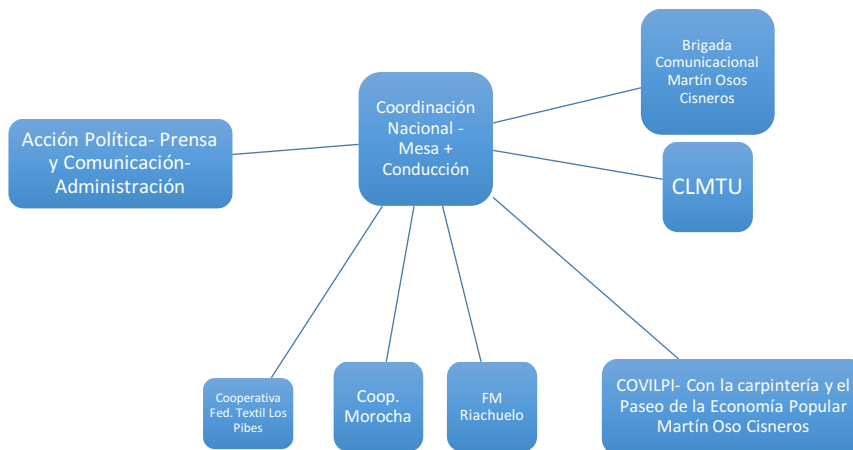
En el año 2013 Los Pibes se incorporó como organización a la CTEP. Esa incorporación quedó ratificada con la participación en la movilización del 1 de mayo de ese año que la CTEP realizó al MTEYSS. Por aquel entonces, Lito Borello, coordinador de la organización Los

Pibes, solía señalar que la CTEP era la experiencia más importante que en ese momento estaban construyendo las organizaciones “que venimos de los 90” y por eso consideraba que ese era el espacio en el que debían construir políticamente. Pero, además, implicaba un “salto”, como solía afirmar. En una reunión en febrero de 2014, explicó lo que a sus ojos era la potencia de este espacio en los siguientes términos:

“Es una propuesta de sindicalización, lo que se busca es darle una estructura gremial pero no por rama de industria como se hizo clásicamente, sino aglutinando a los trabajadores de la *economía popular*, que somos nosotros, los trabajadores de las cooperativas, de los planes. Esto es muy importante porque están trabajando en darle un reconocimiento legal como tal en el Ministerio, y yo creo que eventualmente van a encontrar el modo y el formato para hacerlo, y eso a nosotros nos da el derecho de sentarnos en determinados lugares, de salir de las políticas asistenciales y dar un salto para sentarnos en la mesa de las políticas económicas, en las paritarias de la *economía popular*...”

Por aquel entonces, tanto en las reuniones generales de la organización -las reuniones denominadas de “mesa política”⁸⁹- , como al interior de cada *área política* o *herramienta* - como solían denominarlas indistintamente- se produjeron una serie de debates en torno a cómo consolidar su forma de organización como iniciativas y espacios de trabajo de la *economía popular*, una cuestión que aparecía indisolublemente vinculada a la conformación de cooperativas. En diciembre de ese mismo año, durante las jornadas de conmemoración del 19 y 20 de diciembre de 2001, se desarrollaron una serie de encuentros de debate y reflexión en los que tanto el coordinador general de la organización como los militantes expusieron sus visiones y expectativas en torno a cómo deberían organizarse en adelante. En la tarde del 19 nos reunimos en el patio trasero de la COVILPI y en el centro de un amplio semicírculo se ubicó Lito Borello junto a un papelógrafo que dominaría la atención durante su exposición. Allí se expresaba un gráfico de las “áreas” o “herramientas” de la organización unidas por flechas:

⁸⁹ Se trata de reuniones de frecuencia semanal en la que se llevan adelante debates políticos de coyuntura y se toman decisiones “operativas” respecto del funcionamiento de la organización. Asisten de manera obligatoria el coordinador general de la organización y representantes de cada uno de los equipos o *herramientas*, pero también se encuentran abiertas para todos los integrantes de la organización que deseen participar.



Lito comenzó la jornada con una reflexión en torno al sentido que el 19 y 20 de diciembre tenían para la organización y pidió a un compañero que leyera el documento que habían elaborado para conmemorar las acciones y sucesos del 2001. Luego, habiéndonos llamado la atención sobre el esquema cuidadosamente dibujado, dedicó buena parte de sus palabras a explicar lo que habían intentado plasmar en aquel gráfico. Señalando los 4 recuadros inferiores del gráfico enfatizó que se trataba de cada una de las “herramientas” centrales de la organización y puntualizó el “eje reivindicativo” de cada una de ellas: la COVILPI y el Paseo de la Economía Popular Martín Oso Cisneros llevarían adelante la lucha por la “vivienda social y la ciudad que queremos”, la FM Riachuelo aportaría a la construcción de una “comunicación popular”, la Cooperativa Textil Federal Los Pibes a la generación de trabajo y la Cooperativa Morocha sería un emprendimiento gastronómico que se presentó como “una reformulación del área de política alimentaria en un sentido que busca despegarse del asistencialismo”. En relación a ésta última, hacia un año que quienes participaban del área de política alimentaria y se desempeñaban en la cocina de la organización estaban llevando adelante un buffet en una escuela del barrio. La cooperativa Morocha buscaba formalizar esta actividad – cuya licitación se había ganado como asociación civil- y emprender nuevas líneas de trabajo vendiendo comida para eventos y actividades especiales.

Luego explicó que la idea era que las 4 “herramientas” “ganen autonomía en su funcionamiento”. Esto implicaba según sus palabras no que fueran “independientes” – tal como lo indicaban gráficamente las flechas que las unían a la “mesa” y a la “conducción” – pero sí que fueran “autónomas” y sentenció:

“No tienen que venir a la organización central buscando que le solucione los problemas. Esta forma de paternalismo con la que venimos funcionando se tiene

que terminar, cada área y los que la integran tienen que asumir la responsabilidad y el compromiso de hacerla funcionar, de tomar decisiones y hacerlas”

Carolina levantó la mano para pedir la palabra:

“- Yo en relación a la radio lo que quisiera contarles es que estamos en un proceso bastante avanzado de cooperativizarnos. Es verdad que por ahora lo que viene funcionando es la FM más que nada, pero la idea es que esta batalla cultural y los ejes de producción de contenidos se den como cooperativa, generando puestos de laburo para los compañeros.”

Luego de un breve silencio, Carlos – uno de los integrantes “históricos” y cooperativista de COVILPI- se levantó, se acomodó contra una pared y habló desde el fondo con una voz fuerte:

“- Necesitamos que las herramientas generen laburo para los compañeros. El tema también está en que en la COVILPI el problema no se termina con la escritura porque después hay que pagar el crédito y entonces los compañeros que no tienen laburo o que ya no están tan bien necesitamos que por ejemplo no sé, la textil sea una fuente de laburo para esos 6 o 7 compañeros. Y que si hay que hacer un curso para entrar bueno, que lo hagan pero que los cursos no sean unos tres meses de venir así nomás y después se van, hay que poner interés compañeros, formarse y después laburar.

- Coincido con Carlos plenamente- dijo Lisandro- Esta es una organización que busca hacer la revolución, y la revolución se hace en la acción, desde la praxis ¿no? Si no somos la revolución desde el discurso nada más. Necesitamos compromiso, compañeros. Y agrego también que necesitamos incorporar más compañeros para la etapa que viene...yo incluso con el emprendimiento de la carpintería [una de los emprendimientos más recientes que estaban impulsando] tenía mis dudas porque muchos no eran gente de la organización, qué sé yo, pensaba ‘bueno, pero si no sos cabeza de familia ni nada cómo hacemos’. Pero bueno, en realidad eran un grupo que tenía mucho interés y ya están laburando y eso está muy bueno. Porque así también vamos sumando.”

En aquella reunión, la generación de trabajo en la organización comenzaba a plantearse como una apuesta política que permitiría la incorporación de nuevos integrantes. Expresaba una apuesta hacia el futuro que involucraba una evaluación de la coyuntura presente, pero que también recuperaba una trayectoria más larga de acción y reflexión política. En una reunión posterior en abril de 2014, Lito lo explicaba en estos términos:

“Lo importante es que recordemos que las herramientas están al servicio de una política y actualmente nos falta pensar cuál es la herramienta que necesitamos para este contexto, para lo que queremos hacer hacia adelante. Porque en un momento la herramienta fue el comedor infantil, pero no lo hacíamos solo por repartir comida, no, esa herramienta estaba al servicio de una lucha, de una política. Por eso decimos que lo importante no es el eje de trabajo o de vivienda, sino que son excusas para desplegar una política. Por ejemplo, las cooperativas en los 90 eran mala palabra, se habían usado por todos lados para cagar a la gente. En el interior está lleno de cooperativas de servicios de electricidad que son empresas disfrazadas, les conviene porque les sale más barato. Ahora nosotros usamos las cooperativas para nuestra política y en eso tenemos que superar al cooperativismo tradicional (...) Los que caben en este sistema que se dirime entre un proyecto de vida y uno de muerte son cada vez menos. Y otra vez ya están yendo contra nuestros pibes. La estrategia actual es “te mato de hambre” y listo. Entonces esto lo tenemos que tener claro porque de nuevo, el eje de vivienda, de trabajo, son excusas para luchar y es en la lucha y la organización que nos hacemos. Se acuerdan que decíamos, en el comedor uno no se llena la panza, sino que recupera su dignidad, con el comedor como herramienta conquistamos la posibilidad de soñar. Y además nos dimos cuenta que la pobreza no era nuestra culpa, o culpa de un designio divino que no podíamos cambiar. Entonces decíamos ‘acá no se discute la necesidad, todos necesitamos, acá venimos a laburar, no venimos a agachar la cabeza, sino a recuperar la dignidad’. Entonces los ejes convocantes siempre van atados a una política. No son problemas económicos, de aritmética. Por ejemplo, para lograr la vivienda social no se necesita un gran arquitecto o un urbanista, se necesitan organizaciones que den la pelea. Sin poder popular no llegamos a ningún lado, sin poder popular no alcanza ningún gobierno para tomar decisiones”.

Lito estaba expresando una mirada, o un énfasis distinto sobre la cuestión respecto de Carlos. Cuando Lito se refería a que el trabajo era una “excusa” o que debían “trascender el cooperativismo tradicional” estaba explicitando – en el último caso por la negativa- el modo en que desde este espacio de organización política se entendía el trabajo. En este sentido, desde la óptica de quienes integran Los Pibes, estos emprendimientos fueron impulsados a partir de la “lucha en las calles” y la participación del “sujeto emergente” que desde los años 90’ se opuso, resistió y luchó contra las políticas neoliberales. De allí que el trabajo en la organización se enmarcaba en un proyecto colectivo que le daba sentido: la producción y la militancia constituían aspectos indisociables en la cotidianeidad de este espacio. La noción

de “herramienta” utilizada para referirse a cada una de las cooperativas o áreas de trabajo condensaba esta articulación. Desde una lógica de prefiguración, la forma de organización de cada “herramienta” respondía a la voluntad de “desplegar” la política propuesta por la organización para cada uno de los problemas que los emprendimientos buscaban resolver. En otras palabras, cada herramienta expresaba y comunicaba el modo específico en que consideraban que debe afrontarse cada problemática desde la “organización popular” y demandando para ello recursos del Estado: ya sea la vivienda social, la comunicación, el trabajo o las necesidades alimentarias de la población.

Pero además, para los coordinadores⁹⁰ esta transformación hacia la puesta en marcha de “emprendimientos” productivos que generarían trabajo representaba un salto cualitativo en relación a la “práctica asistencial de un comedorcito”. De allí que en numerosas asambleas y reuniones haya escuchado tanto a los coordinadores como a los integrantes “históricos”⁹¹ de la organización afirmar: “siempre dijimos que el comedor nació para desaparecer”. En este sentido, como mencioné más arriba evaluaban que la CTEP representaba un “avance” o “salto” en la lucha de las organizaciones populares en la medida que su reconocimiento como *sindicato* les permitiría negociar con el Estado en términos de políticas económicas y no ya “asistenciales”.

Estos debates explicitados en las asambleas conllevaban a su vez una serie de modificaciones en las prácticas cotidianas, en las dinámicas y formas de organización. En primer lugar, se modificó el modo en que se llevaba a la práctica la organización cotidiana y la articulación de cada área. Como se explicaba en la reunión mencionada más arriba, esta reorganización implicaba que las “herramientas” debían ser “autónomas” en su funcionamiento cotidiano, en la toma de decisiones y en la búsqueda de recursos para su sostenibilidad. A su vez, cada “herramienta” colaboraría con el sostenimiento de la organización central y los espacios comunes mediante aportes mensuales.

En segundo lugar, lentamente se fue modificando el modo en que se incorporaron nuevos integrantes a la organización. Esto se expresó en la manera en que implementaron los “criterios de justicia” para los repartos de mercadería en el nuevo contexto. Como desarrollé en el capítulo 1, en los comienzos de la organización estos criterios eran calculados por el área de administración de la organización y se otorgaba un puntaje solo a la “cabeza de familia” – ya sean hombres o mujeres- aun cuando su núcleo familiar asociado también participaba de la organización, centralmente de las movilizaciones. En efecto, las relaciones familiares habían tenido una gran centralidad en los modos en que diferentes personas se

⁹⁰ En Los Pibes los coordinadores son los militantes encargados de cada “área” de la organización.

⁹¹ Con esta expresión se refieren a aquellas personas que estuvieron en la organización desde sus primeros años.

fueron incorporando a la organización. Así, muchos de los integrantes “históricos” de la organización están unidos por vínculos de parentesco y son hermanos, parejas, hijos y parientes políticos participan cotidianamente de la organización al día de hoy. En aquel momento, en cambio, estaba primando otro modo de considerar y agrupar a cada integrante de la organización: no ya por familia, sino por “área”. En este sentido, se definió que cada “área” o “herramienta” fuera la que estableciera dichos puntajes que luego se transmitían al área de administración en una reunión específica a tal fin. Esto permitió que cada área puntuara también –y por lo tanto que fueran incorporados al reparto de alimentos- a nuevos militantes que se habían incorporado bajo nuevas modalidades y no ya como “cabeza de familia”.

Sin embargo, estas transformaciones no estaba exentas de tensiones y desacuerdos. Desde la perspectiva de los coordinadores, algunos de los integrantes de la organización aún se contentaban con tener una organización que “gestione la asistencia del estado”. Estas tensiones se expresaron en el modo en que algunos entendían el establecimiento de los “criterios de justicia” manifestando en ocasiones que lo “injusto” en su operatoria era que algunos recibieran menos mercadería que otros. Así por ejemplo, en una de dichas reuniones de “criterio” se produjo un breve debate en torno a que la cooperativa textil había determinado un bajo puntaje para todos sus integrantes. El encargado de leer dichos puntajes explicó que para él y para otros de los chicos que acaban de ingresar era importante la “evaluación”, pero que no querían recibir más mercadería porque “con la que recibimos estamos bien, no necesitamos más”. Uno de los integrantes “históricos” de la organización opinó que no le parecía “justo” porque “al final los que no laburan se llevan más que los otros”. Carolina pidió la palabra y sentenció:

“Hay una cosa que me parece fundamental que es que el tema central en esta discusión de los criterios no es la mercadería, eso hacíamos hace 10 años y por suerte ya no somos la misma organización que hace 10 años. Acá no estamos discutiendo por el bolsón, lo importante es la autoevaluación que cada uno puede hacer y la evaluación que nos hacen los compañeros, porque uno necesita estas evaluaciones para levantarse cada día y seguir viniendo, seguir luchando y para ser cada vez mejor militante. Y esto tiene que estar claro, que evaluar bajo a un compañero es decirle ‘cumpa vos podés ser mejor’, no que va a recibir menos en el reparto, aunque sea así, pero eso no es lo central. El tiempo pasó, así que no podemos seguir con lo mismo.”

Su intervención resaltaba dos apreciaciones. Por un lado, su desacuerdo con el hecho de que el grupo hubiese establecido un mismo puntaje para todos sin darse el tiempo de discutir

colectivamente sobre el desempeño individual y colectivo. Y por el otro, marcaba que evaluar la “justicia” o “injusticia” de ese puntaje establecido no podía vincularse directamente a la cantidad de mercadería recibida. Este era el nudo central de por qué los coordinadores solían evaluar que algunos integrantes “todavía se contentaban con un comedorcito que distribuye mercadería” y que por lo tanto preferían una organización “asistencial”.

En síntesis, el tránsito a asumir como proyecto político la generación de trabajo en la *economía popular* implicó cambios y continuidades en las dinámicas y formas de organización. Por un lado, se trataba de una apuesta que Los Pibes venían desarrollando desde hacía muchos años con la puesta en marcha de sus primeros “emprendimientos” y su histórica consigna de “recuperar la cultura del trabajo”. Sin embargo, la nueva coyuntura le imprimía a esta apuesta una dimensión diferente. Por un lado, las políticas públicas implementadas para promover el sector de la “economía social” y el trabajo asociativo permitían proyectar la consolidación de este camino de construcción política. Pero a su vez, la incorporación a la CTEP y las demandas impulsadas en conjunto reforzaban la idea de que sería posible consolidar los “emprendimientos” y generar trabajo “digno”, superando las lógicas que identificaban como “asistenciales”.

A continuación quiero detenerme en cómo se dio este proceso de transformar las “áreas” en “emprendimientos” de la *economía popular* – y las tensiones emergentes- al interior de una de las “herramientas” de la organización Los Pibes.

II. LA FM RIACHUELO: LA “BATALLA CULTURAL”

La FM Riachuelo no fue una excepción a estos debates internos de la organización. El proyecto de construir esta emisora surgió en el año 2009 al calor de la participación de Los Pibes en actividades y debates que se venían dando respecto de la necesidad de la sanción de una nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual y del rol que tendrían las experiencias de comunicación popular en el nuevo escenario. Convocados por un ex secretario de prensa de la FTV, Los Pibes participó de un espacio de articulación junto a medios comunitarios, pequeños medios comerciales, ONGs, organismos de derechos humanos, académicos, abogados y sindicatos, que se conoció como la Coalición por una Radiodifusión Democrática. La Coalición llevo adelante una fuerte movilización por la sanción de una nueva ley de radiodifusión que reconozca a las emisoras comunitarias y populares como prestadoras de un “servicio” que garantiza el “derecho a la comunicación”. Este proceso

de organización y formulación de demandas condujo a la sanción de la Ley 26.522 de Servicios de Comunicación Audiovisual el 10 de octubre de 2009⁹².

Los primeros pasos hacia la creación de una emisora propia fueron conseguir los equipos y el financiamiento necesarios. Para ello contaron con un proyecto del Ministerio de Desarrollo Social. Y en segundo lugar, un pequeño grupo de quienes pasarían a integrar la radio completaron un curso de operación técnica a cargo de militantes de una radio comunitaria cercana ubicada en el vecino barrio de Barracas. Finalmente la radio fue inaugurada en el 2011 como una herramienta desde la cual dar “la batalla cultural”, pero en aquel entonces aún no tenían la idea de constituirse como cooperativa. Recién a mediados de 2012 presentaron los papeles ante el INAES y en abril de 2013 se obtuvo la matrícula.

De lo personal y lo colectivo: relaciones políticas, familiares y afectivas

Cuando comencé a acompañar a la organización Los Pibes la cotidianeidad de “la fábrica” era bulliciosa. Durante todo el día, unas 10 mujeres trabajaban en la cooperativa textil de la planta baja, casi 4 compañeros y compañeras se encargaban de cocinar en el área de política de alimentaria, y otros tantos rotaban en la “guardia” (una mesa en la entrada donde registraban las entradas y salidas de las personas que se acercaban).

En la planta superior, la FM Riachuelo funcionaba todos los días, con algunos programas propios y otros de organizaciones o grupos que se acercaban y pagaban por el espacio de aire. De manera que había una gran circulación de personas cotidianamente. Para el año 2013 el equipo de trabajo de la radio estaba constituido por aproximadamente 14 personas. Carolina era la directora de la FM y la coordinadora del área de radio de la organización. Ella había sido una de las fundadoras de Los Pibes en el año 1996 cuando todavía era estudiante de la carrera de Comunicación Social de la UBA. Julián también colaboraba con ella en la coordinación. Él se había incorporado a la organización en 2011. Politólogo de formación, había conocido a Los Pibes mientras trabajaba en el MTEYSS. Sin embargo, su interés por la militancia política provenía de antes. Ya en momentos en que cursaba sus estudios universitarios había participado de experiencias de educación popular en otras organizaciones sociales.

⁹² A diferencia de su antecesora- el Decreto Ley 22 285-, esta ley establece que las entidades “sin fines de lucro” pueden ser titulares de licencias de radiodifusión y proveedores de servicios de comunicación audiovisual, reservando el 33% del espectro radioeléctrico, y reconoce dentro de este sector a las radios “comunitarias”.

Gran parte del equipo estaba conformado por integrantes “históricos” de la organización, en su mayoría mujeres. Andrea era la responsable de la “administración” y el resto - Julieta, Clara, Lita, Emilia y Sonia- participaban del aire de la emisora en diferentes programas “institucionales” de la radio. Todas ellas eran a su vez integrantes de la COVILPI y por lo tanto, vecinas. De manera que también –y sobre todo a través de la COVILPI- sus maridos estaban vinculados a la organización y algunos de ellos participaban muchas veces de las movilizaciones más importantes. En el caso de Andrea su hermana también formaba parte de la organización y era por aquel entonces la presidenta de la COVILPI. Además, su hija mayor pasaba mucho tiempo en la organización. Algunas tardes iba a reemplazarla en su tarea de estar a cargo del piso de la radio y de abrir la puerta, pero también había comenzado a tomar cursos de radio en la emisora y llegó a participar de reuniones de producción. De manera que Los Pibes no es una excepción respecto de una cuestión que ha sido resaltada por la literatura sobre movimientos sociales tanto en Argentina, como en Brasil: me refiero a la centralidad que han tenido las relaciones familiares en los modos en que las personas se incorporan a las organizaciones (Quirós, 2006; Rangel Loera, 2014)

Coco y Manuela se desempeñaban en la operación técnica. Eran los más jóvenes, tenían menos de 30 años. Ellos habían llegado a la organización de la mano de sus padres, pero para ese momento sus padres ya no formaban parte de la organización, aunque ellos sí. Con ambos Andrea tenía una relación particular. Con Manuela tenía un vínculo familiar puesto que ella estaba en pareja con su sobrino y tenían un pequeño hijo de casi tres años. Con Coco no, pero ella lo consideraba de igual modo como “un hijo”. Ella lo había ayudado en un momento de su vida en que según me relató “estaba muy mal” y Coco había llegado a construir una relación de amistad entrañable con sus hijas. Por eso, más de una vez me afirmó que “siempre lo voy a defender”.

Otros integrantes de la radio se habían incorporado posteriormente, aunque también hacía muchos años que mantenían un vínculo de colaboración con la organización. Este era el caso de Miguel y Vanina, ambos psicólogos que en el 2004 –tras el asesinato del Oso- se acercaron a la organización y comenzaron dando talleres para las mujeres que participaban del comedor. Posteriormente Miguel había participado de la experiencia de la “Unidad de coordinación de la *mesa de enlace* con Organizaciones Territoriales Urbanas” en el ámbito del GCBA, una experiencia de trabajo en el Estado en una dependencia en la que Lito Borello había sido coordinador del área y desde la que habían buscado desarrollar políticas públicas en articulación con organizaciones sociales de la ciudad⁹³. A comienzos del 2013 estaban retomando su vinculación con Los Pibes y se incorporaron de manera plena al colectivo de la

⁹³ Ver capítulo 6 para más detalles.

emisora asumiendo las tareas de prensa y difusión, fundamentalmente de la gestión del sitio web de la emisora y de la realización de gacetillas de prensa.

Alberto también se había incorporado a la radio en el 2012. Él era docente en una escuela secundaria y había participado durante varios años en una radio comunitaria del barrio de Barracas. Su pasión era el periodismo y sobre todo la radio. Tras desacuerdos en la radio en la que participaba se acercó con la propuesta de hacer un programa – “Cazadores de Zonceras”- y tiempo después se incorporó al equipo estable incluso dando cursos de radio para los integrantes de la organización dado que sus gran experiencia y conocimiento técnico eran sumamente valorados. Su programa “personal” llegó incluso a convertirse en un programa “institucional” de la radio en el que empezaron a participar otros compañeros.

Por último, en la radio desarrollaban cotidianamente tareas en la producción y búsqueda de noticias un grupo de jóvenes que todos llamaban habitualmente como “los pasantes”. Se trataba de jóvenes que participaban del programa estatal Jóvenes con Más y Mejor Trabajo⁹⁴ y recibían un incentivo mensual con la condición de realizar una pasantía en la organización. En algunos momentos, aunque por períodos más cortos, también participaban jóvenes extranjeros- europeos o norteamericanos- que llegaban a la radio a colaborar en alguna tarea puntual –como hacer una página web- a través de un programa de voluntariado internacional que llevaba adelante Violeta, una gran amiga de Carolina con la que se conocían de los tiempos en que Violeta militaba en una organización que había participado junto a Los Pibes en la demanda por la sanción de la Ley 341 de Autogestión de la Vivienda en la ciudad.

De manera que, en el espacio de la radio, pero también de la organización se trababan relaciones que no eran solo políticas, sino relaciones personales y afectivas, e incluso, entre algunos, familiares y de amistad. Estar en el espacio de la organización, en “la fábrica”, no requería de estar cumpliendo una tarea o asistiendo a una reunión sino que era frecuente que muchos se acercaran a saludar, a tomar un mate y conversar con sus compañeros. Frecuentemente en el piso de la radio pasaban tiempo los hijos o hijas de sus integrantes, algunos de los cuales incluso asistían a las actividades de apoyo escolar.

En particular, los desayunos por la mañana solían ser momentos de intercambio sobre cuestiones personales, sobre todo entre las mujeres. Así por ejemplo, una mañana mientras esperábamos a la contadora, y entre mates, tuvimos una conversación con Carolina, Andrea, Manuela y Lita. Comenzamos hablando sobre los productos de una famosa marca de

⁹⁴ Este programa está destinado a jóvenes sin empleo de entre 18 y 24 años que no hayan terminado sus estudios primarios o secundarios. Ofrece capacitación para el empleo, apoyo en la búsqueda de empleo y una ayuda económica no remunerativa para el desarrollo de “prácticas calificantes en ambientes de trabajo”. Fuente: http://trabajo.gob.ar/downloads/coc/faq_jovenes.pdf

cosméticos que una de ellas compraba a una vecina que revendía y haciendo chistes sobre una faja que supuestamente garantizaba alcanzar una “figura esbelta” que había usado la hermana de una ellas. Sin embargo, la conversación derivó rápidamente hacia los hijos, la maternidad, la pareja, cuando Manuela comentó que una conocida estaba embarazada de nuevo. Bromearon que Andrea era “bruja” porque varias veces lo había asegurado aunque la chica lo negaba. Andrea rió con picardía y afirmó que ya lo sabía desde el primer momento, y opinó que para ella las “pibas” se equivocan porque piensan que “cuantos más hijos tengan con el chabón lo van a retener...y se equivocan porque después al chabón le agarra la locura y se va con otra mina igual”. Pregunté por qué decían eso y me explicaron que la chica ya había tenido otro hijo con el mismo tipo pero que “nunca se habían juntado”, y ahora, menos de 7 meses después, había quedado embarazada de vuelta. Andrea contó que una de sus hijas estaba por tener un hijo y que ella había hablado muchas veces sobre el tema porque no quería que “le pase lo mismo que a ella”. Manuela dio su opinión y contó que ella con un solo hijo ya tenía suficiente y no quería más, su hermana mayor había hecho lo mismo, tenía un solo varón más grande que el suyo, de unos 9 años, y no quería tener otro porque no iba a poder “darle todo” como cuando tenés uno solo.

También durante las reuniones de debate político de la “herramienta” era frecuente que se conversara sobre la coyuntura compartiendo experiencias o preocupaciones personales. Así, en una reunión de radio Andrea comentó que estaba preocupada por “los pibes y la droga”. Contó que estaba teniendo problemas con su hijo menor –le iba mal en la escuela secundaria y temía que no la terminara- y que veía la situación de los jóvenes más complicada que cuando crió a su hija mayor que ya tenía 30 años para ese momento. En aquella reunión, Lito buscó colocar su preocupación en el marco de una interpretación política. Le respondió que lo primero que hay que entender en esas situaciones es que “la culpa no es de la madre, el problema no está en la casa”, porque “uno tiende a culpabilizarse, cuando en realidad el problema está en la sociedad que hace que para nuestros pibes sea más fácil salir a robar que tener un trabajo, que poder estudiar. Porque tampoco la culpa es de los pibes...”. Y a continuación enfatizó que las drogas eran una de las formas más sutiles que “estaban inventando” para “callarlos”.

A su vez, en la cotidianeidad de la organización no solo se compartían miradas y experiencias personales, sino que también se articulaban formas de ayudar a compañeros que lo necesitaran. En numerosas oportunidades observé que se intercambiara información o algún contacto que permitiera conseguir que se aprobara la operación de un hijo en el hospital local, organizar una rifa y recaudar dinero para una *compañera* que estaba pasando por un mal momento económico, hasta resolver un trámite en la Anses, o incluso organizar una mudanza

en la que colaborarían varios compañeros, etc. Estas formas de ayudarse también involucraron en ocasiones acompañar y conversar con compañeros que atrevesaban situaciones conflictivas en el hogar. En este sentido, una mañana mientras desayunábamos antes de que comenzara la transmisión de la radio, una de las *compañeras* se excusó de que había faltado a un compromiso asumido – ocuparse de poner a rodar en la radio una publicidad acordada con un comercio- explicando que no había podido ir al estudio en ese momento porque su pareja le había hecho una escena de celos con otro integrante de la cooperativa. “Ya no sé qué hacer porque le digo que nada que ver, pero el chabón se re enoja y no me cree. Yo le decía que no es que vengo a charlar con él, pero no sé que se imagina. La otra vuelta se enojó por lo mismo y se fue de casa, volvió como a las tres o cuatro de la mañana recién...”, dijo notoriamente angustiada. En ese momento, tanto Andrea como Julián trataron de calmarla expresando sus opiniones. Julián opinó que eso era una “forma de control para que estuvieran en sus casas” y le sugirió a Ale que lo charlaran tranquilos no cuando estaban enojados en caliente. Ella insistió: “El tipo no me quiere escuchar, yo no sé qué hacer ya porque veo que no confía en mi, viste”. Finalmente Andrea habló desde su experiencia personal:

“- Bueno, pero hay que hacerse respetar también, ponerse firme. Yo antes con mi ex marido me arrastraba, yo pensaba que él me engañaba porque se iba el viernes y volvía el lunes a la mañana para cambiarse e irse a trabajar. Y yo lloraba, me arrastraba por el piso pidiéndole por favor, que no me hiciera eso, que me quisiera. ¿Y él sabés lo que me decía? Me decía: ‘Andrea respetate vos como mujer, si vos no te respetás no te va a respetar nadie’. Y tenía razón al final el tipo, a pesar de todo lo que me hizo pasar eso lo aprendí...”

Frente a estas situaciones era frecuente que también Carolina charlara con sus compañeros o *compañeras* también en privado. Muchas veces la vi mediar en conflictos entre ellos y estaba siempre atenta a sus problemas personales o al “ciclo de los compañeros” como solía decirme cuando alguno dejaba de ir a la radio porque según su interpretación “se bajoneó”. Sin embargo, también era crítica cuando faltaban a sus compromisos. Una tarde Carolina me comentó: “Muchos compañeros están con el culo pesado, les cuesta asumir compromisos, tomar la iniciativa”. En particular, solía molestarse cuando frente a estas faltas en los compromisos y los problemas entre ellos, se alineaban y defendían en función de relaciones personales, de parentesco, afinidad o amistad. Solía decirme que no hay una cultura de lo “colectivo”, de la discusión colectiva y la “autoevaluación”: “Les cuesta mucho salir de situaciones concretas y siempre están muy pegados a no hablar mal de mi primo, mi cuñado,

mi sobrino”. Desde su perspectiva, la personalización de los vínculos y situaciones dificultaba procesar las tensiones emergentes en términos colectivos.

A su vez, se habían generado tensiones porque la mayoría de los integrantes de la emisora debían compatibilizar su participación en ese espacio con otras actividades laborales que les permitiera ganarse el sustento. Así por ejemplo, Clara y Melisa trabajaban en comercios barriales, Julieta trabajaba en el Puente Avellaneda⁹⁵, Sonia había tomado tareas en la cooperativa textil desde que su marido había quedado desempleado, Andrea cuidaba a una mujer mayor por la tarde, Alberto era docente en una escuela secundaria y Julián daba clases en una diplomatura universitaria.

En el marco de estas tensiones adquiere pleno sentido que para Carolina funcionar como un emprendimiento de la *economía popular* no implicaba solamente formalizar a la cooperativa “en los papeles”. Consideraba que era necesario establecer acuerdos de roles, funciones, tareas, horarios y formas de distribuir los recursos, es decir, remunerar a sus integrantes. Con este objetivo, tras la obtención de la personería jurídica, impulsó desde noviembre de 2013 hasta marzo de 2014 una serie de reuniones en las que debatir y definir dichos acuerdos de trabajo.

A continuación me centraré en reconstruir los principales ejes de los debates que se desataron en dichos encuentros. Quiero focalizar en dos cuestiones centrales. Por un lado, analizaré el modo en que se conceptualizó y llevó adelante el trabajo en la cooperativa como una práctica de militancia centrada en “dar la batalla por el sentido” o la “batalla cultural”. En segundo lugar, me referiré al modo en que debatieron y definieron criterios para distribución de los ingresos mostrando que esta tarea requirió objetivar aquello que se entiende por lo “justo” y la “justicia”.

⁹⁵ El Puente Avellaneda es un puente contiguo y que reemplazó al famoso puente Transbordador del barrio de La Boca. La organización Los Pibes participó junto a otras organizaciones barriales de la demanda por su “recuperación” –dado que su uso peatonal estaba inutilizado por problemas estructurales y porque se producían numerosos hechos delictivos. En 2010 lograron que fuera remodelado y que 8 compañeros ingresaran a trabajar allí como empleado de Vialidad Nacional en tareas de mantenimiento, seguridad y administración. Este proceso y lo que implicó para los integrantes de la organización Los Pibes se desarrolla en el capítulo 6.



Estudio de la FM Riachuelo durante la realización de su programa central de noticias, “Rompé el Cerco Informativo”. Foto: FM Riachuelo.

Es importante señalar que, desde el año 2013 cuando me acerqué por primera vez a la organización con el objetivo de llevar adelante mi investigación doctoral, me ofrecí para “dar una mano” con lo que consideraran necesario. Poco tiempo después se me propuso que colaborara en el área de administración de la emisora, en especial en todo lo que hace a la formalización de la radio como cooperativa de trabajo: la contabilidad de los gastos, completar los libros reglamentarios que exige el INAES a este tipo de entidades y la realización de trámites ante diversas oficinas del estado⁹⁶. A raíz de ello y del trabajo cotidiano que comencé a realizar en la cooperativa -asumiendo algunas funciones que fueron consideradas necesarias para la sustentabilidad y desarrollo del emprendimiento- formé parte activamente de los debates que relataré en estas páginas y mi propio trabajo también fue objeto de valoración e incluso cuantificación tal como explicaré a continuación.

Producir comunicación: entre el trabajo y la militancia

“Esta es una radio no tradicional así que tenemos que ir buscando formas de organizarnos y de hacer radio que todavía no existen. Tenemos una certeza igual y es que esta radio es una herramienta de lucha asociada a la línea política de los Pibes. Lo cual no significa que no pueda haber otros programas y otras producciones. A ver, Los Pibes marca la agenda que luego la radio tiene que convertir en hechos comunicacionales. En este espacio la idea es interpretar lo que plantea la organización para convertirlo en contenidos y llevarnos definidas tareas, grupos de compañeros, etc.”

⁹⁶ Desarrollo esta cuestión en el capítulo 5.

Con estas palabras, Carolina dio comienzo a una reunión en febrero de 2014. El objetivo era llegar a un acuerdo de los “roles, funciones y tareas del área de producción”. Aquella tarde no estaban todos los integrantes de la radio presentes, pero sí estaban algunos jóvenes que recientemente se habían acercado a la organización y querían colaborar en la radio. En total éramos 10 y nos sentamos en unas mesitas que están en el costado del estudio. La presentación de Carolina resultaba necesaria frente a quienes no conocían el proyecto de la radio desde el inicio. De allí que explicitara qué implicaba para ellos hacer comunicación comunitaria desde una organización política y social. Este posicionamiento se expresó claramente en un documento interno de la FM:

“En el marco de los debates sobre la comunicación popular, nuestra práctica en la FMR viene explorando formas de producir y difundir contenidos donde la calle y la lucha popular aparecen como espacios privilegiados por nuestra acción; y donde el resultado de nuestra militancia en la comunicación popular se valora más en clave de nuestro aporte a la organización popular y el papel que juega en conflicto social, que en la clave hegemónica de las audiencias y los ratings.”

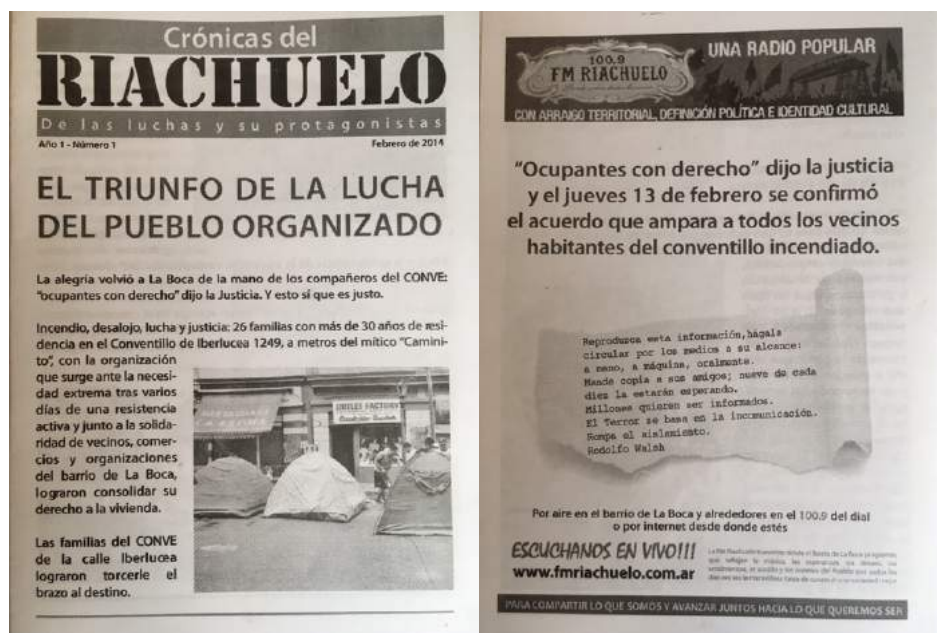
Tiempo después, en una reunión con el equipo completo de la radio, Lito expuso su mirada sobre cómo debía funcionar y entenderse esta *herramienta* reforzando que su rol central era participar de las luchas de los sectores populares “en la calle”:

“La radio no se construye solamente en las 4 paredes del estudio, no relata solamente la realidad sino que construye subjetividad, en lo ideológico y en lo cultural. Tienen que ser una radio misionera, en la calle, que va al encuentro de la construcción, del hecho político, la pelea, eso implica lectura política”.

Sin lugar a dudas, esta forma de entender la comunicación sacando “la radio a la calle” recuperaba valores y formas de construcción política centrales en el recorrido de esta organización. La realización de radios “abiertas” transmitiendo desde movilizaciones u actividades en el espacio público era una de las formas más recurrentes de poner en práctica esta premisa. Sin embargo, no era la única. Así por ejemplo, en febrero de 2014 el equipo de la emisora produjo un material escrito que se dio en llamar “Crónicas del riachuelo”. El objeto de la crónica fue el incendio y el proceso de organización y acampe de los vecinos de un conventillo de la calle Ibarlucea – a escasos metros de Caminito- que comenzó la madrugada del 10 de febrero de 2014⁹⁷. A partir de ese día y frente a la amenaza de desalojo por parte del GCBA, los vecinos montaron un campamento en la puerta que duró 4 días y contó con el apoyo de vecinos, comerciantes y organizaciones barriales, entre ellas Los Pibes. En esos

⁹⁷ Para un detalle del desarrollo del conflicto ver http://www.surcapitalino.com.ar/detalle_noticias.php?Id=3326

días, integrantes de la radio habían grabado testimonios de vecinos del conventillo y referentes de las organizaciones de la zona. Con esos audios se había armado una gacetilla de prensa que circuló por correo electrónico. La propuesta de desgrabarlos, armar una breve crónica y preparar un material impreso se pensó como una forma de “laburar el barrio”. Lo que se buscó fue retratar la lucha de las 26 familias que lograron finalmente ser reconocidos como “ocupantes con derecho”, realizando también “un análisis, sacando conclusiones y marcando líneas de acción política posterior”, tal como propuso Lito en una reunión de producción en la que se debatió cómo llevar adelante y organizar esta tarea. Una vez listo se le entregó a los vecinos damnificados, a las otras organizaciones que participaron del acampe y a los cooperativistas de COVILPI para que los distribuyeran entre conocidos de la zona.



Boletín producido por el equipo de la FM Riachuelo. Fotos de la autora.

Más allá de estas intervenciones concretas sostener el día a día de la radio era un desafío cotidiano. Para lograrlo, el colectivo de la FM debía “inventar formas de hacer radio que todavía no existen” –tomando las palabras de Carolina- lo que implicó la definición de un organigrama que incluía áreas con tareas específicas y un responsable designado. Ese primer organigrama –que se transformaba y rehacía en cada ciclo de inicio del año como pude presenciar en años subsiguientes- incluía las siguientes áreas: “relaciones políticas”, “Organización”, “Coordinación periodística”, “Coordinación artística” y el “Colectivo de conducción” compuesto por los coordinadores de cada una de dichas áreas.

En particular, la necesidad de que los integrantes de la radio pudieran disponer de tiempo para dedicarse a sus tareas era una preocupación recurrente. Para ello debían negociar las tensiones que implicaba sostener la participación de algunos de los integrantes “históricos”

que también formaban parte de otras áreas de la organización como la COVILPI o el área de política alimentaria. La superposición de reuniones y actividades generaba tensiones en torno cuál era el área principal de pertenencia o cómo priorizar las responsabilidades cuando no se puede estar en dos lugares al mismo tiempo. A su vez, como vimos más arriba, la mayoría de los integrantes de la emisora alternaban su participación allí con otras actividades laborales para garantizar la subsistencia de sus familias.

En este sentido, la discusión colectiva en torno a cómo generar una remuneración para sus militantes en tanto trabajadores fue cobrando relevancia. Para Carolina era importante comenzar a debatir y articular estrategias para lograr que los compañeros pudieran tener una dedicación “exclusiva” en sus tareas. Para ello proponía: “Para los que sí lo necesiten o quieran hacerlo será tarea de todo el colectivo generar las condiciones para que haya compañeros que tengan dedicación exclusiva en la radio, o menos trabajo afuera para poder tener más trabajo en la radio”.

Sin embargo, no todos parecían entender su participación en la radio en los mismo términos que ella estaba proponiendo. En un taller sobre Cooperativismo y Economía Social o Popular que coordiné en diciembre de 2013 junto a otras dos militantes de distintas áreas de la organización, Carolina explicitó que para ella muchos compañeros no entendían a su participación en la radio como un trabajo. Para ella, la participación en la radio, pero también en otros de los emprendimientos de la organización, era vista como “algo entre lo político y lo social” donde no hay tanto “estructuramiento”, ni “responsabilidades” tan marcadas. Aquella tarde sentenció: “Aún aquello que me dé algún rédito a fin de mes, sea en plata, billete, o sea en beneficio plan, mercadería, o sea que yo puedo trazar una cuenta y decir por estar acá tengo este beneficio, igual no es trabajo, no se lo considera trabajo”. A sus ojos, cambiar dicha concepción también era parte de la “batalla cultural”. Sonia en cambio opinó que “el trabajo es el que mantiene la casa” y que en la organización había algo “extra, otros condimentos”: “Nosotros tenemos acá compromiso, militancia, compañerismo... es otras cosas, yo para mí, el trabajo que yo voy a hacer afuera, yo voy, trabajo, si la veo a mi patrona la veo, si me quiere saludar me saluda, mientras a mí a fin de mes me pague...”. Andrea, otra militante “histórica” de la organización, reforzó su postura diciendo: “a nosotros nadie nos obliga a venir, venimos porque nos gusta nuestra lucha”. Los términos en los que estas mujeres se referían a su participación en la organización –por oposición al empleo- enfatizando sus “otros condimentos” resonaban con los modos de vinculación que tuve la oportunidad de compartir en la cotidianeidad de ese espacio y las relaciones afectivas, de contención y cuidado que desarrollé en el apartado previo.

Carolina insistió:

“- Ustedes me hablan de que hay una diferencia, o por lo menos una de las diferencias que planteás, es la diferencia del vínculo, de cómo te vinculás con el otro en el espacio de trabajo- apuntó Carolina- Otra diferencia que marcás es qué me da a fin de mes, y yo podría decir que esto es un trabajo para vos porque vos acá venís todos los días a brindar tu fuerza de trabajo en determinados horarios y tenés una remuneración al mes. Vos decís, es poca, es chica, es de distinta forma que en otros lugares... sí, pero vos acá venís a trabajar y te vinculás con un otro, sea un jefe o un equipo. Ahora, cómo te vinculás es otro tema, es distinto el de tu marido que el tuyo. Pero el tuyo también es un trabajo.

- Me cuesta entenderlo porque... yo acá mi beneficio a fin de mes son \$350⁹⁸, y yo lo considero un trabajo, por eso estamos sin dormir y estamos acá...- respondió Sonia haciendo alusión a que la noche anterior habían tenido una reunión hasta las 4 AM para distribuir los departamentos de la cooperativa de vivienda.

- Esa contradicción es lo que quería marcar porque si no también menospreciamos el rol y la tarea que nosotros hacemos todos los días porque solamente porque una de las variables no es lo suficientemente igual, por ejemplo, el sueldo. Y no deja de ser trabajo porque tengas un sueldo menor, y yo avanzaría más... Vos no ganás a fin de mes \$300 por tu trabajo, vos ganás \$300 en todo caso en billete, pero si vos le ponés número a la mercadería, si le ponés número a la casa que vas a tener y a otra cantidad de cosas, capaz que hasta ganás más que tu marido eh...”

En aquel momento Carolina buscaba operar una conversión del producto de la lucha, los “beneficios” conseguidos colectivamente, en una remuneración por el trabajo realizado en la cooperativa. De un modo similar, en su trabajo sobre una cooperativa de “cartoneros/as” del Municipio de La Matanza, Sebastián Carenzo (2011) ha analizado la manera en que la producción de un colectivo de trabajadores requirió de la asignación de un valor monetario, o en otros términos, la conversión en *mercancías* de aquellos elementos que pudieran ser objeto de apropiación individual: electrodomésticos, ropa, etc, donados por los vecinos a recolectores en particular durante los recorridos por el barrio. Asignar un precio a dichos elementos permitía hacerlos comparables y por lo tanto lograr una distribución considerada más equitativa al interior de ese colectivo. Si bien en este caso la intervención de Carolina no pretendía iniciar un intercambio o redistribución interna de esos beneficios, ella también

⁹⁸ El Salario Mínimo Vital y Móvil al momento de la reunión referida (diciembre 2013) era de pesos \$ 3.300 .- (Resolución 4/2013 del Consejo Nacional del Empleo, la Productividad y el Salario Mínimo, Vital y Móvil. Disponible en: <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/215000-219999/217815/norma.htm>)

estaba de alguna manera borrando la fronteras entre lo que puede ser obtenido en el mercado y lo que puede conseguirse a través de la lucha. En otros términos, Carolina estaba convirtiendo en un “valor” una multiplicidad de formas colectivas de (re)producción de la vida construidas desde la organización: la construcción de la vivienda, los alimentos distribuidos, incluso los “planes”. Desde su perspectiva, si bien esta remuneración no revestía una forma monetaria, si debía ser reconocida como un “valor” construido a partir del trabajo ya que si se le “pone un número” – a los alimentos recibidos y a la vivienda- puede ser comparable al “valor” del trabajo realizado en el salario en el marco del mercado capitalista. Al hacerlo buscaba reforzar el sentido de la participación en la radio como un trabajo que permite percibir una remuneración –aunque no sea solamente monetaria- y que, tomando las palabras de Sonia, también “mantiene la casa”.

Sin embargo, este tipo de conversiones generaron no pocos entredichos. En una reunión posterior en la que Carolina les pidió a los integrantes de la cooperativa que expresaran en dinero cuánto era lo que desearían o necesitarían ganar por su trabajo en la cooperativa, algunos se sintieron profundamente consternados por la posibilidad de asignarle un “valor” – aquí entendido como “precio”- a su participación en la cooperativa. En este sentido, el intercambio que se produjo frente a esta propuesta resulta significativo:

“- Nosotros en la organización venimos luchando hace mucho por la dignidad, por nuestra dignidad y por tener una vida mejor...me cuesta ponerle precio a la dignidad...

- Bueno Coco, pero no es poner precio, es reconocer también el trabajo que cada uno hace, valorarlo- le respondió Melisa.

- Si, qué sé yo...igual acá para nosotros el trabajo siempre valió, haya o no haya plata, no se ...no sé qué decir...”

Clara, una de las integrantes “históricas” de Los Pibes, que todavía no había ni siquiera opinado, habló:

“- Yo les puedo decir que yo a la radio vengo igual, vengo porque quiero, porque me gusta. Pero claro, si tuviera un ingreso de plata por hacer esa tarea estaría más tranquila para hacerlo, para explicarle a mi familia también por qué tengo reuniones tan seguido y a veces hasta tarde, porque todos los días estoy en la radio y tengo que dejar de hacer cosas para ir. Qué sé yo, eso, lo haría más tranquila.”

La intervención de Clara ponía en palabras una preocupación recurrente para algunas de las integrantes mujeres: participar de la organización, cumplir con las tareas asumidas y asistir a las reuniones (que muchas veces se extendían hasta la noche) las alejaba del hogar y en ocasiones les impedía cumplir con las tareas de cuidado de sus familias. En algunos casos esto ocasionaba tensiones con sus parejas quienes se quejaban por sus ausencias. Para Clara, tener una remuneración de alguna manera “justificaba” esas ausencias frente al grupo familiar dándole mayor “tranquilidad”.

A continuación, Carolina propuso seguir porque se hacía tarde y no llegaríamos a todo. Primero quiso hacer una aclaración para que “no se pierda el hilo de discusión”:

“- Yo quiero aclarar una cosa importante. Porque si no parece que le estamos poniendo precio a la militancia y esto no tiene nada que ver, sino pareciera que esta es una discusión de números, economicista de cuánto vale cada uno. Acá lo primero es la voluntad del compañero, la voluntad y la decisión consciente de luchas por una sociedad más justa. Por eso estamos en esta organización y por eso construimos esta herramienta comunicacional. Que además queremos que sea un emprendimiento de la economía popular porque los compañeros tienen que poder vivir y bien para poder poner todo su esfuerzo acá en la radio. Así que no nos podemos confundir.”

Michael Lambek (2013) propone trazar una distinción analítica entre dos esferas de producción y circulación de valor: el *valor ético* producido por las acciones y el *valor económico* producido por el trabajo. Si en la primera esfera se trata de *hacer*, en la segunda de *producir*. Señala que los intercambios dentro de la esfera del valor económico son conmensurables en la medida que pueden traducirse en dinero, mientras que las conversiones entre esferas incitan la ansiedad moral en la medida que los valores éticos son inconmensurables. Si bien para Lambek esta distinción no excluye que en la práctica ambas formas de valor se intersecten, en este caso la visión del proyecto político de la emisora que estaba explicitando Carolina buscaba desdibujar la dicotomía entre la “producción” para obtener ingresos monetarios y la lucha por lograr un proyecto político de transformación social. En este sentido, lo que Carolina estaba proponiendo era convertir en mensurables, es decir, traducir en un valor monetario, los “valores” generados por actos inconmensurables.

En el taller relatado más arriba, Julián también reflexionó en torno a lo que para él implicaba la “producción” en la cooperativa haciendo una salvedad. En aquella oportunidad él acordó con reconocer que la cooperativa es un espacio de “producción”, pero aclaró que dicha producción era el modo de abordar “finés sociales y políticos”. Para él la cooperativa debía

generar ingresos para sostener a sus integrantes, pero destacaba la primacía de los “valores” por sobre el “lucro”:

“-Es importante tener en claro el por qué y para qué. Porque nosotros no producimos comunicación con nuestro primer objetivo ganar plata, sino que producimos comunicación con objetivos políticos.

- Para mi el objetivo es- acotó Sonia- yo voy a decir de la organización, porque la organización es todo, es la justicia social, no es ni sacarle a los más ricos para darle a los más pobres, sino poder nosotros acceder... no es justo que el 10% de la población tenga demasiado y el resto no tengamos nada. Ese es el trabajo que yo con mi granito de arena en la radio, todos los compañeros cada uno en su área, queremos llegar a eso. Y bueno si mi trabajo en la radio me puede ayudar a vivir de eso, bueno, maravillada.”

Julián continuó el razonamiento poniendo un ejemplo:

“- Totalmente, un ejemplo más concreto: pasa algo en La Boca, no sé, se prende fuego un conventillo a las 12 y media, que es el horario de la tanda y tenemos algunas publicidades, ¿qué hacemos en FM Riachuelo? ¿Sacamos la información de lo que está pasando en el barrio o pasamos la tanda?”

Varios respondieron a coro con un rotundo “NO”. Julián continuó:

“- Bueno, por eso, nos va a pasar y vamos a tener que decidir en función de nuestros objetivos. En los cuales hay algunos que son más importantes que los otros.

- Pero no desviar la escala de valores, o sea, porque hay una monetaria adelante...- opinó uno de los presentes.

- Tal cual... Ahora hay algo muy importante que es que también esos valores se cultivan también haciendo algo que por ejemplo las empresas privadas no hacen, que es teniendo este tipo de reuniones. Esto en una empresa privada es improductivo, no tiene sentido, cómo vas a perder tiempo charlando sobre por qué hacer o no hacer algo con los empleados... no...Somos cooperativa, producimos y entonces para nosotros este momento sí es importante. Bueno, ta, ahora no estamos saliendo a buscar publicidad, no, bueno, estamos haciendo otra cosa...”

Efectivamente en aquel momento estábamos haciendo “otra cosa” que no implicaba “producir” un valor monetario que luego podría redistribuirse – como si lo hace la búsqueda de publicidad- pero que sin embargo para Julián no era “improductivo” y también era parte del trabajo en la cooperativa. La productividad de ese momento de reflexión radicaba según sus palabras en la puesta en común de cuáles son los “valores” u “objetivos” que dan sentido a la práctica cotidiana, al trabajo, en la emisora. Sonia reforzaba esta idea proponiendo que allí trabajan por lograr la “justicia social”. En aquella oportunidad esta tensión entre valor monetario y “valores” también fue enfatizada al reflexionar sobre la pregunta: ¿cuál es la relación entre la radio y Los Pibes? Esta pregunta se respondió planteando cierta duplicidad de la radio como emprendimiento de la *economía popular* que busca generar ingresos para sus integrantes – lo cual se distinguió explícitamente del “lucro” en la economía capitalista- y al mismo tiempo como *herramienta* de Los Pibes que busca dar una “batalla cultural” desde ciertos “valores” u “objetivos políticos”. Estos debates ponían en cuestión aquello sobre que David Graeber llamó la atención: que el sistema de valor de cambio nos lleva a creer que solo ciertas formas de trabajo –el trabajo asalariado o aquel que produce mercancías- producen valor (2013). Sin embargo, determinar una remuneración continuaba siendo una preocupación central para quienes integraban esta experiencia: ya sea para garantizar su subsistencia o para legitimar su participación de cara a sus familias como proponía Clara más arriba. En este sentido, el valor del trabajo realizado buscaría expresarse bajo la forma dominante y socialmente reconocida: una retribución monetaria comparable con un salario.

En adelante se trataría de negociar cuáles serían los términos de la conversión del trabajo y la militancia en una retribución “justa” al interior de la cooperativa. En otras palabras, se buscaría definir y llevar a la práctica un criterio de distribución “propio”, frente a lo que se identificó como “injusticias” introducidas por los programas estatales a partir de “criterios impuestos”.

Sobre lo que es justo y cómo calcularlo

Ese jueves la reunión había sido convocada a las 21 hs en uno de los departamentos todavía vacíos de la cooperativa de vivienda. Carolina y Julián – quien colabora con ella en la “dirección” de la radio, en la representación de la emisora en diversos espacios de articulación política, y en la formulación, ejecución y seguimiento de los “proyectos” presentados ante diversos ministerios- habían preparado una serie de afiches en los que explicaban los componentes y montos recibidos, gastados y remanentes de cada uno de los proyectos del

MTEYSS que se habían presentado en los últimos años⁹⁹. “Hacer balance”, es decir, mostrar al conjunto de la cooperativa –y en algunos momentos de la organización- cuánto cuesta tener la radio funcionando, qué ingresos hay y de dónde vienen, en qué se utilizan, etc, es un procedimiento periódico y muy valorado por sus integrantes. En numerosas oportunidades Carolina me había explicado que “para tomar decisiones colectivas, primero hay que colectivizar la información”. Para ella era muy importante no solo expresar la propia opinión en la asamblea, sino también conocer la información para poder explicar hacia fuera de la radio cómo se utilizaban los recursos y por qué. Además, las definiciones que buscarían tomar en conjunto en torno a la distribución de los ingresos también habían sido un pedido de la coordinación general de la organización: en el camino hacia la “autonomía” de las *herramientas* se le había pedido al coordinador de cada una de ellas que presentara en una reunión de “mesa política” el “balance y proyección económica para la sostenibilidad” para ese año.

Julián arrancó la reunión explicando que recientemente habían recibido el dinero correspondiente a la “coordinación” de un proyecto que se llevó adelante entre julio de 2012 y febrero de 2013. Además, ese proyecto había otorgado una pasantía mensual que había permitido “sostener el rol de varios compañeros”. Si bien la coordinadora del proyecto en términos formales había sido Carolina, ambos propusieron poner ese dinero a disposición del grupo para que se distribuyera como retiros. Carolina pidió que primero se reservara un dinero para los impuestos que había tenido que pagar para poder facturar ese trabajo. El acuerdo fue generalizado. Melisa – militante de otra organización del barrio que se incorporó a la radio en 2013 luego de realizar un curso de producción periodística- pidió volver atrás para hacer una pregunta en relación a quiénes habían cobrado la pasantía:

“- Yo lo que no entiendo –interrumpió Melisa mientras señalaba un afiche en el que se distinguía entre los “pasantes” que eran de la radio y los que no- es por qué habiendo gente que estaba trabajando en la radio en ese momento y no cobraba se pusieron a otros de la organización ¿Por qué se prioriza a gente que

⁹⁹ Se refería a los programas de “Formación Profesional por Organizaciones de la Sociedad Civil” y “Entrenamiento Laboral”, dos programas de capacitación para el empleo que tienen como objetivo lograr “la mejora de la empleabilidad de los trabajadores desocupados que se encuentran en situación de desventaja frente al empleo”. Sus destinatarios son las personas incorporadas al Programa “Jóvenes Por Más y Mejor Trabajo” y al Seguro de Capacitación y Empleo. Como contraprestación a la asignación mensual percibida, el MTEySS les exige que concurren a los cursos de formación brindados por las organizaciones prestatarias del Ministerio; y en el caso del Programa de Entrenamiento Laboral se les otorga un complemento a la asignación mensual básica a partir de la realización de una “pasantía” en uno de los “organismos ejecutores” del programa. Fuente: Documento de presentación de la Unidad de Evaluación, Monitoreo y Asistencia Técnica (UEMAT), instancia técnica de la Dirección de Fortalecimiento Institucional para Instituciones de Formación Profesional (IFPs) coejecutoras de las políticas de formación del MTEySS.

no es de la radio? Porque por ejemplo yo ya estaba en ese momento, en el segundo proyecto y no solo era de la radio sino que estaba laburando en la radio.

- Lo que pasa es que el Ministerio [de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación] pone los criterios para esa lista- explicó Julián- Entonces esa lista es el resultado final de ver qué compañeros cumplían con los requisitos del Ministerio. Por ejemplo en esa lista tiene que haber un porcentaje de gente que cobre planes del Ministerio, por ejemplo el plan jóvenes [Plan Jóvenes con Más y Mejor Trabajo, ver Capítulo 4, nota 94]. Por eso en el segundo proyecto pusimos a los chicos que estaba haciendo los cursos de radio porque tenían ese plan. Y eso nos daba la posibilidad de que haya varios compañeros cobrando esos 750 pesos y que pudieran laburar en la radio para tener más capacidad de trabajo.”

Melisa parecía conforme con la explicación pero Paula de todos modos le aclaró que ella no estaba trabajando en la radio todavía en el momento en que se presentó ese proyecto. Julián siguió:

“- Yo lo que digo es que tenemos que empezar a discutir estos criterios de las pasantías para no reproducir la situación injusta que generan esos criterios impuestos. Porque si no cobran los que tienen menos de 24 años, o los que no tienen secundario completo, o los que tienen otro plan del ministerio, y así...”

-A ver gente - interrumpió Carolina- lo que pasa con estos proyectos es que solo funcionan así como están formulados en la oficina de la gente del ministerio. Y después en la práctica, en la implementación se generan injusticias. Nosotros tenemos dos opciones frente a eso: rechazarlo porque no es perfecto, o tomarlo y ver cómo podemos hacer para aprovechar esos recursos para fortalecer a nuestra organización y seguir peleando...”

Tras una breve pausa comentó que con Julián venían conversando hacía ya un tiempo la posibilidad de hacer un “fondo común” con los planes y luego determinar los retiros de cada uno en función de un criterio “justo”. Recordó que los compañeros de la cooperativa textil de la organización habían hecho algo similar para poder comprar las máquinas necesarias para trabajar con el dinero de un plan de autoempleo de la Ciudad. Para terminar dijo:

“-Sabemos que es una propuesta muy audaz, pero creo que todos los cooperativistas tenemos que decidir qué hacer con lo que producimos. Todos somos dueños de nuestro trabajo y de lo que producimos con él y tenemos que ver cómo lo repartimos de manera que sea justo. Lo cierto es que también es que

esos planes son producto de la lucha de todos, son una conquista de nuestra lucha y hasta ahora nosotros venimos aceptando las reglas que nos impone el estado y el gobierno de la ciudad...

-Yo lo que quiero decir es que me parece bien lo que están planteando –dijo Sonia, militante “histórica” de Los Pibes- Y les agradezco muchísimo la sinceridad porque yo no tenía ni idea de que existía esa plata y ustedes se la podrían haber dividido mitad y mitad y nosotros ni nos enterábamos. Yo lo que cobro de mi plan lo voy a poner para el fondo común. Pero quiero saber también cómo se haría eso porque yo tengo la suerte de que mi marido trabaja, pero también cuento con esa plata en el mes, que no es mucho pero es algo, y bueno ver cómo se haría porque hay situaciones diferentes acá, por ejemplo yo sé que Julián trabaja en otro lado también y con eso recibe un sueldo digamos, entonces bueno, saber cómo se haría nada más...”

Julián aclaró que él trabaja dando clases en dos universidades y que uno de esos trabajos lo consiguió a través de la organización, motivo por el cual quería poner ese dinero a disposición del fondo común:

“- La universidad le ofreció a la organización mandar un docente para esta materia de trabajo social comunitario y como cumplía los requisitos me lo ofrecieron.

- Por ejemplo se necesitaba una persona que tuviera la universidad completa-agregó Carolina- Porque a nosotros no nos importa eso, pero en este caso era un requisito. Además de ir a dar clases, Julián hace otras cosas por ejemplo sostener la relación política con la Universidad de Avellaneda que es algo muy importante para la organización.”

Varios opinaron que, aunque lo había conseguido por la organización, no les parecía “justo” que pusiera todo el dinero porque él hacía ese trabajo, le ponía un tiempo y un esfuerzo y tenía que cobrar por eso. Sonia agregó:

“-Por ahí lo que podemos hacer es que pongas en el fondo común solamente una parte de lo que cobrás por ese trabajo que sea más o menos lo mismo que un plan como ponemos nosotros.

-Yo también cobro un autoempleo pero lo tengo por otra organización, ¿que haríamos con eso?- preguntó Melisa.

- No, nada, eso es tuyo, si no vino de las conquistas que peleamos como organización no tiene nada que ver, no entraría- le respondió Julián.

-Pero, por ejemplo, Andrea cobra más por los planes y en un punto no sería justo que ella ponga más que los demás- comentó Sonia.”

Carolina le respondió enseguida:

“Bueno, pero si bien es cierto que Andrea cobra más que vos también es cierto que se la pasa casi todo el día metida acá adentro, que se ocupa de muchísimas cosas y que eso se tiene que ver reflejado en lo que se lleva a fin de mes. Y además, una cosa importante es tener en cuenta que la idea de hacer el fondo común no es para que nadie se lleve menos de lo que pone. Nuestra apuesta es a que todos se lleven lo mismo o más y por eso tenemos que ir el año que viene. De vuelta sabemos que es audaz hacer esto, pero bueno...”

Al desarrollar la propuesta para hacer el “fondo común” Carolina estaba, por un lado, proponiendo hablar de y entender a los “planes” como el producto de la lucha y como “conquistas”, algo que ha sido señalado por otros estudios etnográficos sobre movimientos de desocupados (Manzano, 2008b, 2013; Quirós, 2011). Pero además, Carolina estaba proponiendo considerar a los trabajos realizados por algunos de los integrantes fuera de la cooperativa pero conseguidos a partir de ésta o de la organización, como comparables a los “planes” en la medida que también podían ser pensados como “conquistas”. En relación con ello, lo que se buscó era determinar qué es lo “justo” en relación a la retribución por dichos trabajos, o en otros términos, cuánto “valía” el esfuerzo individual y el colectivo en la generación de esos trabajos y su correspondiente remuneración para poder pensar las formas en las que se distribuiría.

Pero además, en este caso Carolina también señalaba que en tanto “cooperativistas” debían decidir colectivamente qué hacer con “lo producido”, es decir, hablaba de “los planes” como el resultado de la “producción” o el trabajo en una cooperativa. Con el objetivo de construir esta decisión colectiva encontrando maneras “propias” y “justas” de distribuir lo producido se convocó a una nueva reunión algunos días después. El horario acordado fue las 21 hs con el objeto de garantizar que la mayor cantidad de integrantes estuvieran presentes, y el lugar era uno de los departamentos de la COVILPI que todavía se encontraba desocupado.

Yo llegué puntual con un papelógrafo en el que se exhibía una lista con los integrantes de la cooperativa, sus “expectativas” de retribución –aquello que consideraban como lo mínimo necesario para poder tener una dedicación completa en la radio- y las “prioridades” de cada

uno expresadas en una escala del 1 al 3. El número 1 era la máxima prioridad y se reservó para aquellos que no tenían otro ingreso. A las 21:45 hs todavía no habíamos comenzado dado que todavía faltaba que llegaran algunos:

“- Yo quiero proponer empezar las reuniones a tiempo porque siempre terminamos empezando tarde. Yo veo que si generamos derechos cuando decimos que queremos o necesitamos ganar tanta plata –dijo Melina refiriéndose al cuadro de “expectativas” realizado días antes - tenemos que generar obligaciones y cumplirlas. Todos podemos tener algún problema... yo el otro día hasta tenía a mi nena enferma y fui igual aunque llegué tarde del hospital porque entendía que era importante estar todos aunque sea un domingo y pueda decir que no puedo ir y ya. Pero las reuniones son parte del trabajo también..

- Bien...exacto, ahora estamos definiendo criterios de distribución, criterios de justicia...y me parece bien lo que plantea Melina porque cuando falta, no cumple con su tarea, no pasa las cosas a tiempo por ejemplo, está dificultando el trabajo de los demás entonces sin duda esto es injusto para los compañeros. Entonces además de cómo distribuir los ingresos, ¿qué pasa cuando uno no cumple su tarea o falta a un compromiso?

- Yo creo que eso nos pone en una situación compleja porque no fabricamos tornillos- sentenció Miguel y luego explicó- cuando uno fabrica tornillos, si un trabajador falta fabrica menos tornillos, o sea, que luego se venden menos tornillos y eso representa menos plata para el conjunto. Pero en la militancia no fabricamos tornillos y por lo tanto la falta a los compromisos no nos afecta directamente en plata. Esto lo digo para que se entienda cuál es la complejidad del asunto.

- Está bien Miguel- retomó Carolina- por ahí por ahora no se nota tanto porque estamos produciendo contenidos más que nada para nuestra organización y para nosotros en nuestra radio. Pero con las publicidades que hicimos o con el FOMECA¹⁰⁰ si se asemeja a lo que vos planteás porque si la cooperativa como conjunto no cumple con el laburo no se cobra. Además, pasa lo que decía Melina

¹⁰⁰ Se trata del Fondo de Fomento Concursable para Medios de Comunicación Audiovisual (FOMECA) un concurso que la emisora ganó en el marco de una categoría para productoras de contenidos. El FOMECA consistía en un subsidio para medios de comunicación de la “sociedad civil” y sin fines de lucro y buscaba financiar “procesos de actualización tecnológica, de mejoras de gestión y de producción de contenidos de radios, canales y productoras de medios comunitarios”. A partir de este premio, la cooperativa recibió un subsidio para elaborar y difundir un documental radiofónico en 13 capítulos sobre la problemática de la vivienda y el hábitat popular, una temática que preocupa a los vecinos y vecinas del barrio de La Boca y que además constituye una de las principales líneas de acción de Los Pibes.

al comienzo, se genera una situación injusta para los demás compañeros. Por eso, para poder evaluar estas cuestiones cada área tiene que desarrollar sus protocolos de funcionamiento, con responsabilidades claras y definidas. Y esos protocolos y reglas no van a estar impuestos desde arriba, tienen que surgir de una decisión colectiva, por eso si todos participan de armar ese protocolo, de esa decisión, van a saber lo que les cabe si no lo cumple porque nosotros mismos lo vamos a haber definido. Entonces nadie se puede enojar.”

Las palabras de Miguel estaban señalando una dificultad vinculada a la naturaleza del producto de su trabajo y de la actividad realizada: en esta experiencia lo que se producía era comunicación con el objetivo de generar conciencia política o en sus propios términos “transmitir una interpretación política de los hechos” centrada en compartir que “es posible *conquistar derechos*” y tener una “*vida digna*” a través de la “organización popular”.

Pero ¿cómo cuantificar en términos económicos - en un sentido restringido- dicha actividad? Se trata de una actividad cuyos efectos son inconmensurables – tomando los términos propuestos por Lambek (2013) - y lo que estaban poniendo de manifiesto es que la producción de valor en esta cooperativa no se definía por la producción de objetos materiales, pero tampoco en términos de valor de cambio. De manera que distribuir los ingresos en relación a la productividad en términos económicos no era posible. Ahora bien, ¿la “productividad” solo puede ser pensada en esos términos? De hecho la respuesta práctica del colectivo a esta pregunta fue que no y en el proceso de constituirse como cooperativa la “productividad” fue redefinida para incorporar los valores asociados a la práctica política.

“- Está bien, pero ¿cómo hacemos esto?- preguntó Andrés- Estamos en una radio en una organización que tiene 20 años y yo me imagino que ya ha habido muchas formas de resolver esta cuestión.

- Bueno, no sé, pero era diferente y era difícil- dijo Paula. Carolina rio y dijo a modo de chiste que acá no se podría descontar “dos tomates y una lechuga”.

- Yo me acuerdo cuando mi mamá empezó a venir a la organización- empezó a contar Juana- que ella sabía por ejemplo que las asambleas eran obligatorias, que si había marcha tenía que ir, y también sabía cuál era su tarea y la tenía que cumplir porque si no no entraba en el reparto o recibía menos mercadería.”

Carolina hizo memoria y recordó los momentos en los que iban al mercado:

“-Cuando íbamos al mercado me acuerdo que había tres grupos rotativos, los que iban al mercado a las 6 de la mañana y organizaban la comida, los que repartían

y los que limpiaban. Y me acuerdo que había solo 15 minutos de tolerancia para el que llegaba tarde y si llegabas al minuto 16 tenías doble tarea, no se ponele repartir y limpiar. Y fue muy difícil hacerlo, pero por ejemplo se definió que las asambleas también eran igual de importante porque la lectura política de ese momento era que había que priorizar e incentivar la participación, que todos formen parte de las decisiones, no era porque sí...”

No cumplir con la tarea asumida también era “injusto” y debía ser tenido en cuenta a la hora de calcular la distribución de los ingresos. El asunto era cómo y la respuesta se encontró en la reconfiguración una práctica aprendida en la trayectoria de la organización: los “criterios de justicia”, una forma de evaluar a los compañeros en el cumplimiento de sus compromisos y tareas asumidas que al día de hoy se sigue utilizando para distribuir lo conseguido a través de la “lucha”. Como relataban en esa reunión esta práctica databa de los primeros años de la organización cuando todavía funcionaba como comedor infantil que además organizaba un reparto de alimentos donados por los puesteros del mercado de Avellaneda.

En la radio dicho “criterio” se calcularía promediando un puntaje del 1 al 5 asignado para cada integrante en 4 aspectos de su práctica: nivel de responsabilidad asumida y su cumplimiento, la actitud en el desempeño de la tarea, la formación – asistencia a cursos de capacitación en radio o periodismo- y la participación entendida como la expresión de la propia opinión durante las reuniones de la *herramienta*. La remuneración final sería determinada a partir de ponderar la cantidad de horas efectivamente trabajadas por cada uno – para lo cual se implementó un control de los horarios de trabajo mediante una planilla- en función del “criterio de justicia” asignado y del valor de la hora de trabajo. Además, en lugar de juntar el dinero de los planes en un “fondo común” y redistribuirlo, se decidió descontar el monto del plan de la remuneración calculada para cada integrante que lo cobra. De esa manera, la remuneración total quedo compuesta por el “aporte de los planes” y el “aporte de la cooperativa”.

Tal como señalan Caroline Dufy y Florence Weber, “las maneras de calcular son indisociables de las maneras de hacer –el cálculo es una práctica social- y de las maneras de pensar – el cálculo es una técnica cognitiva” (2009:35). Las autoras advierten que para calcular primero hay que establecer una correspondencia entre los números y una realidad, ejercicio que siempre implica una forma de evaluación socialmente situada. En este caso al calcular la retribución “justa” también se estaban explicitando una serie valoraciones en torno a las formas deseables y esperables de participar en la radio y llevar adelante la tarea. Así el colectivo definió valorar y diferenciar a sus integrantes en función del “compromiso”, el “esfuerzo” y la “actitud”, en lugar de tomar en consideración la posesión de un determinado capital cultural necesario para poder realizar un trabajo fuera de la cooperativa (para el

Estado, para una universidad, etc). En este sentido, la cuantificación como práctica del colectivo adquirió una dimensión pedagógica. Por ello, tiempo después y aun cuando no hubiera ingresos monetarios para poder distribuir en forma de “retiros”¹⁰¹ el procedimiento se repitió como forma de “autoevaluación colectiva”. Para Carolina, esto permitía generar un momento colectivo en el que poder “hablar con el compañero que no está cumpliendo, y más allá de las relaciones personales y sin prejuicios, ayudarlo, ver qué pasa. No tenemos que pensarlo como un castigo, sino entender que tiene que ser incentivo para la participación para ser cada vez mejores militantes y compañeros.” De manera que en este caso la cuantificación no expresaba una práctica que buscaba maximizar la ganancia, sino que consideraba otras formas de valorar. Se trataba más bien de una práctica pedagógica que expresaba y producía una serie de “virtudes” asociadas a ser un “buen” militante y trabajador. De manera que participar de actividades de formación, expresar la propia opinión durante las asambleas, o contribuir al sostenimiento de las relaciones políticas de la emisora con otras organizaciones fueron actividades sumamente valoradas – y por lo tanto retribuidas- en tanto contribuían a consolidar el proyecto político de la organización y la producción de “organización popular”, incluso cuando no generaran un ingreso monetario para el colectivo. De manera que no solo estaban produciendo comunicación y a la radio como un espacio de trabajo, sino que estaban produciendo a sus integrantes como militantes, como sujetos políticos.

Sin embargo, como se hizo visible en el diálogo que reproduce más arriba, al momento de poner en práctica este “criterio de justicia” varios manifestaron la complejidad y “arbitrariedad” que implicaba traducir el desempeño de cada uno en un número. Esta dificultad provenía de cuantificar *cualidades* de la práctica, de reconocer mediante números ciertos valores compartidos colectivamente aun cuando no produjeran ingresos monetarios de manera directa. Tomando las palabras de Miguel: “en la militancia no fabricamos tornillos, la falta en los compromisos no afecta directamente a la plata”. Pero además, estos criterios no tenían un contenido fijo sino que su aplicación se renegociaba en cada circunstancia específica. Por ejemplo, un integrante que tena una larga trayectoria como comunicador en medios comunitarios fue evaluado con un numero bajo en formación, no porque no hubiera participado de las actividades, sino porque él mismo podía promover instancias de formación para el resto de los compañeros y así transmitir sus conocimientos específicos.

¹⁰¹ Esto obedeció a que las políticas públicas a través de las cuales se obtuvieron los recursos para llevar adelante las labores de la cooperativa otorgaban financiamiento por “proyectos” acotados en el tiempo, de manera que no constituían ingresos fijos y predecibles.

III. CONCLUSIONES

En este capítulo analicé los cambios que conllevó en la organización Los Pibes la apuesta por construir “emprendimientos” de la *economía popular* a partir de su ingreso a la CTEP. Retomando una concepción amplia del trabajo o la producción como actividad creativa propuesta por David Graeber (2013) puse de relieve las múltiples formas de valor que atraviesan y son significativas en este universo etnográfico y las tensiones que emergieron en el proceso de construir cooperativas de la *economía popular*. En primer lugar, di cuenta de cómo se modificaron las formas de organizar las diferentes *áreas políticas* o *herramientas* de Los Pibes, y en un segundo momento, focalicé en cómo se llevó adelante este proceso en la FM Riachuelo.

En nuestro caso, la pregunta por cómo conceptualizar el valor de las acciones realizadas no puede ser pensada únicamente como una clave de análisis y reflexión teórica, sino que su potencia analítica radica a mi entender en que se trató de una preocupación práctica sumamente significativa para quienes integran este colectivo. Constituirse como cooperativa y “emprendimiento” de la *economía popular* requirió renegociar los sentidos y el valor atribuido a sus prácticas cotidianas, así como también los modos de llevarlas adelante considerando que para sus integrantes, la cooperativa pero también la organización, eran una entre otras múltiples estrategias para resolver la vida familiar.

La reconstrucción etnográfica me ha permitido mostrar cómo este proceso de creación de reglas colectivas implicó una reflexión en torno a lo “justo”, cómo definirlo colectivamente y en ocasiones cómo cuantificarlo de manera tal de poder distribuir los recursos económicos disponibles. Para hacerlo se recuperó una práctica aprendida en la trayectoria de la organización, “los criterios de justicia”, como modo de cuantificar aspectos *cuantitativos* de la práctica. Este procedimiento permitió definir la remuneración “justa” por el trabajo de cada integrante y al mismo tiempo adquirió una dimensión pedagógica en la medida que explicitó una serie de valoraciones en torno a las formas deseables y esperables de participar en la radio y llevar adelante la tarea. Por un lado, esta práctica evidenció que los valores asociados a la política modelaron la forma en que estas actividades se pensaron y llevaron adelante como un trabajo. Pero además, aquello que se definió como “justo” no fue la expresión de una única forma de cálculo sino de la consideración de una multiplicidad de valores. En este sentido, el valor producido por la cooperativa – y por la organización- no era solamente definido en términos económicos (como dinero), o incluso políticos (como la lucha por la justicia social y

la construcción de una comunicación popular), sino también considerando las estrategias colectivas de organización para la (re)producción de la vida. En este sentido, la multiplicidad de formas de valor producidas por la *economía popular* incluyeron también las relaciones personales, afectivas, y las prácticas y formas de ayudarse mutuamente en situaciones problemáticas construidas durante los años de lucha compartida.

CAPÍTULO 5. ENCONTRARSE CON EL ESTADO: HACIENDO CON - Y A PESAR DE – LA BUROCRACIA

Como ya expresé en la introducción, desde los inicios de mi trabajo de campo manifesté la voluntad de llevar adelante mi investigación colaborando al mismo tiempo con las actividades cotidianas de las organizaciones. Tanto en la organización Los Pibes como el “polo” textil del barrio Laguna muy pronto se me requirió para colaborar con una multiplicidad de tareas cotidianas que requería entrar en contacto con la burocracia estatal para acceder a *proyectos*¹⁰² y políticas públicas. Se trataba de tareas que insumían gran parte del tiempo y esfuerzo cotidiano y requerían de saberes específicos o incluso del contacto con profesionales de diversas disciplinas como contadores o abogados. Además, los militantes no solo gestionaban recursos estatales otorgados a través de determinadas políticas públicas, sino que en un sinnúmero de oportunidades pude observar cómo con gran paciencia y dedicación ayudaban u asesoraban a otras personas para que pudieran llevar adelante alguna diligencia a título personal ante diversas agencias estatales: desde como tramitar una Asignación Universal por Hijo o la Ciudadanía Porteña¹⁰³, hasta solucionar problemas con las tarjetas a través de las cuales cobraban variadas ayudas estatales. Incluso en los talleres de la diplomatura, algunas de las temáticas que mayor interés suscitaban entre los participantes y que consultaban antes y después de los talleres se vinculaban con procedimientos burocráticos: cómo armar una cooperativa, qué programas estatales existían para la *economía popular* y cómo presentarse, cómo inscribirse al monotributo social, etc.

La relación entre las organizaciones y el Estado ha sido un tópico sumamente relevante en la literatura sobre movimientos sociales en la Argentina reciente. Como mencioné en la introducción, esta relación fue mayoritariamente conceptualizada a partir de las categorías de “cooptación”, “institucionalización” o “autonomía” (Svampa y Peryra, 2009; Pérez y Natalucci, 2010, 2012; Natalucci, 2009, 2011) y poniendo el foco en el grado en que la relación con el Estado potenciaba o limitaba la capacidad de acción de las organizaciones (Gómez, 2006;

¹⁰² Utilizo la categoría de *proyectos* en itálica para enfatizar que se trata de una categoría social que mis interlocutores utilizaban para referirse a los formularios y presentaciones que realizaban antes diversas agencias estatales con el objetivo de obtener recursos. Utilizaré en cambio la noción de proyecto o el verbo proyectar sin itálica en el sentido de imaginar o “proyectar juntos/as” tal como fuera formulado por M.I. Fernández Álvarez (2016). Ver introducción.

¹⁰³ El Programa “Ciudadanía Porteña Con Todo Derecho” fue creado en noviembre de 2005 y brinda un subsidio mensual que mejora el ingreso de los “hogares en situación de vulnerabilidad”. Dicho subsidio se entrega a través de una tarjeta magnética precargada que puede utilizarse únicamente para la adquisición de alimentos, productos de limpieza e higiene personal, útiles escolares y combustible para cocinar. Fuente: <http://www.buenosaires.gob.ar/desarrollohumanoyhabitat/ciudadaniaportena/ciudadania-portena-con-todo-derecho>

Garay,2007; Massetti, 2009; Battezzatti, 2014). Otros autores enfatizaron el modo en que la relación con el Estado permeó las construcciones “identitarias” y la definición de proyectos político-ideológicos por parte de las organizaciones (Cortés, 2010; Moreno, 2010; Schuttemberg, 2011). Un tercer conjunto de estudios hicieron foco en cambio en las tensiones emergentes del “ingreso” de militantes de las organizaciones al trabajo en el Estado (Massetti, 2009b; Perelmiter, 2010; Vázquez, 2014).

Esta tesis recupera los aportes que una serie de estudios etnográficos han realizado a este debate. Por un lado, me apoyo en aquellas investigaciones que, recuperando la obra de A. Gramsci y E.P. Thompson, pusieron en cuestión la escisión entre estado/sociedad civil (Fernández Álvarez, 2007, 2009; Grimberg, 2009; Manzano 2009)¹⁰⁴ presupuesta en las categorías de “institucionalización”, “cooptación” y “autonomía”. Retomando estos estudios propongo poner entre paréntesis dichas caracterizaciones para analizar el modo en que las modalidades de intervención del Estado modelaron prácticas cotidianas y formas de organización; y, al mismo tiempo, cómo las organizaciones configuraron creativamente márgenes de autonomía respecto de las orientaciones estatales.

Desde este marco general, en este capítulo analizo los “encuentros” cotidianos con el Estado (Lazar, 2013; Fernández Álvarez, 2014) focalizando en el modo en que las organizaciones debieron lidiar con la burocracia y sus procedimientos. En efecto, el estudio de la burocracia estatal ha sido un vasto campo desarrollado desde la antropología política. En el ámbito local, el trabajo desarrollado por el Equipo de Antropología Política y Jurídica coordinado por Sofia Tiscornia es sin lugar a dudas una referencia en los estudios sobre la burocracia. Sus trabajos la burocracia penal -tanto en tiempos de democracia como dictadura- señalan el modo en que el Estado y sus burocracias ejercen formas de violencia institucional a través de procedimientos normalizados y de la acción de los funcionarios que los ejecutan (Tiscornia, 2008), dando cuenta también de las complejas tramas de lealtades, relaciones familiares y de obligaciones e intercambios que atraviesan el poder judicial (Sarrabayrouse Olivera, 2011). En conjunto, estos trabajos han destacado la centralidad de los “expedientes” en tanto “huellas burocráticas” (Tiscornia y Sarrabayrouse Olivera, 2004: 70) o laberintos de papeles con propiedades “cuasi mágicas” (Tiscornia, 2008: 82) que permiten rastrear el modo en que los actos de violencia institucional se inscriben como actos administrativos. Esto ha dado lugar a importantes reflexiones metodológicas sobre cómo trabajar con documentos y archivos estatales (Muzzopappa y Villalta, 2011). Si bien esta línea de investigación ha abordado las dimensiones represivas del funcionamiento del aparato Estatal, otros estudios han focalizado

¹⁰⁴ Programa “Procesos de reconfiguración estatal, resistencia social y construcción de hegemonías”, Instituto de Ciencias Antropológicas, FFYL-UBA.

en el modo en que los papeles y los “formularios” permearon la constitución del campo del “desarrollo social” y la “academización” de las políticas sociales (Pantaleón, 2005).

También los estudios que abordaron las burocracias en otras partes del mundo –desde Europa, EEUU, pero también la India o los Estados Africanos- han puesto el foco en la materialidad de sus procedimientos cotidianos destacando que una de sus cualidades principales radica en la centralidad que adquieren las prácticas escritas y los papeles, documentos y archivos en tanto modos legítimos de verificación y control (Das y Poole, 2008; Mathur, 2017). A contrapelo de estas miradas, David Graeber (2012) ha propuesto un provocativo análisis en torno a la burocracia y su “papelerío” (*paperwork*) que enfatiza más bien su ineficacia y sinsentido. El autor sostuvo que las formas de simplificación características del conocimiento burocrático se basan en la violencia (o en la amenaza de la aplicación de la violencia). De allí que sostenga que se trata de “zonas muertas para la imaginación” (*Dead zones of imagination*) en la medida que limitan el “trabajo interpretativo”¹⁰⁵ (*Interpretive labour*) que –tanto los burócratas como las personas que con ellos se encuentran- desarrollan en esa interacción, trayendo como consecuencia comportamientos que el autor caracteriza sin pudor como “estúpidos” (2012).

En diálogo con esta literatura, en este capítulo analizo el modo en que los “encuentros” cotidianos con la burocracia estatal modelaron las posibilidades y formas de llevar adelante iniciativas de la *economía popular*, tanto a través de la interacción cotidiana con funcionarios estatales, como por la necesidad de lidiar con documentos escritos y papeles (planillas, formularios, etc). Muestro que en estos “encuentros” los militantes jugaron un rol destacado para contornear creativamente los constreñimientos impuestos por la burocracia estatal a partir de saberes aprendidos e imaginando sus propios proyectos en función de sus historias y formas de construcción política. En esta dirección quiero sostener que la burocracia también abrió posibilidades para la imaginación política.

En segundo lugar, me apoyo en una serie de autores que aportaron cuidadosos análisis etnográficos de los “encuentros” con el Estado problematizando tanto la pasividad atribuida a las poblaciones como la aparente solidez del Estado (Das y Poole, 2008). Estos autores dieron cuenta de los procesos creativos de apropiación y contestación de leyes y políticas por parte de los grupos subalternos (Fernandes, 2010; Harvey y Poole, 2012; Poole, 2012; Fernández

¹⁰⁵ Para el autor esta noción está vinculada a la idea de imaginación e implica por un lado la capacidad de “identificarse imaginativamente” con un otro para comprender su perspectiva. Se trata para el autor de una forma de conocimiento que en el marco de relaciones de dominación suele relegarse a los subalternos quienes deben asumir la tarea de comprender cómo debe darse una determinada relación social (Graeber, 2015). En términos más amplios, hace alusión al trabajo de reflexionar, clarificar o incluso negociar en términos interpersonales el sentido y la importancia de una acción, un suceso, etc.

Álvarez, 2014) destacando el modo en que las organizaciones disputaron las racionalidades de mercado implícitas en las formas de regulación estatal (Fernandes, 2010; Fernández Álvarez, 2014, 2015). En particular, una serie de trabajos cuestionaron la visión weberiana de las burocracias como actor “desinteresado” impulsado exclusivamente por la racionalidad técnica y gubernamental a través del análisis del modo en que las relaciones con funcionarios estatales está permeada por relaciones personales y a menudo afectivas (Lynch Cisneros, 2012) y resaltaron las implicancias que esto tiene para las personas y organizaciones que intentan hacer oír sus demandas (Wanderley, 2009). En esta dirección, muestro que lidiar con los papeles y documentos administrativos requirió establecer relaciones personalizadas con funcionarios y determinados profesionales expertos en el dominio del lenguaje del Estado. En este sentido, con ayuda de los funcionarios, los militantes –y yo misma a partir de mi involucramiento en estas tareas- debieron aprender a dominar el “lenguaje de los proyectos” estatales –un lenguaje hecho de categorías técnicas específicas- (Señorans y Litman, 2013) y traducir sus propios proyectos en los esquemas propuestos por estos documentos. Traducir tal como lo propongo en este capítulo marcó el modo en que se hacía con y a pesar de que militantes y técnicos o funcionarios no siempre imaginaban lo mismo ni tenían las mismas prioridades. El trabajo de campo realizado para mi tesis –incluyendo el material que se presenta en este capítulo- se produjo tanto antes como después de la asunción de Mauricio Macri como Presidente de la Nación en diciembre de 2015. En este sentido, mi análisis busca poner en evidencia las continuidades que hacen al funcionamiento de la burocracia estatal aun en períodos de transición gubernamental.

Con estos objetivos, en primer lugar, analizaré el modo en que mis interlocutores lidiaron con los procedimientos burocráticos requeridos para inscribir y sostener cooperativas de trabajo. En segundo lugar, me centro en cómo militantes y funcionarios se relacionaron para la formulación y presentación de *proyectos* estatales. Por último, desarrollo el modo en que se llevaron adelante los “operativos” que buscaron inscribir a trabajadores del barrio La Laguna y aledaños al Monotributo Social.

I. LAS COOPERATIVAS: ENTRE LAS FORMAS JURÍDICAS Y LAS FORMAS DE LUCHA

En un taller de la diplomatura en Economía Popular y Organización Comunitaria que tuve la oportunidad de acompañar en la sede de la ENOCEP en San Martín de los Andes, Juan Grabois –referente de la CTEP y del MTE- explicó ante los presentes que las cooperativas eran, así como también los sindicatos, una de las tantas “herramientas en la lucha reivindicativa de los sectores populares, una manera de conseguir recursos”. “Es una forma de interactuar con el Estado, pero tenemos que pelear por que las formas se adapten a

nuestra realidad, no al revés”, explicó. Esta visión era sin duda compartida por los militantes con quienes trabajé, quienes remarcaban insistentemente ante mí, pero también ante sus compañeros, que la forma jurídica no determinaba la forma de organizarse políticamente, así como tampoco al interior de los espacios de trabajo.

Sin embargo, existían importantes aspectos en los cuales conformar cooperativas sí tenía efectos en sus rutinas cotidianas. Lidiar con la burocracia y el “papelerío” se habían convertido en tareas que revestían una gran importancia política en la medida que, según evaluaban, les permitiría concretar sus proyectos políticos. En este sentido, en un taller sobre “cooperativas y *economía popular*” que colaboré para organizar junto a otras dos integrantes de la organización Los Pibes y que estaba destinado a los integrantes –y futuros “cooperativistas”- de la FM Riachuelo, se planteó que la conformación de la cooperativa era una “herramienta de lucha por derechos”. Reproduzco a continuación el intercambio mantenido en aquel taller:

“Moderadora: Hay una cantidad de conquistas que lograron los empleados, que no las logran al momento los cooperativistas. Pero que son conquistas de los trabajadores, de los obreros, que en otro momento tuvieron esa fortaleza para conquistarlo.

Julián: Sí, también para poner en juego la cuestión del Estado, digo, incluso adentro de una empresa privada, el Estado juega un papel, el Estado es el que garantiza que esas conquistas que tuvieron los trabajadores se lleven a cabo. Y eso incluso nunca está cerrado, siempre hay que seguir peleando, incluso los sindicatos dentro de las empresas privadas tienen que estar peleando para que la empresa pero también el Estado le reconozca los derechos. Digo porque a veces se habla de Economía Social y parece que no tiene nada que ver con el Estado, que lo tuvimos que correr al fondo de todo, y no, también entonces nosotros queremos que el Estado reconozca derechos de los trabajadores de las cooperativas.

Moderadora: Por eso quizás la importancia de las herramientas que hay, mejores, peores, con contradicciones, con tener que buscar un abogado que no nos convence, entremos en la legalidad, porque entonces también es una manera de demandarle al Estado, que es el paso que ustedes están dando, formar esta cooperativa, que las actas.... Es una herramienta que dice al Estado “ves que estamos acá organizados, danos más derechos, como los que tienen los empleados”. Permite otra lucha.

Participante: ¿Y qué sería entonces? Filmarnos cómo laburamos acá y mandárselo al gobierno “mirá estamos laburando”...

Carolina: No, hacer las formalidades horribles que estamos haciendo que es lo que ayuda a eso. Inscribirse como cooperativa, ir a hacer el trámite al banco...Hacerse el monotributo social... Son maneras que por ahí, son más nuevitas, no son por ahí las ideales, pero son las pequeñísimas conquistas que desde este lado se están haciendo para que te reconozca el Estado. Si nosotros nos inscribimos como cooperativa, como de hecho lo hicimos, hacemos las actas, te tenés que anotar en la AFIP [Administración Federal de Ingresos Públicos]¹⁰⁶, toda esas cosas son todos pasos que nos van poniendo en mejores condiciones para que las poquitas herramientas que están apareciendo desde el Estado por la misma demanda nuestra, hagan que desde ahí vayamos obligando al Estado y demandarle lo que nos va faltando. Si nosotros nos armamos una cooperativa, nos inscribimos en la AFIP, tenemos las actas, existimos. “¿Vieron Estado que acá existimos?”. Que somos una cooperativa, que hacemos esto, que hacemos... que tenemos este CUIT [Clave Única de Identificación Tributaria]¹⁰⁷, que tenemos este libro, que tenemos Ingresos Brutos, que tenemos esta cuenta bancaria, somos, ve, existimos. Bueno, dale, dale, aflojá. Danos más derechos porque ves que somos... Igual que como los empleados lucharon hace para esas conquistas, nosotros también queremos beneficios.

Julián: Ese es el planteo exacto de la CTEP

Participante: Porque no le seguimos llenando la bolsa a las empresas...

Moderadora: Exacto, por eso la importancia de, por un lado luchar como en la CTEP para que todo eso se siga profundizando, o sea, se sigan ganando derechos, y por otro, tomar lo que ya se creó, como el INAES¹⁰⁸, como el monotributo social, que eso, con sus deficiencias, está creado para este sector de la economía, no está creado para los empleados y las grandes empresas. Nos puede gustar más o menos pero está creado para nosotros, para los

¹⁰⁶ La Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) es el organismo que tiene a su cargo la ejecución de la política tributaria, aduanera y de recaudación de los recursos de la seguridad social de la Nación.

¹⁰⁷ La Clave Única de Identificación Tributaria (CUIT) es una clave utilizada en el sistema tributario argentino para poder identificar a las personas físicas o jurídicas autónomas susceptibles de tributar. Requieren este tipo de clave los trabajadores autónomos, comercios y empresas (incluyendo las cooperativas).

¹⁰⁸ El Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES) es la entidad encargada del registro, promoción, regulación y control de las cooperativas y mutuales a nivel nacional.

cooperativistas, entonces hay que tomarlo. Hay que tomarlo porque si no para qué luchamos para que haya esas pequeñas herramientas...”

En aquel debate se había propuesto que las cooperativas constituían una conquista y a la vez un medio de lucha por más *derechos* para los trabajadores de la *economía popular*. En otras reuniones del equipo de trabajo de la FM, Carolina había reforzado esta idea sosteniendo que “formalizar es una manera de dignificar o de hacer más digno el trabajo que ya venimos haciendo” ya que tener una persona jurídica constituída habilitaba al reconocimiento por parte del Estado y, por lo tanto, al acceso a recursos estatales. A su vez, en aquel taller Carolina y la moderadora habían enfatizado que lo “formal”, es decir, los trámites y requisitos solicitados para el funcionamiento de estas entidades también eran una “herramienta” para la “*lucha por derechos*”.

En la organización Los Pibes estas tareas eran llevadas adelante desde cada “área” o cooperativa específica. En el caso de la FM Riachuelo, Andrea era quien llevaba adelante buena parte de las actividades que conformaban lo que dieron en llamar “administración”. Cuando en 2013 comencé a realizar mi trabajo de campo, Carolina, la directora de la radio, me pidió que colaborara con Andrea en algunas de sus tareas. La cooperativa había recibido la personería jurídica en abril de ese año y había que comenzar a completar los libros que se le exigen a estas entidades. Así que todos los miércoles por la mañana nos sentábamos a trabajar sobre las actas de asamblea, de consejo directivo o los registros de asociados¹⁰⁹.

Algunos días salíamos a encontrarnos con la contadora o recorríamos oficinas públicas para realizar diversos trámites. A menudo Carolina nos acompañaba en estos recorridos. Ella era la presidenta de la cooperativa y se requería su firma para numerosos trámites. Pero además había trabajado 10 años en el estudio de una abogada que hacía sociedades comerciales y asociaciones civiles. “Estas cosas ya me las sé”, me explicó un día camino a la AFIP. En 1998 ella había sido la encargada de hacer la asociación civil de la organización y conocía bien los procedimientos. En aquel entonces la organización requería de la personería jurídica para inscribirse un programa del GCBA que otorgaba mercadería a los comedores comunitarios. “Me sé el caminito IGJ [Inspección General de Justicia]¹¹⁰ de memoria, después de 10 años

¹⁰⁹ Según dispone la ley de Cooperativas N° 20.337, la estructura interna de las cooperativas debe estar conformada por tres órganos: la asamblea (en donde se expresan los votos de todos los asociados), el consejo de administración (que ejerce la función de administrar y dirigir las operaciones de la cooperativa y está compuesto por presidente, secretario/a, tesorero/a y dos vocales suplentes) y la sindicatura (que fiscaliza las actividades del consejo de administración y está compuesto por un síndico/a titular y un/a suplente). Estos dos últimos órganos son elegidos por todos los asociados por la asamblea. A su vez, a estas entidades se les exige el registro de sus movimientos económicos y de sus actividades e integrantes en una serie de libros contables que deben presentarse cada año ante el INAES.

¹¹⁰ La IGJ es la entidad encargada del registro y fiscalización de las asociaciones comerciales como así también de las asociaciones civiles sin fines de lucro.

ya me conocía a las personas entonces iba y hablaba directamente con cada uno 'bueno, dale, sellame acá. El otro te cobra más rápido por esa ventanilla'...y lo odiaba, es un garrón, pero bueno", recordó en voz alta. De todas formas, hacía 10 años que había dejado ese trabajo, había olvidado algunas cosas y además reconocía que "el INAES hace las cosas diferentes". Esa tarde en la AFIP nos habíamos dado cuenta que, en el estatuto que ella misma había armado, había olvidado cambiar los períodos de ejercicio de las autoridades a dos años –en lugar de uno- para evitar tener que realizar una serie de trámites engorrosos cada tan poco tiempo. "Estas cosas me las sé, eso es lo que me da más bronca, porque me fijé solamente en las cosas que no entendía, los tipos de actividades y eso, pero esto que me lo re sabía me olvidé de fijarme", se lamentó. Luego me explicó su confusión: "Estaba segura que había puesto que las autoridades duran dos años en el cargo, pero puse que duran un solo ejercicio". La palabra técnica "ejercicio" – que significa un año contable desde el primero de enero al 31 de diciembre- selló la necesidad de atenerse a cambiar las autoridades cada año o bien iniciar un trámite de cambio de los estatutos que podía durar años. Además, el empleado nos había reclamado – de un modo no muy compresivo- que volviéramos otro día porque según él habíamos completado erróneamente los formularios necesarios para obtener el CUIT de la cooperativa. "Te bajan los brazos, si vos no entendés bien y te tratan así, te terminan bajando los brazos, es así, te volvés a tu casa diciendo, yo no sé, yo no entiendo, fuiste", me comentó Carolina a la salida y tras unas dos horas de un trámite infructuoso.

Durante muchos años Carolina había sido la coordinadora del "área de política alimentaria de la organización". Había sido la encargada tanto de la organización del grupo de compañeros que llevaban adelante las tareas en la cocina y en el comedor, pero también de llevar los gastos y hacer las rendiciones de los *proyectos* del Ministerio de Desarrollo con los cuales financiaban esas tareas. Una serie de estudios etnográficos señalaron que los "planes" – como se denominó popularmente a los programas de empleo implementados a inicios de los 2000- configuraron la cotideaneidad de las organizaciones de trabajadores desocupados (Manzano, 2008b, 2013; Quirós, 2011; D'Amico, 2015). En el caso de la organización Los Pibes, había sido la gestión de políticas alimentarias lo que les había otorgado experiencia y conocimientos sobre cómo lidiar con la burocracia estatal que luego se volcarían a la conformación de las cooperativas, aún con importantes diferencias.

Antes de formar parte de la radio, Andrea había colaborado durante muchos años con Carolina en el "área de política alimentaria". Por eso me explicó que cuando la eligieron para este rol no le molestó porque allí había aprendido a realizar tareas similares: "ya estaba acostumbrada a manejar la plata y me siento cómoda", me dijo con confianza. Una de las tareas que Andrea cumplía con mayor esmero era llevar la "caja" de la emisora: conservar el

dinero recaudado por los aportes de los programas que tienen un espacio de aire, pagar los impuestos, cargar los gastos en planillas. Siempre que había que hacer una compra, quien estuviera encargado de hacerla le pedía el dinero, ella anotaba los gastos e ingresos en un cuaderno, elaboraba recibos para quienes le pagaban y luego transcribía cuidadosamente todos estos movimientos en una planilla digital. Cada miércoles revisábamos la planilla digital para chequear que los montos se sumaran y restaran correctamente y que no faltara nada, ni siquiera un número de factura.

Además, Andrea elaboraba cada dos o tres meses un “balance” en el que se dejaba constancia de los ingresos y gastos del período categorizados por tipo (por ejemplo: “impuestos”, “librería”, “retiros”, “transporte”, “aportes de programas”, “trabajos realizados”, “donaciones”, “rifas y fiestas”). Carolina le insistía cotidianamente sobre la importancia de llevar este “balance”. Por un lado, destacaba que el hecho de registrar estos datos había sido fundamental a la hora de “formalizar” a la radio como cooperativa de trabajo. Periódicamente, dichos datos eran enviados a la contadora para que elabore los balances contables que debían ser presentados año a año ante el INAES. Los balances aprobados y firmados por un contador público constituían un requisito para poder presentar nuevos *proyectos* y así acceder a recursos estatales. Pero además, Carolina insistía en la importancia de llevar “los gastos” con precisión y hacer el “balance” porque esto les permitía “mostrar” al conjunto de la organización cuánto costaba tener la radio funcionando, qué ingresos había y de dónde venían para poder analizar y pensar estrategias para conseguir recursos. A su vez, esta práctica –“hacer balance”- se reproducía al nivel de la organización. En una pared de la sala donde se realizaba la reunión semanal de “Mesa Política” había dos afiches grandes, uno para gastos y otro para ingresos. En este caso las categorías de ingresos se correspondían con las distintas áreas y *proyectos* estatales gestionados por la organización. Estos afiches daban una idea de cómo era el complejo sistema de proyecciones, relaciones entre “áreas” y cálculos económicos que permitía el funcionamiento cotidiano de la organización. La contabilidad, los “balances” y la proyección a futuro de los gastos permitían pensar y repensar las estrategias para fortalecer las diferentes áreas, sostenerlas y llegado el caso generar nuevos ingresos. De esta manera, saber hacer los “balances” y poder “trabajar con los números” era al mismo tiempo un requisito impuesto por los organismos estatales y un dispositivo que permitía proyectar, evaluar el desarrollo de los emprendimientos para fortalecer la construcción colectiva. En este sentido, un dispositivo burocrático se había transformado en una forma de imaginar políticamente y de compartir información de manera transparente entre sus miembros.

También en el “polo” del barrio Laguna, los militantes – pero también los trabajadores- habían debido lidiar con la burocracia estatal para poder llevar adelante su proyecto político de construir trabajo con *derechos*. Durante el año 2016, los trámites vinculados a la inscripción de la cooperativa fueron llevados adelante por los militantes del MTE. Estas tareas se distribuían y socializaban una vez por semana en el marco de una reunión en la que se coordinaban las tareas a realizar en el corto plazo: desde los arreglos edilicios en el espacio del galpón, la presentación de *proyectos* ante diversos organismos estatales, trámites necesarios, etc. Desde que inicié mi trabajo de campo fui invitada a participar de dichas reuniones y, poco tiempo después, asumí el compromiso de acompañar a los trabajadores durante la realización de un curso obligatorio para acceder a un programa del Estado y compartí durante aquellas reuniones las novedades y los papeles requeridos para avanzar en la presentación del “proyecto” correspondiente.

En este caso, la formalización de la cooperativa les había permitido, por un lado, acceder al Programa de Trabajo Autogestionado del Ministerio de Trabajo (PTA)¹¹¹ y al Programa de Empleo Independiente (PEI)¹¹². Ambos programas fueron creados durante la administración de los gobiernos de Néstor y Cristina Fernández de Kirchner – en 2004 el primero y en 2009 el segundo- y se mantuvieron tras la transición al gobierno de Mauricio Macri. En aquellas reuniones, también se coordinaba la realización de los “operativos” de inscripción al Monotributo Social y las tareas posteriores de acompañamiento a los inscriptos. Carla era la encargada de llevar el registro de los inscriptos en una “base” que actualizaba periódicamente subiendo a los nuevos y haciendo los cambios de información necesarios. Ella también era la encargada de llamar por teléfono a cada uno para completar datos faltantes para inscribirlos a un programa o proyecto (como por ejemplo la conformación de la guardería para los niños), avisarles de las próximas reuniones o de convocarlos para los trámites que tuvieran que hacer por ejemplo en relación a la cobertura de obra social a través de la Mutual Senderos. También era quien estaba regularmente en contacto con los funcionarios de la Gerencia Local de Empleo y Capacitación Laboral (GECAL) de Lomas de Zamora, una dependencia

¹¹¹ El Programa Trabajo Autogestionado pertenece al MTEYSS y tiene como objetivos “mantener y generar puestos de trabajo, promocionando y fortaleciendo unidades productivas autogestionadas por los trabajadores y mejorar su competitividad y sustentabilidad, así como las condiciones de higiene y seguridad de los trabajadores, promoviendo la mejora de las condiciones y el medio ambiente de trabajo” (<https://www.argentina.gob.ar/trabajo/autogestionado>). Está orientado a empresas recuperadas por sus trabajadores y otras iniciativas desarrolladas por trabajadores. Tiene 5 líneas de financiamiento: apoyo económico individual a cada uno de los trabajadores, apoyo técnico y económico para la mejora de la capacidad productiva, apoyo técnico y económico para la mejora de la competitividad, asistencia técnica y capacitación para la mejora de la capacidad de gestión de las unidades productivas y asistencia para la Higiene y la Seguridad del trabajo.

¹¹² El Programa de Empleo Independiente del MTEYSS se orienta al acompañamiento de “emprendedores” a través de capacitaciones en “gestión empresarial”; una ayuda económica mensual para el beneficiario y un subsidio en concepto de capital inicial para la compra de herramientas, maquinarias, insumos, habilitaciones y acondicionamiento del lugar de trabajo y elementos de seguridad. Puede acceder al programa trabajadores desocupados que participan en programas del Ministerio, así como a personas que se capacitaron a través de cursos ofrecidos por el Ministerio (<https://www.argentina.gob.ar/trabajo/empleoindependiente>).

perteneciente al MTEYSS. Ella cotidianamente “seguía” los trámites, presentaba los pedidos de alta o baja en los programas, “peleaba” que se le pagaran los incentivos o retroactivos adeudados a los compañeros. También estaba en contacto el “equipo de gestión” del MTE, quienes trabajaban cotidianamente en la sede central de la CTEP y centralizaban esta información de todos los trabajadores vinculados al MTE.

En una reunión en la que se discutió la posibilidad de reorganizar sus tareas porque Carla estaba “sobrecargada”, Danilo planteó que todo lo que ella realizaba podía ser dividido en dos categorías: “lo operativo” y “la gestión”. Consideraba que “lo operativo” –que en ese momento lo circunscribió al desarrollo de las inscripciones al Monotributo Social- era lo central porque esas políticas eran su “herramienta de construcción política”, de manera que su contacto directo con los compañeros, que los llame y les explique por qué y para qué debían anotarse o hacer determinado trámite era lo más importante. En cambio, consideraba que “la gestión”, el orden de las planillas y la información, podía ser derivado a otro militante. Además, la comunicación directa con los compañeros era sumamente valorada no solo porque permitía reponer el sentido político que le imprimían a la gestión de planes y programas, sino porque a menudo los complicados pasos burocráticos necesarios para poder permanecer inscriptos hacían que algunos “se cayeran”. En este sentido, resulta ilustrativo lo que me comentó Josefina a propósito del proceso de inscripción de los trabajadores costureros de la Ciudad de Buenos Aires al PEI:

“Cuando salió eso hicimos un listado con los nuestros y sumamos una lista que nos mando la COTAI [Ver capítulo 3, Pág. 129]. Ellos lo que habían hecho era promocionarlo por la radio y con los que llamaron para que visiten y censan su taller para entrar en el “programa de formalización”, eso decían ellos, hicieron una lista. Nosotros quisimos ir a visitar a esos talleres pero no llegamos a todos. Llamamos por teléfono, eso si, pero no visitamos a todos. Ese listado en total ponele que eran 200. Pero fue bajando el número porque algunos nunca fueron al curso, otros abandonaron, con algunos ni siquiera nos pudimos comunicar porque cambian el celular o estaban mal anotados. Después otros se cayeron porque los PEI había que anotarse primero en un seguro de desempleo digamos y después hacer un traspaso a otro plan que ahí muchos no siguieron. Nosotros los acompañamos pero los compañeros tampoco son muy ordenados o sistemáticos con esas cosas. Y así al final quedó el grupo de 50 que son ahora.”

Por otro lado, en el “polo” del Barrio Laguna conformarse formalmente como cooperativa había sido un requisito - aunque no el único- para poder realizar diversos trabajos como proveedores del Estado. La cooperativa había sido contratada por el Ministerio de Desarrollo Social para

realizar unas “pecheras” y también había realizado parte de la confección de la indumentaria que reciben los trabajadores cartoneros de la ciudad de Buenos Aires. Para poder cobrar estos trabajos, hacia mediados del 2016 Nicolás había sido el encargado de llevar adelante los trámites asociados para el funcionamiento legal de la entidad. Para ello había comenzado a hacer las presentaciones e inscripciones correspondientes en ARBA (Agencia de Recaudación de la Provincia de Buenos Aires)¹¹³ y la inscripción como proveedores del Estado tanto en la Provincia de Buenos Aires como en la Capital. Nicolás era estudiante avanzado de la carrera de contabilidad y, trabajando en el estudio contable de su padre, había adquirido mucha experiencia sobre cómo trabajar con este tipo de entidades. Paralelamente, Danilo se estaba encargando del inicio y seguimiento del trámite de habilitación del “polo” en el municipio.

Todas estas gestiones requerían de la presencia de Ana, presidente de la cooperativa. En una oportunidad uno de los militantes había propuesto que se hiciera un poder a los efectos de que ella pudiera liberarse de esas obligaciones. Sin embargo, para Danilo era sumamente importante que ella se involucrara. Haciéndolo juntos podrían explicarle y mantenerla al tanto de lo que sucedía. Un día en una reunión reforzó esta posición contando que un viaje a La Plata que habían hecho juntos para resolver un trámite Ana le había hecho un comentario sugerente. Le había comentado que ella no tenía idea de lo que él hacía, pero que en ese momento había tomado conciencia de la cantidad de veces que él había hablado con los funcionarios por ese tema. Para Danilo había sido importante que ella destacara su esfuerzo señalando que no había estado “boludeando”. Aquella tarde todos acordaron que era importante involucrar a los compañeros en todas las tareas que realizaban. Pero esto también era importante para Ana, quien en más de una oportunidad regañó a Danilo porque le llevaba unos papeles para firmar en el mismo día que los necesita: “Vos me los tenés que traer un día antes para que yo los mire, si no no sé ni lo que estoy firmando”. Para Ana llevar de manera ordenada los “papeles” siempre había sido una preocupación. Danilo recordaba que cuando la conoció ella le había mostrado los cuadernos donde registraba cuidadosamente los nombres de todos los niños que asistían cada día al centro comunitario, los trámites realizados y los nombres de los funcionarios con los que había hablado.

Una tarde en el “polo”, Danilo me explicó que presentar *proyectos* y obtener trabajos del Estado era fundamental para avanzar en la construcción del “polo” y de la rama textil en su conjunto. La presentación en el municipio de un proyecto para hacer guardapolvos estaba capturando todas sus expectativas y confiaba en que sería una gran oportunidad por dos

¹¹³ La Agencia de Recaudación de la Provincia de Buenos Aires (ARBA) es el ente que administra la política tributaria de la provincia de Buenos Aires incluyendo la recaudación de impuestos.

motivos. Primero, porque según me dijo la "tendencia en el laburo está a la baja, hay poco laburo", en gran medida producto del deterioro de la situación económica desde la asunción de Mauricio Macri. En este sentido, disputar recursos del estado les permitiría lidiar la baja en el mercado. Pero fundamentalmente confiaba en que les permitiría generar más "estructuración desde lo productivo" al interior de los "polos" dado que la realización de trabajos en mayor escala habilitaba a ensayar nuevas formas de organización de la producción entre los trabajadores. Además, estos "trabajos grandes" – de mayor cantidad de prendas- permitían avanzar en la organización de la rama habilitando la posibilidad de realizar cadenas de producción que involucraran a los trabajadores de distintos "polos".

Por otro lado, la presentación del proyecto para la confección de guardapolvos incluía la negociación con el municipio para la creación de un jardín comunitario al que pudieran asistir los hijos de los trabajadores. Incluso antes de su aprobación, en las reuniones entre militantes Danilo nos había hablado largamente sobre cómo imaginaba que sería dicha iniciativa y sobre las conversaciones que había empezado a entablar con otros militantes abocados a la educación. Para él, el jardín debía funcionar en el espacio del centro cultural, donde realizarían reformas edilicias, y debía quedar a cargo de una persona del barrio que fuera conocida por sus vecinos. Además, proyectaba organizar cursos de educación popular para las educadoras, de cocina para las cocineras, o incluso capacitaciones sobre cómo llevar adelante la limpieza y mantenimiento en un lugar donde asisten niños pequeños.

Tanto en la Organización Los Pibes como para los militantes del "polo", la presentación y el desarrollo de políticas estatales requirió de un cotidiano trabajo con la burocracia estatal en el que se movilizaron saberes aprendidos desde distintas trayectorias y experiencias previas, pero que también habilitó una proyección u imaginación política desde sus propias prácticas e historias de organización. Para que estos –otros- proyectos propios se hicieran realidad los militantes debieron crear y sostener relaciones personalizadas con los funcionarios y técnicos estatales. A continuación analizo el modo en que los militantes se apropiaron de dichas políticas a partir del aprendizaje de un lenguaje particular, el "lenguaje de los proyectos" (Señorans y Litman, 2013) destacando el trabajo de traducción necesario para presentar *proyectos* y así promover sus propias iniciativas. Este trabajo de traducción fue realizado junto a - y negociando con- técnicos y funcionarios estatales, muchas veces a pesar de la incompreensión entre lo que unos y otros esperaban de dichas políticas. Así, buscaron contornear los constreñimientos – y el reduccionismo- impuestos por la burocracia estatal.

II. LAS POLÍTICAS DEL “OTRO LADO DEL MOSTRADOR”

En un taller de la diplomatura, un colaborador de la CTEP de reconocida trayectoria de trabajo en el Estado se abocó a la explicación de los distintos planes y programas a los cuales podían acceder los trabajadores e iniciativas colectivas de la *economía popular*. Promediado el taller, se detuvo en los requerimientos generales para estas presentaciones enfatizando cuál era su recorrido u operatoria dentro del Estado. Nos explicó que para presentar *proyectos* se debía explicitar la “población beneficiaria” y que ésta debía coincidir con la que apoya el programa. Añadió que “hay que mostrar que va a funcionar, los montos”. Luego nos contó que los *proyectos* pasan por 17 funcionarios previo a su aprobación y que si pasan 6 meses desde su presentación, los expedientes vuelven al comienzo del circuito y se les cambia la “carátula”. “Esto es parte de los contrasentidos con los que está funcionando”, opinó. Posteriormente se produjo el siguiente intercambio:

“Docente: Esto nos lleva a una cuestión sobre cómo está organizado el estado, qué necesita el estado para aprobar un proyecto.

Estudiante: la fundamentación

Docente: Si, pero más que nada la viabilidad. Y ¿Cómo verifica el Estado la viabilidad de un proyecto determinado?

Estudiante: Van a conocer la organización...hacen una visita

Docente: Si, a veces ocurre. Pero en general se convierte en un expediente y el Estado mira más los papeles que circulan por distintas oficinas que el trabajo en las organizaciones, aunque se hacen algunas visitas de campo. Después cuando se rinde también se miran papeles. En decir, todo se aprueba con papeles y se verifica el resultado con papeles. ¿Que pasa en la economía popular con los papeles y la documentación?

Estudiante: No nos resulta fácil. Eso traba mucho porque a uno les cuesta manejar esas cosas de presupuestos, balances.”

Finalmente, el docente cerró su reflexión enfatizando que en la *economía popular* se está más acostumbrado a la “oralidad, el vínculo con los fierros, el laburo, el trabajo en el barrio y la militancia”: “Vivimos más al día, no hay tanto vínculo con lo formal. El Estado es formalista: los requisitos son papeles. Si no lo manejas, aunque vivas al día y lo necesites no lo van a aprobar”. Concluyó por tanto, que el modo de organización del Estado era diferente – y a

menudo incompatible- con la forma en que se organizan las las organizaciones populares y los trabajadores de la *economía popular*.

Durante mi trabajo de campo observé que el rol de los militantes en la gestión del “papelerío” - como se referían a menudo- era central para lidiar con las tensiones emergentes de las diferencias a las que se refería el docente entre el funcionamiento cotidiano del Estado basado en “los papeles y la documentación” y las formas de organización en la *economía popular*. Sin embargo, los militantes no estaban solos en esta tarea sino que los propios técnicos y funcionarios estatales eran a menudo importantes aliados. Como veremos en los próximos dos apartados, construir relaciones personalizadas con los funcionarios fue central para poder llevar adelante el trabajo de traducción que les permitiría acceder a y llevar adelante las políticas estatales, relaciones que fueron conceptualizadas como “vínculos políticos”.

Imaginarse en las categorías

“Así que ahora estás del otro lado del mostrador...sos el único que hizo el camino inverso, eso habla muy bien de vos”, le dijo un militante de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) del MTEYSS a Julián, uno de los coordinadores de la radio de Los Pibes. Corría el mes de agosto del año 2015 y estábamos esperando el inicio de una reunión en el pequeño espacio que separaba la puerta del ascensor de la oficina de una de las direcciones del Ministerio. Durante algunos años ambos habían sido compañeros de trabajo en esa oficina hasta que en el 2011 Julián decidió dejar su puesto de técnico para dedicarse “full-time” a la militancia en Los Pibes. A pesar de conocer muy bien el espacio y a las personas, lo noté extrañado. “No entiendo cómo tanta gente sigue trabajando en este mismo lugar después de tanto tiempo”, comentó. Daniela, que también nos acompañaba ese mediodía porque recientemente se había incorporado a Los Pibes para ocuparse de cierta tareas vinculadas a la “administración”, le respondió rápidamente: “Y...este no es el tipo de trabajo que la gente deja”, dijo para luego aclarar que se refería a su relativa estabilidad y buen sueldo.

Ese mediodía habíamos ido a una reunión con la directora del área- y ex jefa de Julián - para iniciar la presentación de un nuevo proyecto. Se trataba de un proyecto de “fortalecimiento” para el Centro de Formación Profesional que lleva adelante la organización a partir de la gestión de una serie de políticas implementadas por dicho Ministerio y que se orientaban a mejorar “la empleabilidad de los trabajadores desocupados que se encuentran en situación

de desventaja frente al empleo”¹¹⁴. Este centro – que fue denominado Centro de Capacitación Popular “Los Chisperos” – había sido inaugurado en 2009 cuando Julián todavía estaba “del otro lado del mostrador”. De hecho, él había formado parte del equipo que contactó a la organización para poner en marcha una línea de trabajo en la que se incorporaba por primera vez a las organizaciones sociales como “organismos ejecutores”¹¹⁵. El MTEYSS reconocía a Los Pibes como una “organización social con una larga trayectoria de compromiso con la labor comunitaria”¹¹⁶. La presentación de este proyecto le permitió a la organización financiar las obras de infraestructura necesarias para adecuar una parte de “la fábrica” para el dictado de cursos y acceder a dos programas de capacitación para el empleo¹¹⁷ que se empezaron a implementar durante el 2009: el programa de Formación Profesional por Organizaciones de la Sociedad Civil¹¹⁸ y el Programa de Entrenamiento Laboral¹¹⁹.

Según me explicó Julián, poner el centro de formación en funcionamiento requirió para poder acceder al financiamiento estatal de un trabajo de “articulación” - entre programas y ministerios- que fue realizado por los integrantes de la organización. Esta “articulación” consistió en la presentación de un proyecto para comprar equipamiento informático a través del Programa Mi PC, por aquel entonces perteneciente al Ministerio de Economía. Este programa buscaba lograr la alfabetización digital llevando computadoras a “zonas de vulnerabilidad” y exigía como “contraparte” que los equipos se utilizaran para cursos y capacitación. La organización pudo “cubrir” esta exigencia con el proyecto presentado ante el MTEYSS que le permitiría, además de hacer la adecuación edilicia, pagar los honorarios de los docentes de los cursos. Por otro lado, la incorporación de Julián había sido una contribución importante para poder llevar adelante estos *proyectos*, en tanto permitió agilizar su presentación y así mantener constante la oferta de cursos. Su experiencia previa como trabajador del Ministerio fue fundamental para aportar contactos y vínculos personales tanto en el MTEYSS como en la Gerencia Local de Empleo, así como también para organizar los

¹¹⁴ Documento de presentación de la Unidad de Evaluación, Monitoreo y Asistencia Técnica (UEMAT), instancia técnica de la Dirección de Fortalecimiento Institucional para Instituciones de Formación Profesional (IFPs) co-ejecutoras de las políticas de formación del MTEYSS.

¹¹⁵ Hasta ese momento el MTEYSS focalizaba sus políticas de formación para el empleo en la articulación con sindicatos, empresas o instituciones educativas públicas. Este cambio se dio en el marco de las primeras acciones de la campaña Filmus-Tomada para las elecciones a Jefe y Vicejefe de Gobierno de la C.A.B.A. y su objetivo explícito era poder “llegar a las poblaciones más vulnerables”. Fuente: <http://www.trabajo.gov.ar/formacionprofesional/orgsociales.asp?cat=6&sub=3>

¹¹⁶ http://www.trabajo.gov.ar/ampliado.asp?id_nvd=598

¹¹⁷ Sus destinatarios son las personas incorporadas al Programa “Jóvenes Por Más y Mejor Trabajo” y al Seguro de Capacitación y Empleo. Como contraprestación a la asignación mensual percibida, el MTEYSS les exige que concurren a los cursos de formación brindados por las organizaciones prestatarias del Ministerio; y en el caso del Programa de Entrenamiento Laboral se les otorga un complemento a la asignación mensual básica a partir de la realización de una “pasantía” en uno de los “organismos ejecutores” del programa.

¹¹⁸ Este programa depende de la Dirección de Fortalecimiento Institucional, en la Dirección Nacional de Formación y orientación Profesional perteneciente a la Secretaría de Empleo.

¹¹⁹ En el caso de este programa, los proyectos se presentan ante la Gerencia de Empleo –unidades descentralizadas del MTEYSS- correspondiente a la jurisdicción en la que se encuentra el solicitante.

documentos “técnicos” y “administrativos” que se exigían para las rendiciones finales cuya aprobación abría la posibilidad a la presentación de nuevos *proyectos*. Para ello, Julián estaba cotidianamente en contacto con los técnicos y funcionarios para el seguimiento de los *proyectos* en curso.

Para Julián los *proyectos* presentados para desarrollar cursos eran una de las líneas de financiamiento más importante para fortalecer la construcción de la emisora. Me explicó que estaban imposibilitados de acceder a las políticas tales como el Programa de Trabajo Autogestionado (PTA) dado que como emisora comunitaria no podían “completar el casillero de sustentabilidad” requerido por el Programa, es decir, mostrar que la emisora podía generar un ingreso o ganancia económica que le permita solventar sus gastos y tener continuidad en el tiempo. En cambio, solo habían tenido éxito en la presentación de *proyectos* para el desarrollo de producciones radiales específicas a través del Fondo de Fomento Concursable para Medios de Comunicación Audiovisual (FOMECA)¹²⁰.

Volviendo sobre la reunión con la funcionaria del MTEYSS mencionada más arriba, siendo un poco pasadas las dos de la tarde la funcionaria nos hizo pasar. Atravesamos en pocos metros una importante cantidad de escritorios y ficheros hasta que entramos en una oficina separada a un costado. Nos sentamos alrededor de la mesa mientras la funcionaria nos pedía disculpas por no habernos recibido con mate o café porque acababan de terminar de comer. Sacó un cuaderno y comenzó a hacer una serie de preguntas para dar comienzo a la reunión.

“- ¿Cómo se llama exactamente el centro?

- Centro de Capacitación Popular Los Chisperos- respondió Julián.

-¿ Por qué tiene ese nombre?

-Bueno, ese nombre tiene que ver con nuestra lectura de la revolución de Mayo. En nuestra lectura la historia no es solo de los grandes nombres sino de la organización popular, los chisperos fueron el pueblo organizado en la plaza y sin ellos no hubiese sido posible la independencia.

- ¡Qué interesante! Bueno, contame un poco en qué andan porque yo los conozco de haber escuchado a otros técnicos que llevan los proyectos, pero no mucho más. Y además, ¿En qué estado estamos?”

¹²⁰ Ver Capítulo 4, nota 100.

Mientras él respondía ella iba tomando notas en un cuaderno. Para comenzar, Julián se detuvo largamente en desarrollar la trayectoria de la organización, su nacimiento como comedor comunitario, la fuerte inscripción barrial que se había logrado con los años, y finalmente sus líneas de trabajo: la comunicación, la vivienda y la *economía popular*. Le habló de la FM Riachuelo, la cooperativa de vivienda y la reciente inauguración del Paseo de la *economía popular*. Tal como ha sostenido Leila Litman (2017) retomando el trabajo de Fernanda Wanderley (2009), el encuentro en las oficinas del Estado como parte de un colectivo otorga dinámicas particulares a dichas interacciones. En este sentido, las palabras de Julián en torno a la historia de la organización reforzaban nuestra pertenencia a dicho colectivo y enfatizaban la larga historia de lucha y trabajo junto a los sectores populares en el barrio.

Luego se refirió específicamente a los *proyectos* que llevan adelante con el Ministerio:

“- Tenemos un proyecto de cursos que lo estamos gestionando ahora. Ya rendimos la primera parte y estamos esperando el segundo desembolso. Con eso hicimos dos cursos de producción periodística, uno de textil, informática y gastronomía. Pero además, después de rendir todo, vamos a tener unos fondos que nos van a sobrar, algo de saldo a favor. Y con eso lo que pensamos hacer es dar dos cursos más: uno de ellos va a ser de textil porque eso lo veníamos laburando y hay varias compañeras que están muy enganchadas con el curso, tienen ganas de seguir incluso haciendo algún emprendimiento. Ese curso funcionó muy bien en la lógica del autoempleo digamos, entonces la idea es hacer un curso para acompañar a ese grupo de compañeras para que puedan terminar de ver todos los contenidos necesarios. Y el otro sería de producción periodística.

- Bueno, perfecto- dijo la funcionaria- ¿Y tienen algún otro proyecto presentado o por entrar?

- Si, estamos armando otro paquete de 7 cursos pero ya para arrancar el primer cuatrimestre del año que viene. Serían un grupo de cursos de radio porque como te decía es la herramienta de la organización que está laburando el tema y ocupándose del tema de los cursos y dos más bien vinculados a la *economía popular*.”

Para explicarle de qué se trataba la *economía popular*, Julián volvió sobre el trabajo de la organización en el último tiempo. Le explicó que la radio funciona en el edificio de la calle Suarez y que en la cooperativa de vivienda se había inaugurado el Paseo: un espacio donde se nuclea a productores a partir de la “articulación” con, por ejemplo, organizaciones del

cinturón frutihortícola de La Plata y una cooperativa de pescadores de Pipinas. Julián se detuvo en la “mirada política” de esta iniciativa y le explicó cómo el Paseo se vincula a lo que ellos definen como “hábitat”, enfatizando que la vivienda no es solo un techo sino también es una zona vivible. Comentó que esa zona del barrio es la “zona roja”: “no te ponen ni el cable, la prefectura aleja a los turistas diciendo que es inseguro, por eso durante el paseo se hace un cordón para llevarlos hasta ahí”. Enfatizó que la política del GCBA era de “exclusión”: “lo que buscan es sacar a los sectores populares del barrio”. Después les contó el proyecto de que el Paseo sea un centro de acopio: “para eso se consiguieron dos contenedores y ahí se van a construir unas cámaras frigoríficas, para verdura y para el pescado. Ah! Y Además una máquina de hielo”. Además, le explicó que la organización forma parte de la CTEP:

“- Entonces en ese marco uno [de los cursos] sería de promotores de economía popular y el otro de manipulación de alimentos en ferias, no de gastronomía sino conservación, transporte, exposición en una feria propiamente.

- ¿Y cuáles serían los objetivos del proyecto? Digamos, ¿para qué?

- Nosotros lo que vemos es que hay un salto que es muy difícil de dar entre gestionar los cursos y construir el centro como tal. Porque eso requiere de un equipo y otros recursos como por ejemplo diseñar un logo que permita generar una identidad, tener otras herramientas como la página de internet. Esas cuestiones ustedes saben que son difíciles de lograr sin un proyecto como este. Y nosotros creemos que nos puede servir para esto y para construir una mejor condición para los compañeros que lo llevan adelante.”

La funcionaria aceptó avanzar con la presentación y propuso que nos reuniéramos en la sede del Centro algunos días después para “trabajar directamente sobre el proyecto”. Ese mismo día también harían la “precalificación” que consistía, según nos explicó, en una evaluación del funcionamiento del Centro. Para ese día sugirió que “vayamos pensándonos en las 4 dimensiones”, haciendo alusión a las cuatro secciones del formulario para la presentación de este tipo de *proyectos*:

“Pero piensen cosas concretas y que tengan que ver con ustedes, por ejemplo esto de la economía popular me parece central. Digamos, pensemos cosas a medida. Al principio, viste, nos ajustábamos más a las resoluciones, pero ahora a casi 10 años de llevar adelante estos proyectos tenemos que pensar cosas a medida de ustedes, de su trabajo, de la gente con la que laburan. Porque qué sé yo, por ahí de vinculación con el contexto, o de orientación, o de alguna hay cosas que no les sirven y no es necesario que lo hagamos. Hay cosas que no podemos

financiar como capacitaciones así puesto, pero por ahí sí talleres entonces ustedes pueden pensar un taller de economía popular para ustedes, para los profes, no sé vemos. Pero piensen ese tipo de cosas, acciones y para quién serían, qué se haría”.

A continuación sugirió que leyeramos la resolución del Programa, sobre todo para tener presentes los “montos y porcentajes” que se permite para cada ítem. Finalmente concluyó: “Bueno, piensen digamos 3, 4 acciones bien concretas que tengan que ver con lo que ustedes hacen y números, así nos sentamos con calculadora y vamos viendo ‘sí, no, sí, no’”. Esta tarea de “pensarse en las categorías” como proponía la funcionaria implicaba, por un lado, un conocimiento de cómo manejar “los números” en la medida que debíamos también proponer el “proyecto” a presentar en los “porcentajes” aceptados por el Ministerio. Pero también nos impulsaba a imaginar qué posibilidades de acción tendríamos en el marco de lo que la burocracia nos habilitaría.

En los días que siguieron a la reunión relatada Julián, Daniela y yo nos dedicamos a formular una propuesta para trabajar en la posterior reunión. Mi principal insumo para colaborar en dicha tarea era lo que Julián nos transmitió a la salida del Ministerio. Había destacado que debíamos preocuparnos fundamentalmente por “meterle nuestra mirada política”. Mientras la funcionaria había insistido sobre adecuaciones edilicias, uno de los puntos centrales de aquello que Julián imaginaba hacer era un relevamiento tanto cualitativo como cuantitativo de la *economía popular* en la comuna. Un proyecto de la Universidad Nacional de Avellaneda había capturado su imaginación: hacía unos meses habían recibido los resultados finales de un relevamiento cuantitativo de medios comunitarios en el barrio del que habían participado junto a un equipo de dicha universidad. Los resultados de aquel proyecto lo habían cautivado y por eso aquella tarde lo puso como ejemplo de lo que proyectaba hacer: “también lo haríamos con metodólogos, todo”. Luego planeaba convertir dichos resultados en material de difusión, folletos impresos, informes, volantes tanto de los resultados como de difusión del Paseo, e incluso lo que llamó un “hecho político”, una actividad de presentación de resultados a la que invitar para debatir a otras organizaciones del campo de la *economía popular*.

Para la posterior reunión con la funcionaria, que se desarrollaría en el espacio de la radio, Daniela y yo habíamos traducido estas ideas en las “categorías” que incluía el formulario. En base a ese documento fuimos discutiendo junto a aquella los términos en los que lo habíamos formulado de modo tal que se adecuara a los requerimientos del Ministerio. Por ejemplo, cuando llegamos a la última “dimensión” titulada “formación” la funcionaria nos preguntó como lo estábamos pensando:

“- Bueno, ahí yo lo que quiero es generar un documento escrito que sistematice la gestión del centro digamos, pero no solo lo administrativo sino también cómo dar la clase, cómo evaluar – explicó Julián- Porque para nosotros por ejemplo la formación no es que venga un docente y de una serie de contenidos, sino que la orientamos a la resolución de problemas o a proyectos si querés. Que los estudiantes sepan que al final del curso tienen que producir un programa, por ejemplo, y laburar desde ahí. Pero eso no lo saben todos los docentes, algunos si porque nos conocen, pero no todos.

- Y...¿pero eso no sería formación basada en competencias? Porque eso no lo podemos financiar.

- No, no exactamente porque la formación basada en competencias los docentes la conocen porque han hecho las capacitaciones del Ministerio, pero esto sería algo específico nuestro, o sea, como traducir nuestra mirada política en un hecho educativo.

- Ta, perfecto, sería la bajada bien específica para este centro que tiene esta impronta fuerte de la economía popular, perfecto. Pero entonces yo acá no lo llamaría “taller”, ni tampoco pongan que es para los docentes... porque eso no financiamos nosotros, pueden poner para los- duda- colaboradores del centro, para el equipo por ejemplo. Podrían ponerle seminario, si si, seminario de formación en comunicación popular o educación popular por ejemplo. Pero ¿ustedes tienen quien lo dé?

- Si, acá funciona un apoyo escolar y un centro de terminalidad educativa orientado a trabajar con población adulta, sí, tenemos compañeros que se especializan en lo educativo.

- Ta, bueno, me parece bien. Después a ver.. en actividades- dice mirando a Daniela que iba escribiendo- ponés el seminario y en medios de verificación el programa del seminario donde ponen estas cosas de contenido y forma, pero aclaren que es específico de la gestión pedagógica porque si tiene que ver con la gestión de la recepción de los participantes también es otro área...y bueno después ahí también se pone el acta del seminario y el listado de los asistentes al seminario. Ah sí, y en el objetivo ponés, esperá que pienso, no ponés ‘capacitar’ porque se toca con ‘competencias’ ponés ‘implementar una estrategia de educación popular’ que va a ser específico de este centro y entonces no es algo estrictamente pedagógico y no se toca con competencias ni con nada.”

El intercambio que mantuvimos en aquella reunión junto a la funcionaria muestra el modo en que tomaron forma las intervenciones del Estado más allá de lo que la normativa proponía. En este punto, el modo en que Julián había establecido y sostenido relaciones personalizadas con los técnicos y funcionarios a quienes conocía por su experiencia laboral previa fue central. Una vez que Julián estuvo “del otro lado del mostrador” se esforzaba siempre por marcar su carácter de representante de un colectivo de larga trayectoria. Así, además de exponer la historia de la organización en las reuniones mantenidas también se había dado gran importancia a que la funcionaria y la técnica que la acompañaba realizaran una visita para conocer el espacio de la COVILPI y el Paseo. A su vez, la relación con la funcionaria habilitó a la traducción de lo que se proyectaba hacer desde la organización al “lenguaje de los proyectos” (estatales) (Litman y Señorans, 2013). Esta traducción, que se realizó en conjunto, permitió plasmar aquello que se imaginaba en términos políticos en un particular lenguaje y una serie de categorías específicas. En este sentido, el conocimiento burocrático implicaba cierta “simplificación” o “esquemmatización” como señaló David Graeber (2012), pero en esta tarea – a diferencia de lo que señala este autor- ambas partes estábamos desarrollando un “trabajo interpretativo” que fue la condición de posibilidad para llevar adelante proyectos propios. En este sentido, lidiar con la burocracia e imaginar (proyectos y acciones políticas) no eran formas de hacer contradictorias. En esta labor la funcionaria no había sido un actor pasivo, sino que nos invitaba – y ayudaba- a contornear sus propios constreñimientos dentro de la burocracia estatal. Tal como ha señalado Weber (2000), la burocracia se funda en una clara delimitación de competencias y jurisdicciones establecidas en función de las normas vigentes. Cuando la funcionaria nos proponía cambios de términos, no solo nos estaba otorgando el lenguaje técnico específico, sino que nos habilitaba a ir más allá de lo que su área podía financiar para habilitar a la realización del proyecto que teníamos en mente. No era una funcionaria “gris”, sino que como ella misma dijo durante la reunión, “lo importante es que el proyecto se adapte a sus necesidades”, aún cuando sus énfasis y prioridades eran distintas a las que le manifestábamos (como por ejemplo su énfasis en las cuestiones edilicias). A su vez, el conocimiento personal que ella y Julián tenían hacía varios años, la confianza y el respeto construidos inclusive como organización –en la medida que siempre habían cumplido con los requerimientos y rendiciones administrativas solicitadas- eran sin duda centrales para que esta labor conjunta pudiera desarrollarse.

Fue justamente este trabajo de traducción aquello que permitió que Los Pibes transformara esta política formulada en otros términos para promover su proyecto de conformar iniciativas de la *economía popular*. Tal como me enfatizó Julián, para él el objetivo de los cursos era “sumar capacidades que demanda el crecimiento político”, por eso seleccionaban los temas en función de las *herramientas productivas* de la organización. Una tarde se referió a esta

cuestión enfatizando que “por definición política sabemos que queremos tener una radio, ahora la radio no se maneja igual que la cocina o que una olla popular, se maneja de otra manera y hay que aprender técnicas necesariamente”. Por ello, el área de prensa de la organización se ocupaba de la difusión para que participen compañeros, familiares, amigos, conocidos o vecinos del barrio. De esta manera, los cursos también habían favorecido la incorporación de nuevos integrantes a los “emprendimientos” productivos que desarrollaba la organización.

En este sentido, un criterio central en la selección de los docentes para estos cursos había sido que provengan de una “articulación política” para que colaboraran con el desarrollo de la emisora. Daniel y Martín eran docentes de los cursos de radio y pasaron a incorporarse como integrantes de la iniciativa. Daniel es periodista, en el año 2012 se acercó a la emisora para ofrecer el programa periodístico que produce hace varios años. Tiempo después comenzó a dictar los cursos de “Producción periodística” y “Conducción y locución”. Estos cursos permitieron formar a compañeros de la radio y comenzar a organizar y sistematizar el trabajo realizado desde el área de “producción de contenidos”, pero también permitieron remunerar el rol que Daniel al principio comenzó desarrollando desde la “militancia”. Así, pudo tomarse licencia en su trabajo en una escuela secundaria y disponer más tiempo para participar de la emisora. Daniel fue quien propuso tiempo después que Martín, operador técnico del ISER, sea el docente para el curso que organizarían con el área técnica de la radio a través del programa de Entrenamiento laboral. Ambos se conocían por haber participado durante varios años de otra emisora comunitaria cercana. En las semanas previas a su incorporación, tanto Carolina como Julián enfatizaban que era importante transmitirle que el curso sería una “excusa” para que Martín pudiera “ordenar” el proceso de trabajo en el área técnica y formar a los compañeros. De esta manera, ambos subrayaban que además del saber profesional y del conocimiento que Martín podía aportar como técnico se valoraba y requería un “compromiso militante” con el proyecto político de la radio y de la organización, “compromiso” que también se le exigió a los integrantes de la radio que participarían del curso. En una de las reuniones semanales de la radio, Carolina explicó que los operadores de la organización tenían la responsabilidad de “tomarse muy en serio” el curso porque como trabajadores de la radio y militantes de la organización eran los responsables de que esta *herramienta* comunicacional funcione lo mejor posible, “no como una radiecita así nomás”. Y luego aclaró: “No vengan con la idea de hacer un ‘cursito’ porque no lo es, Martín viene a ordenar el área técnica, a dejarla funcionando bien, viene a transmitirnos un método que nosotros no tenemos”.

“¿Ustedes son los del Ministerio?”

En julio de 2016 asistí a mi primer “operativo” de inscripción al Monotributo Social en el “polo”. Para los integrantes de la organización era el segundo que realizaban en aquel lugar. Llegué a las 9 y cuarto. Estaban Danilo, Gastón y Ana hablando en la cocina. Ya había unas 10 personas esperando en la sala de adelante. Los técnicos del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación (MDS) no habían llegado aún, llegarían recién a las 10:30 hs. Mientras tanto, ya habían empezado a repartir los números: unos cuadraditos de papel escritos a mano. Carla y Diana llegaron un ratito después, pero para cuando llegaron “los de Desarrollo” la oficinita de atrás ya estaba preparada: Carla puso su computadora sobre una mesa y Danilo conectó la fotocopiadora con la que le hicimos la copia del DNI a la mayoría de los que se acercaron. Ana nos dio un vaso de Api – una comida boliviana elaborada a base de maíz en polvo - a cada uno. Podíamos elegir entre Api y otro preparado muy similar que se hace con maíz blanco. Además Ana preparó café y fuimos dándole un vaso a cada uno de los que estaban afuera esperando.



Pintada informativa de la realización del operativo en la puerta del polo. Foto de la autora.

En un primer momento los militantes acompañaban a los trabajadores en grupos al MDS para que se inscriban en el Monotributo Social, “formalicen” su actividad y tengan más *derechos*. El Monotributo Social es un régimen tributario subsidiado por el Estado creado en el año 2004 como parte de las políticas de fomento a la “economía social” y que permitió “registrar” actividades laborales hasta entonces desarrolladas de manera informal. Esta política continuó en vigencia tras la asunción al gobierno de Mauricio Macri y, por lo tanto, también al momento en que se comenzó a desarrollar el proyecto de crear el “polo” y la rama textil del MTE. Al inscribirse las personas tienen acceso a aportes jubilatorios y obra social. La CTEP creó su

propia “obra social”¹²¹ para prestar un servicio médico de calidad a pacientes como los monotributistas sociales que otras obras sociales muchas veces no quieren atender. Además les permite obtener un talonario de facturas, algo muy valorado por quienes trabajan en la feria ya que los cubre de los decomisos de mercadería de la policía. Después del segundo viaje a la capital para anotarse, y viendo la cantidad de interesados, el Ministerio aceptó enviar directamente al Polo a entre 3 y 4 técnicos para inscriban en el lugar. Estos operativos se realizaban cada aproximadamente 3 meses y se anotaban entre 20 y 30 personas cada vez. Para Danilo eran centrales porque “más allá del beneficio para el compañero, es una forma de consolidar también, que se vaya contagiando la organización en el barrio”.

Los tres funcionarios llegaron juntos en un auto, saludaron y se ubicaron detrás de los dos escritorios que habían puesto delante de la cortina que separa el local de la cocina del “polo”. Colocaron sus cosas y se pararon para hacer una breve introducción. Uno de ellos se paró y tomó la palabra para explicar en qué consistía el Monotributo Social y el procedimiento de inscripción. Explicó que tenían que optar por una obra social y pagar todos los meses 210 pesos por cada “adherente”¹²². Después de anotarse con ellos, pasarían detrás de la cortina a “seguir los pasos” con Carla. Otro técnico pidió hablar:

“Bueno, mi compañero ya dijo todo y fue claro, yo lo que quiero agregar es que ustedes tiene que optar por una obra social, cada uno nos lo va a ir diciendo pero elijan OSAMOC o ladrilleros porque son las obras sociales que les cubre la CTEP y que la CTEP garantiza que ustedes se puedan atender. Porque ustedes están acá anotándose en el marco del gremio también y son ellos los que los van acompañar en lo que sigue de los trámites y garantizar que tengan todo en orden y se puedan atender”.

La presentación hecha por los funcionarios destacaba el rol de la CTEP en el desarrollo del operativo y del seguimiento de los trámites. Reforzaba ante los presentes que eran ellos quiénes garantizaban la cobertura de la obra social y que más tarde incluso podrían ayudarlos a resolver problemas u obtener información. Para Danilo está actitud de su parte se fundamentaba en que iban a hacer el operativo al barrio producto “de un acuerdo político”. Él

¹²¹ Al momento de realizar mi trabajo de campo la Mutual Senderos era descrita cotidianamente como una “obra social” aunque no lo era formalmente. En cierto sentido, funcionaba como tal en la medida que la Mutual había contratado numerosos centros de atención privados y contaba ya con varios centros propios a los cuales podían dirigirse sus afiliados. Para poder recibir los recursos de los aportes del Monotributo Social las personas que se inscribían debían optar por OSAMOC o la obra Social de Ladrilleros con quienes tenían convenios para que ese dinero se derive hacia la Mutual Senderos. Actualmente su reconocimiento como obra social se encuentra en trámite gracias a que la CTEP obtuvo en diciembre de 2015 la personería social lo que la habilita a tener su propia obra social.

¹²² Se denomina “adherente” a aquellas personas que se inscriben como parte del grupo familiar del inscripto para que puedan hacer uso de la obra social.

mismo –junto con el equipo centralizado en la CTEP- coordinaba la realización de los operativos con los funcionarios y les enviaba los listados de los inscriptos. Me comentó que más allá del “acuerdo” establecido que había permitido no tener que ir con los compañeros a las oficinas del Ministerio a hacer el trámite como hacían en un comienzo- consideraba que era importante “tener una buena relación porque ellos también son laburantes”. Evaluaba que esto era posible porque “no mandan cuadros políticos” y me comentó que, de hecho, tras el cambio de gestión a nivel nacional muchos de los funcionarios se habían mantenido, lo que les permitió sostener la relación con ellos directamente. En efecto, estos funcionarios podían incluso ser muy cercanos a sus ideas políticas. Una de las funcionarias que había participado del operativo anterior se había acercado posteriormente a participar de una reunión de Patria Grande zona sur.

Hasta las 15 hs la gente no paraba de llegar. Muchos se acercaban porque habían visto el cartel en la esquina pintado. Otros, porque les había avisado alguien del barrio y, en su mayoría, de la propia cooperativa o incluso de barrios cercanos y vinculados al MTE. Cuando tras anotarse con los funcionarios las personas pasaban a la parte de atrás, Carla les explicaba nuevamente qué era el Monotributo y les aclaraba que lo que hicieron no era pagarlo, sino anotarse. Luego les informaba que en un mes estaría listo el trámite y que podrían pasar a retirar el talón de pago por el “polo”. Luego también podrían pagar cada mes acercándose allí, donde Gastón les recibiría el dinero para luego ir a pagarlo y entregarles el comprobante. También les entregaba un folleto con los lugares donde podían atenderse por la zona a través de la Mutual Senderos. Y explicaba que podrían hacerlo desde ese mismo día y sin demoras con solo mostrar el talón de inscripción en cualquiera de los consultorios propios de la mutual ubicados en Lanús, Villa Caraza y Constitución. Después con el primer pago del Monotributo y el carnet podrían ir a cualquier centro de la cartilla como en “cualquier obra social”. Explicaba que se requería que deriven los aportes a ladrilleros o OSAMOC “porque nosotros somos un gremio pero no un sindicato todavía, por eso no tenemos una obra social propia y solidariamente estos dos sindicatos nos prestan la personería y nos hacen llegar los aportes”.

Esta dinámica generaba no pocas confusiones entre los asistentes. Algunos llegaron a preguntar si los militantes eran también “de desarrollo”. El modo en que se desarrollaban los “operativos” hacía borrosa la frontera entre los técnicos y los militantes, y éstos últimos se ocupaban de restablecerla cuidadosamente. Así, cuando esta pregunta surgía, Carla les explicaba que no, que eran de la CTEP y aprovechaba para contarles con paciencia qué era esta organización y qué hacían en el barrio. Sin embargo, por esas confusiones no dejaban pasar la oportunidad de resolver dudas o problemas. Así, por ejemplo, cuando una mujer

confundió a Carla con una funcionaria, ella le explicó que no lo era y le preguntó en qué la podía ayudar. La mujer sacó un comprobante de inscripción de su bolsillo y se lo enseñó. La mujer no sabía a qué se había anotado y ahora quería averiguarlo, así que Carla se tomó el trabajo de inspeccionar el talón para ayudarla. Más tarde otra chica quería averiguar por la Asignación Universal por Hijo. Ella era “líder de Avon”¹²³ y para eso necesitaba el Monotributo común pero le habían dicho que teniendo ese Monotributo no podía pedir la Asignación para su hijo. Consecuentemente quería hacer el Monotributo Social y no sabía cómo hacer el cambio. Carla le recomendó que hablara con su jefa para ver si le aceptaban ese Monotributo en su trabajo y que volviera a averiguar a ANSES porque se decía que iban a empezar a permitir tramitar la AUH con Monotributo común. De todos modos le aclaró, “Después de ir a ANSES si no te dan respuesta pasate por la oficina y vemos cómo podemos hacer para darte una mano”.

Además, Danilo y Carla intervinieron frente a los funcionarios en varios casos en los que las personas decían que eran “desocupados” y les rechazaban la inscripción. Danilo me explicó que era “típico de la economía popular”: “en realidad hacen algún laburo en negro, pero ni siquiera consideran que lo que hacen es un laburo de verdad...”. Carla agregó que a veces dicen que no tienen laburo porque para anotarse en muchos planes o beneficios del Estado es lo que corresponde decir. En este caso, en cambio, definirse de ese modo había traído problemas porque el Monotributo requiere que se ingrese una “categoría ocupacional”. De hecho, los técnicos tenían un largo listado de aquellas categorías que eran admitidas, cada una se correspondía con un código que luego pasaban al formulario del interesado. Por ejemplo, “ama de casa” no era de una ellas, tampoco “remisero”. En esos casos Danilo conversaba con los interesados y traducía lo que implicaba encuadrarse en una “categoría ocupacional”: las “changas” también podían ser definidas como un trabajo y debían traducirse en una de las tantas categorías admitidas por los formularios que los técnicos completaban. Luego intervenía antes los técnicos haciendo que la persona explicite las actividades que desarrollaba para ganarse el sustento, aunque fueran esporádicas. Y tal como él creía “al final todos tienen alguna ocupación”. Los técnicos fueron siempre comprensivos de estas aclaraciones y finalmente aceptaban inscribirlos.

Sin embargo, sí se presentó una dificultad que les resultaba más compleja de sortear. La preparación del “operativo” requería que los militantes les enviaran a los funcionarios del Ministerio el listado de las personas a inscribir. De ese modo, en las oficinas y antes de la

¹²³ Avon es una marca de cosméticos para mujeres que se caracteriza por no disponer de locales propios, sino de ofrecer sus productos a través de “revendedoras” - en su mayoría mujeres – que los venden a otras mujeres que pertenecen a sus círculos de contacto. Las “líderes” pueden a su vez invitar a otras mujeres a ser “revendedoras” de la marca.

realización del “operativo”, chequeaban que no hubiera incompatibilidades y que las personas pudieran inscribirse. Esto obedecía a que no tendrían la conectividad a internet ni el tiempo necesario para poder hacerlo en el momento. Pero, a pesar de todo lo que se intentara prever, muchas personas se acercaban sin haberse inscripto antes y querían anotarse. Los técnicos presentes no tenían la potestad de tomar esa decisión de manera inconsulta aun cuando quisieran hacerlo. Tal como me explicó uno de ellos aquella tarde: “Es que la nueva directiva es que no podemos anotar fuera de listado. Y yo entiendo que no es culpa de ustedes y también entiendo la situación de la gente. Por eso la llamé a mi jefa para que no piense que nos cortamos solos porque ya tuvimos quilombo”. Aquí tampoco se traba de funcionarios “grises”: a partir de su simpatía y comprensión con la tarea que se estaba llevando adelante, el técnico buscó el modo de resolver a su favor la evidente jerarquía de los cargos y la supervisión sobre los cargos inferiores que existen en los espacios burocráticos y sobre la que llamara la atención Weber (2000).

Una vez inscriptos formalmente por los técnicos y con el talón comprobante en mano, las personas pasaban detrás de la cortina. Allí Carla los recibía y les explicaba que el primer viernes de cada mes hay una reunión ahí mismo en el polo en la que comentan informaciones y si hay alguna posibilidad de trabajo. Enfatizaba que la idea es ver qué se puede hacer en conjunto, darle un marco “colectivo” al trabajo. Además, anotaba en una planilla los datos para hacer el “seguimiento”: nombre, apellido, fecha de nacimiento, nacionalidad, DNI, ocupación. Para aquellos que eran costureros, anotaba también si trabajaban en la casa, qué máquinas tenían y si tenían trabajo en ese momento. Uno de los datos que consultaba insistentemente era quién era el que les había avisado de la realización del operativo. Explicaba una y otra vez que lo hacía porque “así si pasa algo y no me puedo comunicar con ustedes les aviso a través de esa persona”. Para los militantes, el conocimiento personalizado de cada uno de los vecinos y trabajadores que se acercaban era fundamental. Incluso Carla imaginaba elaborar una ficha con foto de cada uno para reconocerlos con mayor facilidad. Era justamente este conocimiento personal lo que les permitía encontrar los modos de “contagiar la organización” en el barrio, muchas veces con la ayuda de las *referentes*: Ana y María.

A continuación quiero detenerme en cómo los militantes entendían que debían llevar adelante este “acompañamiento” y cómo pensaban su propio involucramiento en el modo en que acercaban y traducían el lenguaje de las políticas a las personas. En el “operativo” relatado, ya promediada la jornada, Danilo se acercó a conversar con unas señoras que estaban sentadas a un costado. Ellas habían llegado y luego de preguntar qué era lo que estaban anotando, el encargado de repartir los números se los dio enseguida, lo que llamó la atención de Danilo:

“- ¿Les explicaron?

- Si pero no sabemos muy bien porque ella por ejemplo no trabaja – dijo la joven.

- Pero ¿por qué vinieron? Quien les avisó?- vuelve a preguntar él

- Nos dijeron en el barrio, el boca en boca digamos, que estaban anotando pero nos dijeron que vengamos a averiguar para qué es.

- Bueno, les explico, la idea del Monotributo es regularizar, blanquear el laburo que uno hace. Ese es el espíritu de esta herramienta. Por ejemplo, si vendés en la feria o en la calle y te quieren sacar podés mostrar ese papel de que lo tenés pago y no te pueden sacar. Y se puede regularizar cualquier actividad, ¿ustedes que hacen? – Los tres repitieron que eran desocupados y una de ellas que era ama de casa.

- ¡Qué bien! Entonces tenés campos, ¡vivís de rentas! – le dice bromeando al hombre que decía estar desocupado.

- No no- dijo riendo- hago changas

- Bueno, ¡entonces tenés un laburo! ¿Changas de que haces?

- Y de lo que haya, pero principalmente soy carpintero.

- Perfecto, bueno, te podés anotar como carpintero entonces. Le decís eso a los que están inscribiendo. Después, vos como ama de casa tendríamos que pensarlo a ver si te sirve, te conviene. ¿Vos porque te querías inscribir?

- No tengo obra social y tengo 59 años, fui a averiguar para jubilarme pero no me da la edad y además me dicen que no tengo aportes...

- Bueno, sí para eso te sirve. Pero a ver, lo que nosotros hacemos desde la CTEP es defender y garantizar derechos para los laburantes. Si vos sos vendedor y la policía te quiere sacar de la feria, o sos costurero y te quieren sacar los cortes, ahí está la organización para bancar la parada. Hay herramientas como el Monotributo Social que nosotros pedimos y armamos estos operativos con el Ministerio de Desarrollo porque lo que permiten es darle más derechos al laburo que hacemos: obra social, la jubilación, etc. Pero no se tienen que anotar ya. Lo pueden pensar tranquilos.”

Danilo le dijo al carpintero que ya vinieron varios compañeros que se dedican a eso y que los tiene anotados: “Nos podemos juntar todos y capaz que entre ustedes se pueden dar una mano”. La señora respondió:

- “Bueno bueno, lo voy a charlar con mi hijo, mi familia porque tengo que ver si él me puede pagar la cuota todos los meses...

- Por eso, no tiene que ser ya. Incluso les voy a anotar mi teléfono para que me llamen cualquier cosa, cualquier duda y nos podemos juntar acá a tomar un mate y charlar tranquilos, pensar un poco porque quizás hay otras cosas que les vienen mejor en función de su situación. Tampoco es anotarse por anotarse.”

Por estas confusiones, Carla opinaba que durante los “operativos” estaba bueno tener un espacio separado – fuera de la vista de los técnicos- para “poder hablar con los compañeros”. A veces “les dicen cualquier verdura”, opinó. Además remarcaba: “Así se puede hablar con los compañeros. Recién después de un momento te hacen las preguntas que realmente tienen. Dándoles el espacio para que elijan estás construyendo autonomía y conciencia de lo que están haciendo”. En esto radicaba para ella el eje de cómo ellos debían conducirse en esta relación. Inclusive en las reuniones organizativas del “polo” decía a menudo que su rol debía ser “empoderar a los compañeros”. Danilo estaba de acuerdo, opinaba: “Claro, sino es como marcar ganado, vienen acá y anotás y anotás, pero capaz que no tienen ni idea. O no les sirve. O piensan que les van a dar algo. Qué sé yo, a eso están acostumbrados...”. Y luego agregó “Nosotros no tenemos esas prácticas”, refiriéndose a lo que denominó “manejos de puntero”. Quería enfatizar que ellos no pedirían nada a cambio de anotarlos en el Monotributo, pero que tampoco los anotarían para aumentar los números en sus planillas sin explicarse de qué se trata.

Un conjunto de estudios de la antropología política problematizó las miradas sobre prácticas políticas de sectores populares que tienden a enfatizar la existencia de dos polos: el “clientelismo” y la “resistencia”, imágenes que son asociadas a actores particulares definidos como “punteros” y “piqueteros”. Señalaron que se trata de categorías que operan como dicotomías estereotipadas que clasifican normativamente las prácticas políticas de quienes reciben recursos estatales dirigidos contra la “pobreza” (Manzano, 2004, 2013; Quirós, 2011; Vommaro y Quirós, 2011; Colabella, 2013; Ferraudi Curto, 2011, 2014; Semán y Ferraudi Curto, 2013). En particular, Julieta Quirós (2011) señaló que se trata de imágenes morales que operan tanto en los debates académicos sobre el involucramiento de sectores populares en la política, como entre los propios sujetos. En esta dirección, las palabras de Danilo ponían el énfasis en diferenciarse de un “otro”: de los “punteros” y de las organizaciones “que reparten

alimentos”. Este énfasis se inscribía en una trama política local donde estos estereotipos operaban como caracterización de ciertas personas y colectivos con quienes tenían vínculo cotidiano. Marcar esta distinción le permitía definir – por la negativa- el modo de vincularse con las personas y el trabajo de traducción que militantes y técnicos llevaban adelante durante los “operativos”. En este sentido, para los militantes reforzaba el sentido que tenía acercarse a estas políticas – muchas veces a través de la traducción- a los trabajadores y vecinos desde la apuesta por la construcción de una organización gremial que “pelee” por los *derechos* de los trabajadores.

Durante aquel operativo esta distinción se hizo particularmente notoria a través del caso de una mujer que se acercó para anotarse y una vez que hubo terminado el trámite pidió que se anulara. Tras esta confusa situación la mujer caminó hasta la esquina y se quedó allí un momento, lo suficiente como para que Danilo se acercara a conversar con ella y tratara de averiguar lo sucedido. La mujer le contó que alguien le había dicho que el operativo “era por los 1000 pesos” – es decir, el PTA- pero que luego de anotarse le preguntó a Carla si era por eso y cuando le respondió que no pidió que le anularan el trámite. Danilo le volvió a explicar que no era para eso, le habló del Monotributo y le comentó también que “eso de los 1000 pesos” era un beneficio que habían podido conseguir para compañeros que están hace más tiempo en la cooperativa y participan de las reuniones, pero que lamentablemente no le podía garantizar que pudieran obtener uno para ella. Confusiones como esta, en cierto punto lo enojaban porque para él evidenciaba las formas de vincularse con los vecinos de otros militantes y organizaciones con presencia en el barrio. Aquella tarde reflexionó: “Hay orgas que dan alimentos, pero ahora que todavía algo hay en la olla tenemos que ir primero a lo político y después a lo reivindicativo. El otro día vino una compañera que viene a las asambleas acá, se anotó al Monotributo y demás y me dice ‘no, yo voy a marchar con otro porque me da un bolsón de comida’...me quería morir”. Tiempo después en una reunión entre los militantes comentaría: “Acá la gente no viene por el plan o por la plata, en un punto hasta paga por pertenecer. El Monotributo Social les sirve para frenar a los inspectores de AFIP, incluso a los inspectores truchos que solo quieren cobrar coimas y el talonario (de facturas) les permite mostrar cierta legalidad”.

En definitiva, llevar adelante los “operativos”, lidiando para ello con la burocracia, era para los militantes una práctica central en la construcción del “polo” y de la rama textil del movimiento en tanto organización gremial. Esto les permitía garantizar *derechos* para los trabajadores y, a su vez, construir relaciones con las personas. Por ello se esforzaban en relevar ellos mismos información sobre quienes se acercaban y se inscribían –fundamentalmente sus actividades

laborales y sus datos de contacto- para poder continuar esa relación y proponer cursos de acción y organización comunes.

III. CONCLUSIONES

En este capítulo he analizado el modo en que los “encuentros” cotidianos con el Estado modelaron las iniciativas de la *economía popular* a partir de las formas en que los militantes debieron lidiar con la burocracia estatal. Mostré específicamente la manera en que los procesos administrativos del estado y sus burocracias incidieron en las formas de militar, así como también las maneras en que los militantes imaginaron acciones o proyectos políticos a partir de las posibilidades que éstos abrieron. Así, crear y formalizar cooperativas, presentar *proyectos* antes diversas agencias estatales u organizar la inscripción de trabajadores al Monotributo Social se convirtieron en actividades centrales de la militancia y del modo en que imaginaron desarrollar iniciativas propias y alcanzar sus objetivos políticos. En este sentido, lidiar con la burocracia no era opuesto a la imaginación, sino todo lo contrario. Los *proyectos* (estatales) se convirtieron también en oportunidades para “proyectar juntos/as” (Fernández Álvarez, 2016) contorneando así los límites y términos propuestos por el Estado.

En segundo lugar, mostré la importancia que adquirió la construcción de relaciones personalizadas y de confianza con los funcionarios y técnicos estatales para trabajar con los papeles y formularios. A pesar de que la posibilidad de acceder a ciertas políticas fue en ambos casos entendida como parte de un “acuerdo político” con funcionarios de mayor jerarquía, los militantes buscaron sostener y consolidar en el cotidiano relaciones con los técnicos y funcionarios que actuaban en el terreno. A partir de estas relaciones y del trabajo realizado en conjunto fue posible que los militantes tradujeran sus propios proyectos y prioridades a partir del dominio de un lenguaje específico: el “lenguaje de los proyectos” (Señorans y Litman, 2013). Dicho en otros términos, requirió el conocimiento sobre cómo llevar adelante ciertos trámites y en dónde, de las categorías que estructuran planillas y formularios estatales, las líneas posibles de financiamiento, los requisitos necesarios y cómo conseguirlos. Este saber hacer en torno a cómo se formulan y presentan cooperativas o *proyectos* fue aprendido en las relaciones con los técnicos y funcionarios, pero también un recurso que algunos integrantes de las organizaciones tenían de experiencias de trabajo o formación universitaria previas.

Al reflexionar sobre las relaciones entre los integrantes de estas organizaciones y los técnicos o funcionarios estatales destacué el trabajo de traducción que realizaron en la formulación de los *proyectos* o para acercar las políticas a sus “beneficiarios” contorneando en conjunto los

márgenes impuestos por las políticas públicas y las formas de organización de la burocracia estatal. Fue justamente este trabajo de traducción el que permitió a los militantes de estas organizaciones poner en tensión los términos desde los cuales fueron formuladas desde el Estado desde sus propios proyectos y formas de imaginar políticamente. Así, mostré cómo políticas que fueron definidas desde el estado como formas de incidir en la “empleabilidad” de las personas desocupadas o como modos de “registrar” el trabajo informal – políticas que continuaron en vigencia tras el cambio de gobierno - fueron apropiadas por las organizaciones para desarrollar sus propios proyectos políticos desde las formas de entender la política que definen esos espacios. En el caso de Los Pibes las políticas habían permitido capacitar a sus integrantes para desarrollar emprendimientos productivos contribuyendo así a la generación de trabajo en el marco de la *economía popular* como desarrollé también en el capítulo 4. Por su parte, para los militantes del MTE el Monotributo Social era una oportunidad para fortalecer el “polo”, “generar organización en el barrio” y extender *derechos* a los trabajadores.

CAPÍTULO 6. SOBRE LOS *DERECHOS* COMO CATEGORÍA ETNOGRÁFICA: CONOCIMIENTOS Y APRENDIZAJES EN LA LUCHA POR LA VIDA *DIGNA*

En enero de 2015, viajé junto a un grupo de estudiantes de la Diplomatura en Organización Comunitaria y Economía Popular a la sede de la ENOCEP en San Martín de los Andes. El grupo era diverso e incluía a militantes de varias de las organizaciones y movimientos que integran la CTEP. Al día siguiente de nuestro arribo, Juan Grabois nos recibió en su rol como Secretario de Formación de la CTEP y coordinador de la ENOCEP para comenzar las actividades. En aquella primera clase nos explicó que la *economía popular* no era lo mismo que la “economía informal” o “no registrada”, sino que era la economía de los “excluidos”. Luego continuó su exposición diciendo que el problema no era solamente como “registrar” o “formalizar” estas prácticas, sino fundamentalmente cómo garantizar los *derechos* de los trabajadores, lo que por supuesto no llegaría automáticamente con la formalización de las unidades productivas. De manera que su intervención estaba señalando a los *derechos* como aquello por lo que se debía luchar políticamente en la *economía popular*.

Si en el capítulo anterior analicé los modos en que para lograr esa “formalización” los militantes debieron lidiar con la burocracia estatal y sus procedimientos, en este capítulo quiero interrogar la relación que se postulaba entre “formalización”, reconocimiento estatal, legalidad, trabajo y *derechos* en el modo en que mis interlocutores conceptualizaban y reflexionaban sobre sus experiencias personales y colectivas. En esta dirección, sostengo que no podemos entender el proceso de organización que dio lugar a la CTEP únicamente en relación a la “formalización” y la mejora de las condiciones laborales, sino como un proceso de organización que hunde sus raíces en las politización de experiencias cotidianas de explotación, desigualdad y precariedad de la vida en un sentido amplio en el que el lenguaje de los *derechos* cobró centralidad.

Un conjunto de estudios recientes analizó la vinculación entre empleo y la ciudadanía. Michael Denning sostuvo que las teorías de la ciudadanía o de la exclusión de ella, o de los derechos y su ausencia, presentan dificultades para capturar la experiencia de las “vidas sin salario”, en la medida que suelen quedar “atrapadas en fantasías de soberanía” (2011:78). Otros autores analizaron los discursos estatales sobre la ciudadanía y los derechos sociales en diversos contextos como Sudáfrica y Brasil, enfatizando el modo en que su asociación con el trabajo asalariado produjo – o mantuvo- jerarquías sociales existentes (Barchiesi, 2007) o

formas desiguales de ciudadanía (Holston, 2008). Para Barchiesi, esta asociación, así como los discursos centrados en el desarrollo como “creación de empleo”, se convirtieron en una “tecnología pedagógica, una forma de gubernamentalidad biopolítica”, que tendió al disciplinamiento de las poblaciones buscando la proclividad al trabajo cualesquiera fueran sus condiciones (2012: 239).

En este capítulo quiero contribuir a estos debates retomando la propuesta de M.C. Ferraudi Curto (2014) de analizar los *derechos* como una categoría etnográfica. A su vez, esta propuesta analítica retoma una conceptualización que entiende a la ciudadanía como prácticas o procesos distanciándose de la concepción liberal moderna de la ciudadanía como estatus (Wanderley, 2009; Neveu, 2013, 2015; Lazar, 2013). La ciudadanía no se define entonces únicamente en relación a los derechos y obligaciones impuestos por el Estado, sino que se trata de un proceso disputado. Por un lado, analizo cómo la ciudadanía y aquello que se entiende por *derechos* toma forma en el marco de los procesos de lucha social (Wanderley, 2009) a través de los modos en que las personas movilizan categorías de la gubernamentalidad (Chatterjee, 2011). Y en segundo lugar, retomo el trabajo de Catherine Neveu (2014, 2013), quien llama la atención sobre la importancia de analizar los procesos de ciudadanía como formas de subjetivación política – relacionales y contextuales- que pueden emerger por fuera de los espacios típicamente considerados como “políticos”. De allí que la autora propone atender la dimensión de lo “ordinario”, es decir, a cómo las personas “se basan en sus experiencias cotidianas para percibir, practicar y formular juicios en torno a aquello que constituye el ‘bien común’ y la ‘vida en común’”¹²⁴ (2014: 90).

En su trabajo sobre el proceso de urbanización en una villa de conurbano bonaerense, M.C. Ferraudi Curto (2014) sostuvo que los estudios sobre prácticas políticas de sectores populares suelen toma a la categoría de derechos como una categoría del analista opuesta al “clientelismo”, contraponiendo así dos modelos de ciudadanía: uno ideal y uno realmente existente, y relegando los usos sociales del término. En este sentido, mostró el modo en que sus interlocutores hablaban de “comprar” y “vender derechos”, de “cederlos”, “intercambiarlos”. En las organizaciones de la *economía popular* que estudié, encontré que el modo en que se hablaba de los *derechos* se fundaban sobre bases distintas. Analizo la forma en que las experiencias de vida y trabajo se politizaron a través de los lenguajes asociados a los *derechos* habilitando a la construcción de subjetividades políticas individuales y colectivas. Quiero proponer que las nociones de *derechos* y de los modos en que debían *conquistarlos* constituyen “prácticas de conocimiento” (Casas, Osterweil y Powell, 2007) que recuperaban

¹²⁴ La traducción es propia.

sus propias experiencias individuales y colectivas en tanto saberes teóricos, situados y vividos en torno a la ciudadanía, la democracia y los órdenes legales.

Sostengo que las nociones de *derechos* que impulsaron quienes integran la CTEP refuerzan el sentido político y simbólico asociado al trabajo vinculado a la construcción histórica de la ciudadanía en Argentina, y al mismo tiempo, expresan formas de imaginar la inclusión en la sociedad que incluyen nociones más amplias sobre aquello que se entiende por *lucha* y *vida digna* forjadas en sus historias de acción política en contextos específicos. Para ello, me detengo en primer lugar, en el modo que las organizaciones que integran la CTEP movilizaron lenguajes asociados a los *derechos* en tanto derechos del trabajo retomando y reformulando la construcción histórica de la ciudadanía social en Argentina. En un segundo momento, analizo, el modo en que sus conocimientos teóricos, situados y vividos sobre como *conquistar* los *derechos* desafían las nociones liberales de la ciudadanía. Por último, muestro que para mis interlocutores los *derechos* “se aprenden”, y que los sentidos asociados a éstos como categoría etnográfica sedimentaron como aprendizajes sobre sus propias vidas tras años de lucha compartida incorporando un conjunto amplio de condiciones asociadas a tener una *vida digna* y pensarse como *seres humanos*.

I. DERECHOS, TRABAJO Y CIUDADANÍA EN ARGENTINA

Una calurosa mañana de diciembre fui convocada para acompañar una movilización frente al Casino Flotante de Buenos Aires. El día anterior en la sede central de la CTEP se había decidido movilizar hasta allí en demanda de un “bono navideño” y del otorgamiento de la personería gremial para la CTEP. Por esos días varios gremios habían negociado con el gobierno y las cámaras empresarias el cobro de un “bono” con el argumento de que los altos índices de inflación –que por aquellos días era de 23.9% (La Nación, 16/01/2015)- repercutían negativamente sobre el valor real del salario y, por supuesto, también del aguinaldo. A las 9 de la mañana, nos reunimos en el cruce de las avenidas Brasil y Paseo Colón, a unas 10 cuadras del Casino, que se encuentra en el barrio de Puerto Madero. Mi cálculo a ojo arrojó que seríamos unas 300 personas. A la distancia, los efusivos cantos, los bombos, repiques y redoblantes seguramente daban la impresión de que éramos muchos más. Una vez en la puerta del Casino, se organizó una primera línea de compañeros que se situó frente a frente con la Prefectura Naval Argentina, la fuerza de seguridad en cuya jurisdicción nos encontrábamos. Empujándose casi cuerpo a cuerpo, los prefectos mantenían un gesto cuidadosamente inexpresivo, mientras que los militantes cantaban vivamente: “Unidad de los trabajadores, y al que no le gusta, ¡se jode! ¡se jode!”.

¿Por qué allí? ¿por qué manifestarse frente a una empresa privada para demandar por un “bono navideño”? El punto central del argumento que fundamentaba la legitimidad de esta protesta y su desarrollo frente a una empresa privada era el hecho de que la industria del juego genera un “gran daño social” y que por lo tanto debería tener la obligación de aportar parte de sus cuantiosas ganancias para los más necesitados. Durante una entrevista, uno de los referentes del *sindicato* explicó:

“Hoy nos movilizamos al Casino porque la Lotería Nacional junta miles de millones por año. En el 2013 recaudó 105 mil millones de pesos, diez veces el monto que se destina a la Asignación Universal por Hijo¹²⁵. Pero el operador, en este caso el Casino de Puerto Madero, se queda con el 80% de la ganancia y lo que va para Lotería Nacional es solo el 20%, imagínense entonces lo que recauda la empresa. A los trabajadores de la *economía popular* se nos niega el aguinaldo, los bonos de fin de año o la caja navideña. Todavía ni siquiera podemos sentarnos a negociar porque no reconocen nuestro sindicato.”

En la movilización sostenían, entonces, que “los que más tienen”, los empresarios del juego, a quienes calificaban de “usureros”, *debían* poner los recursos para el pago del “bono navideño”. Esta calificación tiene una fuerte carga moral en la medida que hace referencia a un lucro indebido, abusivo. Pero además también se describía a la desigualdad como un “robo” de los más ricos hacia los más pobres: “Vamos tras el poder económico para recuperar un cachito de lo que nos robaron y pasar unas fiestas con algo sobre la mesa” versaba por ejemplo una publicación de Facebook de una de las organizaciones convocantes. Esta expresión instaura un principio de legitimidad para la demanda: nadie puede decir que le han robado algo que no era considerado legítimamente propio. Pero además, la “dignidad” para los más humildes estaba siendo cifrada en un lenguaje que apelaba a los *derechos* laborales como modo de alcanzarla, aun cuando estos trabajadores no tienen un patrón a quien reclamar por esos *derechos*.

El comunicado de prensa de la CTEP en ocasión de la movilización explicaba:

“Desde la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular creemos necesaria la apertura de un Bono Navideño que contemple la necesidad de los trabajadores/as más postergados y precarizados del país. Hablamos de necesidades básicas que trabajadores de la economía popular hoy no tienen

¹²⁵ Al momento del desarrollo de la movilización referida el monto del pago por mes de la Asignación Universal por Hijo (AUH) era de \$460 por hijo a cargo. Fuente: <http://ansesresponde.anses.gob.ar/> Fecha de consulta: 22 de septiembre de 2015.

satisfechas por ser excluidos de los sistemas de protección laboral aun cuando nuestra fuerza de trabajo y generación de riqueza forma parte elemental de la economía real y la cadena de valor. No tenemos el reconocimiento gremial, y por ende no podemos discutir paritarias a fin de año que nos permitan un ingreso digno para pasar las fiestas entre miles de familias que componemos el sector. Sobre todo en un momento como fin de año, donde el aumento de precios nos juega una pelea difícil de ganar. Llega un nuevo fin de año, y luego de años de crecimiento económico y algunos avances en políticas que benefician a los más humildes (asignación universal por hijo, subsidio a los servicios públicos), el Estado todavía no reconoce a este sector. Lleva adelante políticas redistributivas sin transformar el actual patrón de acumulación y sin pasar del subsidio e ingreso indirecto a un ingreso directo y salario digno y estable. Sin embargo, nos consideramos trabajadores/as que aun sin estar reconocidos, merecemos vivir dignamente.”¹²⁶



Flyer de convocatoria a la movilización. Fuente: CTEP

El modo en que los militantes construyeron la legitimidad de esta protesta subraya uno de los elementos centrales de la *economía popular*, tal como es entendida desde la CTEP, a saber: que se trata de una noción política que busca enfatizar el valor social y económico de ciertas actividades laborales, subvirtiendo así la estigmatización que pesa sobre estos trabajadores.

Por un lado, estaban enfatizando la importancia de su producción en términos económicos, relacionando el valor económico con su demanda por *derechos*. En este sentido, cuando los

¹²⁶ Comunicado de prensa CTEP 10 de diciembre de 2014. Disponible en: <http://ctepargentina.org/manana-la-ctep-moviliza-al-casino-de-puerto-madero/>

referentes de la CTEP subrayan que los trabajadores que la integran son los “excluidos” no se refieren a que las prácticas laborales que llevan adelante están desconectadas de las formas de acumulación del capital, sino que aunque su trabajo produce ganancias sustanciales para grandes empresas – como es el caso de los trabajadores de la confección que trabajan en la producción de grandes marcas o de los vendedores ambulantes, quienes distribuyen mercadería de grandes empresas – están excluidos de la posibilidad de tener un trabajo “en blanco”, un trabajo en la economía formal. En efecto, muchas de las personas que llegué a conocer durante mi trabajo de campo no tenían una experiencia previa de este tipo de empleo, o la habían tenido por un período muy corto de tiempo.

La CTEP también estaba expresando que, como trabajadores –y como personas-, tenían también el derecho a “vivir con dignidad”, cuestionando la distribución de la riqueza en el país como “injusta” y contraria a la “justicia social”, y condenando a los ricos y poderosos en términos morales. La categoría de “economía moral” propuesta por E.P. Thompson (1995) ilumina el modo en que esta movilización se apoyaba en valores, actitudes, expectativas y nociones de justicia como fundamento de legitimidad de sus reclamos. Thompson mostró que la “multitud” en la Inglaterra del siglo XVIII había expresado estos valores y expectativas desde el lenguaje del patronazgo y la asistencia. En cambio, desde las acciones de la CTEP en la Argentina contemporánea estas demandas fueron formuladas en un lenguaje asociado con el trabajo asalariado. Los militantes enfatizaron, en primer lugar, que aun cuando los trabajadores no generasen suficientes ingresos como para llegar al salario mínimo a partir de su propio trabajo en la *economía popular*, los programas estatales debían subsidiar al sector. Y en segundo lugar, proponían que estas políticas no deberían pensarse como políticas “asistencialistas” –una noción asociada a la caridad- sino como apoyos a la producción y *derechos* para los trabajadores. Si bien las políticas orientadas a la promoción de la “economía social” y el trabajo asociativo fueron definidas desde el Estado como modos de generar “trabajo genuino” y por lo tanto superadoras del “asistencialismo” con el que se definió a las formas de intervención estatal previas (tales como los *planes* de empleo transitorio), esta formulación de la CTEP estaba enfatizando una noción de “participación legítima” (*rightful shares*) en la distribución de la riqueza como fundamento de *derechos* tal como propone María Inés Fernández Álvarez (2016c) retomando la propuesta de James Ferguson (2015). En definitiva, esta noción como fundamento de legitimidad de sus demandas en tanto trabajadores estaba poniendo en cuestión una distinción histórica de las políticas sociales en gran parte del mundo: aquella que distingue la asistencia social –destinada a aquellos “incapaces” y dependientes de ayuda – y las seguridad social – otorgada a las personas capaces de trabajar y productoras de riqueza- (Ver Destremau y Messu, 2008 para un análisis del caso Francés).

Sin embargo, el desenlace aquella tarde no fue el esperado. Tras unas 6 horas, funcionarios del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación ofrecieron 4000 pollos y 1000 bolsones de alimento a cambio de que se levantara la protesta. Los referentes consideraron que era una propuesta que no se ajustaba a sus reclamos ya que lejos de reconocer *derechos* laborales para sus trabajadores implicaba nuevamente el reparto de “asistencia estatal”. Aunque no se trataba de una oferta “justa”, se evaluó que los costos políticos de continuar allí y hacer un acampe prolongado durante diciembre –un mes que suele ser muy conflictivo- podían implicar acusaciones de “desestabilización”, lo cual hubiera repercutido negativamente en la imagen pública de la CTEP. Además, se consideró que hubiera sido un “desgaste” para los militantes llevar adelante una acción tal en una fecha tan próxima a las fiestas. Finalmente, las 16 hs, la movilización fue levantada.

En Argentina, la noción de “dignidad” ha estado históricamente asociada a la imagen del trabajador como identidad que define el valor de personas y colectivos (Fernández Álvarez, 2007). En efecto, desde los años 50’, la ciudadanía ha estado asociada con el empleo protegido y el movimiento obrero organizado (Grassi et al., 1994). El estudio histórico de Daniel James provee importantes claves para pensar la asociación entre trabajo y dignidad en Argentina. James argumentó que el significado social de la experiencia de los trabajadores durante el gobierno de Juan Domingo Perón (1944-1955) radicaba en que habían recobrado la “dignidad” y el respeto propio. La retórica peronista tenía un cierto contenido utópico que resonaba en el anhelo de igualdad y justicia social que pusiera fin a la explotación sufrida en épocas previas, esperanza cuya “practicabilidad” – sostiene James- era afirmada a diario por las acciones de gobierno tales como la firma de convenios colectivos de trabajo en los que se establecían escalas salariales, licencias por maternidad o enfermedad, vacaciones pagas, etc. En este sentido, para James el gobierno de Perón estableció al trabajador como la base de la “ciudadanía social” en Argentina. En concordancia con esta construcción histórica del mérito y el valor, la CTEP creó una demanda por *derechos* para aquellos que integran la *economía popular* en tanto que trabajadores y parte de la clase trabajadora argentina. De allí que hayan definido a esta organización como un *sindicato* y por ende demandado su reconocimiento formal en tanto tal, argumentando que se estaba negando el derecho de estos trabajadores a sindicalizarse. En efecto, el derecho a la “organización sindical libre y democrática” es un derecho reconocido en la Constitución de la República Argentina en su artículo 14 bis.

Trabajo (en la *economía popular*), reconocimiento de *derechos* y *dignidad* forman parte de una tríada que da coherencia a las demandas expresadas aquel día y que permite llenar de contenido aquello que es sentido y anhelado como “justo”. Estos sentidos se repitieron en las palabras de distintos trabajadores que eran parte de la CTEP a lo largo de mi trabajo de

campo. Para Andrés, trabajador de una cooperativa de “tarjeteros” – es decir, quienes venden tarjetas de “estacionamiento medido”- en un municipio del conurbano bonaerense, la importancia de formar parte de la CTEP radicaba en que le había permitido reconocer su actividad como un trabajo digno frente a las miradas estigmatizantes que pesan sobre quienes la realizan, sintetizadas en el nombre “trapitos” y en la idea de que “solo piden monedas”. Además, conformar la cooperativa había sido importante para lograr que el municipio los reconociera como tales. Por su parte, Miguel, trabajador de una “bloquera” – una cooperativa de fabricación de bloques para construcción- del Chaco destacó en un encuentro nacional del *sindicato* que para él la importancia de la CTEP radicaba en obtener mejores condiciones para su trabajo y más *derechos*:

“Queremos vender los bloques bien, en blanco, que los compren a un precio real porque los corralones [establecimientos de venta de materiales de construcción] te ofrecen 140 ponele y después ellos lo venden a 300, nosotros queremos que nos paguen bien, pero como no tenemos factura...Además, la cooperativa no es en blanco, no hay obra social. Para nosotros es muy importante eso. Hace poco se enfermó mi nena y me tuve que ir todo el día a Resistencia que es a unas dos horas del barrio porque en la salita no te atienden más”.

En estos relatos, el horizonte de construcción política que proyectaban desde la CTEP se asociaba en un caso a tener un trabajo “reconocido” por el Estado - que en el caso Andrés era el Estado Municipal- y en el otro a un trabajo “en blanco” es decir, con obra social entre otros beneficios asociados al empleo formal.

Los términos en los que fueron formuladas las demandas de la CTEP eran distintos respecto del modo en que muchas de las organizaciones que la integran formularon sus demandas durante los años 90’ y comienzos de los 2000’. Tal como han mostrado una serie de estudios académicos, los movimientos de trabajadores desocupados y las empresas recuperadas demandaron por “trabajo digno”, una noción que se definía por oposición tanto a las políticas de empleo transitorio implementadas por aquellos años como a la situación de desempleo en la que de otro modo se encontrarían (Fernández Álvarez y Manzano, 2007; Fernández Álvarez, 2007, 2017; Manzano, 2007, 2013; Cross, 2010; Dinerstein, 2014). Los relatos recién referidos muestran un cambio de contexto en el que fue posible para las organizaciones que integran la CTEP- muchas de las cuales tienen una trayectoria que se remonta a las *luchas* de aquellos años- formular sus demandas en nuevos términos. Los trabajadores que integran la CTEP no identificaban la indignidad con el desempleo, sino la estigmatización sufrida producto de que las actividades que llevan adelante para ganarse el sustento no sean consideradas un trabajo y, por lo tanto, no se garantizaran los *derechos* asociados. Las

políticas públicas implementadas desde el 2003 en adelante y la recuperación económica posibilitaron que los lenguajes asociados a los *derechos* como *derechos* del trabajo recobraran centralidad. Antes que desempleados, estas personas se reconocían como *trabajadores de la economía popular*. En este contexto, la novedad de las demandas de la CTEP radicó en su cuestionamiento a la narrativa estatal que caracterizó según sus referentes al gobierno kirchnerista centrada en el crecimiento económico en la medida que, como sus líderes afirmaron, “desarrollo y crecimiento no es igual a trabajo y dignidad” (Pérsico y Grabois, 2014). Esta evaluación política se inscribe, tal como ha señalado Paula Abal Medina (2017), en la gravitación que tuvo en las políticas y el discurso gubernamental la promoción del consumo interno y el modelo de industrialización como indicador por excelencia del desarrollo. La frase acuñada por los referentes de la CTEP subraya que las desigualdades en el mundo del trabajo – entre los “incluidos” y “excluidos” del sistema o del mercado formal del empleo, para retomar sus propios términos- no son pasajeras ni se resolverán a partir de las recetas históricas que buscan el “pleno empleo” (Natalucci, 2016; Abal Medina, 2017). De allí su demanda para que los *derechos* sean reconocidos para el conjunto de la clase trabajadora.

II. ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE *DERECHOS*?

Hasta aquí podría parecer entonces que las nociones de *derechos* y *dignidad* que los dirigentes e integrantes de la CTEP estaban promoviendo desde su discurso público se definieron en relación con una serie de valores asociados a un anhelo por el tipo de inclusión que garantiza el empleo asalariado, lo que algunos autores han llamado “Fordismo como *dreamscape*” (Muelebach y Shoshan, 2012) o “melancolía” obrera (Barchiesi, 2012). Pero quiero sugerir que, dentro de la CTEP, la *economía popular* como un proyecto político imaginado y deseado promueve nociones de *derechos* que no solo incorporan las nociones de seguridad a menudo asociado con el fordismo –centralmente la estabilidad laboral y la seguridad social-, sino que abarcan también otros aspectos asociados con tener una buena vida, una vida *digna*. Como veremos, las nociones de *derechos* impulsadas por estas organizaciones no pueden ser entendidas sin considerar sus trayectorias más largas de la acción política de base. Tal como ha señalado María Inés Fernández Álvarez (2016), en lugar de ser “nostálgicos” de una forma de trabajar basada en la imaginación fordista, las organizaciones y trabajadores de la *economía popular* inventaron e imaginaron sus propias nociones de “bienestar” y construir ciudadanía.

La conquista de derechos como creaciones teóricas y prácticas

En el capítulo 2 hemos analizado el modo en que *lucha* y *organización* eran valores compartidos que se evocaban para la producción de colectivos y personas como militantes. Aquí quiero mostrar que la *lucha* por *derechos* involucró formas de conocimiento producido en las historias personales y colectivas que ponían en cuestión los discursos liberales sobre la ciudadanía.

Una serie de estudios etnográficos sobre la India han realizado importantes aportes al debate en torno a la ciudadanía. Partha Chatterjee (2011) propuso la noción de “sociedad política” para analizar las demandas de los sectores subalternos para quienes los derechos universales establecidos en leyes o constituciones no son más que un ideal incumplido. Recuperando las categorías de “gubernamentalidad” y “población” propuestas por Foucault (2006), sostiene que la “sociedad política” es el terreno en el que los subalternos se apropian de las categorías de la gubernamentalidad administrativa, es decir de las clasificaciones que segmentan a una población como objetivos de distintas políticas (refugiados, sin tierra, pobres, etc), para definir tanto su identidad como sus reclamos. La propuesta de Chatterjee reconoce como propiamente políticas las acciones de los subalternos desnaturalizando la definición liberal y abstracta de la “democracia” y de la “sociedad civil” basadas en la soberanía popular y los hechos jurídico-políticos de la igualdad de derechos para los ciudadanos. En este sentido, afirma que “En paralelo con la promesa abstracta de la soberanía popular, la gente en la mayor parte del mundo está ideando nuevas formas en las que pueden elegir como quieren ser gobernados” (2011: 229). Quienes integran la CTEP han demostrado una gran creatividad y habilidad para crear y establecer nuevas categorías que disputan aquellas previamente establecidas por la gubernamentalidad. Así, la sanción de la Ley de Emergencia Social implicó la instauración por ley de una nueva categoría - *trabajador de la economía popular*- que fue objeto y beneficiaria de políticas públicas, en este caso del Salario Social Complementario¹²⁷. Como vimos en el apartado anterior, esta categoría y su reivindicación como sujeto de derecho tiene un fuerte contenido moral en la medida que están basadas en juicios en torno a la “dignidad” y la “justicia”. En este sentido, quiero retomar otras autoras (Das, 2011; Sharma, 2012) que cuestionaron las dicotomías entre sociedad política/sociedad civil, población/comunidad moral, legal/ilegal contenidas en la propuesta de Chatterjee (Das, 2011) y propusieron atender a los lenguajes y prácticas a través de las cuales las personas luchan por la ciudadanía, prácticas y lenguajes que van más allá de la ley combinando moralidad y materialidad, juicios éticos y lenguajes burocráticos (Sharma, 2012).

¹²⁷ Ver Introducción a esta tesis para más detalles.

Para las organizaciones que integran la CTEP, y como hemos visto en el capítulo 5, estos lenguajes y prácticas de *lucha* y producción de ciudadanía estaban vinculados al modo en que lidiaban con la burocracia estatal. Así, en ocasiones, la relación con el Estado y sus políticas habilitaba el acceso a *derechos*. Por ejemplo, los militantes del MTE explicaban a quienes se acercaban a los “operativos” de inscripción al Monotributo Social que éste “daba derecho” a una jubilación, obra social, etc. Pero también la noción de *derechos* era recurrentemente asociada a las categorías de *lucha* y *conquista* resaltando la centralidad que tenían las formas de asociación colectiva. En este sentido, una militante de la organización Los Pibes explicaba que dichas políticas habían sido *derechos conquistados* para el sector a través de la organización y la *lucha*.

Luchar implicaba vincularse con funcionarios públicos, asistir cotidianamente a sus oficinas para agilizar trámites, completar planillas y formularios de “proyectos”. Pero también, la *lucha* era a menudo puesta en relación con un modo particular de llevarla adelante, o más bien un lugar particular, que es la “calle”. Los integrantes de la organización Los Pibes recordaban con orgullo y casi con nostalgia los piquetes, cortes de calle y ollas populares que les habían permitido numerosas *conquistas* en términos de *derecho* a la vivienda, pero también de recursos para el desarrollo de los “emprendimientos” productivos.

Tal como han señalado algunos autores, uno de los principios fundantes de las concepciones liberales de la ciudadanía es que el ejercicio de los derechos de los individuos les permiten perseguir sus visiones de lo que es una buena vida siempre y cuando “no estén en contradicción con las búsquedas de otros individuos” (Lazar, 2013). Estas concepciones persisten en los debates públicos y el sentido común. Así, por ejemplo, esta apreciación se encuentra presente en cómo se critican e impugnan desde los medios a los “piquetes” o cortes de calle como forma de protesta en la medida que limita las libertades de circular de otras personas. En cambio, las organizaciones populares en Argentina que conforman la CTEP formulan sus demandas en tensión con estas formas de pensar la “inclusión” en la sociedad. Mis interlocutores movilizaban un discurso que ve a la sociedad como dividida y atravesada por un antagonismo irreconciliable entre el poder/la oligarquía/la burguesía y los sectores populares. Es en virtud de este antagonismo que los *derechos* se *conquistan* y se debe *luchar* por ellos.

Sin embargo, no debemos tomar estas formulaciones como meros “discursos” o “narrativas” (ideológicas) sobre la sociedad, la ciudadanía, el Estado o la democracia. Propongo en cambio atender a las “prácticas de conocimiento” – tomando la formulación propuesta por Casas, Osterweil y Powell (2007) - de mis interlocutores en torno a estas cuestiones. En discusión con los enfoques sobre los movimientos sociales que han puesto el foco en la

“cultura” como variable explicativa de la acción, estas autoras proponen desandar la distinción entre sujetos y objetos de conocimiento para reconocer a los movimientos y sus integrantes como actores vivos que producen sus propios saberes y teorías. Siguiendo a las autoras propongo entender a estas “prácticas de conocimiento” como formas de producción teórica concretas, reflexivas, corporizadas y vividas que tienen profundos efectos políticos reales (2007).

Retomando esta propuesta, quiero detenerme en el modo en que los militantes del MTE conceptualizaban la producción de *derechos*. El conocimiento construido en sus experiencias de organización política situaba la tensión entre “legalidad” e “ilegalidad” como un elemento central en dicha producción. En este sentido, para los militantes del “polo” textil del Laguna la “legalidad” era un aspecto importante, pero ciertamente objeto de disputas. En una de las reuniones que compartí junto a los militantes nos detuvimos a mirar unos planos para las reformas necesarias para la habilitación formal del “polo”. Los planos habían sido elaborados por uno de ellos, estudiante avanzado de la carrera de arquitectura. Uno de los elementos centrales de aquellos planos eran los baños: en el galpón actual había uno solo baño y no tenía agua corriente, lo cual era sumamente incómodo para el grupo de trabajadores que, además, estaba creciendo día a día. Pero también este era uno de los requisitos requeridos para habilitar el lugar como taller: se requería una determinada cantidad de baños en función de la cantidad de trabajadores habilitados a trabajar en dicho espacio. Entre los entendidos hicieron un cálculo de los materiales necesarios y los costos de la obra. Danilo enfatizó que podían comenzar la construcción con un dinero que al momento había acumulado la cooperativa y luego podrían terminar cuando consiguieran un “trabajo grade” que estaban esperando. Sin embargo, aclaró los motivos de la premura en comenzar: “Nuestra prioridad es la necesidad de los compañeros, la legalidad después se pelea”. Varios acordaron que lo primero era hacer la presentación legal, pero si eso no funcionaba irían todos –trabajadores incluidos- a reclamar su aprobación.

Esta estrategia partía del conocimiento de que muchas veces era el único camino disponible para los menos favorecidos y en la evaluación política de que construir los “polos” era forma de garantizar *derechos*. Para transmitir este proyecto a los funcionarios del municipio, Danilo proyectaba realizar un “material” explicando qué son los “polos” y por qué los estaban construyendo. “Si no cuando nos tenemos que sentar a pelear con la mina de la Municipalidad para que nos habiliten el lugar, tenemos que explicarle por qué nos tienen que habilitar el lugar. No podemos ir solo con la carta de que si no lo hacen les vamos a ocupar la oficina, si no sos un tirapedras, no una organización social. Hay una fundamentación, una lógica de por qué lo estamos haciendo. Nosotros le resolvemos un problema estructural al Municipio. El

principal foco de problemas gremiales acá es lo textil y la salada. Haciendo esto estamos generando herramientas". Esta "lógica" a la que se refería Danilo inscribía la disputa por el par "legalidad"/"ilegalidad" en un proyecto político que iba más allá de la formalización y que –como vimos en el capítulo 3- tenía como horizonte la producción de *derechos* y la mejora de las condiciones de vida y trabajo de quienes integran el sector de la confección de indumentaria.

Este carácter disputado – o "disputable"- de la legalidad era un aspecto aprendido a partir de experiencias previas desarrolladas por el MTE, en particular, junto a los trabajadores cartoneros. En este sentido, en taller de formación del MTE, Roque relató a un grupo de trabajadores la historia del movimiento enfatizando que había sido de "mucho pelea" contra los "aprietes del gobierno y la policía" (quienes no los dejaban trabajar en virtud de la "ilegalidad" de la actividad), pero que también se habían *conquistado derechos* para los trabajadores cartoneros. Enfatizó que esos *derechos* no se cumplen en todos lados, pero que no se los explicaba para "mostrarles lo que todavía no tienen", sino "porque son derechos que ustedes tienen pero acá no se están cumpliendo y tenemos que salir a pelear para que se cumplan". Lo que aquí me interesa destacar es el modo en que su relato mostraba que la "pelea del movimiento" había logrado transformar la ilegalidad de la actividad en legalidad a partir de la sanción de la ley 992/02 de la Ciudad que los reconoce como trabajadores y parte del servicio de higiene urbana de la ciudad. "Aprenderse las leyes de memoria es medio pesado, pero es importante para poder defenderse frente a la policía y al gobierno, sabiendo que hay una ley que los ampara", opinó. Luego se detuvo en el caso de los compañeros de la zona Sur de la Provincia. Explicó que ellos se trasladaban en camiones "ilegales" hacia la capital, pero que en virtud de la sanción de la ley "al gobierno no le quedó otra que poner camiones nuevos. No existe que saquen el tren o los camiones y entonces nosotros nos vamos a casa. Porque no solo hay una cuestión de dignidad sino que legalmente nos corresponde":

"Muchas veces nos corren con la ilegalidad, pero eso también fue una pelea y ahora la ley corre de nuestro lado porque reconoce la preexistencia de los cartoneros y que las empresas no pueden venir a sacarles el material. Eso antes no estaba, solo hablaba de residuos y reciclaje pero no de cartoneros y logramos meterlo con la lucha".

Las palabras de Roque enfatizaban que la ley – y por lo tanto- la "legalidad" eran una *conquista* de la *lucha*, y al mismo tiempo, algo a lo que se podía recurrir para "defenderse" (de la policía o el gobierno) y seguir peleando por *derechos*. Tomando como punto de partida esta experiencia acumulada en tanto creación práctica y teórica de *lucha* por *derechos*, en la rama

textil se desarrollaron acciones en la misma dirección. A este respecto, cabe volver a señalar la propuesta de sanción de una ley de emergencia del sector de la indumentaria y el programa de formalización de los trabajadores de la confección que relaté en el capítulo 4. En la rama textil para avanzar en la “pelea” y la *conquista de derechos*, se requería también mostrar en la práctica cuál era su propuesta. Para ello el “polo” del Laguna era una apuesta central. Así lo explicaba Danilo en una asamblea mensual con los trabajadores del barrio:

“Nosotros acá no estamos laburando para los que somos acá nomas, pero cerrar bien este lugar nos da una herramienta para pelear derechos para todos. Para los que quieren venir a trabajar acá pero no pueden, para los que quedan y para los que pudiendo venir no quieren. Para todos. Por eso les pido que pensemos, que vayamos pensando, en esos compañeros que necesitan laburo”.

Además, una cuestión central era marchar. Por ello, en otra asamblea mensual Gastón insistía sobre la importancia de asistir a las movilizaciones –sobre todo de aquellos que cobraba el “incentivo” (es decir, el PEI o PTA)- para “pelear por todos los derechos que faltan para los trabajadores de la economía popular” :

"Nosotros somos un movimiento, el MTE es un movimiento muy grande que está dentro de la CTEP. La CTEP es la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular que quiere ser un sindicato que represente a los trabajadores informales que la están pasando mal. Entonces, nosotros tenemos que mirar más allá de nuestro ombligo, nuestro mundo, nuestro lugar de trabajo. Cuando hay una movilización que el movimiento considera que hay que ir no lo hacemos porque nos dan plata por llevar gente o porque nos parece divertido y decimos bueno vamos a subirnos un micro para ir a hacer un reclamo. Lo hacemos porque creemos que es necesario para ayudar a mucha más gente de la que está acá. Entonces, si nosotros recibimos un incentivo que lo consiguió el movimiento, porque el incentivo no lo conseguí yo ni lo consiguió Danilo. Lo consiguió el MTE y la CTEP presionando al gobierno, diciendo los compañeros necesitan este incentivo porque no llegan a fin de mes. Entonces, si nosotros cobramos un incentivo y hacemos una movilización para reclamar incentivos para más compañeros o para mejorar las condiciones de laburo de los trabajadores de la economía popular, nosotros tenemos que estar ahí. Si o si tenemos que estar ahí. Y si no podemos tenemos que mandar a alguien. Es fundamental que participemos, la última movilización fueron 4 personas de acá...y es muy injusto porque acá hay 40 personas cobrando el incentivo. Y es injusto porque están haciendo la fácil, están diciendo, bueno listo con esta yo me salvo y listo. Y no es

así, tenemos que estar. Y el que no lo cobra porque todavía no lo pudimos hacer también tiene que intentar estar porque es importante. Es por nosotros, por la familia, por el barrio y por un montón de compañeros que la están pasando mal. Nosotros no queremos tirar planes o subsidios por la cabeza, queremos que el movimiento crezca, queremos pelear por todos los derechos que faltan para los trabajadores de la economía popular entonces es importante que movilizemos cuando hay que movilizar.”

Las palabras de Gastón ponían de manifiesto el modo en que la *conquista* de *derechos* también tenía su contracara en una serie de obligaciones para con el movimiento y con sus compañeros. Así, por un lado, sus palabras enfatizaban que la “pelea” por los *derechos* no podía – o no debía- revestir un carácter individual, sino que tenía que basarse en el compromiso con la “pelea” por los *derechos* de todos los trabajadores de la *economía popular*. En este sentido, estaba haciendo alusión a la producción de obligaciones recíprocas analizadas por Julieta Quirós (2011) en el marco de organizaciones de trabajadores desocupados en el conurbano bonaerense. De la misma manera que señaló la autora, dicha producción debe comprenderse en el marco de controversias y acusaciones morales a las que están expuestas las personas. En este caso, operaba una doble distinción: por un lado, la voluntad de impugnar las imágenes morales de ser “vagos” que “cobran sin trabajar”, una constante en las acusaciones públicas hacia los movimientos sociales. En este sentido, buscaba separarse de una forma de construcción política caracterizada, según sus propios términos, como “tirar planes por la cabeza” oponiendo una visión del movimiento como integrado por compañeros comprometidos con la *lucha*. Pero Gastón también buscaba zanjar una tensión al interior de la construcción del “polo” y del movimiento en la que –como ha señalado Quirós (2011)- *luchar* (y marchar) se convertía en un fundamento de merecimiento a los *conquistado* por el movimiento, una fuente de *derechos*. De allí que Gastón enfatizara la distinción entre una forma de hacer que caracterizaba como individual y una comprometida con la “pelea” por los *derechos* de todos los trabajadores de la *economía popular*.

Mientras que para los militantes del MTE la tensión entre la “legalidad” y la “ilegalidad”, tensión que podía ser disputada a través de la *lucha* y la movilización, era un tema recurrente de debate, para quienes llevaban adelante la organización Los Pibes la clave en la cual se cifraban los debates en torno a los *derechos* y como *conquistarlos* estaba centrada en cómo pensar y construir la relación entre “las organizaciones populares y el gobierno”. Durante los años que acompañé a la organización Los Pibes, noté que uno de los momentos centrales que marcaban el ritmo de la cotidianeidad eran las reuniones de “mesa política” y las reuniones de “discusión política”. En estas instancias se discutían aspectos organizativos y

prácticos del día a día de la organización, pero siempre comenzaban – o terminaban- con un intercambio en torno a la coyuntura política nacional. Una de los temas centrales en estas discusiones era justamente la relación entre “las organizaciones y el gobierno”, y era frecuente que se recurrieran a metáforas tales como “arriba y abajo”, “base y apoyo” o “caminar juntos” para referirse a su relación con el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

Por ejemplo, en oportunidad de una reunión que se produjo con posterioridad a las elecciones primarias legislativas de agosto de 2013¹²⁸, una *compañera* – la hermana de Andrea e integrante de la COVILPI- comentó que después de la “derrota” del domingo, había escuchado el discurso de la presidenta en Tecnópolis y se había desilusionado. Dijo que después de haberla escuchado - y poco porque le costaba -, se había puesto a pensar qué paso en las elecciones y manifestó que ella pensaba que la “culpa” de la derrota era de ella por no haber llamado a la “parte de abajo”: “que somos el territorio, somos nosotros”. Al hablar de la “derrota” se refería a que el Frente para la Victoria había quedado tercero en la Capital Federal con un 18,9%, luego de la coalición conformada por Elisa Carrió, Martín Lousteau y Ricardo Gil Lavedra que obtuvo un 35,5% y Gabriela Michetti del PRO que obtuvo un 27,56%. Además en la Provincia de Buenos Aires, el Frente Renovador -con Sergio Massa a la cabeza- le había sacado casi 5 puntos al FPV dejándolo en segundo lugar. A continuación, Carlos tomó la palabra y dijo que él creía que otra vez les habían “dado vuelta la espalda”: “Hace dos años en realidad que nos vienen dando vuelta la espalda”. El período de dos años que señalaba Carlos coincidía con el desarrollo en 2011 de una campaña en la que Lito Borello fue candidato a legislador de la Ciudad por el FPV y en la que también habían apoyado y “militado” la candidatura de Carlos Tomada a jefe de Gobierno. A continuación, planteó que “quedaba como pregunta para los compañeros, la familia, la gente del barrio ver qué se hace en adelante”. Con firmeza dijo que la presidenta tenía que entender que “con el pueblo todo, y sin el pueblo nada” y planteó que creía que dentro del kirchnerismo hay gente que no piensa como Cristina y está ganando posiciones, pero que frente a esto hay que “defender los logros que se ganaron hasta ahora”. Su mayor preocupación tenía que ver con lo que pasaría de acá a dos años, es decir, con la sucesión presidencial. “Uno como militante también se acuerda que hace dos años llenamos el barrio de papeles, los edificios, le dábamos a los vecinos, papeles y más papeles, este año el dolor nuestro es ¡No nos vinieron ni a buscar!” Recordó que la primera vez que se armó una “movida” de aerosol fueron a pintar y salieron todos, hasta salieron por primera vez a pintar Sonia y Chela, las dos señoras mayores que estaban a mi lado:

¹²⁸ Se trató en esa oportunidad de unas elecciones primarias abiertas, simultáneas y obligatorias (PASO).

“Entonces nos tenemos que dejar de joder porque cuando hablamos de vivienda, de salud, de cómo están nuestros hospitales nos damos cuenta que no pasó nada, o sea que está ganando la burocracia compañeros...nosotros cuando hablamos de qué tenemos que hacer, de cómo trabajar en el barrio, cómo militar...y nosotros sabemos lo que hay que hacer, me acuerdo de cuando teníamos que salir a mangar aceite para las tortas fritas y miro como estamos ahora...hay que hacer política en el barrio compañeros”.

Para terminar, dijo que la “exigencia” de las organizaciones sociales era construir desde el “poder popular” porque “sin plata hicimos más que Macri en la construcción de viviendas por ejemplo. Así es como tenemos que construir política en el barrio”.

El extenso diagnóstico de Carlos coincidía con una postura que Lito Borello había expresado en reuniones previas (y posteriores): que, como todo gobierno, se trataba de un gobierno “en disputa” en el que los “tecnócratas” o los profesionales de la política venían “ganando posiciones”. De allí que hubieran “dejado afuera a las organizaciones territoriales”. En un reunión del área de radio, Carolina hizo una aclaración muy ilustrativa de cómo creían que debía ser la relación con el Estado para la *conquista* de *derechos*. En un momento alguien comentó que habían escuchado que llegaría al barrio uno de los camiones que recorrían el país para que la gente pudiera renovar allí su documento nacional de identidad. Carolina fue enfática en su postura. Comentó que eso no le parecía algo bueno: “No es que vos llegás con el camioncito, hacés los documentos y te vas. En el territorio hay muchas organizaciones que vienen laburando hace años y podés construir desde ahí, trabajar con las organizaciones”. Tiempo después, una tarde mientras tomábamos mate en la radio me explicó: “Nosotros pensamos que el Estado tiene que apoyar esta construcción, no porque ‘ay pobrecitos, ellos necesitan recursos, dinero’, sino porque creemos que es una decisión política que nace de una mirada estratégica, cada gobierno decide en qué base se apoya”. Luego me explicó que desde su perspectiva los gobiernos de Evo Morales y Hugo Chávez habían tenido una lógica de construcción con las organizaciones que era una referencia en la región. Lito solía expresar estas ideas bajo una categoría elocuente: la noción de “Democracia participativa y protagónica”. Esta noción subrayaba la convicción de que los sectores populares debían ser partícipes activos de las formas de gobierno, una formulación que va más allá de “elegir cómo quieren ser gobernados” tal como señalaba Chatterjee (2011). A su vez, quienes integran Los Pibes solían resaltar el valor político de sus actividades en tanto se orientaban a la creación de “poder” u “organización popular”. Estos valores, como medios y fines de la política deseable, se definían en contraposición a la idea de “democracia encorsetada” o “falsa” y

expresaban una idea de sujeto político activo muy diferente a la del ciudadano individual que se limita a expresar su opinión sobre los asuntos comunes y políticos a través de voto.

Estas apreciaciones sobre la democracia y el Estado se inscribían sin duda en el conocimiento producido a través de una serie de experiencias compartidas durante los años de lucha por la *conquista de derechos*. En particular, dos “procesos” –como solían definirlos- eran recordados y evocados para explicar estas cuestiones. En primer lugar, la experiencia de participación en la “Unidad de coordinación de la *mesa de enlace* con Organizaciones Territoriales Urbanas” en el ámbito del GCBA, o “la Secretaría” como preferían recordarlo los militantes. En aquel entonces, entre junio de 2006 y abril de 2007, la organización había estado efectivamente “adentro” del Estado. Bajo la órbita del Ministerio de Derechos Humanos y Sociales del GCBA, desde la “secretaría” y con Lito Borello como coordinador del área, impulsaron procesos de autoconstrucción de viviendas, acciones de lucha contra el consumo de paco (pasta base de cocaína) y mesas de negociación con funcionarios de otras carteras para trabajar sobre el acceso a planes como la Ciudadanía Porteña (Masseti, 2009). Sin embargo, más que las acciones concretas que desarrollaron, Lito y los compañeros que habían participado recordaban más a menudo el cómo las habían llevado adelante. Así, una noche que volvíamos de una reunión Miguel me contó con enorme entusiasmo que las definiciones sobre qué cursos de acción tomar se debatían en reuniones masivas junto a otras organizaciones de la ciudad que realizaban una vez por mes en plazas públicas. Además, más de una vez escuché a Lito enfatizar que la potencia de aquella experiencia había radicado en que él como coordinador –y funcionario- representaba y debía dar cuentas frente a sus propios compañeros y a las organizaciones participantes. Tras tan solo 10 meses “en la gestión”, Lito renunció y el área fue disuelta. Cada vez que recordaba aquella experiencia enfatizaba que habían renunciado en cuanto entendieron que estaban limitando su accionar: “La institucionalidad puede ser un camino para lograr lo que se propone esta organización, pero nunca un fin en sí mismo”, explicó por ejemplo en una reunión de “mesa política”.

Un segundo “proceso” había sido la “recuperación” del Puente Nicolás Avellaneda. Símbolo emblemático de La Boca, este puente conecta el barrio con Dock Sud y es el paso obligado para muchas familias que tienen que cruzar a capital para trabajar o visitar a conocidos y parientes. Según me comentó Julián un día, Dock Sud y La Boca estaban históricamente relacionados, según él muchas familias vivían a ambos lados del puente y mucha gente cruzaba a diario para ir a trabajar. El puente estaba muy deteriorado y era muy peligroso para cruzarlo a pie. Por eso una de las mayores demandas era por seguridad y mejoras en el paso peatonal que el puente tuvo desde el momento de su construcción. Dado que no se podía cruzar a pie prácticamente, hacía ya varios años que habían aparecido los “lancheros”: estos

prestaban el servicio del traslado entre costa y costa en bote para todos aquellos que quisieran evitar el cruce a pie. Me explicó que el “proceso de recuperación” tomó tres años de “movilización” y que en el 2010 lograron la recuperación y que 8 compañeros ingresaran a trabajar allí. En otra oportunidad me comentaron que un total de 60 personas del barrio – muchos de ellos integrantes de organizaciones sociales de la zona- ingresaron a trabajar allí como empleados de Vialidad Nacional en tareas de mantenimiento y seguridad, y algunos administrativos. Para Julián este “proceso” ponía en evidencia cómo desde Los Pibes se pensaba – y había llevado a la práctica- la posibilidad de construcción junto al Estado. Pero sobre todo, había “demostrado” que era “posible” hacerlo.

Estas experiencias desarrolladas en el curso de sus historias de lucha habían generado un conocimiento teórico, vivido y práctico sobre cómo “pelear por *derechos*”, y cómo entrar en relación y “construir” con el Estado. En este sentido, sus experiencias y las nociones de *derechos* construidas por las organizaciones no señalan hacia una distinción entre “sociedad política” y “sociedad” tal como fuera identificada por Chatterjee (2011) para el contexto de la India, sino que la ponían en tensión reivindicando *derechos* como ciudadanos plenos y proponiendo modos de producirlos en la práctica.

A su vez, este conocimiento sobre las formas de producción de ciudadanía y *derechos* en la prácticas –relacionándose para ellos de diversos modos con el Estado- tuvo profundas implicancias en cómo las personas se pensaban a sí mismos, a sus vidas y a las de quienes los rodeaban. A continuación quiere detenerme en esta cuestión explorando una segunda forma en que mis interlocutores hablaban de los *derechos*: como algo que se “aprende”.

Aprender los *derechos*

Una mañana de verano en diciembre de 2015 me reuní con Rita, una de las primeras *compañeras* de Los Pibes, para hacerle una entrevista. Nos sentamos en la Plaza Matheu, la misma plaza donde casi 20 años atrás se llevaba adelante la distribución de alimentos para las familias de la organización. Justo enfrente se encuentra uno de los primeros conventillos que lograron comprar con la ordenanza N° 525, Rita junto a otras familias todavía viven allí. Por aquellos días estaban trabajando en acondicionar el patio central de dicho conventillo para inaugurar allí mismo un nuevo proyecto cultural de Los Pibes: la casa popular El Patio. Además, Rita trabaja en el turno de los fines de semana en el Puente Nicolás Avellaneda. Le pregunté acerca de la historia de la organización y lo que significaba para ella. Tomó un sorbo de mate y con lágrimas sus ojos reflexionó:

“A veces... no sé, las cosas que empezamos a decir, como las viviendas, no sé, lo empezamos a hacer y se dio. Cuando empezamos a rescatar la comida, porque nosotros empezamos con la pelea de los alimentos porque de verdad no teníamos para comer. Y yo decía ‘Qué nos van a dar de comer estos’...cuando fuimos a pelear por los comedores. Y ahí llevamos un petitorio, dos petitorios, y fuimos a Pavón y Entre Ríos y ahí nos dieron. Y ahí yo dije, a bueno, esto se puede. Porque llevábamos los petitorios y después íbamos con todos... que a eso vamos a tener que volver...a llenar la plaza Matheu...yo decía qué loco como se puede, ¡cómo se puede! Toda mi vida me cambió mi organización. Todo para el bien, aprendí muchas cosas. Aprendí que tener un derecho y decirte ‘a mí no me hables en difícil, háblame bien’. Poder ir a decirle a un funcionario ‘háblame bien, no me hables así porque sos un intelectual’. Eso creo que es lo que más me enseñó mi organización, a saber entender cuando alguien me habla...porque yo lo digo siempre que mi organización me cambió la vida, sino estaría muerta o presa, y hoy por hoy puedo contar y disfrutar mis nietos. Pero yo no me quedo con que mi organización me dio mi casa, trabajo y listo. Porque yo sé que hay mucho otros que están como estaba yo en ese momento, que lloré lágrimas de sangre. Yo tengo que salir a demostrar que sí se puede, tengo que decir que sí se puede. No puedo quedarme en mi casa, eso es no ser nada en tu vida. Porque lo que yo cambié en mi vida, yo puedo decir que se puede, y a mí me gusta, me siento orgullosa cada vez que voy a un congreso, una actividad y cuento mi experiencia de vida. Porque yo sí le puedo decir a la gente que se puede. Yo acá –me muestra el brazo- tuve toda mi vida un tatuaje tumbero...y ahora me lo tapé, me hice estas flores. Yo le digo a la gente y a mis hijos, que hay otra forma de vida.

- ¿y eso lo aprendiste en la organización?

- ¡Si! Totalmente, yo era otra clase de persona, la organización me hizo ser humano”.

Antes de conocer a quienes fundarían Los Pibes, Rita - como la mayoría de quienes luego serían sus compañeros- no había tenido previamente una vinculación con organizaciones o partidos políticos. De hecho, durante aquella charla recordó que al principio había tenido bastante desconfianza para con estas nuevas personas que se habían acercado al barrio. Casi veinte años más tarde, sin embargo, ella describió su experiencia en la organización como un proceso de aprendizaje: según sus propias palabras, la organización le enseñó, a través de la *lucha* colectiva que tenía *derechos* a pesar de su vida pasada. Por esta razón a menudo se refería a Los Pibes como la “universidad que los ricos les negaron”. “Aprender”

que tenía *derechos* – y que otros en la misma situación también – “la hizo un ser humano” y la comprometió a tomar la tarea de difundir que “es posible” (cambiar sus vidas).

Las palabras de Rita enfatizaban que al aprender que ella también tenía *derechos*, “la hizo ser humano”. A través de la *lucha*, ella y sus compañeros no sólo produjeron la posibilidad de una vida mejor, sino que también forjaron vínculos emocionales profundos entre sí y construyeron un sentido de orgullo en sí mismos. En este sentido, la asociación entre los *derechos*, la organización colectiva y la vida fue recurrentemente señalada durante mi trabajo de campo. A modo de ejemplo, quiero traer a colación un breve intercambio que mantuve con un militante de una de las organizaciones que integra la CTEP y que es trabajador de la cooperativa que gestiona el buffet de la sede del *sindicato*. A la salida de un taller, estábamos conversando sobre sus tareas en el movimiento del que formaba parte y le pregunté hacía cuánto tiempo que militaba allí. Su respuesta fue contundente: “Hace dos años que empecé a vivir”, aseveró y luego me explicó que antes de eso había estado “muy perdido”. En conjunto, estas palabras describen la politización de las experiencias de la precariedad, no como mera “falta de” sino como una profunda reflexión sobre sí mismos y sus vidas. Como propuso Kathleen Millar, el trabajo y vida precarias modelan “la subjetividad, el afecto, la sociabilidad y el deseo de diferentes maneras según las particulares historias y experiencias del capitalismo en lugares específicos” (2014:35). Las palabras de Rita muestran el profundo impacto que han tenido las formas de organización colectiva y política en cómo las personas piensan sobre sí mismos y cómo impulsan juntos formas de construir una vida mejor. Impacto que en la historia de Rita se plasmó en su propio cuerpo con el nuevo tatuaje que cubre las marcas de su vida anterior. Pero sus palabras también señalan la centralidad que han cobrado las formas de entender los *derechos* para la politización de esas experiencias de precariedad.

En segundo lugar, las palabras de Rita iluminan un aspecto de la ciudadanía que fuera señalado por C. Neveu (2013), a saber, que la ciudadanía no está constituida por relaciones despersonalizadas, anónimas, sino que tiene también implicancias afectivas y emocionales. Esta perspectiva recupera una de las propuestas principales de la antropología política, a saber, que la política – y la ciudadanía- no constituyen dominios separados de la vida social. En este caso, Rita hablaba de los *derechos* como un aprendizaje construido en el vínculo con sus compañeros, a quienes designa metonímicamente a través de “su organización”.

De manera similar, en el plenario nacional del MTE que relaté en el capítulo 2, Juana, una de las referentes y fundadoras del movimiento expresó:

“Yo creo que tenemos que escucharnos y generar unidad, delinear lo que queremos y para eso tenemos que nombrarnos como trabajadores. A mí el MTE

me cambió la vida y la cabeza, a través de la organización porque uno solo no puede. Aprendí a defender mis derechos. Tenemos conciencia de que los tenemos, pero aprendí como pelear por ellos, que sean respetados. Como seres humanos tenemos derechos, no solo como trabajadores. Pero la dignidad nunca la dejamos de lado, siempre la tuvimos como laburantes. Después veo que tenemos que hacer entender y generar conciencia colectiva porque si no el compañero agarra comida frente a la necesidad. Tenemos que ser solidarios y aportar a la construcción colectiva escuchando a los compañeros, no decir 'no me meto porque no quiero quilombo' o 'Que vaya tal'. Se delegan muchos derechos, al gobierno pero a los compañeros también. Y no tiene que ser así, vos tenés que pelear por tus derechos. Y hablar porque todo tiene peso en la defensa de lo que nos merecemos.”

Esta intervención se produjo en un taller en el que nos proponíamos debatir sobre la militancia. Las palabras de Juana nuevamente ponían el aprendizaje de los *derechos* en un contexto relacional: fue en la organización y junto a sus compañeros que aprendió a defender los *derechos* que tienen como trabajadores, pero también como “seres humanos”. A continuación presento un fragmento de las notas que tomé durante aquel taller, como parte de mi tarea de pasarlas luego a un papelógrafo para hacer una puesta en común:

- “-Generar poder popular a través de la transmisión de conocimientos y herramientas para la lucha a otros compañeros
- Generar conciencia que no vayan solo por el plan (concientizar y no obligar a los compañeros) y además tener paciencia
- Obligación del militante: concientizar a los compañeros
- Derechos del militante: ser respetado porque a veces se los ningunea
- El militante predica, enseña los derechos a los compañeros, acompaña y después suelta
- Empodera y debe ser respetado
- No discriminar
- Conciencia de los derechos arrebatados por los malos gobiernos”

Estas notas –todas ellas fragmentos sintéticos de las intervenciones de los trabajadores y militantes del MTE presentes en el taller- refuerzan lo que proponía Juana más arriba: que los *derechos* se aprenden y se enseñan en las relaciones con los militantes. Por un lado quiero destacar la centralidad que se puso en la noción de “conciencia” para que el *compañero* no “vaya solo por el plan” o “agarre comida frente a la necesidad”. Desde esta noción de generación de “conciencia” se vinculaba el aprendizaje de los *derechos* al aprendizaje de los

fundamentos del merecimiento de aquello que el movimiento *conquistaba* poniendo en discusión la idea de “dádiva” usualmente asociada a los recursos obtenidos del Estado.

Por último, quiero referirme al modo en que los relatos y las prácticas de mis interlocutores señalaron una dimensión adicional del aprendizaje de los *derechos*: la incidencia de sus historias y experiencias cotidianas para mejorar los lugares en los que habitan. En este sentido, el recorrido de Ana en su “procurar” por el barrio resulta significativo. Un mediodía de agosto de 2016 salí del “polo” junto a Ana y un militante del MTE para ir al barrio a comenzar a realizar unas encuestas para el censo de barrios populares. En el camino, Ana se había quejado de “cómo viven” en el barrio, fundamentalmente haciendo juicios en torno al aspecto “sucio” de las calles. Nos detuvimos en casa de Lela, una vecina que Ana conocía muy bien y quería invitar a que fuera encuestadora para el censo. Lela tiene al frente de su casa un almacén que vende también ropa, zapatillas, comida seca, pan, cosas de tocador. Allí nos ubicamos en unas sillas y luego de que Ana le explicara de qué se trataba el censo y por qué era importante que los propios vecinos lo llevaran adelante, volvimos a comentar sobre lo “sucio” que estaba el barrio. “Acá es muy sucio, hay basura, animales muertos, cualquier cosa. Hasta en la capital es muy sucio todo. Uno que vive acá se acostumbra, pero no tenemos que vivir así... ¿Te acordás Lela que en una época en Paraguay te multaban si había basura en tu vereda?” – preguntó Ana y Lela asintió sin decir nada. “Todo limpio estaba. Ahora está igual que acá también o peor”, acotó para terminar Ana. Uno de los problemas que Ana identificaba como causante de la suciedad eran los desagües de las casas mal hechos, por eso no me sorprendió que enseguida Lela le preguntara a donde había que ir para pedir que envíen “la máquina para hacer desagüe”:

“- Ahí a donde habíamos ido aquella vez- respondió Ana refiriéndose a una dependencia municipal- Igual no te lo hacen, te lo hacen cuando tiene que cruzar la calle porque cuando pasan los camiones pesados rompen todo. Pero en tu vereda lo tenés que hacer vos...tenés que romper tu propia vereda y pasar el caño porque si lo pasas por la calle cuando vengán a arreglar la calle lo van a romper todo.

- Pero ahí ya nos dijeron que era la última vez que nos mandaban la máquina- acotó Lela dando a entender que ya había ido.

- ¡Pero no! ¡Qué va a ser la última vez! Hay que ir de vuelta, ¿qué es eso de que vienen una sola vez? Tienen que venir a arreglarlo. ¡Nosotros también tenemos derecho!”

Esta convicción de Ana era un aprendizaje construido en su trayectoria de relación con el Estado para mejorar el barrio y convertirlo en un lugar para vivir dignamente. Cada mejora conseguida como por ejemplo la instalación de los transformadores para mejorar la provisión de electricidad, había sido una pequeña confirmación de que “ellos también tienen derecho”. Para ello no solo lidiaban con agencias estatales, también las empresas privadas podían eventualmente ser las responsables de garantizarles un *derecho*. Aquella tarde, y luego de conversar sobre la “máquina de hacer desagüe”, Ana recordó que una vez que un vecino fue juntando 100 pesos por casa para hacer arreglar el transformador de Edesur. Según Ana este hombre había llegado a recaudar 17000 pesos para contratar de manera privada a un hombre para arreglarlo y cambiar un fusible que se había quemado. Ella explicó:

“Yo le dije que no iba a poner plata porque ¿cómo es eso que lo hace un hombre que no sabemos ni quién es y que se lleva el dinero? ¿Y si después no funciona? ¿O si funciona uno o dos días y después se vuelve a romper? No, no, no. No es así, eso hay que hablarlo en la empresa y que quede asentado que se rompió y que tienen que venir a arreglarlo. Siempre que hacen esas cosas yo les digo a los vecinos, no tienen que poner plata de su bolsillo para estas cosas. No estoy de acuerdo con eso.”

Desde la experiencia de Ana, sus *derechos* estaban sin duda vinculados a las mejoras en su barrio. Pero no llegarían por sí solos. Tal como sostuvo Ana en una reunión con una ONG: “Sin lucha ni amigos tenemos nosotros”. En este sentido, Veena Das (2011), en su estudio sobre las demandas de derechos y ciudadanía de los habitantes de asentamientos en la ciudad de Delhi, India, sostuvo que la noción legalista de que las personas tienen o no tienen derechos no da adecuada cuenta de los procesos de lucha que impulsaron los habitantes. En cambio, muestra las estrategias de creación progresiva de derechos que llevaron adelante poniendo el foco no en la ley o las normas, sino más bien en los objetos materiales – tales como los medidos de electricidad o las cañillas- que se convirtieron en la materialización de sus derechos a la vivienda.

De manera similar, para el caso de quienes forman parte de la organización Los Pibes, el conjunto de condiciones de vida en la ciudad también habían modelado aquello que se entiende por *derechos*. Volviendo sobre el relato de Rita desarrollado más arriba, su aprendizaje de los *derechos* estaba vinculado a la lucha por su vivienda a través de la Ordenanza 525, pero también al proceso a partir del cual consiguió un trabajo en el Puente Avellaneda y participó al mismo tiempo del sostenimiento de mejoras en la calidad de vida de los vecinos tanto de La Boca como de Dock Sud. En este sentido, quiero destacar las palabras con las que Lisandro se refirió al recorrido de la organización durante una transmisión especial

entre FM Riachuelo y FM La Caterva - radio comunitaria perteneciente al MP La Dignidad ubicada en Barracas:

“Nosotros fuimos parte de lo que fue el nacimiento del movimiento piquetero, fuimos desarrollando muchas herramientas como organización y tomamos como un eje muy fuerte de trabajo el eje que hoy nos trae a esta charla: la pelea por el derecho a la vivienda en la ciudad de buenos aires. Después de pelear por el derecho al laburo y a nosotros poder tener una vivienda nos dimos cuenta que nosotros peleábamos por el derecho a poder vivir en la ciudad.”

Su intervención aquella tarde resulta significativa en tanto articulaba en la idea de “derecho a poder vivir en la ciudad” en un sentido amplio. Esta noción se ponía en acto de un modo elocuente en el Paseo de la Economía Popular Martín Oso Cisneros en tanto buscaba contribuir a la producción de un “hábitat” digno para los habitantes del barrio, es decir, de un espacio cuyas condiciones permitan el desarrollo de un proyecto de vida digno para quienes lo habitan. En una exposición pública con motivo de un debate sobre comercialización con académicos, un funcionario y otros militantes, Julián describió la experiencia del Paseo en los siguientes términos:

“El paseo es también batalla cultural porque es un encuentro distinto que el que plantea la góndola, el encuentro con la mercancía. La discusión no es solo por el precio, es decir cómo ofrecer un precio más barato. Sino que es una disputa por el territorio. El supermercadismo también organiza el territorio, promueve una subjetividad funcional al neoliberalismo. El paseo, en cambio, construye hábitat.”

La noción de “hábitat” a la que Julián recurrió para marcar aquello que constituía la principal apuesta del Paseo, es una noción que sintetiza una serie de aspectos que consideran que un barrio debe tener para ser un lugar *digno* para vivir. Se trata de una noción que han tomado y reelaborado en sus propios términos para formular demandas a partir del contacto con académicos y agencias estatales que movilizaban teorías en torno a la ciudad y el hábitat popular. Desde su perspectiva, y como a menudo enfatizaban, “no se trata solamente de tener un techo sobre la cabeza”. Por ello enfatizaban la importancia de tener espacios de recreación, fuentes de trabajo y la disponibilidad de alimentos de buena calidad a precios populares en su propio barrio. Y destacaban que todas estas condiciones podían construirse a partir de la *organización popular* y justamente el Paseo se orientaba en esa dirección. De allí que Julián lo describiera como un espacio donde se producen otro tipo de “encuentros”. En la práctica, esto implicaba que cada fin de semana durante y después de que la feria propiamente dicha abra sus puertas se desarrollaban visitas guiadas a la COVILPI y encuentros entre

cooperativistas y vecinos para transmitir conocimientos y apoyar la conformación de nuevas cooperativas de vivienda, actividades culturales y recreativas para niños y adultos como espectáculos musicales o de títeres, pasantías y proyectos de extensión junto a estudiantes y docentes de la Universidad de Avellaneda, etc. Fue justamente en virtud de estos usos y encuentros que con el apoyo del legislador del Movimiento Evita Jorge Taiana, hacia fines de 2015 se solicitó y logró que Legislatura Porteña cediera el predio bajo un comodato a 20 años a la organización.

Parafraseando a James Holston (2008), la experiencia vivida en la ciudad se convirtió en el contenido y el contexto de nuevas formulaciones de la ciudadanía, de una “ciudadanía insurgente” que cuestionó las bases y formas de su exclusión. En su estudio sobre las periferias urbanas de Brasil, este autor mostró que la experiencia de vida en estas periferias –especialmente las dificultades de la residencia ilegal, la autoconstrucción de viviendas y los conflictos por la tierra- se convirtieron en el contexto y la sustancia de una nueva ciudadanía urbana. Holston mostró que la ilegalidad de los asentamientos generó nuevas formas de participación cívica y de demandas de derechos: sus condiciones crearon residentes movilizados que demandaron membresía plena a la ciudad real que los había expulsado a través de sus luchas por la tenencia legal de la tierra y la provisión de servicios públicos. Las experiencias de organización en y desde la *economía popular* aquí relatadas muestran el modo en que las experiencias de vida en la ciudad se articularon con las luchas por el trabajo recuperando -y relaborando- la asociación histórica entre *dignidad*, trabajo y ciudadanía en Argentina.

III. CONCLUSIONES

En este capítulo analicé la categoría de *derechos* como categoría etnográfica y los imaginarios políticos en los que se inscribe. Para ello recuperé la propuesta de C. Neveu de analizar la ciudadanía “en *contexto*, en las localizaciones históricas, políticas, sociales y espaciales en las cuales se pone en práctica”¹²⁹ (Neveu, 2013:208). Esta mirada implicó atender a su naturaleza procesual, proyectiva y relacional, así como también de las formas de subjetivación política en las que se apoya y produce (Neveu, 2013).

Durante mi trabajo de campo, la categoría de *derechos* se me presentó casi invariablemente asociada a la noción de *lucha*. A lo largo del capítulo, desplegué las prácticas y fundamentos de legitimidad a partir de cuales mis interlocutores se organizaron para disputar las narrativas

¹²⁹ Traducción propia. El subrayado es original.

políticas dominantes proponiendo sus propias visiones de lo que es o debería ser la democracia y la ciudadanía. Mostré que estas visiones no constituyen meras formulaciones “ideológicas”, sino que implicaron formas de producción de conocimiento teórico, situado y vivido (Casas, Osterweil y Powell, 2007) construido en sus trayectorias de acción política. Estas prácticas y formas de conocimiento pusieron en tensión los discursos liberales sobre la ciudadanía, la democracia y las fronteras entre la legalidad e ilegalidad. Tal como sostuvieron Casas, Osterweil y Powell: “Hay una marcada, aunque sutil, diferencia entre la conclusión analítica de que los movimientos producen distintas ideas o narrativas sobre la democracia (Poletta, 2002) y aquella que reconoce que éstas son creaciones teóricas y prácticas de la democracia” (2007: 24). En efecto, las experiencias previas que recuperaron en sus relatos- como la conformación de la “secretaría”, la “recuperación del Puente Avellaneda” y la sanción de leyes de reconocimiento para los trabajadores cartoneros- habían sido prácticas concretas de producción de *derechos* que permitieron la elaboración de conocimiento sobre cómo transformar los órdenes legales y la construcción de la ciudadanía en Argentina.

Los términos en los que fueron planteadas sus demandas deben entenderse en relación a las políticas públicas implementadas desde el 2003 en las que tanto los derechos como el trabajo, en particular asociativo, tuvieron gran centralidad en sus formulaciones. Si bien estas intervenciones estatales no cambiaron las bases del modelo de acumulación en nuestro país, sin duda tuvieron importantes efectos en los términos en los que se dio el debate político y en la importancia creciente que han tenido las demandas por *derechos* tanto al trabajo como a la ciudad. En este sentido, mostré que las nociones de *derechos* movilizadas por las organizaciones apelaron a y reforzaron el valor político y simbólico de la identidad del trabajador, al mismo tiempo abarcan otros aspectos necesarios para una vida *digna*, incluyendo el trabajo, pero también un conjunto más amplio de condiciones de vida. Mostré que para las personas los *derechos* se aprenden en estos procesos de *lucha y organización*, incluso más allá del Estado, y en la relación con los propios compañeros de las organizaciones. En este sentido, la noción de la *dignidad* se presentó cifrada en un lenguaje que recupera el trabajo pero también su condición de seres humanos.

Como ha señalado M.I. Fernández Álvarez (2016c), más que expresar “nostalgia” por el fordismo y los modos de trabajo e inclusión que proponía, estas iniciativas de *economía popular* inventan nuevas nociones de “bienestar” y de producir *derechos*. En esta dirección, la propuesta de la autora de considerar las formas de “bienestar” proyectadas desde las experiencias cotidianas de las personas me permite señalar tanto la gravitación que tuvieron las condiciones de vida más amplias –incluyendo, aunque no solamente, al trabajo- en los *derechos* como categoría etnográfica. En este sentido, las condiciones de vida en contextos

urbanos, en sus barrios, tuvieron una gran centralidad en la producción de nociones de *derechos*, de “bienestares” y de formas de “ciudadanía insurgentes” - retomando la ya famosa expresión de James Holston (2008)- que subvirtieron teórica y prácticamente las nociones liberales de ciudadanía.

CONCLUSIÓN

Politizar experiencias de precariedad, hacer *economía popular*

Esta tesis analiza los múltiples modos en que desde las organizaciones populares se politizaron experiencias de precariedad en la Argentina y se produjeron formas de militancia en la *economía popular*. Retomé una serie de estudios que propusieron analizar la precariedad como una experiencia relativa tanto a las condiciones y los regímenes de trabajo como a aspectos vinculados a la vida (Millar, 2014). Esta mirada supone una reflexión sobre las formas de acumulación del capital y explotación contemporáneas (Barchiesi, 2012; Gago y Mezzadra, 2015), pero también una mirada sobre las “vidas sin salario” (Denning, 2011) que busca enfatizar el modo en que estas poblaciones desarrollaron prácticas creativas para producir vidas “que valen la pena ser vividas” (Narotzky y Besnier, 2014) y novedosas formas de construcción política que expandieron sus horizontes de posibilidades (Fernández Álvarez, 2016b).

Partiendo de esta mirada esta tesis presentó un análisis etnográfico de las prácticas de militancia en la *economía popular* en el Área Metropolitana de Buenos Aires, atendiendo tanto al modo en que se producen y disputan *derechos* como a la creación de estrategias colectivas para la (re)producción de la vida. Para ello presenté un análisis de las experiencias compartidas junto a quienes hacían cotidianamente tres espacios de organización: la Organización Los Pibes, la rama textil del MTE y la Secretaría de Formación de CTEP. En estos tres espacios organizativos la *economía popular* se producía como forma de trabajar y ganarse la vida, pero también como proyecto político de *conquista* de *derechos*. A su vez, en la cotidianeidad de estos espacios la CTEP era construida y militada en tanto organización que buscaba representar al conjunto de estos trabajadores. Di cuenta de la heterogeneidad de historias de lucha y experiencias de vida que confluyeron en esta construcción, y de los desafíos que implicó esta apuesta política por construir *economía popular* y un *sindicato* que represente a estos trabajadores.

Una preocupación central en el debate sobre la reconfiguración de las clases sociales en la actualidad ha sido la pregunta por cuál será el sujeto de la transformación social. Esta tesis retoma un enfoque etnográfico que busca ir más allá de las visiones normativas sobre cuál será su definición o cuál será su proyecto político y sus reivindicaciones. Algunos autores han propuesto categorías tales como la “multitud” (Hardt y Negri, 2002; 2011) o el “preariado” (Standing, 2011) como aquellos sujetos que se erigirán como las fuerzas transformadoras en

mundo contemporáneo. Estas miradas implican una apuesta política, a la vez que un análisis sobre condiciones actuales para la organización revolucionaria. Este debate se ha plasmado también en una serie de análisis sobre cuáles serán sus reivindicaciones y formas de lucha. Hardt y Negri (2011) proponen el “éxodo”, la sustracción de la capacidad de producción biopolítica de los circuitos de acumulación del capital. En esta acción, reivindicar los “comunes” en tanto producción de lenguaje, socialidad, de mundo, para la lucha revolucionaria es una preocupación central de los autores. Otros autores han puesto el foco en la potencia y capacidad transformativa de la experiencia de vida en las ciudades (Susser y Tonnelat, 2013) proponiendo que la reivindicación de los “comunes” urbanos y contra la acumulación por desposesión será un eje articulador en las luchas por la emancipación (Harvey, 2013). Finalmente, otros han puesto en cuestión tanto la centralidad de las formas de organización sindical (Neilson y Rossiter, 2008), como del trabajo en tanto reivindicación común (Barchiesi, 2011; 2012). Así, algunos han llegado a abogar por una sociedad del post-empleo (Srnicek y Williams, 2015).

Esta tesis analiza, en cambio, cómo se construyen en la práctica sujetos colectivos e individuales como militantes atendiendo al modo en que sus reivindicaciones y proyectos políticos se imaginan y producen en su hacer cotidiano. En este sentido, propuse desplazar la mirada de los movimientos, organizaciones o cooperativas como entidades a priori para atender a las prácticas de militancia como formas de “hacer juntos/as”, recuperando la categoría propuesta por M.I. Fernández Álvarez (2016). Esta propuesta me permitió reponer “el *continuum* de estas prácticas capturando su sentido imprevisto, sin por ello caer en una mirada romántica o encantada de estos procesos” (2016: 17). En otros términos, esta mirada supone entender a la política como “proceso vivo”, es decir, a su carácter a la vez proyectado y emergente, direccionado e indeterminado (Fernández Álvarez, Gaztañaga y Quirós, 2017). Desde esta perspectiva, esta tesis muestra el modo en que realidades y condiciones de vida heterogéneas comenzaron a ser conceptualizadas y militadas en tanto parte de la *economía popular*, recuperando historias y procesos de lucha previos que confluyeron en la producción de la *economía popular* como proyecto político y forma de militancia para la producción y *conquista* de *derechos* desde y más allá del trabajo.

La *economía popular* como realidad y como proyecto

Un eje de análisis que recorre esta tesis es el modo en que las condiciones de vida en espacios –y contextos históricos- particulares dieron forma a las posibilidades de organización colectiva y política. Mostré cómo se politizaron y pusieron en común experiencias personales

marcadas por desigualdades inscriptas en el espacio urbano para producir organizaciones y, a su vez, cómo dichas formas de organización se espacializaron transformando los sitios en los que vivían y militaban. Así por ejemplo, la construcción de la COVILPI y creación del centro comunitario del barrio Laguna ponen en evidencia que la *lucha* por la creación y defensa de lugares para vivir o comunitarios materializó, al tiempo que habilitó, la creación de relaciones y solidaridades duraderas entre quienes pasaron a formar parte de las organizaciones. Estas relaciones se constituyeron en condición de posibilidad para el desarrollo de prácticas de militancia y formas de organización que buscaron producir la *economía popular* como proyecto político a partir de la heterogeneidad de experiencias de vida marcadas por múltiples formas de desposesión, explotación y desigualdad.

Un dato saliente de la investigación reveló que la producción de las organizaciones no obedeció a ideas o proyectos establecidos a priori, sino que se fue articulando a partir lo que se identificaba como problemáticas comunes. Así, señalé el carácter cambiante y “experimental” de aquello que se produjo en ese “hacer juntos/as”. A pesar de sus diferencias, estos procesos de organización desafiaron las múltiples -y particulares- formas de desposesión y expropiación del valor producido en sus vidas (tanto en relación al trabajo como a las dinámicas urbanas). En particular, mostré que lo estético fue tanto un modo de conocimiento como de producción del espacio y de creación de geografías políticas que pusieron en cuestión las configuraciones urbanas de la desigualdad.

Por un lado, las experiencias de quienes pasaron a integrar la Organización Los Pibes a partir de mediados de los años 90’ estuvieron atravesadas por el desempleo, los problemas alimentarios y las estrategias para conseguir un hogar en el marco de las formas de hábitat popular disponibles en el barrio. Señalé que en La Boca, el “boom” turístico y el proceso de gentrificación de la zona se apoyó sobre lo que Marc Morell (2015) denominó “trabajo urbano”, es decir, sobre formas de vida y construcción popular de la ciudad que fueron explotadas –y expropiadas- por los circuitos de turismo basados en la construcción de una “identidad cultural” del barrio. En el barrio La Laguna el “trabajo urbano” materializado en la construcción del barrio, así como también la perduración de su carácter informal, permitió tanto dinámicas de la especulación inmobiliaria en el mercado informal de la tierra y la vivienda, así como también la conformación de talleres familiares cuya producción alimentó las cadenas de valor de la industria de la confección de la indumentaria. A partir de estas condiciones de vida se fueron imaginando y construyendo juntos/as organizaciones que confluyeron en el proyecto de producir y dignificar la *economía popular* como modo de transformación de esas realidades.

A su vez, muestro el modo en que en el marco de formas de intervención del Estado implementadas durante la década kirchnerista y orientadas a promover el trabajo asociativo, las “cooperativas” capturaron la imaginación de militantes y trabajadores aunque fue cobrando sentidos y dinámicas particulares en cada contexto. En este sentido, las cooperativas pasaron a formar parte del horizonte de posibilidades para mis interlocutores (Sigaud, 2005; Fernández Álvarez, 2016). A partir del análisis de dos experiencias particulares de la *economía popular* muestro los cambios y desafíos que implicó, en un caso, el cambio del trabajo dependiente a domicilio hacia el trabajo cooperativo y, en el otro, la apuesta por convertir en una cooperativa de la *economía popular* un espacio que también se definía como de militancia en una organización política. En estos procesos se forjaron horizontes de construcción política que no siempre fueron iguales para militantes y trabajadores, coordinadores y compañeros. Como desarrollé en estas páginas, estas categorías operaban como clasificaciones significativas en estos espacios, aunque por momentos se ponían en cuestión y parecían disolverse, volvían a enfatizarse en diversas circunstancias. Parte de las tensiones que implicaron estas categorizaciones forman parte de los aspectos que he decidido callar en virtud del compromiso asumido con quienes trabajé. Pero debo decir que sin duda también operaron en el modo en que las personas me identificaron durante el trabajo de campo considerándome una militante más. Por un lado, mi extracción de clase y ser identificada como una estudiante universitaria incidió en el modo en que me vieron y entendieron mi participación, a pesar de mis intentos por aclarar las especificidades de mi trabajo. Pero a su vez, las tareas que asumí y las actividades en las que colaboré activamente reforzaron esta identificación. En este sentido, haber colaborado con las tareas que suponía lidiar con la burocracia estatal fue un aspecto relevante.

El involucramiento en dichas tareas me permitió observar que crear y sostener estas cooperativas e iniciativas de la *economía popular* fue posible gracias a - y requirió de - “encuentros” cotidianos con el Estado. Por un lado, mi análisis puso en evidencia las continuidades que hacen al funcionamiento de la burocracia estatal aun en períodos de transición gubernamental. En segundo lugar, mi investigación reveló que en estos “encuentros” los militantes jugaron un rol destacado para contornear creativamente los constreñimientos impuestos por la burocracia estatal a partir de saberes aprendidos, e imaginando sus propios proyectos en función de sus historias y formas de construcción política. Al mismo tiempo, lidiar con los papeles y documentos administrativos requirió establecer relaciones personalizadas con funcionarios y determinados profesionales expertos en el dominio del lenguaje del Estado. En este sentido, con ayuda de los funcionarios, los militantes - y yo misma a partir de mi involucramiento en estas tareas- debieron aprender a dominar el “lenguaje de los proyectos” estatales - un lenguaje hecho de categorías técnicas

específicas- (Señorans y Litman, 2013) y traducir sus propios proyectos en los esquemas propuestos por estos documentos. Esta tarea de traducción marcó el modo en que se hacía con - y a pesar de- que militantes y técnicos o funcionarios no siempre imaginaban lo mismo ni tenían las mismas prioridades. Si bien el conocimiento burocrático implicaba cierta “simplificación” o “esquematización” como señaló David Graeber (2012), lidiar con la burocracia e imaginar (proyectos y acciones políticas) no eran formas de hacer contradictorias. En esta labor los funcionarios y técnicos estatales no eran actores pasivos, sino que contribuían a contornear sus propios estreñimientos dentro de la burocracia estatal.

Si bien esta tesis muestra las formas de continuidad que hacen al funcionamiento de la burocracia estatal, permanece como línea a explorar los cambios experimentados a partir de modificaciones sustantivas en las políticas sociales. En este sentido, una línea de indagación central en el futuro es el impacto del reconocimiento por ley del Salario Social Complementario en las dinámicas cotidianas de las iniciativas de la *economía popular*.

La producción de militantes y colectivos

El capítulo 2 analiza el trabajo político y pedagógico involucrado en la producción cotidiana y nunca acabada de sujetos individuales y colectivos. Este trabajo requirió de un esfuerzo continuo que involucraba “poner en común” formas de hacer y proyectar la militancia y la *economía popular* a través de la puesta en marcha de formas diversas de crear y recrear colectivos que pusieron en juego las emociones y fueron vividas con el cuerpo. Este trabajo político y pedagógico tenía en común la operatoria de valores morales y virtudes esperadas de los militantes –con una fuerte carga normativa- así como también la transmisión y recreación de tradiciones de lucha.

El recorte analítico de una serie de momentos recurrentes en la cotidianeidad de las organizaciones -las instancias de formación política, los plenarios, las actividades de conmemoración y las marchas- me permitió mostrar que en estos diversos momentos la pertenencia a un colectivo se volvía explícita en tanto las prácticas y dinámicas desarrolladas volvían a lo colectivo objeto de reflexión al mismo tiempo consciente y corporizada. Además, se expresaban valores como *lucha* y *organización*, reforzando sentidos de pertenencia y promoviendo una reflexión sobre aquellas virtudes que se esperaba de los militantes para la consecución de sus objetivos políticos y la concreción en la práctica de los valores compartidos.

El análisis de los talleres de formación de CTEP me permitió mostrar que las prácticas de formación política buscaron generar en los participantes una reflexión y un reconocimiento como trabajadores de la *economía popular*, una categoría con la que la mayoría no solía describir hasta entonces sus propias prácticas laborales. Para ello se construyó una narrativa común –no solo discursiva sino profundamente encarnada- sobre lo que es y lo que debería llegar a ser la *economía popular* problematizando las experiencias de vida, trabajo y organización colectiva de los participantes. Esta narrativa inscribía las experiencias singulares e individuales de vida y trabajo de los participantes como consecuencia de un desarrollo histórico que generó crecientes niveles de desigualdad y escasas posibilidades de encontrar un empleo con *derechos* para las mayorías. En este paso de lo individual a lo colectivo, la CTEP encontraba su pleno sentido como *sindicato* que engloba un conjunto sumamente heterogéneo de trabajadores informales, precarizados para convertirse en su herramienta de lucha colectiva redefiniendo las estrategias de lucha del movimiento obrero en un nuevo contexto en el que los trabajadores de la *economía popular* llegaron para quedarse. Y tal como decía aquel militante al cierre del taller, *organizarse y luchar* todos juntos eran el único camino posible para “transformar su realidad”. En definitiva reflexionar en conjunto sobre los valores de *lucha* y *organización* habilitaba a “proyectar juntos/as” (Fernández Álvarez, 2016) un camino y un objetivo de construcción de una vida *digna*. Esta proyección a futuro se articulaba de manera indisociable con una recuperación del pasado histórico y de las luchas del movimiento obrero y los sectores populares. En el nuevo contexto histórico, la *lucha* como sinónimo de militancia era un modo de proyectarse hacia un futuro de vida *digna* en el que las cooperativas comenzaban a perfilarse como una herramienta en ese camino.

Otro de los ejes centrales que constituían la propuesta de formación impulsada desde la secretaría se centró en la reflexión sobre las cualidades –y virtudes- asociadas al militante popular. Esta reflexión se basó en un lenguaje fuertemente emocional y traducía los valores en sentido colectivo –como *lucha* y *organización*- en virtudes que cada militante debía cultivar para alcanzarlos. En este sentido, el trabajo sobre su contracara –los “vicios”- y el énfasis en la necesidad de que cada militante “trabaje sobre ellos” mostraban, por un lado, la dimensión normativa y disciplinaria del trabajo de formación política operando una distinción entre buenos y malos militantes. Por otro lado, “trabajar sobre los vicios” hacía alusión a la necesidad de una reflexión y “trabajo sobre sí” constante que tomando los términos propuestos por Sian Lazar (2017) no se llevaba a cabo en una relación consigo mismo o diádica como enfatizaba la obra de Foucault (2008), sino más bien en instancias colectivas. En esta dirección, un aporte de la tesis radicó en mostrar la centralidad que tuvieron las emociones como parte de este trabajo sobre sí y el carácter corporizado del modo en que se buscó ser mejores militantes.

A su vez, analicé las marchas, plenarios y actividades de conmemoración como momentos en los que la pertenencia a un colectivo y los valores a los que se la asocia se experimentaban de manera vivencial mostrando el modo en que los valores de *lucha* y *organización* se corporizaron, volviéndose experiencia sensitiva a través del cuerpo y de la puesta en acto de una historia y tradición común. Mientras que la organización Los Pibes puso en juego su historia de lucha como organización “territorial” nacida en los años 90’, el MTE reivindicaba su trayectoria como organización gremial que nació de la lucha cartonera.

¿Qué produce la *economía popular*?

Los capítulos 3 y 4 se centran en analizar el modo en que se pensó y llevó adelante el trabajo y la militancia en iniciativas de la *economía popular*, mostrando que estos procesos de organización incorporaron dimensiones que usualmente no se asocian a la economía. En este sentido, mi mirada se nutre de los aportes del equipo de investigación del que formo parte y que propone atender a la multiplicidad de prácticas formas en que se logra la (re)producción de la vida. En particular, en esta tesis recupero la propuesta de Susana Nartozky and Niko Besnier (2015) de analizar los modos en que las personas se “ganan la vida” en un sentido amplio (*making a living*), esto es, de crear vidas que “merecen la pena ser vividas” considerando prácticas y relaciones que no se conciben habitualmente como “económicas” y que no implican solamente vender la fuerza de trabajo en el mercado por un salario, o intercambios mercantiles, sino también un conjunto de formas de aprovisionamiento y el sostenimiento de relaciones sociales.

Desde esta mirada una de las preguntas centrales que recorre estas páginas puede formularse del siguiente modo: ¿Qué produce o qué se produce en la *economía popular*? La respuesta que se delinea en el recorrido analítico de esta tesis es que la *economía popular* no produce solamente bienes materiales (prendas de vestir) o inmateriales (contenidos radiofónicos), sino que produce relaciones afectivas y de cuidado, formas de (re)producción de la vida. Más allá de las diferencias de los espacios de organización estudiados, en estas iniciativas no solo se producía trabajo y se buscaba garantizar una remuneración para sus trabajadores sino que se produjeron formas colectivas para garantizar el cuidado del hijos durante el horario laboral, así como también otras formas de ayuda mutua (tales como la “ronda” o la realización de rifas) y las formas de construcción y disputa por mejoras en los barrios. Así, por ejemplo, las formas de militancia y construcción gremial que se desarrollaron desde la rama textil del MTE incorporó dimensiones que no se asocian usualmente a lo

económico, ni exclusivamente a la organización del trabajo, tales como el sostenimiento de merenderos, espacios comunitarios y de recreación.

En esta dirección, la tesis muestra cómo en el hacerse cotidiano de la *economía popular* se crearon formas cambiantes de definir y producir lo “común”. La discusión en torno a los “comunes” ha sido un tópico de debate recurrente en la literatura reciente en torno a la transformación en los modos de acumulación contemporáneos y las modalidades que asumen (o asumirán) las luchas revolucionarias. Mientras que algunos autores han enfatizado los modos en que el capital se apropia de las capacidades lingüísticas, afectivas de creación de lo social (Hardt y Negri, 2011; Barchiesi, 2012), desde el feminismo otros han definido a las prácticas de generación de lo común como creación de nuevas formas de reproducción social colectivas (Federici, 2010, 2013). En efecto, Federici (2015) ha puesto el foco desde una mirada histórica en cómo el trabajo reproductivo no pago de las mujeres habilitó a una acumulación sin precedentes a mantener el modo de producción funcionando. Esta tesis retoma esta reflexión para pensar la centralidad que tuvieron una multiplicidad de formas de (re)producción de la vida tanto en las formas de acumulación del capital, como en las dinámicas de organización política que buscaron resistirla. Así, por ejemplo, mostré el modo en que las redes y trayectorias migratorias, las relaciones de vecindad, familiares y políticas, o incluso las formas de producción de la ciudad y de lugares para vivir revistieron muchas veces un carácter ambiguo.

Desde esta mirada, señalé, por un lado, que el modo en que produjeron *economía popular* y llevaron adelante el trabajo cooperativo estuvo imbricado con relaciones familiares, comunitarias, políticas y afectivas, evidenciando que en estas iniciativas la economía no constituye un dominio autónomo. Los militantes jugaron un rol central en cómo se procesaron las tensiones y ambigüedades emergentes en esos vínculos personales mediando y acercando a parientes, familias y “comunidades”.

En segundo lugar, esta tesis muestra que la multiplicidad de formas de valor producidas por la *economía popular* incluyeron también las relaciones personales, afectivas y de cuidado construidas durante los años de lucha compartida. En esta dirección, estas experiencias permiten desnaturalizar la idea de que la economía constituye una única forma de acción social centrada en el cálculo, o un único tipo de valor definido por el mercado. Retomando el trabajo de David Graeber (2013) entiendo al valor no solo como valor económico y remuneración en los términos en los que usualmente se lo considera, sino como producción de proyectos significativos para las personas a partir de una concepción amplia del *trabajo* o la *producción* como actividad creativa. Así, esta tesis muestra que la *economía popular* no solo produce valor en términos monetarios o mercantilizables, sino una diversidad de

valor(es): *derechos*, “objetivos políticos”, un servicio para los sectores populares, o incluso “unidad” al interior de los colectivos y entre vecinos. En esta dirección, un dato saliente de esta investigación es el modo en que las formas colectivas de (re)producción de la vida fueron consideradas como un valor. Mostré que en la definición de formas “justas” de distribución de los ingresos, la construcción de viviendas, los alimentos conseguidos y distribuidos por una organización política, incluso los “planes”, fueron convertidos en un valor que buscó expresarse bajo la forma socialmente reconocida: una retribución monetaria comparable con un salario. Además, retomando el trabajo de Benoît de L’Estoile (2014) busqué mostrar que la economía se produce a partir de horizontes de expectativas en los que el valor de mantener relaciones sociales desafía muchas veces los marcos de referencia basados en el cálculo monetario que solemos asociar a la economía moderna. En esta dirección, señalé que las cooperativas no fueron solo entendidas como un medio para generar un ingreso en dinero –o para aumentarlo-, sino fundamentalmente como una apuesta para sostener vínculos con los militantes y formas de organización que busquen mejorar la vida. Mostré que las relaciones con los militantes, los vínculos con funcionarios y agentes estatales que éstos habilitaban, y las formas de organización que proponían era considerados también formas de conseguir mejoras en los barrios que habitaban.

En este punto, permanece como un eje a profundizar en el futuro la relación de las prácticas de trabajo y militancia en las iniciativas de la *economía popular* con las estrategias familiares para ganarse la vida en cada uno de sus hogares. En esta dirección, quisiera desarrollar un análisis específico en torno sobre las relaciones de género en relación a las formas de ganarse la vida en la familia y la distribución de las tareas de cuidado, pero también en relación al involucramiento en las prácticas de militancia al interior de las organizaciones y el desarrollo de tareas comunitarias.

Derechos y vida digna

Esta tesis muestra que los sectores populares han sido productores de valor(es) y de formas de (re)producción de la vida que fueron la base de su reivindicación por *derechos* en tanto que trabajadores de la *economía popular*. En esta dirección, la investigación aporta a la literatura que ha explorado la transformación de las relaciones de clase y sus formas de organización mostrando cómo estos procesos se expresaron en la conformación de sujetos políticos y la producción de nociones locales de *derechos* y formas de construcción de ciudadanía. Para ello recuperé la propuesta de C. Neveu de analizar la ciudadanía en los

contextos históricos, políticos, sociales y espaciales en los cuales se pone en práctica (Neveu, 2013).

El análisis de los *derechos* como categoría etnográfica me permitió desplegar las prácticas y fundamentos de legitimidad a partir de cuales mis interlocutores se organizaron para disputar las narrativas políticas dominantes proponiendo sus propias visiones de lo que es o debería ser la democracia y la ciudadanía. Mostré que estas visiones no constituyen meras formulaciones “ideológicas”, sino que implicaron formas de producción de conocimiento teórico, situado y vivido (Casas, Osterweil y Powell, 2007) construido en sus trayectorias de acción política. Estas prácticas y formas de conocimiento pusieron en tensión los discursos liberales sobre la ciudadanía, la democracia y las fronteras entre la legalidad e ilegalidad. Las experiencias previas que recuperaron en sus relatos- como la conformación de la “secretaría”, la “recuperación del Puente Avellaneda” y la sanción de leyes de reconocimiento para los trabajadores cartoneros- habían sido prácticas concretas de producción de *derechos* que permitieron la elaboración de conocimiento sobre cómo transformar los órdenes legales y la construcción de la ciudadanía en Argentina.

En esta dirección, esta tesis aporta a la reflexión sobre la relación entre el trabajo y los imaginarios de emancipación en Argentina. Por un lado, el análisis presentado muestra que el lenguaje asociado a los *derechos* como forma de reivindicación cobró una gran centralidad en el contexto de crecimiento económico y de nuevas formas de intervención del Estado sobre los sectores populares. Pero un elemento surge como una constante en estos procesos de organización: la centralidad dada al trabajo. Desde sus inicios, la organización Los Pibes buscaron preservar la “cultura del trabajo” a través de diferentes medios, incluyendo la creación de sus primeros “emprendimientos” productivos. Posteriormente, su apuesta por la creación de iniciativas de la *economía popular* reforzó la noción del trabajo como forma de acción política y producción de *derechos*.

En este sentido, el análisis del material etnográfico presentado ofrece una imagen diferente a aquella propuesta por Guy Standing en *The precariat. A new dangerous class* (2011). En dicha obra, destaca que el nuevo precariado no posee una “identidad basada en el trabajo” (*work-based identity*)¹³⁰ ni se siente parte de una comunidad solidaria definida por su ocupación con prácticas estables, códigos de ética y normas de comportamiento, lo que lo convierte en una clase “oportunista” y “peligrosa”. Mientras Standing afirma que se trata de una “clase en formación” en la medida que la falta de una forma de identificación común obstaculiza su organización política, otros autores sostuvieron que la identificación a través del trabajo

¹³⁰ La traducción es propia del original en inglés.

limitaría los procesos de organización y emancipación. Sugirieron que los proyectos políticos centrados en el trabajo y sus derechos son conservadores dado que refuerzan la disciplina y ética laboral capitalista, y los caracterizaron, por lo tanto, como formas de “melancolía” (Barchiesi, 2012) o “nostalgia” (Berlant, 2007).

Las experiencias y demandas de los movimientos sociales en Argentina apuntan en una dirección diferente. Mientras que las nociones de *derechos* movilizadas por estos movimientos refuerzan el valor político y simbólico de la identidad del trabajador, al mismo tiempo abarcan otros aspectos necesarios para una vida *digna*, incluyendo el trabajo, pero también la vivienda y un conjunto más amplio de condiciones de vida en entornos urbanos. Recuperando la propuesta de M.I. Fernández Álvarez (2016c), sostuve que en lugar de ser “nostálgicos” de una forma de trabajar o hacer política basada en la imaginación de la fordista, estas iniciativas de *economía popular* inventan nuevas nociones de “bienestar” y de producir *derechos*. En esta dirección, la propuesta de la autora de considerar las formas de “bienestar” proyectadas desde las experiencias cotidianas de las personas me permite señalar tanto la gravitación que tuvieron las condiciones de vida más amplias –incluyendo, aunque no solamente, al trabajo– en los *derechos* como categoría etnográfica. Mostré que para las personas los *derechos* se aprenden en estos procesos de *lucha* y *organización*, incluso más allá del Estado, y en la relación con los propios compañeros de las organizaciones. En este sentido, la noción de la *dignidad* se presentó cifrada en un lenguaje que recupera el trabajo pero también su condición de seres humanos. En este sentido, las condiciones de vida en contextos urbanos, en sus barrios, tuvieron una gran centralidad en la producción de nociones de *derechos*, de “bienestares” y de formas de “ciudadanía insurgentes” –retomando la categoría propuesta por James Holston (2008)– que subvirtieron teórica y prácticamente las nociones liberales de ciudadanía desde las particularidades del contexto y las experiencias vividas en Argentina.

Cuando finalicé el trabajo de campo cuyos resultados fueron presentados en estas páginas, el Gobierno de Mauricio Macri llevaba tan solo un año de gestión. Al día de hoy los cambios en la política económica hacia una orientación de corte neoliberal se profundizaron, respondiendo a las demandas del sector empresarial para disminuir los costos y restablecer las tasas de ganancia. Los analistas han señalado como aspectos sobresalientes la implementación de un programa de ajuste y despidos tanto en el sector público como privado; la liberalización de los mercados cambiario y financiero; la disminución de retenciones al sector agropecuario; la apertura de las importaciones de productos manufacturados y el incremento de las tarifas públicas; todo lo cual ha generado un aumento del desempleo y el subempleo, la disminución de los ingresos de los sectores asalariados e informales y, consecuentemente, más recesión debido a la baja del consumo y el elevado índice de inflación

(Neffa, 2017). El impacto de estas políticas en el deterioro de las condiciones de vida de la población, y en particular de los sectores populares, se ha hecho notorio¹³¹. En este contexto, se agudizó el debate en torno a las políticas sociales y volvieron a escucharse miradas estigmatizantes sobre sus beneficiarios y, en términos más amplios, sobre los métodos de los sectores populares organizados para hacer oír sus demandas. A su vez, durante los meses de escritura de esta tesis, se ha desarrollado una política de represión de la protesta social¹³². Esta tesis busca poner en discusión estas miradas sobre las organizaciones populares usualmente descalificadas como “gestores de la pobreza” mostrando las formas colectivas de (re)producción de la vida y de valor.

Las rápidas transformaciones políticas y económicas que están aconteciendo en Argentina incidirán sin duda en las formas en que se desarrollen las relaciones con el Estado en los años venideros. En consecuencia, en el futuro me propongo explorar las dinámicas de relación, negociación y conflictividad con la administración de Macri. En particular, también continúa pendiente un análisis en profundidad en torno al modo en que las experiencias de migración transnacional permean los modos en que se entiende la ciudadanía y se disputan *derechos* en tanto migrantes. Recientemente se han producido importantes cambios en materia migratoria hacia una política más rigurosa y restrictiva que criminaliza a la población migrante asociándola al delito organizado y reforzando su estigmatización¹³³. A este respecto, quiero indagar en los procesos de demanda y organización que pudieran desarrollarse entre los trabajadores migrantes del sector de la confección, atendiendo al modo en que se articulan las problemáticas vinculadas a la migración transnacional y la demanda por mejores condiciones de trabajo.

¹³¹ Como mencioné en la introducción los Informes del Observatorio de la Deuda Social Argentina de la Universidad Católica Argentina arrojan cifras alarmantes contabilizando 1,5 millones de “nuevos pobres” hacia comienzos del año 2017 (Observatorio de la Deuda Social Argentina, 2017). Según datos de un estudio del Instituto de Investigación Social, Económica y Política Ciudadana (ISEPCI) realizados en colaboración con el Movimiento Barrios de Pie, en el segundo semestre de 2017 aumentó en un 22% la cantidad de niños y jóvenes que asisten a comedores comunitarios en conurbano bonaerense (el número pasó de 13654 a 17414). Entre ellos, el 48% evidenció alguna de los indicadores de malnutrición (ISEPCI, 2017).

¹³² Los episodios represivos más importantes de los últimos meses han sido tres. En primer lugar, la desaparición y muerte de Santiago Maldonado, un joven que apoyaba la causa de las comunidades Mapuches, en ocasión de un violento desalojo de un corte de ruta por parte de la gendarmería nacional. En segundo lugar, el asesinato de Rafael Nahuel a manos de la prefectura, un joven mapuche, también en ocasión de un violento desalojo de una comunidad en la Patagonia. Y por último, la represión policial y las masivas detenciones ocurridas durante las movilizaciones que buscaron resistir la implementación de una reforma previsional que modificó la fórmula de ajuste en los haberes jubilatorios, pensiones y asignaciones.

¹³³ Me refiero al decreto presidencial de enero de 2017 (Decreto 70/2017) que modificó la Ley N° 25.871 de migraciones sancionada en 2003 y considerada una referencia internacional en el reconocimiento de la migración como derecho humano. Este decreto dilata el plazo necesario para acceder a la ciudadanía nacional, amplía las causas de denegación y cancelación de residencia, así como también las de expulsión. A su vez, extiende o acelera las posibilidades de detención de migrantes sujetos a un trámite de expulsión. Fuente: Diario El País 24/07/2017. https://elpais.com/elpais/2017/07/24/contrapuntos/1500861895_103072.html

Una mirada etnográfica de la precariedad situada

En los últimos años la discusión académica en torno a la precariedad ha cobrado una notoria relevancia. La noción fue movilizada por movimientos sociales en Europa y EEUU, y también por académicos que centraron sus estudios en las condiciones de trabajo en el capitalismo tardío y buscaron comprender – y aportar a – las formas de movilización desarrolladas. Así, en aquellas latitudes, la discusión gravitó en torno a las nuevas formas de organización de los trabajadores que estaban desarrollándose a partir de las innovaciones introducidas por la globalización y las tecnologías de la información en las modalidades de trabajo y de contratación de la mano de obra (Neilson y Rossiter, 2005). El foco de la reflexión giró en torno a la incertidumbre introducida por los regímenes flexibles de contratación, así como también en lo que estos cambios implicaron en las formas de subjetivación de los trabajadores (Molé, 2010; Muehlebach, 2011). Los trabajadores de las industrias creativas e informáticas recibieron atención creciente en tanto expresión de lo que los autonomistas italianos dieron en llamar el nuevo “cognitariado” y que reflejaba, de manera paradigmática, las condiciones de vida y trabajo en el posfordismo. Posteriormente, otros autores aportaron a la reflexión las experiencias de trabajadores migrantes indocumentados (Mezzadra, 2005) haciendo importantes aportes a la conceptualización sobre la heterogeneidad de experiencias y posiciones respecto del mercado de trabajo que constituyen la base y el desafío para la organización política transformadora (Mezzadra y Neilson, 2008).

Sin embargo, como han señalado otros autores, en los países del “Sur Global” – término sin duda acuñado desde el Norte- el tipo de trabajo descrito por la noción de “precariedad” no es una novedad (Munck, 2013; Ferguson, 2015). En esta dirección, Ronaldo Munck (2013) propuso comprender la emergencia de esta categoría en relación a “modos previos de teorizar una forma de trabajo (y de vida) que no se ajusta a las nociones liberales de desarrollo armonioso ni a las teorías marxistas del capitalismo como generador de un proletariado que cavará su tumba”¹³⁴ (2013: 751). En su recorrido por la genealogía de la noción rastrea distintos modos de pensar a estas poblaciones – sobre todo en el “Sur Global”- desde la teoría de la marginalidad en los años 60’, la noción de “sector informal” acuñada por Keith Hart en los años 70’ en África, hasta la conceptualización sobre la “exclusión social” desarrollada en Europa en los años 80’.

Desde una perspectiva etnográfica, en su trabajo sobre vendedores ambulantes de los trenes también agrupados en la CTEP, M. I. Fernández Álvarez mostró que “se trata de experiencias y trayectorias de vida en las que es posible reconstruir una profundidad temporal que se

¹³⁴ La traducción es propia.

remonta al menos a dos o tres generaciones atrás” (2017: 8). De allí que propuso analizar los procesos de organización política en tanto trabajadores como producción de subjetividades forjadas en una historia propia, pero también de padres y abuelos. Esta tesis recoge estas reflexiones para aportar al debate sobre un conjunto de condiciones de vida que en nuestro país y nuestras latitudes no son “nuevas”, ni se circunscriben al empleo como su único horizonte de lucha. En este sentido, busqué aportar a la reflexión sobre cómo el trabajo y las condiciones de vida en el espacio urbano en sentido amplio marcan las vidas y los procesos de lucha colectivos ampliando los horizontes hacia la vida *digna*.

Las experiencias de vida y organización analizadas en esta tesis muestran la imbricación de larga data de las problemáticas asociadas a la tierra y la vivienda, el trabajo, la alimentación, el cuidado y la (re)producción de la vida. A su vez, estos procesos de organización que confluyeron en la conformación de la CTEP recuperaron una temporalidad más larga de lucha de los trabajadores y los sectores populares, al tiempo que la redefinieron en el contexto de crecimiento económico que se abrió con el ciclo político kirchnerista. Sus demandas recuperaron la centralidad asociada a los *derechos* disputando las miradas sobre las políticas sociales como “dádivas”, al tiempo que señalaron aquello que permanecía como *derechos a conquistar*. En este camino, la *economía popular* se construyó como un modo de comprender y militar la transformación de las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos de nuestra sociedad, y como un horizonte político a construir a partir de realidades dispares, pero marcadas por procesos de desposesión, explotación y desigualdad.

BIBLIOGRAFÍA

Abal Medina, P. (2015) "Dilemas y desafíos del sindicalismo argentino: Las voces de dirigentes sindicales sobre la historia política reciente". *Trabajo y sociedad*, (24), 53-71.

Abal Medina, P. (2017) "Los movimientos obreros organizados en Argentina (2003-2016)". En Abal Medina, P.; Natalucci, A.; Rosso, F. (comps) *¿Existe la clase obrera?* Capital intelectual: Buenos Aires. Pp. 21-62.

Abal Medina, P. y Diana Menéndez, N. (Comps) (2011) *Colectivos resistentes: Procesos de politización de trabajadores en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Abdelnour, S., Collovald, A., Mathieu, L., Péroumal, F., y Perrin, E. (2009) "Précarité et luttes collectives: renouvellement, refus de la délégation ou décalages d'expériences militantes?". *Sociétés contemporaines*, (2), 73-95.

Abélès, M., y Badaró, M. (2015) *Los encantos del poder. Desafíos de la antropología política*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Acosta, M. C., Levin, A., y Verbeke, G. E. (2013) "El sector cooperativo en Argentina en la última década". *Cooperativismo & Desarrollo*, 21(102), 27-39.

Achilli, E. (2005) *Investigar en antropología social: los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario: Editor Laborde.

Adúriz, I. (2009) "La Industria Textil en Argentina. Su evolución y sus condiciones de trabajo". FOCO – Foro Ciudadano de Participación por la Justicia y los Derechos Humanos del Instituto para la Participación y el Desarrollo (INPADE).

Alexandrakis, O. (2016) "Indirect Activism: Graffiti and Political Possibility in Athens, Greece". *Cultural Anthropology*, 31(2), 272-296.

Amengual, M., (2011) "Cambios en la capacidad del Estado para enfrentar las violaciones de las normas laborales: Los talleres de confección de prendas de vestir en Buenos Aires". *Desarrollo Económico*, 51(202/203), 291-311.

Anderson, B. (2001) "Just another job? Paying for domestic work". *Gender & Development*, 9(1), 25-33.

Andriotti Romanin, E. (2012) "De la resistencia a la integración. Las transformaciones de la Asociación Madres de Plaza de Mayo en la "era Kirchner"". *Estudios Políticos*, 0(41), 36-56.

Andriotti Romanin, E. (2014) "¿Cooptación, oportunidades políticas y sentimientos?: Las Madres de Plaza de Mayo y el gobierno de Néstor Kirchner". *Polis (Santiago)*, 13(39), 229-247.

Appel, H. (2014) "Occupy Wall Street and the economic imagination". *Cultural Anthropology*, 29(4), 602-625.

Arcidiácono, P., Kalpschtrej, K., y Bermúdez, Á. (2014) "¿Transferencias de ingresos, cooperativismo o trabajo asalariado?: El Programa Argentina Trabaja". *Trabajo y sociedad*, (22), 341-356.

Arcos, M. A. (2013) "Talleres clandestinos": El traspatio de las "grandes marcas". Organización del trabajo dentro de la industria de la indumentaria". *Cuadernos de Antropología*, (10), 333-351.

Arditi, B. (2008) "Arguments about the Left turns in Latin America: a post-liberal politics?", *LARR*, 43(3), 59-81.

Arditi, B. (2009) "El giro a la izquierda en América Latina: ¿una política post-liberal? *Ciências Sociais Unisino*, 45(3), 232-246.

Arenas, I (2011) *Rearticulating the Social: Spatial Practices, Collective Subjects, and Oaxaca's Art of Protest*. Tesis doctoral, Universidad de California en Berkeley, Estados Unidos. Disponible en: <https://escholarship.org/uc/item/8hm9v2hm> (Fecha de consulta: 15 de marzo 2017)

Aretxaga, B. (2003) "Maddening states". *Annual review of anthropology*, 32(1), 393-410.

Armellino, M. (2008) "Tensiones entre organización sindical y organización territorial: la experiencia de la CTA y la FTV en el período poscrisis". En Pereyra, S.; Pérez, G.; y Schuster, F. (comps.) *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. La Plata: Ediciones Al margen. Pp 141 – 182.

Auyero, J. (2001) *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.

Auyero, J. (2002) "Los cambios en el repertorio de la protesta social en Argentina". *Desarrollo Económico*, 42 (166), 187-210.

Azpiazu, D., y Schorr, M. (2010) "La difícil reversión de los legados del neoliberalismo. La recuperación industrial en Argentina en la posconvertibilidad". *Revista Nueva Sociedad*, 225, 31-47.

Azuela, A., Melé, P., y Ugalde, V. (2015) "Conflits de proximité et rapport(s) au(x) droit(s)". *Développement durable et territoires. Économie, géographie, politique, droit, sociologie*, 6(1), 1-17. Disponible en: <http://developpementdurable.revues.org/10787> ; DOI : 10.4000/developpementdurable.10787 (Fecha de consulta: 3 de enero 2017)

Barattini, M. (2009) "El trabajo precario en la era de la globalización: ¿ Es posible la organización?". *Polis (Santiago)*, 8(24), 17-37.

Barattini, M. (2010) "Trabajo esclavo y organización: el caso de la Unión de Trabajadores Costureros en Argentina". *Estudios Demográficos y Urbanos*, 25(2), 461-481.

Barchiesi F (2011) "That Melancholic Object of Desire: Work and Official Discourse Before and after Polokwane". Disponible en: http://www.jwta.org.za/the_salon/volume_1/franco_barchiesi.htm (Fecha de consulta: 22 de enero 2016).

Barchiesi, F. (2007) "Labor and social citizenship in colonial and postcolonial modernity: South African perspectives in a continental context". *Review (Fernand Braudel Center)*, 30(1), 17-43.

Barchiesi, F. (2012 b) "Precarity as Capture: A Conceptual Reconstruction and Critique of the Worker-Slave Analogy". *Coloquio Internacional "The Politics of Precarious Society"*, Johannesburgo, Universidad de Witwatersrand, 5-6 septiembre 2012.

- Barchiesi, F. (2012) "Liberation of, through, or from work? Postcolonial Africa and the problem with "job creation" in the global crisis". *Interface: A Journal For and About Social Movements*, 4(2), 230-253.
- Bastia, T. (2007) "From mining to garment workshops: Bolivian migrants in Buenos Aires". *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 33(4), 655-669.
- Battezzati, S. (2014) "La Tupac Amaru: movilización, organización interna y alianza con el kirchnerismo (2003-2011)". *Población y sociedad*, 21(1), 5-32.
- Battistini, O. R. (2009) "La precariedad como referencial identitario. un estudio sobre la realidad del trabajo en la Argentina actual". *Psicoperspectivas*, 8(2), 120-142.
- Beasley-Murray, J., Cameron, M. A., y Hershberg, E. (2009) "Latin America's left turns: an introduction". *Third World Quarterly*, 30(2), 319-330.
- Beccaria, L., y Maurizio, R. (2012) "Reversión y continuidades bajo dos regímenes macroeconómicos diferentes. Mercado de trabajo e ingresos en Argentina. 1990-2010". *Desarrollo Económico*, 52(206), 205-228.
- Benencia, R. (2009) "El infierno del trabajo esclavo: La contracara de las' exitosas' economías étnicas". *Avá*, (15), 1-32.
- Benencia, R. (2012) "Participación de los inmigrantes bolivianos en espacios específicos de la producción hortícola en la Argentina". *Política y Sociedad*, 49(1), 163-178.
- Benencia, R., y Canevaro, S. (2017) "Migración boliviana y negocios. De la discriminación a la aceptación. La Salada como fenómeno social". *Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 25(49), 175-196.
- Berlant, L. (2007) "Nearly utopian, nearly normal: Post-Fordist affect in La Promesse and Rosetta". *Public Culture*, 19(2), 273- 301.
- Bidaseca, K. (2006) "Vivir bajo dos pieles. En torno a la resignificación de las políticas sociales y la complejización del vínculo con el Estado. El Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano". *Cuadernos de CLASPO Argentina* (1), 3-47.
- Biglieri, P. (2013) "Emancipaciones. Acerca de la aprobación de la ley del matrimonio igualitario en Argentina". *Íconos Revista de Ciencias Sociales*, (46), 145-160.
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2007) *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo Kirchnerista*. Buenos Aires: UNSAM Editora.
- Boltanski, L., y Chiapello, E. (2007) *The new spirit of capitalism*. Londres: Verso.
- Brenner, N., y Theodore, N. (2002) "Cities and the geographies of "actually existing neoliberalism"". *Antipode*, 34(3), 349-379.
- Brooks, A. (2015) *Clothing poverty: the hidden world of fast fashion and second-hand clothes*. Londres: Zed Books.
- Bruno, D. (comp.) (2014) *Movimientos populares urbanos y acción cultural, estudio comparativo de experiencias en AMBA*. Buenos Aires: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA.

- Bruno, D. y Palumbo, M. (2016) "Pedagogía, política y acción colectiva. El caso de la Confederación de Trabajadorxs de la Economía Popular (CTEP)". Informe de medio término del Proyecto UBACYT "Pedagogía, política y acción colectiva. La dimensión político pedagógica de los movimientos populares urbanos en el AMBA. Estudio comparativo de experiencias de matriz político ideológica autonomista y nacional popular". Noviembre 2016, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Bruno, M.S. (2009) "Trayectorias laborales diferenciadas entre migrantes paraguayos y peruanos en el Área Metropolitana de Buenos Aires". Ponencia presentada en las X Jornadas Argentinas de Estudios de Población. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, San Fernando del Valle de Catamarca. 4,5 y 6 de Noviembre de 2009.
- Buechler, S. (2004) "Sweating It in the Brazilian Garment Industry: Korean and Bolivian Immigrants and Global Economic Forces in São Paulo". *Latin American Perspectives* 31, 99–119.
- Caggiano, S. (2014) "Desigualdades entrelazadas, luchas divergentes: migración e industria textil en Argentina". *Revista CIDOB d'afers internacionals*, (106-107), 151-170.
- Caggiano, S., y Segura, R. (2014) "Migración, fronteras y desplazamientos en la ciudad. Dinámicas de la alteridad urbana en Buenos Aires". *Revista de Estudios Sociales*, (48), 29-42.
- Calvelo, L. (2012) "La migración internacional en Argentina hacia 2010". *Revista Interdisciplinaria da Mobilidade Humana*, 20(39), 135-157.
- Campbell, S. (2016) "Putting-out's return: Informalization and differential subsumption in Thailand's garment sector". *Focaal*, 2016(76), 71-84.
- Canelo, B. (2013) *Fronteras internas: migración y disputas espaciales en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Canevaro, S. y Lapegna, P. (2009) "Cruzando márgenes: segregación territorial y relaciones de poder en un barrio de Buenos Aires". En Grimson, A., Ferraudi Curto, M.C., Segura, R. (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo. Pp 63 – 81.
- Carenzo, S. (2011) "Desfetichizar para producir valor, refetichizar para producir el colectivo: cultura material en una cooperativa de 'cartoneros' del gran Buenos Aires". *Horizontes Antropológicos*, 17 (36), 15-42.
- Carenzo, S., y Fernández Álvarez, M. I. (2011) "El asociativismo como ejercicio de gubernamentalidad: "cartoneros/as" en la metrópolis de Buenos Aires". *Argumentos (México, DF)*, 24(65), 171-193.
- Carman, M. (2006) *Las trampas de la cultura. Los 'intrusos' y los nuevos usos del barrio de Gardel*. Buenos Aires: Paidós.
- Carpio, J. y Salgado, P. (2015) "Precariedad, Informalidad y superexplotación. Reflexiones a partir del trabajo en la industria de la confección". Ponencia presentada en el 12º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. *El trabajo en su laberinto. Viejos y nuevos desafíos*. Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, Argentina, 5 al 7 de Agosto de 2015.

Casas, M. I., Osterweil, M., y Powell, D. (2007) "Fronteras borrosas: reconociendo las prácticas de conocimiento en el estudio de movimientos sociales". Ponencia presentada en el Seminario Internacional Permanente sobre "Poder, Política y Movimientos Sociales", 3 de mayo 2007, CIESAS Sureste, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México.

Cerrutti, M. y E. Parrado (2006) "Migración de Paraguay a la Argentina: género, trabajo y familia en contextos de origen diferenciados". En Grimson, A. y Jelín, E. (eds.) *Migraciones regionales a la Argentina. Diferencia, desigualdad y ciudadanía*. Buenos Aires: Prometeo. pp. 99-133.

Colabella, L. (2012) "Asistentes sociales y peronistas vs. Dirigentes y referentes piqueteros en la matanza: una reflexión sobre grados de autonomía y dependencia con el estado". *Publicar*,(11), 33-50.

Colabella, L. (2013) "Llevarse la comida. Chisme y tabú en un comedor del oeste del Gran Buenos Aires durante una contienda electoral". *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social* 3 (5), 150-161.

Colectivo Situaciones (2002) "Asambleas, cacerolas y piquetes. (Sobre las nuevas formas de protagonismo social)". Disponible en: http://www.nodo50.org/colectivosituaciones/borradores_03.html (Fecha de consulta: 25 de febrero 2017)

Colectivo Situaciones (2003) "Argentina. A través y más allá de la crisis". Disponible en: http://www.nodo50.org/colectivosituaciones/articulos_07.htm (Fecha de consulta: 25 de febrero 2017)

Collins, J. (2007) "The rise of a global garment industry and the reimagination of worker solidarity". *Critique of Anthropology*, 27(4), 395-409.

Collins, J. (2012) "Theorizing Wisconsin's 2011 protests: Community-based unionism confronts accumulation by dispossession". *American Ethnologist*, 39(1), 6-20.

Collins, J. L. (2003) *Threads: Gender, labor, and power in the global apparel industry*. Chicago: University of Chicago Press.

Collins, J. L. (2017) *The politics of value: Three movements to change how we think about the economy*. University of Chicago Press.

Comaroff, J., & Comaroff, J. L. (2012) "Theory from the South: Or, how Euro-America is evolving toward Africa". *Anthropological Forum*, 22 (2), 113-131.

Cortés, M. (2010) "Movimientos sociales y Estado en el 'kirchnerismo'. Tradición, autonomía y conflicto". En Massetti, Villanueva y Gómez (comps.) *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del Bicentenario*. Buenos Aires: Nueva Trilce. Pp 97- 118.

Courtis, C., y Pacecca, M. I. (2007) "Migración y derechos humanos: una aproximación crítica al "nuevo paradigma" para el tratamiento de la cuestión migratoria en la Argentina". *Revista Jurídica de Buenos Aires*, 134, 183-200.

Courtis, C., y Pacecca, M. I. (2010) "Género y trayectoria migratoria: mujeres migrantes y trabajo doméstico en el Área Metropolitana de Buenos Aires". *Papeles de población*, 16(63), 155-185.

Cravino, M. C. (2001) "La propiedad de la tierra como un proceso. Estudio comparativo de casos en ocupaciones de tierras en el Área Metropolitana de Buenos Aires". Ponencia

presentada en SLAS Annual Conference *Land Tenure Issues in Latin America*, Birmingham, Reino Unido, 6-8 Abril 2001.

Cravino, M. C. (2008) *Vivir en la villa: relatos, trayectorias y estrategias habitacionales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Cravino, M. C., Del Río, J. P., y Duarte, J. I. (2008) "Magnitud y crecimiento de las villas y asentamientos en el Área Metropolitana de Buenos Aires en los últimos 25 años". Ponencia presentada en *Encuentro de la Red ULACAV (XIV, 2008, Buenos Aires, Argentina)*. Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Buenos Aires.

Cravino, M.C. y Palombi, A. (2014) "Introducción". En Cravino, M. C. (org.) *Derecho a la ciudad y conflictos urbanos. La ocupación del parque indoamericano*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento. Pp 9-16.

Cross, C. (2006) "Las estructuras de movilización y las oportunidades políticas en el estudio de los movimientos sociales. El caso de una organización piquetera". Tesis de maestría en Ciencias Sociales del Trabajo, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires, Argentina.

Cross, C. (2007) "Los procesos de organización colectiva y la construcción de las demandas: Reflexiones a partir del estudio de una organización piquetera en el período 2002-2005". *RUNA, Archivo para las ciencias del hombre*, 27(1), 7-22.

Cross, C. (2007) "Los procesos de organización colectiva y la construcción de las demandas: Reflexiones a partir del estudio de una organización piquetera en el período 2002-2005". *Runa*, 27(1), 7-22.

Cross, C. (2010) " 'Ves otras personas en nosotros mismos': Experiencias de vinculación en organizaciones territoriales de Buenos Aires". *Cuadernos de antropología social*, (31), 55-74.

Cura, F. (2014) "De militar los barrios a militar el Estado. Etnografía sobre modalidades de acción política, formación de militancias y compromiso político juvenil en Argentina". *Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología*, (20), 49-71.

Cura, F. (2015) "Producción política, trayectorias colectivas y vida cotidiana: un estudio etnográfico en la zona norte del Área Metropolitana de Buenos Aires". *Identidades*, 5(8), 81-96.

Chatterjee, P. (2011) "Delhi Lecture. La política de los gobernados." *Revista Colombiana de Antropología*, 47(2), 199-231.

Cheresky, I. (2004) "Argentina. Cambio de rumbo y recomposición política. Néstor Kirchner cumple un año de gobierno". *Nueva Sociedad*, (193), 4-16.

D'Ovidio, M. et al (2007) *Quién es quién en la cadena de valor del sector de indumentaria textil. Hacia una solución conjunta del sector*. Buenos Aires: Fundación El Otro.

D'Amico, V. (2015) "Criterios de justicia, afectividad y ley La construcción de lo estatal desde la cotidianeidad". *Identidades*, 5(8), 42-60.

Dağtaş, M. S. (2016) "Down With Some Things!'The Politics of Humour and Humour as Politics in Turkey's Cezi Protests". *Etnofoor*, 28(1), 11-34.

Danani, C. y Hintze S. (2010) "Reformas y Contrarreformas de la Protección Social: la seguridad social en la Argentina en la primera década del Siglo". *Reflexión Política*, 12(24), 18-29.

- Danani, C. (2012) "La otra década de reformas de las políticas sociales y laborales. Argentina, 2002-2010". *Revista de Ciencias Sociales*, (135-136), 59-72.
- Dardot, P., y Laval, C. (2015) *Commun: essai sur la révolution au XXIe siècle*. Paris: La Découverte.
- Das, V. (2011) "State, citizenship, and the urban poor". *Citizenship Studies*, 15(3-4), 319-333.
- Das, V. (2015) "Lecture 2: What does ordinary ethics look like?". En Lambek, M., Das, V., Fassin, D., y Keane, W. (eds.) *Four lectures on ethics: anthropological perspectives*. Chicago: HAU.
- Das, v. y Poole, D. (2008) "El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas". *Cuadernos de Antropología Social*, (27), 19-52.
- Das, V., y Randeria, S. (2015) "Politics of the urban poor: aesthetics, ethics, volatility, precarity: an introduction to supplement 11". *Current Anthropology*, 56(S11), S3-S14.
- Davis, M. (2007) *Planet of slums*. Londres: Verso.
- de L'Estoile, B. (2014) "Money Is Good, but a Friend Is Better". *Current Anthropology*, 55(S9), S62-S73.
- Delamata, G. (2002) "De los estallidos provinciales a la generalización de la protestas en Argentina". *Nueva Sociedad*, (182), 121-138.
- Delamata, G. (2009) "¿La ciudadanía poblana? El movimiento asambleario de Gualeguaychú: la construcción y el reclamo de un derecho colectivo". En Delamata, G. (coord.) *Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanías? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil*. Buenos Aires: Biblos.
- Delaney, A., Tate, J., y Burchielli, R. (2016) "Homeworker Initiatives: Gaining Recognition and Rights as Workers Through Organising, National and International standards". En Lichtenstein, N. y Jensen, J (eds.) *West Meets East: The International Labor Organization from Geneva to the Pacific Rim*, Ginebra: Palgrave MacMillan.
- Denning, M. (2011) 'Vida sin salario'. *New left review*, (66), 77-94.
- Destremau, B., y Messu, M. (2008) "Le droit à l'assistance sociale à l'épreuve du local". *Revue française de science politique*, 58(5), 713-742.
- Dewey, M. (2014) "Taxing the shadow: The political economy of sweatshops in La Salada, Argentina". Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung Discussion Paper, (No. 14/18).
- Di Virgilio, M. y Guevara, T. (2014) "Gentrificación liderada por el Estado y empresarialismo urbano en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires". *Revista Estudios Sociales Contemporáneos* (11), 12-23.
- Dinerstein, A. C. (2014) "Disagreement and hope: The hidden transcripts in the grammar of political recovery in post-crisis Argentina". En Levey, C., Ozarow, D., Wylde, C. (eds.) *Argentina since the 2001: Recovering the past, reclaiming the future*. Nueva York: Palgrave Macmillan. Pp 115-133.
- Dinerstein, A. C. (2014) "The dream of dignified work: On good and bad utopías". *Development and Change*, 45(5), 1037-1058.

- Dinerstein, A. C. (2015) *The politics of autonomy in Latin America: The art of organising hope*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Dufy, C. y Weber, F. (2009) *Más allá de la Gran División. Sociología, economía y etnografía*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Enríquez, I.; Mendizábal, N. y Rauber, I. (2008) "Cultura política en la experiencia de: El Comedor los Pibes, La Boca y del Proyecto Monteagudo, MTL (Parque Patricios)". Informe de Investigación, Buenos Aires: INAP.
- Escobar, A. (2010) "Latin America at a crossroads: alternative modernizations, post-liberalism, or post-development?". *Cultural studies*, 24(1), 1-65.
- Espinosa, C. (2016) "Equivocándote aprendés: dinámicas corporales, dinámicas ejemplares". En Fernández Álvarez, M.I (ed.) *Hacer juntos(as): Dinámicas, contornos y relieves de la política colectiva*. Buenos Aires: Biblos. Pp 275-293.
- Fabaron, Ana. (2016) "Paisajes urbanos, diferencia y desigualdad. El caso de La Boca en Buenos Aires". *Revista del Museo de Antropología*, 9(1), 69-82.
- Fassin, D. (2009) "Les économies morales revisitées. Etude critique suivie de quelques propositions". *Annales. Histoire, Sciences sociales*, 6, 1237-1266.
- Fassin, D. (2013) "On Resentment and Ressentiment. The Politics and Ethics of Moral Emotions". *Current Anthropology*, 54(3), 249-267.
- Faubion, J. D. (2011) *An anthropology of ethics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Favret- Saada, j. (2013) "Ser afectado" como medio de conocimiento en el trabajo de campo antropológico". Presentación y Traducción: Laura Zapata y Mariela Genovesi. *Avá*, 23, 49-67.
- Federici, S. (2010) "El trabajo precario desde un punto de vista feminista". *Sin permiso*, 3/01/2010. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/el-trabajo-precario-desde-un-punto-de-vista-feminista> (Fecha de consulta: 23 de octubre de 2017)
- Federici, S. (2013) *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Federici, S. (2015) *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Ferguson, J. (2015) *Give a Man a Fish. Reflections on the New Politics of Distribution*. Durham: Duke University Press.
- Fernandes, S. (2010) *Who Can Stop the Drums?: Urban Social Movements in Chávez's Venezuela*. Durham: Duke University Press.
- Fernández Álvarez, M.I. (2007) "De la recuperación como acción a la recuperación como proceso: prácticas de movilización social y acciones estatales en torno a las recuperaciones de fábricas". *Cuadernos de Antropología Social*, (25), 89-110.
- Fernández Álvarez, M. I. (2009) "Expropiar la fábrica, apropiarse del trabajo. Procesos de construcción de demandas y prácticas de acción estatal en recuperaciones de fábricas en la Ciudad de Buenos Aires". En Grimberg, M., Fernández Álvarez, M. I. y Carvalho Rosa, M.

(eds.) *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp 131-156.

Fernández Álvarez, M. I. (2010) "La productividad en cuestión. La formación de cooperativas en el proceso de recuperación de empresas en la Ciudad de Buenos Aires". En Cross, C. y M. Berger (comps.) *La producción del trabajo Asociativo: Condiciones, Experiencias y Prácticas en la Economía Social*. Buenos Aires: Ediciones CICCUS. Pp 19-40.

Fernández Álvarez, M. I. (2010b) "Desafíos de la investigación etnográfica sobre procesos políticos" calientes". (con) *textos: revista d'antropologia i investigació social*, (4), 80-89.

Fernández Álvarez, M.I. (2011) "Além da racionalidade: o estudo das emoções como práticas políticas". *Mana Estudos de Antropologia Social*, 17(1), 41-68.

Fernández Álvarez, M. I. (2014) "El lenguaje de la eficacia interpelado. Contribuciones antropológicas al campo de las políticas sobre trabajo asociativo". *Revista de la Escuela de Antropología*, (XX), 15-32.

Fernández Álvarez, M. I. (2015) "Contribuciones antropológicas al estudio de las cooperativas de trabajo en la Argentina reciente". *Revista del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo*, (7), 37-63.

Fernández Álvarez, M. I. (2016) "Introducción. El desafío de hacer juntos(as)". En Fernández Álvarez, M.I (ed.) *Hacer juntos(as): Dinámicas, contornos y relieves de la política colectiva*. Buenos Aires: Biblos. Pp 11-30.

Fernández Álvarez, M.I. (2016b) "La potencialidad de las situaciones trucas para el estudio de la política colectiva". En Fernández Álvarez (ed.) *Hacer juntos(as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Buenos Aires: Biblos. Pp 223-244.

Fernández Álvarez, M. I. (2016c) "Experiencias de precariedad, creación de derechos y producción colectiva de bienestar(es) desde la economía popular". *Ensamblés en sociedad, política y cultura*, (4 y 5), 72-89.

Fernández Álvarez, M.I. (2017) *La política afectada: Tramas y reveses de una etnografía en Brukman recuperada*. Prohistoria: Rosario.

Fernández Álvarez, M.I. (2017b) "Experiencias de precariedad, subjetividades políticas y construcción colectiva de derechos desde y para los trabajadores de la economía popular en Argentina". Ponencia presentada en el V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología, Bogotá, Colombia, enero 2017.

Fernández Álvarez, M. I. y Manzano, V. (2007) "Desempleo, acción estatal y movilización social en Argentina". *Política y Cultura*, (27), 143-166.

Fernández Álvarez, M.I. y Carenzo, S. (2012) "'Ellos son los compañeros del CONICET'. El vínculo con organizaciones sociales como desafío etnográfico". *Publicar*, (12), 9-34.

Fernández Álvarez, M.I. y Pacífico, F. (2016) "Cuidados, trabajo y formación. Reflexiones a partir de una etnografía sobre programas de "inclusión social" destinados a cooperativas de mujeres". Ponencia presentada en *V Encuentro Internacional de Investigación de Género*, Luján, Mayo de 2016.

- Fernández Álvarez, M. I., Gaztañaga, J., y Quirós, J. (2017) "La política como proceso vivo: diálogos etnográficos y un experimento de encuentro conceptual". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 62(231), 277-304.
- Fernández Kelly, M. P. y García, A. M. (1985) "The making of an underground economy: Hispanic women, home work, and the advanced capitalist state". *Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic Development*, 14(1/3) 59-90.
- Fernández, M.I. y Legnazzi, L. (2012) *Mujeres en la Industria textil. De la fábrica al taller clandestino*. Buenos Aires: Biblos.
- Ferraudi Curto, M. C. (2006) "Lucha y papeles en una organización piquetero del sur de Buenos Aires". En Míguez, D. y Semán, P. (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos. Pp 145- 164.
- Ferraudi Curto, M. C. (2009) "Hoy a las 2, cabildo. Etnografía en una organización piquetera". En Grimson, A., Ferraudi Curto, M. C., y Segura, R. (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo Libros. Pp 153- 178.
- Ferraudi Curto, M. C. (2011) "(Des)encuentros en torno de los sentidos de la política: devolución de la tesis en una organización piquetera". *Nueva Antropología* 24, 111–134.
- Ferraudi Curto, M. C. (2014) "Construir un barrio organizado: políticas habitacionales y categorías socioespaciales en una villa de Buenos Aires". *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, 9(2), 141-162.
- Ferraudi Curto, M. C. (2014) *Ni punteros ni piqueteros: urbanización y política en una villa del conurbano*. Gorla: Buenos Aires.
- Fletcher Jr, B., y Gapasin, F. (2008) *Solidarity divided: The crisis in organized labor and a new path toward social justice*. Berkeley: University of California Press.
- Foucault, M. (2008). *Historia de la sexualidad 1: la voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2008) *Historia de la Sexualidad 3. La inquietud de sí*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Frederic, S. (2009) "Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005". En Grimson, A., Ferraudi Curto, M.C., Segura, R. (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo. Pp 249-263.
- French, J. (2009) "Understanding the Politics of Latin America's Plural Lefts (Chavez/Lula): social democracy, populism and convergence on the path to a post-neoliberal world". *Third World Quarterly*, 30(2), 349-370.
- Freytes Frey, A., y Cross, C. (2007) "Movimientos piqueteros: alcances de su construcción política". *Política y cultura*, (27), 121-141.
- Frigo, S. (2008) "A luta é a nossa escola: educação e formação política no movimento dos trabalhadores rurais sem-terra". Tesis de maestría, Universidad Federal do Parana, Sector de Ciencias Humanas, Letras y Artes, Programa de Posgraduación en Antropología, Brasil.
- Fumagalli, A., y Morini, C. (2008) "Segmentation du travail cognitif et individualisation du salaire". *Multitudes*, (1), 65-76.

- Gago, V. (2014) *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Traficantes de sueños.
- Gago, V. y Mezzadra, S. (2015) "Para una crítica de las operaciones extractivas del capital: Patrón de acumulación y luchas sociales en el tiempo de la financiarización". *Nueva sociedad* (255), 38-52.
- Gago, V., y García Pérez, E. (2014). "Ciudad próspera, ciudad monstruosa: nuevas racionalidades urbanas a partir del caso Indoamericano". *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, (4), 66-83.
- Gallin, D. (2001) "Propositions on trade unions and informal employment in times of globalisation". *Antipode*, 33(3), 531-549.
- Garay, C (2007) "Social Policy and Collective Action: Unemployed Workers, Community Associations, and Protest in Argentina". *Politics Society*, (35), 301-328.
- Garces, C. (2013) "People's Mic and democratic charisma: Occupy Wall Street's frontier assemblies". *Focaal*, (66), 88-102.
- Giarracca, N. (2012) "Tres paradojas para repensar la política". En Massuh, G. (ed.) *Renunciar al bien común. Extractivismo y (pos)desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Mardulce Editora. Pp 191-236.
- Giarracca, N. y Hadad, M. G. (2009) "Disputas manifiestas y latentes en la Rioja minera. Política de vida y agua en el centro de la escena". En Svampa, M. y Antonelli, M. (eds.) *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales*. Buenos Aires: Biblos. Pp 229-253
- Giarracca, N. y Teubal, M. (2014) "Argentina: Extractivist dynamics of soya production and open-pit mining". En Veltmeyer, H. y Petras, J. (eds.) *The new extractivism*. Nueva York: Zed Books. pp. 47-79
- Giarracca, N., y Teubal, M. (2006) "Democracia y neoliberalismo en el campo Argentino. *Una convivencia difícil*". En Grammont, H. C.(ed.) *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO. Pp 69-94.
- Gill R, y Pratt A. (2008) "In the social factory? Immaterial labour, precariousness and cultural work". *Theory, Culture and Society*, 25(7-8), 1-30.
- Gill, R. (2002) "Cool, creative and egalitarian? Exploring gender in project-based new media work in Euro". *Information, communication & society*, 5(1), 70-89.
- Girola, M. F. (2005) "Procesos sociales, anclajes urbanos: de la cuestión urbana clásica a la nueva cuestión urbana". *RUNA, archivo para las ciencias del hombre*, 25(1), 143-159.
- Girola, M. F. (2006) "Procesos de transformación urbana en la Región Metropolitana de Buenos Aires: una mirada sobre el avance de la ciudad-negocio". *Intersecciones en antropología* 7, 361-374.
- Girola, M. F., Yacovino, M. P., y Laborde, S. (2011) "Recentrando la centralidad: Proceso de recualificación urbana y espacio público en la ciudad de Buenos Aires desde una perspectiva etnográfica". *Cuaderno urbano*, 10(10), 25-40.

- Gledhill, J. (2010) "El derecho a una vivienda Revista de Antropología Social". *Revista de Antropología Social*, 19, 103-129.
- Goldberg, A. (2014) "Contextos de vulnerabilidad social y situaciones de riesgo para la salud: tuberculosis en inmigrantes bolivianos que trabajan y viven en talleres textiles clandestinos de Buenos Aires". *Cuadernos de antropología social*, (39), 91-114.
- Goldman, M. (2006) "Alteridade e experiêcia: antropologia e teoria etnográfica". *Etnográfica*, 10(1), 161-173.
- Gómez, M. (2006) "Crisis y recomposición de la respuesta estatal a la acción colectiva desafiante en la Argentina 1989-2004". *Revista argentina de sociología*, 4(6), 88-128.
- Gorelik, A. ([1997] 2013) "Buenos Aires en la encrucijada: modernización y política urbana". En Gorelik, A. (ed.) *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI. Pp. 175-255.
- Gorelik, A. (2008) "El romance del espacio público". *Alteridades*, 18(36), 33-45.
- Gorelik, A. (2008b) "Modelo para armar: Buenos Aires, da crise ao boom". *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros*, (46), 9-28.
- Grabois, J. (s. f) *Personería social: perspectivas en torno al nuevo régimen de agremiación para los trabajadores de la economía popular*. Disponible en: http://www.ctepargentina.org/wp-content/uploads/2017/09/personeria_social.pdf (Fecha de consulta: 13 de enero 2018)
- Graeber, D. (2009) *Direct action: An ethnography*. Londres: AK press.
- Graeber, D. (2011) *Revolutions in reverse*. Londres: Minor Compositions.
- Graeber, D. (2012) "Dead zones of the imagination: On violence, bureaucracy, and interpretive labor". The 2006 Malinowski Memorial Lecture. *HAU: journal of Ethnographic Theory*, 2(2), 105-128.
- Graeber, D. (2013) "It is value that brings universes into being". *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 3(2), 219-243.
- Graeber, D. (2015) *The utopia of rules: On technology, stupidity, and the secret joys of bureaucracy*. Londres: Melville House.
- Grassi, E. (2012) "Política socio laboral en la Argentina contemporánea. Alcances, novedades y salvedades". *Revista de Ciencias Sociales* (135), 185-198.
- Grigera, J.; Álvarez, L. (2013) "Extractivismo y acumulación por desposesión Un análisis de las explicaciones sobre agronegocios, megaminería y territorio en la Argentina de la posconvertibilidad". *Theomai*, (27-28), 80-97.
- Grimberg, M. (2009) "Poder, políticas y vida cotidiana un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Aires". *Revista de Sociología e política*, 17(32), 83-94.
- Grimberg, M.; Manzano, V. y Hernandez, M. (2011) "Introducción". En Grimberg, M.; Manzano, V. y Hernandez, M. (comps.) *Antropología de tramas políticas colectivas. Estudios en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp 9-21.

- Grimson, A. (2009) "Introducción". En Grimson, A., Ferraudi Curto, M.C., Segura, R. (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo. Pp 11-40.
- Grugel, J., & Riggirozzi, P. (2012) "Post-neoliberalism in Latin America: Rebuilding and reclaiming the State after crisis". *Development and Change*, 43(1), 1-21.
- Grugel, J., y Riggirozzi, M. P. (2007) "The return of the state in Argentina". *International Affairs*, 83(1), 87-107.
- Gudynas, E. (2013) "La ecología política de la crisis global y los límites del capitalismo benévolo". *Íconos Revista de Ciencias Sociales*, (36), 53-67.
- Guedes, A. D. (2011) "Lidar com o povo, ajudar o povo, falar com o povo. Notas sobre o exercício da liderança num movimento social". En Grimberg, M.; Manzano, V. y Hernandez, M. (eds.) *Antropología de tramas políticas colectivas. Estudios en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp 195-224.
- Guelman, L. A. (2014) "Educación popular y pedagogía descolonizadora en el MOCASE-VC. *Intersticios de la política y la cultura*". *Intervenciones latinoamericanas*, 3(6), 35-49.
- Gusmerotti, L. (2009) "'Estar adentro'. Dispositivos de intervención estatal y modalidad de acción colectiva: Análisis de una experiencia de gestión estatal de organizaciones popular". *Cuestiones de sociología*, (5-6), 185-202.
- Hale, C. R. (2006) "Activist research v. cultural critique: Indigenous land rights and the contradictions of politically engaged anthropology". *Cultural anthropology*, 21(1), 96-120.
- Halpern, G. (2005) "Neoliberalismo y migración: paraguayos en Argentina en los noventa". *Política y cultura*, (23), 67-82.
- Halpern, G. (2009) *Etnicidad, inmigración y política: representaciones y cultura política de exiliados paraguayos en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Hardt, M. (1999) "Affective labor". *Boundary*, 26(2), 89-100.
- Hardt, M. y Negri, A. (2002) *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- Hardt, M. y Negri, A. (2005) *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Buenos Aires: Debate.
- Hardt, M. y Negri, A. (2011) *Commonwealth: El proyecto de una revolución en común*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2004) *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2008) "The right to the city". *New Left Review* 53(8), 23-40.
- Harvey, D. (2013) *Ciudades Rebeldes*. Madrid: Akal.
- Harvey, P. y Poole, D. (2012) "Estados experimentales. Presentación". *Revista Antropológica*, 30(30), 77-82.
- Herzer, H. y Gil y de Anso, L. (2012) "Introducción". En Herzer, H. (comp.) *Barrios al sur: renovación y pobreza en la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Café de las Ciudades. Pp 13-38.

- Herzer, H., Di Virgilio, M. M., Guevara, T., Ramos, J., Vitale, P., e Imori, M. (2011) "Unos llegan y otros se van: cambios y permanencias en el barrio de La Boca". *Población de Buenos Aires*, 8(14), 7-27.
- Herzer, H., Rodríguez, C., Redondo, A., Di Virgilio, M., y Ostuni, F. (2005) "Organizaciones sociales en el barrio de La Boca: cambios y permanencias en un contexto de crisis". *Estudios demográficos y urbanos*, 20(2), 269-308.
- Hintze, S. (2007) *Políticas sociales argentinas en el cambio de siglo. Conjeturas de lo posible*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Holston, J. (2008) *Insurgent citizenship: Disjunctions of democracy and modernity in Brazil*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Hopp, M. V. (2015) "Identidades laborales de destinatarios del Programa Ingreso Social con Trabajo" Argentina Trabaja". *Trabajo y sociedad*, (24), 207-223.
- Huws, U. (2015) "When Adam blogs: cultural work and the gender division of labour in Utopia". *The Sociological Review*, 63(S1), 158-173.
- Izaguirre, I., y Aristizábal, Z. (1988) *Las tomas de tierra en la zona sur del Gran Buenos Aires. Una experiencia de poder popular*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Juris, J. (2005) "The new digital media and activist networking within Anti-Corporate Globalization Movements". *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences* 597(1), 189-208.
- Juris, J. S. (2008) "Performing politics: Image, embodiment, and affective solidarity during anti-corporate globalization protests". *Ethnography*, 9(1), 61-97.
- Juris, J. S., y Khasnabish, A. (2013) *Insurgent encounters: Transnational activism, ethnography, and the political*. Durham: Duke University Press.
- Kasmir, S., y Carbonella, A. (2008) "Dispossession and the anthropology of labor". *Critique of Anthropology*, 28(1), 5-25.
- Kim, J. (2014) "Looking at the Other through the Eye of a Needle: Korean Garment Businesses and Inter-Ethnic Relations in Argentina". *Asian Journal of Latin American Studies*, 27(1), 1-19.
- Kuymulu, M. B. (2013) "The vortex of rights: 'right to the city' at a crossroads". *International Journal of Urban and Regional Research*, 37(3), 923-940.
- Laborde, S. (2011) "La alteridad inmigrante en la ciudad del siglo XXI: nuevas formas de construcción del espacio público". *Revista CS*, (7), 19-44.
- Lacarrière, M. (2016) "Mercados tradicionales" en los procesos de gentrificación/recualificación. Consensos, disputas y conflictos". *Alteridades*, 26(51), 29-41.
- Laclau, E. (2005) *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laidlaw, J. (2002) "For an anthropology of ethics and freedom". *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 8(2), 311-332.
- Laidlaw, J. (2013) *The subject of virtue: An anthropology of ethics and freedom*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Lambek, M. (2013) "The value of (performative) acts". *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 3(2), 141-160.
- Lazar, S. (2013) "Citizenship, political agency and technologies of the self in Argentinean trade unions". *Critique of Anthropology*, 33(1), 110-128.
- Lazar, S. (2013) *El Alto, ciudad rebelde*. La Paz: Plural Ediciones.
- Lazar, S. (2013b) "Introduction". En Lazar, S. (ed.) *The anthropology of citizenship: A reader*. Nueva Jersey: John Wiley & Sons.
- Lazar, S. (2016) "Narrativa histórica, tiempo político ordinario y momentos revolucionarios: temporalidades coexistentes en la experiencia vivida de los movimientos sociales". En Fernández Álvarez (ed.) *Hacer juntos(as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Buenos Aires: Biblos. Pp 295-321.
- Lazar, S. (2017) *The Social Life of Politics: Ethics, Kinship, and Union Activism in Argentina*. Palo Alto: Stanford University Press.
- Lazzarato, M. (2004) "From capital-labour to capital-life". *Ephemera: Theory and Politics in Organization*, 4(3), 187-208.
- Leavitt, J. (1996) "Meaning and feeling in the anthropology of emotions". *American Ethnologist*, 23(3), 514-539.
- Lefebvre, H. (1978) *El derecho a la ciudad*. Madrid: Península.
- Leyva Solano, X. y Speed, Sh. (2008) "Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor". En Leyva, X. Burguete, A. y Speed, Sh. (coords.), *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*. México: CIESAS-FLACSO. Pp15-38.
- Lieutier, A. (2010) *Esclavos: Los trabajadores costureros en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Retorica Ediciones.
- Lindell, I. (2010) "Introduction: the changing politics of informality – collective organizing, alliances and scales of engagement" En Lindell, I. (ed.) *Africa's informal workers. Collective agency, alliances and trans-national organizing in urban Africa*. Londres: Zed books. Pp 1-32.
- Litman, L. (2016) "Dar, recibir, esperar y devolver. Una mirada etnográfica sobre los vínculos entre ONGs y cooperativas de trabajo". *Cuadernos de Antropología Social*, 44, 67-82.
- Litman, L. (2017) "Producir desde la incomodidad. una economía moral del trabajo autogestionado". Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Mimeo.
- Lopes de Souza, M. (2010) "Which right to which city? In defence of political-strategic clarity". *Interface*, 2(1), 315-333.
- Lynch Cisneros, J. (2012) "Reconfiguraciones del poder y la gestión local: afectos y tensiones que reinventan al Estado". *Anthropologica*, 30(30), 151-168.
- Magliano, M. J., Perissinotti, M. V., y Zenklusen, D. (2017) "Peruanos en Córdoba: migraciones, talleres textiles y prácticas comunitarias". *Convergencia*, 24(74), 137-160.

- Maguid, A. (1997) "Migrantes limítrofes en el mercado de trabajo del Área Metropolitana de Buenos Aires. 1980-1996". *Estudios migratorios latinoamericanos*, 12(35), 31-62.
- Maguid, A., y Bruno, S. (2010) "Migración, mercado de trabajo y movilidad ocupacional: el caso de los bolivianos y paraguayos en el Área Metropolitana de Buenos Aires". *Población de Buenos Aires*, 7(12), 7-28.
- Mahmood, S. (2005) *Politics of piety. The Islamic Revival and the Feminist Subject*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Manzano, V. (2004) "Tradiciones asociativas, políticas estatales y modalidades de acción colectiva: análisis de una organización piquetera". *Intersecciones en antropología*, (5), 153-166.
- Manzano, V. (2007) "De La Matanza obrera a capital nacional del piquete : Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social". Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Manzano, V. (2008) "Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación: antropología de campos de fuerzas sociales". En Cravino, M.C. (comp.) *Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: UNGS. Pp 101-134.
- Manzano, V. (2008b) "Etnografía de la gestión colectiva de políticas estatales en organizaciones de desocupados de La Matanza-Gran Buenos Aires". *Runa*, 28, 77-92.
- Manzano, V. (2009) "Piquetes y acción estatal en Argentina: un análisis etnográfico de la configuración de procesos políticos." En Grimberg, M.; Fernández Álvarez, M.I. y Carvalho Rosa, M. (eds.) *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp 15-36.
- Manzano, V. (2009b) "Un barrio, diferentes grupos: Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza". En Grimson, A., Ferraudi Curto, M.C., Segura, R. (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo. Pp 267-294.
- Manzano, V. (2013) "Tramitar y movilizar: etnografía de modalidades de acción política en el gran Buenos Aires (Argentina)". *Papeles de trabajo-Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural*, (25), 60-91.
- Manzano, V. (2013b) *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida cotidiana del Gran Buenos Aires*. Rosario: Prohistoria ediciones.
- Manzano, V. (2015) "Lugar, trabajo y Bienestar: La Organización Barrial Tupac Amaru en clave de política relacional". *PUBLICAR-En Antropología y Ciencias Sociales*, (19), 9-35.
- Manzano, V.; Fernández Álvarez, M. I.; Triguboff, M. y Gregoric, J. (2008) "Apuntes para la construcción de un enfoque antropológico sobre la protesta y los procesos de resistencia social en Argentina". En Grimberg, M.; Fernández, M.J.; y Fernández Álvarez, M.I. (comps.) *Investigaciones en Antropología Social*, Buenos Aires: Antropofagia. Pp 41-62.
- Marazzi, C. (2003) *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos sobre la política*. Madrid: Akal.
- Marifil, S. (2015) "Militancia y acción política de los movimientos sociales en el Estado". *Identidades*, 5(8), 226- 238.

- Marshall, A., y Orlansky, D. (1983) "Inmigración de países limítrofes y demanda de mano de obra en la Argentina, 1940-1980". *Desarrollo económico*, 23(89), 35-58.
- Masetti, A. (2011) "Las tres transformaciones de la política pública asistencial y su relación con las organizaciones sociopolíticas (2003-2009)". *Entramados y Perspectivas*, 1(1), 9-36.
- Masetti, A. (2006) "Piqueteros eran los de antes": sobre las transformaciones en la Protesta Piquetera". *Laboratorio: revista de estudio sobre cambio social*, (19)5, 29-36.
- Masetti, A. (2009) "Cuando los movimientos sociales se institucionalizan: crónica sobre la experiencia en la ciudad Autónoma de Buenos Aires". En Delamata, G. (comp.) *Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanías? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil*. Buenos Aires: Biblos. Pp 205-236.
- Masetti, A. (2009b) *La década piquetera. Acción colectiva y protesta social de los movimientos territoriales urbanos*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Mathur, N. (2017) "Bureaucracy". En F. Stein, S. Lazar, M. Candea, H. Diemberger, J. Robbins, A. Sanchez y R. Stasch (eds) *The Cambridge Encyclopedia of Anthropology*. Disponible en: <http://www.anthroencyclopedia.com/entry/bureaucracy> (Fecha de consulta: 10 diciembre 2017)
- Mauss, M. (1979) [1921] "A expressão obrigatória dos sentimentos". En Cardoso de Oliveira, Roberto (org.) *Mauss*. San Pablo: Editora Ática. Pp 147-153.
- Melé, P. (2009) "Pour une géographie du droit en action". *Géographie et cultures*, (72), 25-42.
- Merklen, D. (1997) "Organización comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires". *Nueva Sociedad* (149), 162-177.
- Merklen, D. (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Merlinsky, M.G. (2008) "Nuevos repertorios de acción colectiva y conflicto ambiental: una cronología del conflicto por la instalación de las plantas de celulosa en el Río Uruguay". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/16412> (Fecha de consulta: 25 de febrero 2017)
- Merlinsky, M. G. (2008b) "La gramática de la acción colectiva ambiental en Argentina: reflexiones en torno al movimiento ciudadano ambiental de Gualeguaychú y su inscripción en el espacio público". *Temas y Debates*, (15), 35-60.
- Merlinsky, M. G. (Ed.) (2013) *Cartografías del conflicto ambiental en Argentina*. Buenos Aires: Ciccus.
- Mezzadra, S. (2005) *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*. Madrid: Tinta limón ediciones/ Traficantes de sueños.
- Mezzadra, S. y Neilson, B. (2008) "Border as Method, or, the Multiplication of Labor". Disponible en <http://eipcp.net/transversal/0608/mezzadraneilson/en> (Fecha de consulta: 22 de febrero 2017)
- Michi, N. (2010) *Movimientos campesinos y educación. Estudio sobre el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil y el Movimiento Campesino de Santiago del Estero MOCASE-VC*. Buenos Aires: El Colectivo.

- Mignolo, W. (2006) "Evo Morales en Bolivia: ¿giro a la izquierda o giro descolonial?". En J. da Cruz (ed.) *Democracias en Desconfianza. Ensayos en sociedad civil y política en América Latina*. Montevideo: Editorial Coscoroba. Pp 93-106.
- Millar, K. (2014) "The Precarious Present: Wageless Labor and Disrupted Life in Rio de Janeiro, Brazil". *Cultural Anthropology*, 29(1), 32–53.
- Mitchell, D. (2003) *The right to the city: Social justice and the fight for public space*. Nueva York: Guilford Press.
- Molé, N. J. (2010) "Precarious subjects: Anticipating neoliberalism in northern Italy's workplace". *American Anthropologist*, 112(1), 38-53.
- Montero, J. (2012) "La moda neoliberal: El retorno de los talleres clandestinos de costura". *Geograficando*, 8(8), 19-37.
- Montero, J. (2014) "Discursos de moda: ¿Cómo justificar la explotación de inmigrantes en talleres de costura?". *Trabajo y sociedad*, (23), 107-125.
- Morales, V. (2012) "Asociación Madres de Plaza de Mayo: kirchnerismo y resignificación". En Barros, M. ; Daín A. y Virginia M. (eds.) *Escritos K*. Villa María: Eduvin. Pp 47-66.
- Morell, M (2015) "When space draws the line on class". En Carrier, J. G., y Kalb, D. (eds.) *Anthropologies of class: Power, practice, and inequality*. Cambridge: Cambridge University Press. Pp 102-117.
- Moreno, J.E. (2010) "¿Lo tomo, lo dejo, lo rompo, lo uso? Concepciones sobre el Estado y estrategias políticas entre las organizaciones del campo popular". En Massetti, A.; Villanueva, E. y Gómez, M. (eds.) *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del Bicentenario*. Buenos Aires: Nueva Trilce. Pp 119- 136.
- Moreno, L. (2015) "La producción social del acuerdo: acción política y el lenguaje de los (des)acuerdos en un programa de construcción de viviendas sociales en la zona norte del Gran Buenos Aires". *Identidades*, 5(8), 172-195.
- Moreno, L. (2017) "Producir lugares, regular la vida y crear política: Etnografía de procesos de urbanización en barrios populares de la zona norte del Gran Buenos Aires". Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Mimeo.
- Motta, S. C. (2017) "Emancipation in Latin America: On the Pedagogical Turn". *Bulletin of Latin American Research*, 36(1), 5-20.
- Muehlebach, A. (2011) "On Affective Labor in Post-Fordist Italy." *Cultural Anthropology*, 26(1), 59–82.
- Muehlebach, A. y Shoshan, N. (2012) "Post-Fordist Affect: An Introduction". *Anthropological Quarterly*, 85(2): 317– 43.
- Munck, R. (2013) "The Precariat: a view from the South". *Third World Quarterly*, 34(5), 747-762.
- Munck, R. (2014) Globalización, sindicatos y migración laboral: Viejos dilemas, nuevas oportunidades. *Migración y desarrollo*, 12(23), 5-40.
- Munn, N. (2013) "The 'becoming-past' of places: Spacetime and memory in nineteenth-century, pre-Civil War New York". *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 3(2), 359-80.

- Muzzopappa, E., y Villalta, C. (2011) "Los documentos como campo. Reflexiones teórico-metodológicas sobre un enfoque etnográfico de archivos y documentos estatales". *Revista Colombiana de Antropología*, 47(1), 13-42.
- Narotzky, S. (2013) "What kind of commons are the urban commons?". *Focaal*, 2013(66), 122-124.
- Narotzky, S. y Besnier, N. (2014) "Crisis, Value, and Hope: Rethinking the Economy". *Current Anthropology*, 55(S9), S4-S16.
- Natalucci, A. (2009) "Aportes para la discusión sobre la autonomía o heteronomía de las organizaciones sociales. La experiencia del Movimiento de Barrios de Pie, 2002- 2008". *Laboratorio*, 10(23), 90-108.
- Natalucci, A. (2011) "Entre la movilización y la institucionalización. Los dilemas de los movimientos sociales (Argentina 2001-2010)". *Polis*, (28), 193-219.
- Natalucci, A. (2016) "Del piquete a la economía popular". *Revista Anfibia*. Disponible en: <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/del-piquete-a-la-economia-popular/>
- Neffa, J. C. (2017) "El contexto socio económico argentino actual". *Cuadernos del CENDES*, 34(95), 189-205.
- Neffa, J. C., Oliveri, M. L., y Persia, J. (2010) "Transformaciones del mercado de trabajo en la Argentina: 1974-2009". En Neffa, J. Panigo, D. y Pérez, P. (comps.) *Transformaciones del empleo en la Argentina. Estructura dinámica e instituciones*. Buenos Aires: CICCUS. Pp 19-52.
- Neilson, B. y Rossiter, N. (2008) "Precarity as a political concept, or, Fordism as exception". *Theory, Culture & Society* 25(7-8), 51-72.
- Neilson, B., y Rossiter, N. (2005) "From precarity to precariousness and back again: labour, life and unstable networks". *Fibreculture*, 5. Disponible en: <http://five.fibreculturejournal.org/fcj-022-from-precarity-to-precariousness-and-back-again-labour-life-and-unstable-networks/> (Fecha de consulta: 5 de marzo 2016)
- Neveu C. (2013) "« E pur si muove ! », ou comment saisir empiriquement les processus de citoyenneté". *Politix* 3 (103), 205- 222.
- Neveu, C. (2014) "Practising citizenship from the ordinary to the activist". En Isin, E. y Nyers, P. (2014) *Routledge Handbook of Global Citizenship Studies*. Abingdon: Routledge. Pp 86-95.
- Neveu, C. (2015) "Of ordinariness and citizenship processes". *Citizenship Studies*, 19(2), 141-154.
- Nicolas-Le Strat, P. (2004) "La constitution intermittente de l'activité". *Multitudes*, (3), 31-42.
- Novick, S. (2010) "Introducción. Migraciones, políticas e integración regional: avances y desafíos". En Novick, S. (ed.) *Migraciones y Mercosur: una relación inconclusa*. Buenos Aires: Catálogos. Pp 9-28.
- Ossona, J. (2010) "El shopping de los pobres. Anatomía y fisiología socioeconómica y política de La Salada". Ponencia presentada en VI Congreso del CEISAL "Independencias-Dependencias-Interdependencias", Universidad de Toulouse-Le Mirail, Francia, 30 de Junio-3 de Julio de 2010.

Ossona, J. (2014) *Punteros, Malandras y Porongas. Ocupación de tierras y usos políticos de la pobreza*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Osterweil, M. (2009) "In search of movement: Italy's 'movimento dei movimenti,' theoretical practice and (re)making the Political", Tesis doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill, Estados Unidos.

Pacecca, M. I. y Courtis, C. (2008) "Inmigración contemporánea en Argentina: dinámicas y políticas". *Serie población y desarrollo*, (84), 1-72. Informe elaborado para el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Pacífico, F. (2016) "Más allá del Programa. Políticas estatales, mujeres y vida cotidiana en el Gran Buenos Aires". Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Mimeo.

Pacífico, F. (2017) "Entre lo productivo y lo reproductivo. Un análisis etnográfico del trabajo de mujeres en cooperativas y programas sociales". Ponencia presentada en Seminario Internacional Fazendo Gênero 11 & 13th Women's Worlds Congress (Anais Eletrônicos), Florianópolis, 2017.

Palumbo, M. M. (2015) "Las propuestas de Formación Política de militantes de base en movimientos populares urbanos entre la política y lo político". *Papeles de Trabajo*, 9 (16), 292-311.

Pantaleón, J. P. (2005) *Entre la carta y el formulario: política y técnica en el desarrollo social*. Buenos Aires: Antropofagia.

Pascucci, S. (2005) "El trabajo femenino en la industria de la confección (1890-1940)". Ponencia presentada en el 7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. *Nuevos escenarios posibles en el mundo del trabajo: rupturas y continuidades*. Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, Argentina, 10 al 12 de Agosto de 2005.

Pascucci, S. (2011) "Avances y límites de la acción político-sindical en la industria de la confección de indumentaria. Una caracterización del SOIVA y la UTC-Alameda". En *Documentos de Jóvenes Investigadores no. 26*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/ar-ar-030/index/assoc/D3765.dir/ji26.pdf> (Fecha de consulta: 15 junio 2017)

Perelmiter, L. (2010) "Militar el estado: La incorporación de movimientos sociales de desocupados en la gestión de políticas sociales argentinas (2003-2008)". En Massetti, A. Villanueva, E. y Gómez, M. (comps.) *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del Bicentenario*. Buenos Aires: Nueva Trilce. Pp 137-156.

Pereyra, S., Pérez, G. J., y Schuster, F. L. (2015) "Trends of Social Protest in Argentina: 1989–2007". En Almeida, P., Cordero Ulate, A. (Eds.) *Handbook of social movements across Latin America*. Holanda: Springer. Pp 335-360.

Pérez, G.J. y Natalucci, A. (2010) "La matriz movimientista de acción colectiva en argentina: la experiencia del espacio militante kirchnerista". *Revista América Latina Hoy*, 54, 97-112.

Pérez, G.J. y Natalucci, A. (2012) "Introducción: El kirchnerismo como problema sociológico". En Pérez y Natalucci (eds.) *Vamos las bandas: Organización y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Nueva Trilce. Pp 7-26.

- Perrin, É. (2011) "Négociation UNEDIC et mouvement des chômeurs". *Savoir/Agir*, (1), 97-102.
- Pires do Rio Caldeira, T. (2003) *Cidade de muros: crime, segregação e cidadania em São Paulo*. San Pablo: Editora 34.
- Pires do Rio Caldeira, T. (2015) "Social Movements, Cultural Production and Protests São Paulo's Shifting Political Landscape". *Current Anthropology*56(S11), S126-S136.
- Pita, M. V. (2010) *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia policial*. Buenos Aires: Editores del Puerto/CELS.
- Piva, A. (2013) "¿Cuánto hay de nuevo y cuánto de populismo en el neopopulismo?: Kirchnerismo y peronismo en la Argentina post 2001". *Trabajo y sociedad*, (21), 135-157.
- Poole, D. (2012) "Corriendo riesgos: normas, ley y participación en el Estado neoliberal". *Anthropologica*, 30 (30), 83-100.
- Poy, L. (2014) *Los orígenes de la clase obrera Argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Quintana, M. M. (2016) "Reconstrucción narrativa de Abuelas de Plaza de Mayo en el contexto del kirchnerismo. Un análisis de La historia de Abuelas. 30 años de búsqueda". *Raigal*, (2), 23-38.
- Quiroga, M. V., y Pagliarone, M. F. (2014) "Populismo, Estado y movimientos sociales. Posibles articulaciones en los contextos recientes de Argentina y Bolivia". *Colombia Internacional*, (82), 191-219.
- Quirós, J. (2006) *Cruzando la Sarmiento: Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Quirós, J. (2008) "Piqueteros y peronistas en la lucha del Gran Buenos Aires: Por una visión no instrumental de la política popular". *Cuadernos de antropología social*, (27), 113-131.
- Quirós, J. (2011) *El porqué de los que van: peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires: una antropología de la política vivida*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Quirós, J. (2015) "Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología". *PUBLICAR-En Antropología y Ciencias Sociales*, (17), 47-65.
- Rancière, J. (2004) *The Politics of Aesthetics: The Distribution of the Sensible* (Traducción Gabriel Rockhill). Londres: Continuum.
- Rangel Loera, N. (2009) "Limpiando os "maus elementos". Disciplina e acordos num acampamento do MST". En Grimberg, M., Fernández Álvarez y Carvalho Rosa (eds.) *Estado y movimientos sociales. Estudios Etnográficos en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp 53-73.
- Rangel Loera, N. (2014) *Tempo de acampamento*. San Pablo: Editora UNESP.
- Rappaport, J. (2007) "Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración". *Revista Colombiana de Antropología*, 43, 197-229.
- Rebon, J. (2007) *La empresa de la autonomía. Trabajadores recuperando la producción*. Buenos Aires: Colectivo Ediciones.

Retamozo, M. (2011) "Movimientos sociales, política y hegemonía en Argentina". *Polis (Santiago)*, 10(28), 243-279.

Rius, P. (2016) "Relaciones laborales en la economía social a lo largo del tiempo: reflexiones a partir de una revisita de una cooperativa textil en autogestión". En Fernández Álvarez, M.I (ed.) *Hacer juntos(as): Dinámicas, contornos y relieves de la política colectiva*. Buenos Aires: Biblos. Pp 79- 102.

Rius, P. V. (2011) "Del Movimiento de Trabajadores Desocupados a la cooperativa social: Trabajo y formas de militancia en la economía social". *Trabajo y sociedad*, (17), 265-283.

Rivera Cusicanqui, S. (2011) "Teoría del agua sucia. Diálogo con Silvia Rivera Cusicanqui". En Colectivo Simbiosis y Colectivo Situaciones (eds.) *De chuequistas y overlockas. Una discusión en torno a los talleres textiles*. Buenos Aires: Tinta Limón. Pp 17-34.

Rockwell E. (2009) *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.

Rodrigues Souza, E. (2016) "Crônicas da morte revivida na luta: uma etnografia da Romaria dos Mártires da Caminhada em Ribeirão Cascalheira (MT), Brasil". *Etnográfica. Revista do Centro em Rede de Investigação em Antropologia*, 20(2), 339-362.

Rodríguez, M. C. (2009) "Derecho a la ciudad y autogestión cooperativa en Buenos Aires". *Centro-h*, 3, 27-36.

Rodríguez, M. C., Di Virgilio, M. M., Procupez, V., Vio, M., Ostuni, F., Mendoza, M., y Morales, B. (2007) *Producción social del hábitat y políticas en el Área Metropolitana de Buenos Aires: historia con desencuentros*. Documento de trabajo N 49, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Rodríguez, M.C y di Virgilio, M.M (2016) "Introducción". En Rodríguez, M.C y di Virgilio, M.M (comps.) *Territorio, políticas habitacionales y transformaciones urbanas*. Buenos Aires: Espacio Editorial. Pp 31-44.

Rodríguez, M.C. (2010) "Las políticas habitacionales argentinas post 2001: entre la gestión de la "emergencia" y la emergencia de la producción autogestionaria." *OSERA. Observatorio Social sobre Empresas Recuperadas y Autogestionadas* (3), 1-21.

Rosaldo, M. (1984) "Toward an Anthropology of Self and Feeling". En R. A. Shweder y R. A. LeVine (eds.) *Culture theory: Essays on mind, self, and emotion*. Cambridge: Cambridge University Press. Pp 137-157.

Ruggeri, A. (comp.) (2009) *Las empresas recuperadas. Autogestión obrera en Argentina y América Latina*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Salgado, P. (2015) "Deslocalización de la producción y la fuerza de trabajo: Bolivia-Argentina y las tendencias mundiales en la confección de indumentaria". *Si Somos Americanos*, 15(1), 169-198.

Salgado, P. D. (2012) "El trabajo en la industria de la indumentaria: una aproximación a partir del caso argentino". *Trabajo y sociedad*, (18), 59-68.

Sarrabayrouse Oliveira, M. J. (2011) *Poder judicial y dictadura. El caso de la morgue*. Buenos Aires: Del Puerto.

Sassen, S (2008) "The Global city". En Nugent, D. y Vincent, J. (eds) *A Companion to the Anthropology of Politics*. Nueva Jersey: John Wiley & Sons.

Scribano, A., y Schuster, F. (2001) "Protesta social en la Argentina de 2001: entre la normalidad y la ruptura". *Observatorio Social de América Latina*, 5, 17-22.

Schavelzon, S. (2012) *El nacimiento del Estado Plurinacional de Bolivia*. La Paz: Plural Editores.

Schuster, F. (2005) "Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva". En Naishtat, F., Nardacchione, G. y Pereyra, S. (comps.) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo. Pp 43-84.

Schuster, F. y Pereyra, S. (2001) "La protesta social en la Argentina democrática : balance y perspectivas de una forma de acción política". En Giarracca, N. (org.) *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior*. Buenos Aires: Alianza. Pp 41-64.

Schuttenberg, M. (2011) "La reconfiguración de las identidades 'nacional populares': Los puentes discursivos para la inserción de tres tradiciones políticas en el espacio transversal kirchnerista". *Sociohistórica*, (28), 41-73.

Semán, P. y Ferraudi Curto, M, C. (2013) "La politicidad de los sectores populares desde la etnografía: ¿más acá del dualismo?". *Laboratorio* 25, 151-165.

Sennett, R. (2007) *The culture of the new capitalism*. Connecticut: Yale University Press.

Señorans, D. (2016) "Del valor y los valores: Un análisis etnográfico de la definición de reglas colectivas en emprendimientos productivos impulsados por organizaciones sociales". En Fernández Álvarez (ed.) *Hacer juntos(as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Buenos Aires: Biblos. Pp 33-58.

Señorans, D. y Litman, L. (2013) "El lenguaje de los "proyectos": prácticas, saberes y relaciones en la gestión cotidiana de políticas públicas de promoción del empleo y el trabajo asociativo". VII Jornadas de Investigación en Antropología Social. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Noviembre 2013.

Sharma, A. (2011) "Specifying citizenship: subaltern politics of rights and justice in contemporary India". *Citizenship Studies*, 15(8), 965-980.

Sigaud, L. (2000) "A forma acampamento: Notas a partir da versão Pernambucana". *Novos Estudos*, 58: 73-92.

Sigaud, L. (2005) "As condições de possibilidade das ocupações de terra". *Tempo Social, revista de sociologia da USP*, 17(1), 255-280.

Sitrin, M. A. (2012) *Everyday revolutions: Horizontalism and autonomy in Argentina*. Londres: Zed Books.

Smith, N. (1996) *The new urban frontier: Gentrification and the revanchist city*. Londres: Routledge.

Soldano, D. (2008) "Vivir en territorios desmembrados. Un estudio sobre la fragmentación socio-espacial y las políticas sociales en el área metropolitana de Buenos Aires (1990-2005)".

- En Ziccardi, A. (comp.) *Proceso de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social*. Bogotá: Siglo del Hombre/Clacso-CROP. Pp 37-69.
- Sorroche, S. (2015) "La política de lo testimonial. Agencias Estatales y ONGs en la regulación del trabajo cartonero". En Fernández Álvarez, M. I. (ed.) *Hacer juntos(as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Buenos Aires: Biblos. Pp 153-172.
- Spivak I'Hoste, A. (2010) "Emoción, tradición y comunidad o narrativas que también son emoción". En Spivak I'Hoste, A. *El Balseiro. Memoria y Emotividad en una institución científica argentina*. La Plata: Al Margen.
- Srnicek, N., y Williams, A. (2015) *Inventing the future: Postcapitalism and a world without work*. Londres: Verso Books.
- Standing, G. (2011) *The precariat: The new dangerous class*. Londres: A&C Black.
- Susser, I. (2012) *Norman Street: Poverty and politics in an urban neighborhood*. Oxford: Oxford University Press.
- Susser, I. y Tonnelat, S. (2013) "Transformative Cities: The three Urban Commons". *Focaal* 2013(66), 105-121.
- Susser, I., y Schneider, J. (2003) *Wounded Cities: Destruction and Reconstruction in a Globalized World*. Nueva York: Berg.
- Svampa, M. (2005) *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Svampa, M. (2008) *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2004) "La política de los movimientos piqueteros". *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, (15), 88-110.
- Svampa, M., y Pereyra, S. (2009) *Entre la ruta y el barrio: La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, M. y Antonelli, M. (2009) *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- Tabbush, C., Díaz, M. C., Trebisacce, C., y Keller, V. (2016) "Gay marriage, gender identity and the right to abortion in Argentina". *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*, (22), 22-55.
- Thomasz, A. G. (2008) "Historia y etnografía de una normativa polémica: la Ley 341 y el Programa de Autogestión para la Vivienda". *Cuadernos de antropología social*, (28), 127-149.
- Thompson, E. P. (1984) *Tradición, revuelta y conciencia de clases*. Madrid: Crítica.
- Throop, J. (2012) "Moral Sentiments". En Fassin, D. (ed.) *A Companion to Moral Anthropology*, Londres: John Wiley & Sons. Pp 150-168.
- Tiscornia, S. (2008) *Activismo de los derechos humanos y burocracias estatales: El caso Walter Bulacio*. Buenos Aires: Del Puerto.

Tiscornia, S., y Sarrabayrouse Oliveira, M. J. (2004) "Sobre la banalidad del mal, la violencia vernácula y las reconstrucciones de la historia". En Tiscornia, S. (comp.) *Burocracias y violencia. Ensayos sobre Antropología Jurídica*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp 63-74.

Torre, J.C. (2004) "La operación política de la transversalidad. El presidente Kirchner y el partido Justicialista". Texto revisado de la intervención en la Conferencia "Argentina en Perspectiva", Universidad Torcuato Di Tella, noviembre 2004. Disponible en: <http://www.clubsocialista.com.ar/articulos/la-operacion-politica-de-la-transversalidad.php> (Fecha de consulta 15 abril 2014).

Triguboff, M. (2011) "Acción colectiva, vida cotidiana y trayectorias: El caso de las asambleas de la Ciudad de Buenos Aires (2001-2007)". *Runa*, 32(1), 45-62.

Tufró, M., Brescia, F., y Lefevre, C. P. (2017) "Aguantamos contra el Estado, perdemos contra las bandas". Reflexiones sobre la circulación de violencias en tomas de tierras y asentamientos de la Región Metropolitana de Buenos Aires". *Quid 16. Revista del Área de Estudios Urbanos*, (6), 146-167.

Ufer, U. (2015) "Urban access: Contested spaces and contested politics". *Focaal*, 2015(72), 64-77.

Vázquez, M. (2011) "La política desde abajo: narrativas militantes de jóvenes desocupados y desocupadas en Argentina". *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 7(1), 423 – 455.

Vázquez, M. (2014) " 'Militar la gestión': una aproximación a las relaciones entre activismo y trabajo en el Estado a partir de las gestiones de gobierno de Cristina Fernández de Kirchner en Argentina". *Apuntes: Revista de Ciencias Sociales*, 41(74), 71-102.

Vázquez, M. y Vommaro, P. (2012) "La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora". En Pérez, G. y Natalucci, N. (comps.) *Vamos las bandas: Organización y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Nueva Trilce. Pp 149-174.

Vega, C. (2008) "Attention et soin. Subjectivité, lien et travail". *Multitudes*, (1), 51-63.

Vommaro, G. (2007) " 'Acá no conseguís nada si no estás en política'. Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política". *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 2006, 161-178.

Vommaro, G., y Quirós, J. (2011) " Usted vino por su propia decisión": repensar el clientelismo en clave etnográfica". *Desacatos*, (36), 65-84.

Vommaro, P. A. (2009) "Territorios, organizaciones sociales y migraciones: Las experiencias de las tomas de tierras y los asentamientos de 1981 en Quilmes". *Espazo Plural*, 10(20), 81-93.

Vommaro, P., y Vázquez, M. (2008) "La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos de la Argentina: el caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs)". *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 6(2), 485-522.

Wacquant, L. J. (2001) *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.

Wacquant, L. J. (2007) *Los condenados de la ciudad: Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Wahren, J. (2012) "Movimientos Sociales, y territorios en disputa: Experiencias de trabajo y autonomía de la Unión de Trabajadores Desocupados de Gral. Mosconi, Salta". *Trabajo y sociedad*, (19), 133-147.

Wanderley, F. (2009) "Prácticas estatales y el ejercicio de la ciudadanía: encuentros de la población con la burocracia en Bolivia". *Íconos Revista de Ciencias Sociales*, (34), 67-79.

Weber, M. (2000) *¿Qué es la burocracia?*. Buenos Aires: El Aleph.

Whalen, C. T. (2002) "Sweatshops Here and There: The Garment Industry, Latinas, and Labor Migrations". *International Labor and Working-Class History*, 61, 45-68.

Wolanski, S. (2015) "Construir el sindicato. Trabajo militante y generaciones activistas en el Sindicato Telefónico de Buenos Aires". Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Mimeo.

Wyczykier, G. (2012) "Sindicalismo y precariedad laboral: un estudio sobre la acción gremial de base en la industria Argentina en el periodo de la postconvertibilidad". *Estudios Sociológicos*, 30(89), 367-399.

Zapata, M. C. (2012) "Respuesta local a un déficit habitacional local". *Astrolabio*, (8), 290-322.

Zapata, M.C (2012) "El programa de autogestión para la vivienda: ¿una política habitacional habilitante del derecho a la vivienda y a la ciudad?" Tesis de Maestría, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.

Zibechi, R. (2003) *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*. La Plata: Letra Libre-Nordan.

Informes consultados

Bertranou, F.; Casanova, L. y Lukin, T. (2013) "La formalización laboral en Argentina: Avances recientes y el camino por recorrer". Informe para OIT.

Informe CELS 2016: <http://www.cels.org.ar/especiales/informe-anual-2016/wp-content/uploads/sites/8/2016/06/IA2016-02-tomas-de-tierras-asentamientos.pdf> (Fecha de consulta: 3 marzo 2017).

Informe del Instituto de Investigación Social, Económica y Política Ciudadana (ISEPCI) "Indicador barrial de situación nutricional", Segundo Semestre 2017 (Septiembre- octubre). Disponible en: http://isepci.org.ar/indicadores/wp-content/uploads/sites/2/2017/11/IBSN_2017.02.pdf

Observatorio de la Deuda Social Argentina (2016) "Tiempo de balance: deudas sociales pendientes al final del Bicentenario. Necesidad de atender las demandas del desarrollo humano con mayor equidad e inclusión social". *Barómetro de la Deuda Social Argentina*. Serie del Bicentenario (2010-2016). Año VI. Buenos Aires: UCA.

Observatorio de la Deuda Social Argentina (2017) "Pobreza y desigualdad por ingresos en la Argentina Urbana 2010- 2016". Informe Temático. Marzo de 2017.

Registro Provincial de Villas y Asentamientos Precarios, Subsecretaría Social de Tierras Urbanismo y Vivienda, Provincia de Buenos Aires. Disponible en: <http://www.sstuv.gba.gov.ar/idehab/>

Kostzer, D.; Perrot, B. y Villafañe, S. (2005) Informe “Distribución del ingreso, pobreza y crecimiento en la Argentina”. Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación.

Documentos

Comunicado de Prensa CTEP : “CTEP monta la “carpa por el trabajo digno” y presenta proyecto de ley de protección a trabajadores de la indumentaria”. 27 de mayo de 2015. Disponible en: <http://ctepargentina.org/ctep-monta-la-carpa-por-el-trabajo-digno-y-presenta-proyecto-de-ley-de-proteccion-a-trabajadores-de-la-indumentaria/>

Comunicado de prensa CTEP: “Mañana la ctep moviliza al casino de puerto madero”. 10 de diciembre de 2014. Disponible en: <http://ctepargentina.org/manana-la-ctep-moviliza-al-casino-de-puerto-madero/>

Comunicado de prensa CTEP: “Organizaciones sociales relevarán todas las villas y asentamientos del país”. 25 de octubre de 2016. Disponible en: <http://ctepargentina.org/organizaciones-sociales-relevaran-todas-las-villas-asentamientos-del-pais/>

Documento de presentación de la Unidad de Evaluación, Monitoreo y Asistencia Técnica (UEMAT), instancia técnica de la Dirección de Fortalecimiento Institucional para Instituciones de Formación Profesional (IFPs) coejecutoras de las políticas de formación del MTEYSS.

Pérsico, E. y Grabois, J.: *Cuadernos de formación para trabajadores, militantes, delegados y dirigentes de organizaciones populares*. Cuaderno 1: “Nuestra Realidad”. CTEP, Abril 2014.

Profetas en su tierra: Una historia de lucha y conquista popular, por el derecho a la ciudad para todos. Organización Social y Política Los Pibes. Marzo 2015.

Relevamiento “La Industria de producción de Indumentaria y los talleres familiares en Argentina”. MTE- CTEP, Noviembre 2015

Legislación

Ley 20.337 de Cooperativas

Ley 26.522 de Servicios de Comunicación Audiovisual

Ley 27345 de Emergencia Social

Resolución 4/2013 del Consejo Nacional del Empleo, la Productividad y el Salario Mínimo, Vital y Móvil.

Sitios Web consultados

<http://ansesresponde.anses.gob.ar/>

<http://puntodigital.paisdigital.modernizacion.gob.ar/que-es-punto-digital>

<http://trabajo.gob.ar/>

<http://www.buenosaires.gob.ar/>

<http://www.desarrollosocial.gob.ar/>

<http://www.ms.gba.gov.ar/>

<http://www.sstuv.gba.gov.ar/idehab/>

<http://www.wiego.org/espanol>

<https://www.anses.gob.ar/>

<https://www.enacom.gob.ar/>

<https://www.indec.gov.ar>

Fuentes periodísticas

Agencia TELAM, “Más de 810.000 familias viven en las 4.100 villas y asentamientos de todo el país”. 23 de mayo de 2017. Disponible en: <http://www.telam.com.ar/notas/201705/190009-villas-relevamiento-familias-estado-organizaciones-sociales.html>

Diario El País, “La nueva política migratoria argentina: control y exclusión”. 24 de julio de 2017. https://elpais.com/elpais/2017/07/24/contrapuntos/1500861895_103072.html

Diario Infojus, “Cooperativa de vivienda: "Ya no somos ocupantes, somos propietarios". 4 de noviembre de 2014. Disponible en: <http://www.archivoinfojus.gob.ar/nacionales/cooperativa-de-vivienda-ya-no-somos-ocupantes-somos-propietarios-6323.html>

Diario La Nación, “La inflación del Indec cerró en 23,9 por ciento en 2014”. 16 de enero de 2015. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/1760688-la-inflacion-del-indec-cerro-en-239-por-ciento-en-2014>

Diario Página 12, “El infierno en negro también mata”. 28 de abril de 2015. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-271542-2015-04-28.html>

Diario Sur Capitalino, “Histórico”. 9 de marzo de 2014. Disponible en: http://www.surcapitalino.com.ar/detalle_noticias.php?id=3326

ANEXO I: REFERENCIA DE LAS PERSONAS

Organización Los Pibes	
Alberto	Integrante de la FM Riachuelo y de la COVILPI
Andrea	Integrante de la FM Riachuelo y de la COVILPI
Carlos	Integrante “histórico” de la organización Los Pibes
Carolina	Militante y fundadora de la organización Los Pibes. Coordinadora de la FM Riachuelo
Clara	Integrante de la FM Riachuelo y de la COVILPI
Coco	Integrante de la FM Riachuelo y de la COVILPI
Daniela	Colaboradora administrativa de la FM Riachuelo
Emilia	Integrante de la FM Riachuelo. Esposa de Carlos
Julián	Militante e integrante de la organización Los Pibes. Coordinador de la FM Riachuelo
Julieta	Integrante de la FM Riachuelo y de la COVILPI. Trabajadora del Puente Avellaneda
Lionel	Militante y fundador de la organización Los Pibes
Lisandro	Militante y fundador de la organización Los Pibes
Lita	Integrante de la FM Riachuelo y de la COVILPI
Lito Borello	Fundador y coordinador de la Organización Los Pibes
Manuela	Integrante de la FM Riachuelo y de la COVILPI
Melisa	Integrante de la FM Riachuelo
Miguel	Psicólogo. Integrante de la FM Riachuelo

Pilar	Integrante de la organización Los Pibes y de la COVILPI
Rita	Integrante “histórica” de la organización Los Pibes
Sonia	Integrante de la FM Riachuelo y de la COVILPI
Vanina	Psicóloga. Integrante de la FM Riachuelo
Violeta	Militantes y fundadora de la organización “Voluntario Global”
MTE	
Alfonso	Hijo de Ana y trabajador de la cooperativa Textil Laguna
Ana	Referente del barrio La Laguna y presidenta de la cooperativa textil Laguna
Carla	Militante MTE Lomas de Zamora
Claudio	Vecino Ana e integrante cooperativa textil Laguna
Danilo	Militante del MTE- Referente de Zona Sur
Diana	Hija de María
Gastón	Militante del MTE- Rama textil y Rama cartoneros
Héctor	Vecino del barrio La Laguna y trabajador de la cooperativa Textil Laguna
Joaquín	Hijo menor de Ana
Josefina	Militante del MTE - Tallerista y organizadora de la Secretaría de Formación CTEP
Juan Grabois	Referente nacional del MTE y CTEP - Abogado
Juana	Referente MTE – Rama Cartoneros
María	Referente del barrio La Laguna e integrantes de la cooperativa textil Laguna
Milena	Esposa de Héctor y trabajadora de la cooperativa Textil Laguna

Mimi	Trabajadora cartonera del MTE que contacta a Ana con Juan Grabois
Mónica	Hija de Ana y trabajadora de la cooperativa Textil Laguna
Nicolás	Militante MTE Lomas de Zamora
Paula	Vecina de Mónica y trabajadora de la cooperativa Textil Laguna
Raúl	Esposo de Paula y trabajador de la cooperativa Textil Laguna
Roque	Militante del MTE – Tallerista y organizador de la Secretaría de Formación CTEP
Verónica	Sobrina de Ana y trabajadora de la cooperativa Textil Laguna

ANEXO II: MAPA LA BOCA

MAPA LA BOCA

MAPA LA BOCA

- ★ "5 Esquinas"
- "La Fábrica"- Unidad de Producción Social - FM Riachuelo
- COVILPI
- Sancheti
- "El Pescadito"
- Puente Avellaneda
- Casa Popular El Patio - Los Pibes
- Isla Maciel

